John Adams
Library.

IN THE CUSTODY OF THE
BOSTON PUBLIC LIBRARY.

SHELF No.
ADAMS
173.17
Vol. 3

T. III.

Josephus Camaron in vènit. Emmanl. Monfort fc.

VIDA, Y HECHOS

DEL INGENIOSO CABALLERO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA,

COMPUESTA

Por MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION

Corregida, è ilustrada con várias Láminas finas, y la vida del Autor.

PARTE II. TOMO III.

MADRID. MDCCLXXVII.

En la Imprenta de D. ANTONIO DE SANCHA.

Con las Licencias necesarias.

A costa de la Real Compañia de Impresores, y Libreros del Reyno.

ADAMS 173.17
N13

UN HEREDERO
DEL ACADEMICO
DE LA ARGAMASILLA,

à quien se encargó la traduccion de los versos citados al fin de la Parte segunda, reservando para tymbre de su familia la caxa de plomo en que estaban, los ofrece al Lector con la siguiente

OCTAVA.

Todas quantas la caxa atesoraba,
Rancias, líricas, varias Poesías,
A divinando al Gótico, que daba
Dobles en cada letra algaravías;
Uniendo, en vez de lo que les faltaba,
Toscas palabras, necedades mias,
Ofrezco al Lector pio, no al tyrano,
Reducidas à idioma Castellano.

EL MOSCARDON
ACADÈMICO CÈLEBRE
DE LA ARGAMASILLA,
al borrico de Sancho Panza.

DECIMAS.

BURRO, que eres en primor,
por lo sufrido, y valiente,
el Asno mas eminente
del Escudero mejor:
consuelo halle tu dolor
en tu amo desconsolado,
pues à los dos ha dexado
tanto follon atrevido,
si à uno cansado, y molido,
à otro molido, y cansado.

Grave merecia pena,
por callar tu nombre, y gloria,
el gran Autor de la Historia
Cide Hamete Berengena:
pues aunque en lo Rucio ordena
distinguirte, no bastó,
quando mas no señaló
el nombre, del que discurro
fue el mas eminente Burro,
que al mayor Asno sirvió.

EL PLANIDOR

EX-PRESIDENTE

DE LA ACADEMIA

DE LA ARGAMASILLA,

en la muerte del Hércules de la Mancha.

CANCION.

AQUEL Manchego Alcides,
que Andantes exerció Caballerías,
amparador de huérfanas doncellas:
aquel que en varias lides
malgastó noches tantas, como dias,
y tantas ganó glorias, como bellas
refulgentes estrellas
adornan el hermoso Firmamento;
yá al cruel, ya al violento
golpe de parca fiera,
convertido se mira en calavera.
Mortal, repara atento
de quán poco sirvieron las hazañas,
rendir leones, rebanar gigantes:
mira en el monumento
aquel que en aventuras tan estrañas

fue nata, espuma, y flor de los Andantes;
y observa, que el que ántes
audaz miraste, para nobles fines,
desbaratar follones, malandrines,
à rigores del hado,
por fin, en lo que todos ha parado.

EL PORFIADO

ERUDITISIMO SOCIO

DE LA ARGAMASILLESCA Academia, previene à Sancho lo que debe practicar en la grave pérdida de su Señor.

ENDECHAS.

SAncho, pues duro golpe
de hado follon previno
perdieses en tu amo
de aquel Reyno *in spe* todo el dominio:
Plañe, y llora à maromas,
pues es poco hilo à hilo,
para tamaña cuita,
golpe descomunal, y alto conflicto.
Mesa las toscas barbas,
y mustio, y amarrido,
haz con cien bofetadas
afrenta del pimiento à tus carrillos.
Magulla à cabezadas
ese del seso hospicio,
ese de tus refranes
inagotable, singular archivo.

Date en las posas tanto
cruel azote impío,
como era necesario
para desencantar aquel prodigio.
Execútalo luego,
pues así habrás cumplido,
por fin de tus andanzas,
con tu lealtad, tu amor, y tonticismo.

EL....SECRETARIO
DE LA ACADEMIA

DA EL PARABIEN A TERESA Panza en la conversion de su marido.

SONETO.

YA se acabó, Teresa, la locura,
que arrastró à Panza, tu querido esposo:
yá gozarás el fruto cariñoso
del matrimonio, que bendixo el Cura.
El parabien te doy, pues te asegura,
faltando D. Quixote, tu reposo;
que Sancho solamente querrá ansioso
en tu gobierno el gusto, y la ventura.
Si vuelves à parir, como hiciste ántes,
tus hijos, para huir tales empleos,
digan con devocion todos los dias:
Líbrenos el Señor de Amos Andantes;
no nos dexe caer en devaneos,
y no permita, Amen, Caballerías.

APROBACION.

POR comision del señor Doctor Gutierre de Cetina, Vicario General de esta Villa de Madrid, Corte de su Magestad, he visto este Libro de la Segunda Parte del ingenioso Caballero *D. Quixote de la Mancha*, por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hallo en él cosa indigna de un Christiano zeloso, ni que disuene de la decencia debida à un buen exemplo, ni virtudes morales; ántes mucha erudicion, y aprovechamiento, así en la continencia de su bien seguido asunto, para extirpar los vanos, y mentirosos Libros de Caballerías, cuyo contagio habia cundido mas de lo que fuera justo, como en la lisura del lenguage Castellano, no adulterado con enfadosa, y estudiada afectacion (vicio con razon aborrecido de hombres cuerdos); y en la correccion de vicios, que generalmente toca, ocasionado de sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprehension christiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad que pretende curar, en lo dulce, y sabroso de sus medicinàs, gustosamente habrá bebi-

do

do (quando menos lo imagine) sin empacho, ni asco alguno, lo provechoso de la detestacion de su vicio; con que se hallará (que es lo mas dificil de conseguirse) gustoso, y reprehendido. Ha habido muchos, que por no haber sabido templar, ni mezclar apropósito lo util con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en tierra; pues no pudiendo imitar à Diógenes en lo philósopho, y docto, atrevida, por no decir licenciosa, y desalumbradamente, le pretenden imitar en lo Cínico, entregándose à maldicientes, inventando casos que no pasaron, para hacer capaz al vicio que tocan de su áspera reprehension; y por ventura descubren caminos para seguirle, hasta entónces ignorados: con que vienen à quedar, si no reprehensores, à lo menos Maestros de él: hácense odiosos à los bien entretenidos: con el Pueblo pierden el crédito (si alguno tuvieron) para admitir sus escritos; y los vicios, que arrojada, è imprudentemente quisieron corregir, en muy peor estado que ántes; que no todas las postemas à un mismo tiempo están dispuestas para admitir las recetas, ò cauterios; ántes algunos mucho mejor reciben

las

las blandas, y suaves medicinas, con cuya aplicacion el atentado, y docto Médico consigue el fin de resolverlas: término que muchas veces es mejor que no el que se alcanza con el rigor del hierro. Bien diferente han sentido de los escritos de *Miguel de Cervantes*, asi nuestra Nacion, como las estrañas; pues como à milagro desean vér al Autor de Libros, que con general aplauso, así por su decoro, y decencia, como por la suavidad, y blandura de sus discursos han recibido España, Francia, Italia, Alemania, y Flandes. Certifico con verdad que en 25 de Febrero de este año de 615, habiendo ido el Ilustrísimo Señor D. Bernardo de Sandoval y Roxas, Cardenal Arzobispo de Toledo, mi Señor, à pagar la visita que à su Ilustrísima hizo el Embaxador de Francia, que vino à tratar cosas tocantes à los casamientos de sus Príncipes, y los de España, muchos Caballeros Franceses de los que vinieron acompañando al Embaxador, tan corteses, como entendidos, y amigos de buenas letras, se llegaron à mí, y à otros Capellanes del Cardenal mi Señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban mas validos; y tocando

aca-

acaso en este, que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de *Miguel de Cervantes*, quando se comenzaron à hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que así en Francia, como en los Reynos sus confinantes, se tenian sus Obras, la *Galatea*, que alguno de ellos tiene casi en la memoria, la Primera Parte de esta, y las *Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarlos à que viesen el Autor de ellas, que estimaron con mil demonstraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesion, calidad, y cantidad. Halléme obligado à decir que era viejo, soldado, hidalgo, y pobre. A que uno respondió estas formales palabras: ¿Pues à tal hombre no le tiene España muy rico, y sustentado del Erario público? Acudió otro de aquellos Caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza, y dixo: Si necesidad le ha de obligar à escribir, plega à Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus Obras, siendo él pobre, haga rico à todo el mundo. Bien creo que está para Censura un poco larga: alguno dirá que toca los límites de lisonjero elogio; mas la verdad de lo que di-

digo deshace en el Crítico la sospecha, y en mí el cuidado. Además que el dia de hoy no se lisonjea à quien no tiene con qué cebar el pico del adulador, que aunque afectuosa, y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid à 27 de Febrero de 1615.

El Lic. Marquez Torres.

IN-

INDICE

De los Capítulos que en este Tomo se contienen.

CAP. LIII. *De lo que el Cura, y el Barbero pasaron con D. Quixote acerca de su enfermedad.* Pág. 1.

CAP. LIV. *Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina, y ama de D. Quixote, con otros sucesos graciosos.* 22.

CAP. LV. *Del ridículo razonamiento que pasó entre D. Quixote, Sancho Panza, y el Bachiller Sanson Carrasco.* 30.

CAP. LVI. *Donde Sancho Panza satisface al Bachillér Sanson Carrasco de sus dudas, y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse, y contarse.* 44.

CAP. LVII. *De la discreta, y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza, y su muger Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.* 54.

CAP.

CAP. LVIII. *De lo que le pasó à D. Quixote con su sobrina, y con su ama, y es uno de los importantes capítulos de toda la Historia.* 65.

CAP. LIX. *De lo que pasó à D. Quixote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.* 76.

CAP. LX. *Donde se cuenta lo que le sucedió à D. Quixote yendo à vér à su señora Dulcinea del Toboso.* 88.

CAP. LXI. *Donde se cuenta lo que en él se verá.* 102.

CAP. LXII. *Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos, como verdaderos.* 109.

CAP. LXIII. *De la estraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quixote con el carro, ò carreta de las Cortes de la Muerte.* 126.

CAP. LXIV. *De la estraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quixote con el bravo Caballero de los Espejos.* 188.

CAP. LXVI. *Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo, y suave co-*

coloquio que pasó entre los dos escuderos. 150.
CAP. LXVII. *Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.* 161.
CAP. LXVIII. *Donde se cuenta, y dá noticia de quién era el Caballero de los Espejos, y su escudero.* 181.
CAP. LXIX. *De lo que le sucedió à D. Quixote con un discreto Caballero de la Mancha.* 185.
CAP. LXX. *Donde se declara el último punto, y extremo adonde llegó, y pudo llegar el inaudito ánimo de D. Quixote, con la felicemente acabada aventura de los Leones.* 203.
CAP. LXXI. *De lo que sucedió à D. Quixote en el castillo, ò casa del Caballero del Verde Gavan, con otras cosas extravagantes.* 222.
CAP. LXXII. *Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.* 238.
CAP. LXXIII. *Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.* 252.
CAP. LXXIV. *Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros graciosos sucesos.* 268.

CAP. LXXV. *Donde se cuenta la grande aventura de la cueba de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, à quien dió felice cima el valeroso D. Quixote de la Mancha.* 295.
CAP. LXXVI. *De las admirables cosas que el extremado D. Quixote contó que habia visto en la profunda cueba de Montesinos, cuya imposibilidad, y grandeza hacen que se tenga esta aventura por apócrifa.* 280.
CAP. LXXVII. *Donde se cuentan mil zarandajas, tan impertinentes, como necesarias al verdadero entendimiento de esta grande Historia.* 314.
CAP. LXXVIII. *Donde se apunta la aventura del rebuzno, y la graciosa del Titerero, con las memorables adivinanzas del Mono adivino.* 326.
CAP. LXXIX. *Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.* 343.
CAP. LXXX. *Donde se dá cuenta quiénes eran Maese Pedro, y su Mono, con el mal suceso que D. Quixote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisie-*

ra, y como lo tenia pensado. 359.
CAP. LXXXI. *De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien las leyere, si las lee con mucha atencion.* 371.
CAP. LXXXII. *De la famosa aventura del barco encantado.* 381.
CAP. LXXXIII. *De lo que le avino à D. Quixote con una bella cazadora.* 393.
CAP. LXXXIV. *Que trata de muchas, y grandes cosas,* 402.
CAP. LXXXV. *De la respuesta que dió D. Quixote à su reprehensor, con otros graves, y graciosos sucesos.* 417.
CAP. LXXXVI. *De la sabrosa plática que la Duquesa, y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea, y de que se note.* 443.
CAP. LXXXVII. *Que dá cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas de este Libro.* 456.
CAP. LXXXVIII. *Donde se prosigue la noticia que tuvo D. Quixote del*

desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos. 470.

CAP. LXXXIX. *Donde se cuenta la estrecha, y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias de la Condesa Trifaldi, con una Carta que Sancho Panza escribió à su muger Teresa Panza.* 433.

CAP. XC. *Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.* 494.

CAP. XCI. *Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.* 497.

PRO-

PRÓLOGO

AL LECTOR.

¡VAlame Dios! y con quánta gana debes de estár esperando ahora, Lector ilustre (ò qualquier plebeyo), este Prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas, y vituperios del Autor del segundo D. Quixote, digo de aquel, que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona! Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú, que lo diera del asno, del mentecato, y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dexar de sentir, es, que me note de viejo, y de man-

co, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasáse por mí; ò si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna; sino en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan vér los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas à lo menos en la estimacion de los que saben dónde se cobraron; que el Soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran, y facilitáran un imposible, quisiera ántes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el Soldado muestra en el rostro, y en los pechos, estrellas son, que guian à los demás al cielo de la honra, y al desear la justa alabanza. Y háse de advertir, que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el qual suele mejorarse con los años. He sentido tambien que me llame envidioso, y que como à ignorante me describa qué cosa sea la envidia; que en realidad de verdad, de dos que hay,

yo

yo no conozco sino à la santa, à la noble, y bien intencionada; y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir à ningun Sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser Familiar del Santo Oficio; y si él lo dixo por quien parece que lo dixo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupacion contínua, y virtuosa; pero en efecto le agradezco à este señor Autor el decir que mis Novelas son mas satíricas, que exemplares; pero que son buenas, y no lo pudieran ser, si no tuvieran de todo. Paréceme que me dices, que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir afliccion al afligido, y que la que debe de tener este señor, sin duda es grande, pues no osa parecer à campo abierto, y al Cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su Patria, como si hubiera hecho alguna traicion de lesa Magestad. Si por ventura llegares à conocerle, dile de mi parte, que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio; y que una de las mayores es po-

ponerle à un hombre en el entendimiento, que puede componer è imprimir un libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros quanta fama. Y para confirmacion de esto quiero que con tu buen donayre, y gracia le cuentes este cuento.

Habia en Sevilla un loco, que dió en el mas gracioso disparate, y tema, que dió loco en el mundo; y fue, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin; y en cogiendo algun perro en la calle, ò en qualquiera otra parte, con el un pie le cogia el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podia le acomodaba el cañuto en la parte, que soplándole, le ponia redondo como una pelota; y en teniéndolo de esta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo à los circunstantes (que siempre eran muchos): Pensarán vuestras mercedes ahora, que es poco trabajo hinchar un perro. Pensará vuestra merced ahora, que es poco trabajo hacer un libro. Y si este cuento no le quadráre, dirásle, Lector amigo, este, que tambien es de loco, y de perro.

Ha-

Habia en Córdoba otro loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de marmol, ò un canto no muy liviano; y en topando algun perro descuidado, se le ponia junto, y à plomo dexaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos, y aullidos, no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que entre los perros en que descargó la carga, fue uno un perro de un Bonetero, à quien queria mucho su dueño. Baxó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo, y sintiólo su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dexó hueso sano; y à cada palo que le daba, decia: ¿Perro, ladron, à mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro? Y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho un alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en mas de un mes no salió à la plaza: al cabo del qual tiempo volvió con su invencion, y con mas carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer, ni atreverse à descargar la piedra, decia: Este es poden-

denco ; guarda. En efecto , todos quantos perros topaba , aunque fuesen alanos, ò gozques , decia que eran podencos ; y así no soltó mas el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer à este Historiador , que no se atreverá à soltar mas la presa de su ingenio en libros , que en siendo malos , son mas duros que las peñas. Dile tambien , que de la amenaza que me hace , que me ha de quitar la ganancia con su libro , no se me dá un ardite : que acomodándome al Entremés famoso de la Perendenga , le respondo , que me viva el Veintiquatro mi señor , y Christo con todos. Viva el gran Conde de Lemos, (cuya christiandad , y liberalidad bien conocida , contra todos los golpes de mi corta fortuna , me tiene en pie ,) y vívame la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Roxas, y siquiera no haya Imprentas en el mundo , y siquiera se impriman contra mí mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos Príncipes , sin que los solicíte adulacion mia , ni otro género de aplauso , por sola su bondad , han tomado à su cargo el hacerme merced , y favo-

vorecerme, en lo que me tengo por mas dichoso, y mas rico, que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puédela tener el pobre; pero no el vicioso: la pobreza puede anublar à la nobleza; pero no obscurecerla del todo: pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes, y resquicios de la estrechez, viene à ser estimada de los altos, y nobles espíritus, y por consiguiente favorecida; y no le digas mas, ni yo quiero decirte mas à tí, sino advertirte, que consideres, que esta segunda parte de D. Quixote, que te ofrezco, es cortada del mismo Artífice, y del mismo paño, que la primera; y que en ella te doy à D. Quixote dilatado, y finalmente muerto, y sepultado, porque ninguno se atreva à levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta tambien, que un hombre honrado haya dado noticias de estas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas; que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen; y la carestía (aun de las malas) se estima en algo. Olvidábaseme el decir-

te,

te, que esperes el *Pérsiles*, que yá estoy acabando, y la segunda Parte de la *Galatea*. VALE.

SE-

SEGUNDA PARTE
DE LA VIDA, Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

CAPITULO LIII.

De lo que el Cura, y el Barbero pasaron con Don Quixote acerca de su enfermedad.

CUenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte de esta Historia, y tercera salida de D. Quixote, que el Cura, y el Barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle, y traerle à la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dexaron de visitar à su sobrina, y à su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole à comer cosas confortativas, y apropiadas para el corazon, y el celebro, de donde procedia (segun buen discurso) toda su mala ventura. Las quales dixeron que así lo hacian, y lo harian con la voluntad, y cuidado posible; por-

que echaban de vér que su señor por momentos iba dando muestras de estár en su entero juicio : de lo qual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habian acertado en haberle traido encantado en el carro de los bueyes (como se contó en la primera parte de esta tan grande, como puntual historia, en su último capítulo) ; y así se determinaron de visitarle, y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible que la tuviese : y acordaron de no tocarle en ningun punto de la Andante Caballería, por no ponerse à peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban. Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano ; y estaba tan seco, y amojamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fueron de él muy bien recibidos : preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí, y de ella con mucho juicio, y con muy elegantes palabras. Y en el discurso de su plática vinieron à tratar en esto que llaman razon de Estado, y modos de gobierno, enmendando este abuso, y condenando aquel, reformando una costumbre,

bre, y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo Legislador, un Licurgo moderno, ò un Solon flamante; y de tal manera renovaron la República, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron: y habló Don Quixote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los exâminadores creyeron indubitablemente que estaba del todo bueno, y en su entero juicio. Halláronse presentes à la plática la sobrina, y ama, y no se hartaban de dar gracias à Dios de vér à su señor con tan buen entendimiento. Pero el Cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de Caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falsa, ò verdadera; y así de lance en lance vino à contar algunas nuevas que habian venido de la Corte: y entre otras dixo, que se tenia por cierto que el Turco baxaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio, ni adónde habia de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca alarma, estaba puesta en ella toda la Christiandad; y su Magestad habia he-

cho proveer las Costas de Nápoles, y Sicilia, y la Isla de Malta. A esto respondió Don Quixote: Su Magestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus Estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomára mi consejo, aconsejárale yo que usára de una prevencion, de la qual su Magestad à la hora de ahora debe estár muy ageno de pensar en ella. Apenas oyó esto el Cura, quando dixo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre Don Quixote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura, hasta el profundo abysmo de tu simplicidad. Mas el Barbero (que yá habia dado en el mismo pensamiento que el Cura (preguntó à Don Quixote ¿quál era la advertencia de la prevencion, que decia era bien se hiciese, quizá podria ser tal, que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar à los Príncipes? El mio, señor Rapador, dixo Don Quixote, no será impertinente, sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el Barbero, sino porque tiene mostrado la experienria, que todos los mas arbitrios que se dan à su Magestad, ò son imposibles,

bles, ò disparatados, ò en daño del Rey, ù del Reyno. Pues el mio, respondió Don Quixote, ni es imposible, ni disparatado; sino el mas fácil, el mas justo, y el mas mañero, y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. Yá tarda en decirle vuestra merced, señor Don Quixote, dixo el Cura. No querria, dixo Don Quixote, le dixese yo aquí ahora, y amaneciese mañana en los oidos de los señores Consejeros, y se lleváse otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mí, dixo el Barbero, doy la palabra para aquí, y para delante de Dios de no decir lo que vuestra merced dixere à Rey, ni à Roque, ni à hombre terrenal: juramento que aprendí del Romance del Cura, que en el Prefacio avisó al Rey del ladron que le habia robado las cien doblas, y la su mula la andariega. No sé esa historia, dixo Don Quixote; pero sé que es bueno ese juramento, en fé de que sé que es hombre de bien el señor Barbero. Quando no lo fuera, dixo el Cura, yo le abono, y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, só pena de pagar lo juzgado, y sentenciado. ¿Y à vuestra merced quién le fia, señor Cura? dixo Don

Quixote. Mi profesion, respondió el Cura, que es de guardar secreto. ¡Cuerpo de tal! (dixo à esta sazon D. Quixote) ¿Hay mas sino mandar su Magestad por público pregon, que se junten en la Corte para un dia señalado todos los Caballeros Andantes, que vagan por España? que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos, que solo bastáse à destruir toda la potestad del Turco. Estén me vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo Caballero Andante un exército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, ò fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme, ¿quántas historias están llenas de estas maravillas? Habia, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso Don Belianís, ò alguno de los del inumerable linage de Amadís de Gaula, que si alguno de estos hoy viviera, y con el Turco se afrontára, à fé que no le arrendára la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno, que si no tan bravo como los pasados Andantes Caballeros, à lo menos no les será inferior en el ánimo: y Dios me entiende,

y

y no digo mas. ¡Ay! dixo à este punto la sobrina: que me maten, si no quiere mi señor tio volver à ser Caballero Andante. A lo que dixo Don Quixote: Caballero Andante he de morir, y baxe, ò suba el Turco quando él quisiere, y quan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. A esta sazon dixo el Barbero: Suplíco à vuestras mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde, me dá gana de contarle. Dió la licencia D. Quixote; y el Cura, y los demás le prestaron atencion, y él comenzó de esta manera.

En la Casa de los Locos de Sevilla estaba un hombre, à quien sus parientes habian puesto allí por falto de juicio. Era graduado en Cánones por Osma; pero aunque lo fuera por Salamanca (segun opinion de muchos), no dexára de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento se dió à entender que estaba cuerdo, y en su entero juicio; y con esta imaginacion escribió al Arzobispo, suplicándole encarecidamente, y con muy concertadas razones, le mandáse sacar de aquella miseria en que vivia,

pues por la misericordia de Dios habia yá cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenian allí, y à pesar de la verdad querian que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo persuadido de muchos villetes concertados, y discretos, mandó à un Capellan suyo se informáse del Rector de la Casa, si era verdad lo que aquel Licenciado le escribia; y que asimismo habláse con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio, le sacáse, y pusiese en libertad. Hízolo así el Capellan; y el Rector le dixo que aquel hombre aún se estaba loco: que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas, y en grandes igualaban à sus primeras discreciones, como se podia hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el Capellan; y poniéndole con el loco, habló con él una hora, y mas, y en todo aquel tiempo jamás el loco dixo razon torcida, ni disparatada; antes habló tan atentadamente, que el Capellan fue forzado à creer que el loco estaba cuerdo. Y entre otras cosas que el loco le dixo, fue, que el Rector

tor le tenia ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacian, porque dixese, que aún estaba loco, y con lucidos intervalos; y que el mayor contrario que en su desgracia tenia, era su mucha hacienda, pues por gozar de ella sus enemigos, ponian dolo, y dudaban de la merced que nuestro Señor le habia hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente él habló de manera, que hizo sospechoso al Rector, codiciosos, y desalmados à sus parientes, y à él tan discreto, que el Capellan se determinó à llevársele consigo à que el Arzobispo le viese, y tocáse con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fé, el buen Capellan pidió al Rector mandáse dar los vestidos con que allí habia entrado el Licenciado. Volvió à decir el Rector que miráse lo que hacía, porque sin duda alguna el Licenciado aún se estaba loco. Pero no sirvieron de nada para con el Capellan las prevenciones, y advertimientos del Rector, para que dexáse de llevarle. Obedeció el Rector, viendo ser órden del Arzobispo. Pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos, y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo, y desnudo de lo-

co

co, suplicó al Capellan que por caridad le diese licencia para ir à despedirse de sus compañeros los locos. El Capellan dixo, que él le queria acompañar, y vér los locos que en la Casa habia. Subieron en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el Licenciado à una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entónces sosegado, y quieto, le dixo: Hermano mio, mire si me manda algo, que me voy à mi casa, que yá Dios ha sido servido por su infinita bondad, y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio: yá estoy sano, y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible. Tenga grande esperanza, y confianza en él, que pues à mí me ha vuelto à mi primer estado, tambien le volverá à él, si en él confia: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos, y los celebros llenos de ayre: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud, y acarrea la muerte. Todas estas razones

del

del Licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra jaula frontero de la del furioso; y levantándose de una estera vieja donde estaba echado, y desnudo en cueros, preguntó à grandes voces, quién era el que se iba sano, y cuerdo. El Licenciado respondió: Yo soy, hermano, el que me voy, que yá no tengo necesidad de estár mas aquí, por lo que doy infinitas gracias à los cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decís, Licenciado, no os engañe el diablo (replicó el loco), sosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorrareis la vuelta. Yo sé que estoy bueno (replicó el Licenciado), y no habrá para qué tornar à andar estaciones. ¿Vos bueno? (dixo el loco): ahora bien, ello dirá: andad con Dios; pero yo os voto à Júpiter, cuya Magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta Casa, y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria de él por todos los siglos de los siglos amen. ¿No sabes tú, Licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los ra-

rayos abrasadores, con que puedo, y suelo amenazar, y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar à este ignorante Pueblo; y es con no llover en él, ni en todo su distrito, y contorno por tres años enteros, que se han de contar desde el dia, y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre? ¿tú sano? ¿tú cuerdo? ¿y yo loco? ¿yo enfermo? ¿y yo atado? Así pienso llover, como pensar ahorcarme. A las voces, y à las razones del loco estuvieron los circunstantes muy atentos; pero nuestro Licenciado, volviéndose à nuestro Capellan, y asiéndole de las manos, le dixo: No tenga vuestra merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre, y el Dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojáre, y fuere menester, porque está en mi mano. A lo que respondió el Capellan: Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuestra merced se quede en su casa, que otro dia, quando haya mas comodidad, y mas espacio, volveremos por vuestra merced. Rióse el Rector, y los presentes, por cuya

ya risa se medio corrió el Capellan. Desnudaron al Licenciado, quedóse en casa; y acabóse el cuento. ¿Pues, este es el cuento, señor Barbero, dixo Don Quixote, que por venir aquí como de molde, no podia dexar de contarle? ¡Ah, señor Rapista, señor Rapista, y quán ciego es aquel que no vé por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuestra merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio à ingenio, de valor à valor, de hermosura à hermosura, y de linage à linage, son siempre odiosas, y mal recibidas? Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el Dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; solo me fatigo por dar à entender al mundo en el error en que está, en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la órden de la Andante Caballería: pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien, como el que gozaron las edades, donde los Andantes Caballeros tomaron à su cargo, y echaron sobre sus espaldas la defensa de los Reynos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos, y pupilos, el castigo de los sobervios, y el premio de los humildes.

A los mas de los Caballeros que ahora se usan, antes les cruxen los damascos, los brocados, y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman. Yá no hay Caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies à la cabeza: yá no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado à su lanza, solo procure descabezar (como dicen) el sueño, como lo hacian los Caballeros Andantes: yá no hay ninguno que saliendo de este bosque, éntre en aquella montaña, y de allí pase una estéril, y desierta playa del mar, las mas veces proceloso, y alterado; y hallando en ella, y en su orilla un pequeño baxel, sin remos, vela, mastil, ni xarcia alguna, con intrépido corazon se arroje en él, entregándose à las implacables olas del mar profundo, que yá le suben al cielo, y yá le baxan al abysmo; y él puesto el pecho à la incontrastable borrasca, quando menos se cata, se halla tres mil, y mas leguas distante del lugar donde se embarcó; y saltando en tierra remota, y no conocida, le suceden cosas dignas de estár escritas, no en pergaminos, sino en bron-

bronces. Mas ahora yá triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron, y resplandecieron en las edades del oro, y en los Andantes Caballeros. Si no, díganme: ¿quién mas honesto, y mas valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿Quién mas discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién mas acomodado, y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién mas galan que Lisuarte de Grecia? ¿Quién mas acuchillado, ni acuchillador que Don Belianís? ¿Quién mas intrépido que Perion de Gaula? ¿O quién mas acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ¿O quién mas sincéro que Esplandian? ¿Quién mas arrojado que Don Cirongilio de Tracia? ¿Quién mas bravo que Rodamonte? ¿Quién mas prudente que el Rey Sobrino? ¿Quién mas atrevido que Reynaldos? ¿Quién mas invencible que Roldan? ¿Y quién mas gallardo, y mas cortés que Rugero, de quien descienden hoy los Duques de Ferrara? (segun Turpin en su Cosmografia.) Todos estos Caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor Cura, fueron Caballe-

lleros Andantes, luz, y gloria de la Caballería. De estos, ò tales como estos quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que à serlo, su Magestad se hallára bien servido, y ahorrára de mucho gasto, y el Turco se quedára pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el Capellan de ella: y si Júpiter, como ha dicho el Barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré quando se me antojáre. Digo esto, porque sepa el señor Vacía que le entiendo. En verdad, señor D. Quixote, dixo el Barbero, que no lo dixe por tanto; y así me ayude Dios como fue buena intencion, y que no debe vuestra merced sentirse. Si puedo sentirme, ò no, respondió D. Quixote, yo me lo sé. A esto dixo el Cura: Aún bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo, que me roe, y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor D. Quixote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió D. Quixote, tiene licencia el señor Cura; y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplácito, respondió el Cura, di-

digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera à que toda la caterva de Caballeros Andantes, que vuestra merced, señor Don Quixote, ha referido, hayan sido real, y verdaderamente personas de carne, y hueso en el mundo; antes imagino, que todo es ficcion, fábula, y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ò por mejor decir, medio dormidos. Ese es otro error, respondió Don Quixote, en que han caído muchos que no creen que haya habido tales Caballeros en el mundo; y yo muchas veces con diversas gentes, y ocasiones he procurado sacar à la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intento, y otras sí, sustentándolo sobre los hombros de la verdad; la qual verdad es tan cierta, que estoy por decir, que con mis propios ojos ví à Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda, y rigurosa, corto de razones, tardo en ayrarse, y presto en deponer la ira: y del modo que he delineado à Amadís, pudiera, à mi parecer, pintar, y describir

todos quantos Caballeros Andantes andan en las Historias del orbe, que por la aprehension que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron, y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores, y estaturas. ¿Qué tan grande le parece à vuestra merced, mi señor Don Quixote, preguntó el Barbero, debia de ser el Gigante Morgante? En eso de Gigantes, respondió Don Quixote, hay diferentes opiniones si los ha habido, ò no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel Filisteazo de Golias, que tenia siete codos, y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la Isla de Sicilia se han hallado canillas, y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron Gigantes sus dueños; y tan grandes, como grandes torres, que la Geometría saca esta verdad de duda. Pero con todo eso no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto: y muéveme à ser de este parecer, hallar en

la

la historia, donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debaxo de techado: y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dixo el Cura; el qual, gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó qué sentia acerca de los rostros de Reynaldos de Montalvan, de Don Roldan, y de los demás doce Pares de Francia, pues todos habian sido Caballeros Andantes? De Reynaldos, respondió Don Quixote, me atrevo à decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bayladores, y algo saltados, puntoso, y colérico en demasía, amigo de ladrones, y de gente perdida. De Roldan, ò Rotolando, ò Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer, y me afirmo, que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro, y barbizaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido, y bien criado. Si no fue Roldan mas gentilhombre que vuestra merced ha dicho, replicó el Cura, no fue maravilla que la señora Angelica la Bella

le desdeñáse, y dexáse por la gala, brio, y donayre que debia tener el Morillo barbiponiente, à quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angélica, respondió Don Quixote, señor Cura, fue una doncella distrahída, andariega, y algo antojadiza; y tan lleno dexó el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura: despreció mil señores, mil valientes, y mil discretos, y contentóse con un pagecillo barbilucio, sin otra hacienda, ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó à su amigo el gran cantor de su belleza el famoso Ariosto, que por no atreverse, ò por no querer cantar lo que à esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, lo dexó donde dixo:

Y como del Catai recibió en Cetro,
Quizá otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda que esto fue como profecía; que los Poëtas tambien se llaman Vates, que quiere decir Adivinos. Veese esta verdad clara, porque despues acá un famoso Poëta Andaluz lloró, y cantó sus lágrimas;

y otro famoso, y único Poëta Castellano cantó su hermosura.

Dígame, señor Don Quixote, dixo à esta sazon el Barbero, ¿ no ha habido algun Poëta, que haya hecho alguna sátira à esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado ? Bien creo yo, respondió Don Quixote, que si Sacripante, ò Roldan fueran Poëtas, que yá me hubieran jabonado à la doncella ; porque es propio, y natural de los Poëtas desdeñados, y no admitidos de sus damas, fingidas, ò no fingidas, en efecto de aquellas à quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras, y libelos : venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta ahora no ha llegado à mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que traxo revuelto el mundo. Milagro ! dixo el Cura. Y en esto oyeron que el ama, y la sobrina, que yá habian dexado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

CAPITULO LIV.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina, y ama de Don Quixote, con otros sucesos graciosos.

CUenta la Historia que las voces que oyeron Don Quixote, el Cura, y el Barbero, eran de la sobrina, y ama, que las daban, diciendo à Sancho Panza, que pugnaba por entrar à vér à Don Quixote, y ellas le defendian la puerta: ¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos à la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrahe, y sonsaca à mi señor, y le lleva por ésos andurriales. A lo que Sancho respondió: Ama de Satanás, el sonsacado, el distrahído, y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos; y vosotras os engañais en la mitad del justo precio. El me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una Insula, que hasta ahora la espero. Malas Insulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito; ¿y qué son Insulas? ¿Es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres? No

es

es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar, y regir mejor que quatro Ciudades, y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo eso, dixo el ama, no entrareis acá, saco de maldades, y costal de malicias: id à gobernar vuestra casa, y à labrar vuestros pegujares, y dexaos de pretender Insulas, ni Insulos. Grande gusto recibian el Cura, y el Barbero de oir el coloquio de los tres; pero Don Quixote, temeroso que Sancho se descosiese, y desbucháse algun monton de maliciosas necedades, y tocáse en puntos que no le estarian bien à su crédito, le llamó, è hizo à las dos que callasen, y le dexasen entrar. Entró Sancho, y el Cura, y el Barbero se despidieron de Don Quixote, de cuya salud desesperaron, viendo quán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y quán embebido en la simplicidad de sus mal Andantes Caballerías; y así dixo el Cura al Barbero: Vos vereis, compadre, como quando menos lo pensemos, nuestro Hidalgo sale otra vez à volar la ribera. No pongo yo duda en esto, respondió el Barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del Caballero, como de la simplicidad del escudero, que tan creido tie-

ne aquello de la Insula, que creo que no se lo sacarán del casco quantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dixo el Cura, y estemos à la mira, verémos en lo que pára esta máquina de disparates de tal Caballero, y de tal escudero; que parece que forjaron à los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor, sin las necedades del criado, no valian un ardite. Así es, dixo el Barbero, y holgára mucho saber qué tratarán ahora los dos. Yo aseguro, respondió el Cura, que la sobrina, ò el ama nos lo cuentan despues, que no son de condicion que dexarán de escucharlo. En tanto Don Quixote se encerró con Sancho en su aposento; y estando solos, le dixo: Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho, y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas: juntos salimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos: una misma fortuna, y una misma suerte ha corrido por los dos. Si à tí te mantearon una vez, à mí me han molido ciento, y eso es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, porque segun vuestra merced dice, mas anexas

son à los Caballeros Andantes las desgracias, que à sus escuderos. Engáñaste, Sancho, dixo Don Quixote (segun aquello *quando caput dolet, &c.*). No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. Quiero decir, dixo Don Quixote, que quando la cabeza duele todos los miembros duelen: y así siendo yo tu amo, y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razon el mal que à mí me toca, ò tocáre, à tí te ha de doler, y à mí el tuyo. Así habia de ser, dixo Sancho; pero quando à mí me manteaban, como à miembro, se estaba mi cabeza detras de las bardas mirándome volar por los ayres, sin sentir dolor alguno: y pues los miembros están obligados à dolerse del mal de la cabeza, habia de estár obligada ella à dolerse de ellos. Querrás tú decir ahora, Sancho, respondió Don Quixote, que no me dolia yo quando à tí te manteaban. Y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entonces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dexemos esto à parte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos, y pongamos en su punto; y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo

que

que dicen de mí por ese Lugar? ¿En qué opinion me tiene el vulgo? En qué los Hidalgos? Y en qué los Caballeros? Qué dicen de mi valentia? Qué de mis hazañas? Y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar, y volver al mundo la yá olvidada órden Caballeresca? Finalmente quiero, Sancho, me digas lo que acerca de esto ha llegado à tus oidos: y esto me has de decir sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad à sus señores en su sér, y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ù otro vano respeto la disminuya. Y quiero que sepas, Sancho, que si à los oidos de los Príncipes llegáse la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra; que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta, y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que vues-

tra

tra merced no se ha de enojar de lo que dixere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron à mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió D. Quixote, bien puedes, Sancho, hablar libremente, y sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dixo, es que el vulgo tiene à vuestra merced por grandísimo loco, y à mí por no menos mentecato. Los Hidalgos dicen que no conteniéndose vuestra merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido à Caballero con quatro cepas, y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras, y otro adelante. Dicen los Caballeros que no querrian que los Hidalgos se opusiesen à ellos, especialmente aquellos Hidalgos escuderiles, que dan humo à los zapatos, y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso, dixo Don Quixote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamás remendado: roto bien podrá ser; y roto mas de las armas que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, à la valentía, cortesía, hazañas, y asunto de vuestra merced, hay diferentes opiniones. Unos dicen: Loco,

pe-

pero gracioso ; otros: Valiente, pero desgraciado; otros: Cortés, pero impertinente; y por aquí ván discurriendo en tantas cosas, que ni à vuestra merced, ni à mí nos dexan hueso sano. Mira, Sancho, dixo Don Quixote, donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida. Pocos, ò ninguno de los famosos varones que pasaron, dexó de ser calumniado de la malicia. Julio Cesar, animosísimo, prudentísimo, y valentísimo Capitan, fue notado de ambicioso, y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alexandro, à quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen de él que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fue lascivo, y muelle. De D. Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fue mas que demasiadamente rixoso ; y de su hermano que fue lloron. Así que ¡ ò Sancho ! entre tantas calumnias de buenos bien pueden pasar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Ahí está el toque, ¡ cuerpo de mi padre ! replicó Sancho. ¿ Pues hay mas ? preguntó Don Quixote. Aún la cola falta por desollar, dixo Sancho:

Em.l Monsort fecit

cho: lo de hasta aquí son tortas, y pan pintado; mas si vuestra merced quiere saber todo lo que hay acerca de las calo-ñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una migaja; que anoche llegó el hijo de Bartholomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho Bachiller, y yéndole yo à dar la bien venida, me dixo que andaba yá en libros la historia de vuestra merced con nombre del Ingenioso Hidalgo D. Quixote de la Mancha; y dice que me mientan à mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y à la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros à solas, que me hice cruces de espantado, cómo las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dixo Don Quixote, que debe de ser algun sabio encantador el Autor de nuestra historia, que à los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. ¡Y cómo, dixo Sancho, si era sabio, y encantador! pues (segun dice el Bachiller Sanson Carrasco, que así se llama el que dicho tengo) que el Autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de Moro,

res-

respondió Don Quixote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir que los Moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dixo Don Quixote, errarte en el sobrenombre de este Cide, que en Arabigo quiere decir Señor. Bien podria ser, replicó Sancho; mas si vuestra merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas. Harásme mucho placer, amigo, dixo Don Quixote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa, hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho; y dexando à su señor, se fue à buscar al Bachiller, con el qual volvió de allí à poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPITULO LV.

Del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quixote, Sancho Panza, y el Bachiller Sanson Carrasco.

PEnsativo ademas quedó Don Quixote esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo, puestas en el libro, como habia dicho Sancho;

y no podia persuadirse à que tal historia hubiese, pues aún no estaba enxuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y yá querian que anduviesen en estampa sus altas Caballerías. Con todo eso imaginó que algun sabio, ò yá amigo, ò enemigo, por arte de encantamiento las habria dado à la estampa: si amigo, para engrandecerlas, y levantarlas sobre las mas señaladas de Caballero Andante: si enemigo, para aniquilarlas, y ponerlas debaxo de las mas viles, que de algun vil escudero se hubiesen escrito, puesto (decia entre sí) que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y quando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de Caballero Andante, por fuerza habia de ser grandiloqua, alta, insigne, magnífica, y verdadera. Con esto se consoló algun tanto; pero desconsolóle pensar que su Autor era Moro, segun aquel nombre de Cide, y que de los Moros no se podia esperar verdad alguna; porque todos son embelecadores, falsarios, y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundáse en menoscabo, y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso:

so: deseaba que hubiese declarado su fidelidad, y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando Reynas, Emperatrices, y doncellas de todas calidades, teniendo à raya los ímpetus de los naturales movimientos: y así envuelto, y revuelto en estas, y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho, y Carrasco, à quien Don Quixote recibió con mucha cortesía. Era el Bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron: de color macilento, pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinte y quatro años: cariredondo, de nariz chata, y de boca grande: señales todas de ser de condicion maliciosa, y amigo de donayres, y de burlas, como lo mostró en viendo à Don Quixote, poniéndose delante de él de rodillas, y diciéndole: Deme vuestra grandeza las manos, señor Don Quixote de la Mancha, que por el hábito de S. Pedro que visto, aunque no tengo otras Ordenes que las quatro primeras, que es vuestra merced uno de los mas famosos Caballeros Andantes que ha habido, ni habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la his-

to-

toria de vuestras grandezas dexó escrita; y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de Arábigo en nuestro vulgar Castellano, para universal entretenimiento de las gentes. Hízole levantar D. Quixote, y dixo: De esa manera verdad es que hay historia mia, y que fué Moro, y sábio el que la compuso. Es tan verdad, señor, dixo Sanson, que tengo para mí que el dia de hoy están impresos mas de doce mil libros de la tal historia: sino dígalo Portugal, Barcelona, y Valencia, donde se han impreso; y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes; y à mí se me trasluce que no ha de haber nacion, ni lengua donde no se traduzga. Una de las cosas, dixo à esta sazon D. Quixote, que mas debe de dar contento à un hombre virtuoso, y eminente, es verse viviendo andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso, y en estampa. Dixe con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualára. Si por buena fama, y si por buen nombre vá, dixo el Bachiller, solo vuestra merced lleva la palma à todos los Caballeros Andantes: porque el Moro en su lengua, y el Christiano en la

suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardia de vuestra merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento así en las desgracias, como en las heridas: la honestidad, y continencia en los amores tan platónicos de vuestra merced, y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dixo à este punto Sancho Panza, he oido llamar con Don à mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso; y yá en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia esa, respondió Carrasco. No por cierto, respondió D. Quixote; pero dígame vuestra merced, señor Bachiller: ¿Qué hazañas mias son las que mas se ponderan en esa historia? En eso, respondió el Bachiller, hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen à la aventura de los molinos de viento, que à vuestra merced le parecieron Briareos, y Gigantes: otros à la de los batanes. Este à la descripcion de los dos exércitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros: aquel encarece la del muerto, que llevaban à enterrar à Segovia. Uno dice que à todos se aventaja la de la libertad

tad de los galeotes : otros que ninguna iguala à la de los dos Gigantes Benitos, con la pendencia del valeroso Vizcaino. Dígame, señor Bachiller, dixo à esta sazon Sancho : ¿ Entra ahí la aventura de los Yangueses, quando à nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo ? No se le quedó nada, respondió Sanson, al sábio en el tintero : todo lo dice, y todo lo apunta ; hasta lo de las cabriólas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriólas, respondió Sancho : en el ayre sí, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibaxos, especialmente las que tratan de Caballerías, las quales nunca pueden estár llenas de prósperos sucesos. Con todo eso, respondió el Bachiller, dicen algunos que han leído la historia, que se holgáran se les hubiera olvidado à los Autores de ella algunos de los infinitos palos, que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quixote. Ahí entra la verdad de la historia, dixo Sancho. Tambien pudieran callarlos por equidad, dixo Don Quixote; pues las acciones que ni mudan, ni alte-

ran la verdad de la historia, no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fé que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero. Así es, replicó Sanson; pero uno es, escribir como Poëta, y otro como Historiador. El Poëta puede contar, ò cantar las cosas, no como fueron, sino como debian ser; y el Historiador las ha de escribir, no como debian ser, sino como fueron, sin añadir, ni quitar à la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda à decir verdades ese señor Moro, dixo Sancho, à buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los mios; porque nunca à su merced le tomaron la medida de sus espaldas, que no me la tomasen à mí de todo el cuerpo: pero no hay de qué maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron sois, Sancho, respondió D. Quixote: à fé que no os falta memoria quando vos quereis tenerla. Quando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dixo Sancho, no lo consentirian los cardenales, que aún se están fres-

frescos en las costillas. Callad, Sancho, dixo D. Quixote, y no interrumpais al señor Bachiller, à quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia: y de mí, dixo Sancho, que tambien dicen que soy uno de los principales presonages de ella. Personage, que no presonages, Sancho amigo, dixo Sanson. ¿Otro reprochador de voquibles tenemos? dixo Sancho: pues ándense à eso, y no acabarémos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el Bachiler, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia mas oiros hablar à vos, que al mas pintado de toda ella: puesto que tambien hay quien diga, que anduvisteis demasiadamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella Insula ofrecida por el señor D. Quixote, que está presente. Aún hay Sol en las bardas, dixo Don Quixote, y mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia, que dan los años, estará mas idóneo, y mas habil para ser Gobernador, que no estará ahora. Por Dios, señor, dixo Sancho, la Insula que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el

daño está en que la dicha Insula se entretiene no sé dónde, y no en faltarme à mí el caletre para gobernarla. Encomendadlo à Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais; que no se mueve la hoja en el arbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dixo Sanson, que si Dios quiere, no le faltarán à Sancho mil Insulas que gobernar, quanto mas una. Gobernadores he visto por ahí, dixo Sancho, que à mi parecer no llegan à la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman Señoría, y se sirven con plata. Esos no son Gobernadores de Insulas, replicó Sanson, sino de otros Gobiernos mas manuales, que los que gobiernan Insulas, por lo menos han de saber Gramática. Con la *Grama* bien me avendria yo, dixo Sancho; pero en la *tica*, ni me tiro, ni pago, porque no la entiendo. Pero dexando esto del Gobierno en las manos de Dios, que me eche à las partes donde mas de mí se sirva; digo, señor Bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, y alegria, que el Autor de la historia haya hablado de mí de manera, que no enfaden las cosas que de mí se cuen-

cuentan; que à fé de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de Christiano viejo, como soy, que nos habian de oir los sordos. Eso no fuera hacer milagros, respondió Sanson. Milagros, ò no milagros, dixo Sancho, cada uno mire cómo habla, ò cómo escribe de las personas, y no ponga à troche moche lo primero que le viene al magin. Una de las tachas que ponen à la tal historia, dixo el Bachiller, es, que su Autor puso en ella una Novela intitulada: *El Curioso Impertinente*; no por mala, ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tener que vér con la historia de su merced el señor Don Quixote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hi de perro berzas con capachos. Ahora digo, dixo Don Quixote, que no ha sido sábio el Autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que à tiento, y sin algun discurso se puso à escribirla, salga lo que saliere, como hacía Orbaneja, el Pintor de Ubeda; al qual preguntándole, qué pintaba? Respondió: Lo que saliere. Tal vez pintaba un gallo de tal suerte, y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas

escribiese junto à él : *Este es gallo* : y así debe de ser de mi historia , que tendrá necesidad de comento para entenderla. Eso no , respondió Sanson , porque es tan clara , que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean , los mozos la leen, los hombres la entienden , y los viejos la celebran ; y finalmente es tan trillada , tan leída , y tan sabida de todo género de gentes , que apenas han visto algun rocin flaco , quando dicen : Allí vá Rocinante; y los que mas se han dado à su letura son los pages. No hay antecámara de Señor, donde no se halle un Don Quixote : unos le toman , si otros le dexan : estos le embisten , y aquellos le piden. Finalmente la tal historia es del mas gustoso , y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto ; porque en toda ella no se descubre , ni por semejas , una palabra deshonesta , ni un pensamiento menos que Católico. A escribir de otra suerte , dixo Don Quixote , no fuera escribir verdades , sino mentiras ; y los Historiadores, que de mentiras se valen , habian de ser quemados , como los que hacen moneda falsa. Y no sé yo qué le movió al Autor à valerse de Novelas , y cuentos agenos,

nos, habiendo tanto que escribir en los mios : sin duda se debió de atener al refran : de paja, y de heno, &c. Pues en verdad que en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos, y mis acometimientos, pudiera hacer un volumen mayor, ò tan grande, que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efecto, lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es, que para componer historias, y libros, de qualquier suerte que sean, es menester un gran juicio, y un maduro entendimiento. Decir gracias, y escribir donayres es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la Comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar à entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera; y donde está la verdad, está Dios en quanto à verdad; pero no obstante esto, hay algunos que así componen, y arrojan libros de sí, como si fuesen buñuelos. No hay libro tan malo, dixo el Bachiller, que no tenga algo bueno. No hay duda en eso, replicó Don Quixote; pero muchas veces acontece que los que tenian méritamente grangeada, y alcanzada gran fama por sus es-

escritos, en dándolos à la estampa, la perdieron del todo, ò la menoscabaron en algo. La causa de eso es, dixo Sanson, que como las obras impresas se miran despacio, facilmente se vén sus faltas, y tanto mas se escudriñan, quanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes Poëtas, los ilustres Historiadores siempre, ò las mas veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto, y por particular entretenimiento juzgar los escritos agenos, sin haber dado algunos propios à la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dixo Don Quixote; porque muchos Theólogos hay, que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas, ò sobras de los que predican. Todo eso es así, señor Don Quixote, dixo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran mas misericordiosos, y menos escrupulosos, sin atenerse à los átomos del Sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto, para dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podria ser que lo que à ellos les pa-

re-

rece mal, fuesen lunares, que à las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene. Y así digo, que es grandísimo el riesgo à que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga, y contente à todos los que le leyeren. El que de mí trata, dixo Don Quixote, à pocos habrá contentado. Antes es al revés, respondió Sanson, que como de *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de tal historia; y algunos han puesto falta, y dolo en la memoria del Autor, pues se le olvida de contar quién fue el ladron que hurtó el rucio à Sancho, que allí no se declara: y solo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí à poco le vemos à caballo sobre el mismo jumento, sin haber parecido. Tambien dicen, que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos, que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra; y hay muchos que desean saber qué hizo de ellos, ò en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió: Yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas, ni cuentos, que me ha tomodo

un

un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucia: en casa lo tengo: mi oíslo me aguarda: en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré à vuestra merced, y à todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos. Y sin esperar respuesta, ni decir otra palabra, se fue à su casa. Don Quixote pidió, y rogó al Bachiller se quedáse à hacer penitencia con él. Tuvo el Bachiller el envite: quedóse: añadióse al ordinario un par de pichones: tratóse en la mesa de Caballerías: siguióle el humor Carrasco: acabóse el banquete: durmieron la siesta: volvió Sancho; y renovóse la plática pasada.

CAPITVLO LVI.

Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas, y preguntas, con otros sucesos dignos de Saberse, y de contarse.

VOlvió Sancho à casa de Don Quixote; y volviendo al pasado razonamiento, respondió: A lo que el señor Sanson dixo que se

se deseaba saber quién, cómo, ò quándo se me hurtó el jumento, respondiendo, digo, que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad, nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los Galeotes, y de la del difunto que llevaban à Segovia, mi señor, y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado à su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos, y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos à dormir, como si fuera sobre quatro colchones de pluma: especialmente yo dormí con tan pesado sueño que quien quiera que fue, tuvo lugar de llegar, y suspenderme sobre quatro estacas que puso à los quatro lados de la albarda, de manera que me dexó à caballo sobre ellas, y me sacó debaxo de mí al rucio, sin que yo lo sintiese. Eso es cosa facil, y no acontecimiento nuevo, dixo Don Quixote, que lo mismo le sucedió à Sacripante, quando estando en el cerco de Albraca, con esa misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladron, llamado Brunelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y apenas hube estremecido, quando faltando las estacas, dí conmigo en el suelo una gran caida. Miré

por

por el jumento, y no le ví: acudiéronme las lágrimas à los ojos, y hice una lamentacion, que si no la puso el Autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé quántos dias, viniendo con la señora Princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venía sobre él en hábito de Gitano aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero, y grandísimo maleador que quitamos mi señor, y yo de la cadena. No está en eso el yerro, replicó Sanson, sino en que antes de haber parecido el jumento, dice el Autor que iba à caballo Sancho en el mismo rucio. A eso, dixo Sancho: No sé qué responder, sino que el Historiador se engañó, ò yá sería descuido del Impresor. Así es sin duda, dixo Sanson. ¿Pero qué se hicieron los cien escudos? ¿Deshicieronse? Respondió Sancho: Yo los gasté en pro de mi persona, y de la de mi muger, y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi muger lleve en paciencia los caminos, y carreras que he andado sirviendo à mi señor Don Quixote; que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca, y sin el jumento à mi casa, negra ventura me esperaba: y si hay mas que saber de mí, aquí

aquí estoy, que responderé al mismo Rey en persona ; y nadie tiene para qué meterse en si traxe, ò no traxe, si gasté, ò no gasté, que si los palos que me dieron en estos viages se hubieran de pagar à dinero, aunque no se tasáran mas que à quatro maravedís cada uno, con otros cien escudos no habia para pagarme la mitad: y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga à juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendré cuidado, dixo Carrasco, de acusar al Autor de la historia que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto mas de lo que ella se está. ¿ Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor Bachiller ? preguntó Don Quixote. Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las yá referidas. ¿ Y por ventura, dixo Don Quixote, promete el Autor segunda parte ? Sí promete, respondió Sanson ; pero dice, que no ha hallado, ni sabe quién la tiene ; y así estamos en duda si saldrá, ò no ; y así por esto, como porque algunos dicen : Nunca segundas par-

partes fueron buenas, y otros: De las cosas de Don Quixote bastan las escritas; se duda que no ha de haber segunda parte. Aunque algunos, que son mas Jovialles que Saturninos, dicen: Vengan mas Quixotadas: embista Don Quixote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con esto nos contentamos. ¿Y à qué se atiene el Autor? A qué? respondió Sanson: en hallándo que halle la historia, que él vá buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego à la estampa, llevado mas del interés, que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dixo Sancho: ¿Al dinero, y al interés mira el Autor? Maravilla será que acierte; porque no hará sino harbar, harbar, como Sastre en vísperas de Pasqua; y las obras que se hacen apriesa, nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda ese señor Moro, ò lo que es, à mirar lo que hace, que yo, y mi señor le daremos tanto ripio à la mano en materia de aventuras, y de sucesos diferentes, que pueda componer, no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas; pues tengamos el pie al herrar,

rar, y verá del que cosqueamos. Lo que yo sé decir es, que si mi señor tomáse mi consejo, yá habíamos de estár en esas campañas deshaciendo agravios, y enderezando tuertos, como es uso, y costumbre de los buenos Andantes Caballeros. No habia bien acabado de decir estas razones Sancho, quando llegaron à sus oídos relinchos de Rocinante, los quales relinchos tomó Don Quixote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí à tres, ò quatro dias otra salida; y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo por qué parte comenzaria su jornada; el qual le respondió que era su parecer que fuese al Reyno de Aragon, y à la Ciudad de Zaragoza, adonde de allí à pocos dias se habian de hacer unas solemnísimas Justas por la fiesta de San Jorge, en las quales podria ganar fama sobre todos los Caballeros Aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo: alabóle ser honradísima, y valentísima su determinacion; y advirtióle que anduviese mas atentado en acometer los peligros, à causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian menester para que los amparáse, y socor-

riese en sus desventuras. De eso es lo que yo reniego, señor Sanson, dixo à este punto Sancho, que así acomete mi señor à cien hombres armados, como un muchacho goloso à media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor Bachiller, sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar: y no ha de ser todo Santiago, y cierra España; y mas, que yo he oído decir, y creo que à mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que en los estremos de cobarde, y de temerario está el medio de la valentía: y si esto es así, no quiero que huya, sin tener para qué, ni que acometa, quando la demasía pide otra cosa; pero sobre todo aviso à mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estár obligado à otra cosa que à mirar por su persona en lo que tocáre à su limpieza, y à su regalo, que en esto yo le baylaré el agua adelante; pero pensar que tengo de poner mano à la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha, y capellina, es pensar en lo escusado. Yo, señor Sanson, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor, y mas leal escu-

de-

dero que jamás sirvió à Caballero Andante ; y si mi señor D. Quixote , obligado de mis muchos , y buenos servicios, quisiese darme alguna Insula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí , recibiré mucha merced en ello ; y quando no me la diere , nacido soy , y no ha de vivir el hombre en note de otro , sino de Dios ; y mas que tan bien , y aún quizá mejor me sabrá el pan desgobernado , que siendo Gobernador: ¿y sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejado el diablo alguna zancadilla , donde tropiece , y cayga , y me deshaga las muelas ? Sancho nací , y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto, de buenas à buenas , sin mucha solicitud, y sin mucho riesgo , me deparáse el cielo alguna Insula , ù otra cosa semejante , no soy tan necio que la desecháse , que tambien se dice : Quando te dieren la baquilla , corre con la soguilla; y: Quando viene el bien mételo en tu casa. Vos , hermano Sancho , dixo Carrasco , habeis hablado como un Catedrático ; pero con todo eso confiad en Dios, y en el señor Don Quixote que os ha de dar un Reyno , no que una Insula. Tanto es lo de mas , co-

mo lo de menos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco que no echára mi señor el Reyno que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso à mí mismo, y me hallo con salud para regir Reynos, y gobernar Insulas: y esto yá otras veces lo he dicho à mi señor. Mirad, Sancho, dixo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viendoos Gobernador, no conociésedes à la madre que os parió. Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de enxundia de Christianos viejos, como yo los tengo: no sino llegaos à mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno! Dios lo haga, dixo D. Quixote, y ello dirá quando el gobierno venga, que yá me parece que le traygo entre los ojos. Dicho esto, rogó al Bachiller, que si era Poëta, le hiciese merced de componerle unos versos, que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso; y que advirtiese, que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre; de manera que al fin de los versos, juntan-

tando las primeras letras, se leyese Dulcinea del Toboso. El Bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos Poëtas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dexaria de componer los tales metros; aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, à causa que las letras que contenian el nombre, eran diez y siete, y que si hacía quatro Castellanas de à quatro versos, sobraba una letra, y si de à cinco, à quien llaman décimas, ò redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las quatro Castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dixo Don Quixote, que si allí no vá el nombre patente, y de manifiesto, no hay muger que crea que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto, y en que la partida sería de allí à ocho dias. Encargó Don Quixote al Bachiller la tuviese secreta, especialmente al Cura, al Maese Nicolas, à su sobrina, y al ama, porque no estorvasen su honrada, y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco. Con esto se despidió, encargando

à Don Quixote, que de todos sus buenos, ò malos sucesos le avisáse, habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fue à poner en órden lo necesario para su jornada.

CAPITULO LVII.

De la discreta, y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza, y su muger Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

LLegando à escribir el Traductor de esta historia este capítulo, dice, que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dexar de traducirlo por cumplir con lo que à su oficio debia; y así prosiguió diciendo.

Llegó Sancho à su casa tan regocijado, y alegre, que su muger conoció su alegría à tiro de ballesta, tanto que la obligó à preguntarle: ¿Qué traeis, Sancho amigo, que tan alegre venís? A lo que él respondió: Muger mia, si Dios quisiera, bien me

me holgára yo de no estár tan contento como muestro. No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué quereis decir en eso, de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estár contento, que maguer tonta, no sé yo quien recibe gusto de no tenerle. Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver à servir à mi amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera salir à buscar las aventuras; y yo vuelvo à salir con él, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos, como los yá gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de tí, y de mis hijos: y si Dios quisiera darme de comer à pie enxuto, y en mi casa, sin traerme por vericuetos, y encrucixadas; pues lo podia hacer à poca costa, y no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme, y valedera, pues que la que tengo vá mezclada con la tristeza de dexarte: así que dixe bien, que holgára, si Dios quisiera, de no estár tan contento. Mirad, Sancho, replicó Teresa, que despues que os hicisteis miembro de Caballero Andante hablais de tan ro-

deada manera que no hay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, muger, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos: requerid la albarda, y las demás xarcias, porque no vamos à bodas, sino à rodear el mundo, y à tener dares, y tomares con Gigantes, con Endríagos, y con Vestiglos, y à oír silvos, rugidos, bramidos, y baladros; y aún todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con Yangueses, y con Moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos Andantes no comen el pan de valde; y así quedaré rogando à nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, muger, respondió Sancho, que si no pensase antes de mucho tiempo verme Gobernador de una Insula, aqui me caeria muerto. Eso no, marido mio, dixo Teresa, viva la gallina, aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévese el diablo quantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salisteis del vientre de

vuestra madre: sin gobierno habeis vivido hasta ahora; y sin gobierno os ireis, ò os llevarán à la sepultura, quando Dios fuere servido. Como esos hay en el mundo, que viven sin gobierno, y no por eso dexan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre; y como ésta no falta à los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvideis de mí, y de vuestros hijos. Advertid, que Sanchico tiene yá quince años cabales, y es razon que vaya à la escuela, si es que su tio el Abad le ha de dexar hecho de la Iglesia. Mirad tambien que Mari-Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos, que me vá dando barruntos que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno: y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada. A buena fé, respondió Sancho, que si Dios me llega à tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, muger mia, à Mari-Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla señoría. Eso no, Sancho, respondió Teresa: casadla con su igual, que es

lo

lo mas acertado; que si de los zuecos la sacais à chapines, y de saya parda de catorceno à verdugado, y saboyanas de seda, y de una Marica, y de un tú, à una Doña tal, y Señoría, no se ha de hallar la muchacha, y à cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta, y grosera. Calla, boba, dixo Sancho, que todo será usarlo dos, ò tres años, que despues le vendrá el señorío, y la gravedad como de molde; y quando no, qué importa? Séase ella señoría, y venga lo que viniere. Medíos, Sancho, con vuesto estado, respondió Teresa, no os querais alzar à mayores; y advertid al refran que dice: Al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que sería gentil cosa casar à nuestra Maria con un Condazo, ò con un Caballerote, que quando se le antojáse la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del estripaterrones, y de la pelaruecas: no en mis dias, marido: para eso por cierto he criado yo à mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dexadlo à mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo, y sano, y que le co-

nocemos, y sé que no mira de mal ojo à la muchacha; y con éste, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre à nuestros ojos, y seremos todos unos, padres, hijos, nietos, y yernos, andará la paz, y la bendicion de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas Cortes, y en esos Palacios grandes, adonde ni à ella la entiendan, ni ella se entienda. Vén acá, bestia, y muger de Barrabás, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora sin qué, ni para qué estorvarme que no case à mi hija con quien me dé nietos que se llamen Señoría? Mira, Teresa, siempre he oído decir à mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura quando le viene, que no se debe quexar si se le pasa: y no sería bien que ahora que está llamando à nuestra puerta se la cerremos: dexémonos llevar de este viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abaxo dice Sancho, dixo el Traductor de esta historia que tenia por apócrifo este capítulo.) ¿No te parece animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo, y case à Mari-Sancha

cha con quien yo quisiere, y verás cómo te llaman à tí Doña Teresa Panza, y te sientas en la Iglesia sobre alcatifa, almohadas, y arambeles, à pesar, y despecho de las Hidalgas del Pueblo? No sino estaos siempre en un ser, sin crecer, ni menguar como figura de paramento: y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser Condesa, aunque tú mas me digas. ¿Veis quanto decís, marido? respondió Teresa, pues con todo eso temo que este Condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ahora la hagais Duquesa, ò Princesa; pero seos decir que no será ello con voluntad, ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puede haber entonos sin fundamento. Teresa me pusieron en el Bautismo, nombre mondo, y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni arriquives de dones, ni donas: Cascajo se llamó mi padre; y à mí por ser vuestra muger, me llaman Teresa Panza, que à buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá ván leyes do quieren Reyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima, que pese tanto, que no le pueda lle-

llevar ; y no quiero dar que decir à los que me vieren andar vestida à lo Condesil , ò à lo de Gobernadora , que luego dirán : Mirad qué entonada vá la puzpuerca : ayer no se hartaba de estirar de un poco de estopa , y iba à Misa cubierta la cabeza con la falda de la saya , en lugar de manto , y yá hoy vá con verdugado , con broches , y con entono , como si no la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete , ò mis cinco sentidos , ò los que tengo , no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto : vos , hermano , idos à ser gobierno , ò ínsulo , y entonaos à vuestro gusto , que mi hija , y yo por el siglo de mi padre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra Aldea. La muger honrada la pierna quebrada , y en casa ; y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta. Idos con vuestro Don Quixote à vuestras aventuras , y dexadnos à nosotras con nuestras malas venturas , que Dios nos las mejorará , como seamos buenas ; y no sé por cierto quién le puso à él Don , que no tuvieron sus padres , ni sus abuelos. Ahora digo , replicó Sancho , que tienes algun familiar en ese cuerpo. ¡Válgate Dios la muger , y qué de cosas has ensartado unas

en otras, sin tener pies, ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes, y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata, è ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vás huyendo de la dicha) si yo dixera que mi hija se arrojára de una torre abaxo, ò que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la Infanta Doña Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir, y cerrar de ojos te la chanto un Don, y una Señoría acuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo, en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo que tuvieron Moros en su linage los Almohades de Marruecos, ¿por qué no has de consentir, y querer lo que yo quiero? ¿Sabeis por qué, marido? (respondió Teresa) por el refran que dice: Quien te cubre, te descubre. Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen: y si el tal rico fue un tiempo pobre, allí es el murmurar, y el maldecir, y el peor pensar de los maldicientes, que los hay por estas calles à montones, como enjambres de abejas. Mira, Teresa, respondió San-

Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte, quizá no lo habrás oido en todos los dias de tu vida; y yo ahora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del Padre Predicador que la Quaresma pasada predicó en este pueblo; el qual, si mal no me acuerdo, dixo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están, y asisten en nuestra memoria mucho mejor, y con mas vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aquí vá diciendo Sancho, son las segundas por quien dice el Traductor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden à la capacidad de Sancho, el qual prosiguió, diciendo): de donde nace, que quando vemos alguna persona bien aderezada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve, y convida à que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna baxeza en que vimos à la tal persona, la qual ignominia, ahora sea de pobreza, ù de linage, como yá pasó, no es, y solo es lo que vemos presente. Y si éste, à quien la fortuna sacó del borrador de su baxeza, que por estas

tas mismas razones la dexó el padre à la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal, y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por su antigüedad son nobles; ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, sino fueren los envidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa: haced lo que quisiéredes, y no me quebreis mas la cabeza con vuestras arengas, y retóricas, y si estais revuelto en hacer lo que decís...Resuelto has de decir, muger, dixo Sancho, y no revuelto. No os pongais à disputar, marido, conmigo, respondió Teresa, yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibuxos: y digo, que si estais porfiando en tener gobierno, que lleveis con vos à vuestro hijo Sancho, para que desde ahora le enseñeis à tener gobierno, que bien es que los hijos hereden, y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dixo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste à los Gobernadores quando no los tienen; y víste-

le de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Enviad vos dineros, dixo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito. ¿En efecto quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija? El dia que yo la viere Condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mugeres, de estár obedientes à sus maridos, aunque sean unos porros. Y en esto comenzó à llorar tan de veras como si yá viera muerta, y enterrada à Sanchica. Sancho la consoló, diciéndola, que yá que la hubiese de hacer Condesa, la haría todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió à ver à D. Quixote, para dar órden de su partida.

CAPITULO LVIII.

De lo que pasó à Don Quixote con su sobrina, y con su ama; y es uno de los mas importantes capítulos de toda la historia.

EN tanto que Sancho Panza, y su muger Teresa Cascajo pasaron la impertinen-

te referida plática, no estaban ociosas la sobrina, y el ama de D. Quixote, que por mil señales iban coligiendo que su tio, y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al exercicio de su (para ellas) mal Andante Caballería. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto, y majar en hierro frio. Con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron, le dixo el ama: En verdad, señor mio, que si vuestra merced no afirma el pie llano, y se está quedo en su casa, y se dexa de andar por los montes, y por los valles, como ánima en pena, buscando estas que dicen que se llaman aventuras, à quien yo llamo desdichas, que me tengo de quexar à voz en grito à Dios, y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió D. Quixote: Ama, lo que Dios responderá à tus quexas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Magestad tampoco; y solo sé que si yo fuera Rey, me escusára de responder à tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le dán, que uno de los mayores trabajos que los Reyes tienen, entre otros muchos, es el estár obligados à escuchar à todos, y à responder

der à todos ; y así no querria yo que cosas mias le diesen pesadumbre. A lo que dixo el ama : Díganos , señor , ¿en la Corte de su Magestad no hay Caballeros ? Sí, respondió Don Quixote , y muchos ; y es razon que los haya para adorno de la Grandeza de los Príncipes , y para ostentacion de la Magestad Real. ¿ Pues no sería mejor que vuestra merced fuese, replicó ella, uno de los que à pie quedo sirviesen à su Rey, y Señor estándose en la Corte ? Mira , amiga , respondió Don Quixote, no todos los Caballeros pueden ser Cortesanos , ni todos los Cortesanos pueden , ni deben ser Caballeros Andantes : de todos ha de haber en el mundo : y aunque todos seamos Caballeros, vá mucha diferencia de los unos à los otros ; porque los Cortesanos , sin salir de sus aposentos, ni de los umbrales de la Corte , se pasean por todo el mundo , mirando un mapa , sin costarles blanca , ni padecer calor , ni frio , hambre , ni sed. Pero nosotros los Caballeros Andantes verdaderos , al Sol , al frio, al ayre , à las inclemencias del cielo , de noche , y de dia , à pie , y à Caballo , medimos toda la tierra con nuestros mismos pies : y no solamente conocemos los ene-

migos pintados, sino en su mismo sér; y en todo trance, y en toda ocasion los acometemos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafios: si lleva, ò no lleva mas corta la lanza, ò la espada: si trae sobre sí reliquias, ò algun engaño encubierto: si se ha de partir, y hacer tajadas el Sol, ò no, con otras ceremonias de este jaez, que se usan en los desafios particulares de persona à persona, que tú no sabes, y yo sí. Y has de saber mas, que el buen Caballero Andante, aunque vea diez gigantes, que con las cabezas, no solo tocan, sino pasan las nubes, y que à cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos, y poderosos navios, y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente, y con intrépido corazon los ha de acometer, y embestir: y si fuere posible, vencerlos, y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son mas duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas traxesen cuchillos tajan-

jantes de damasquino azero, ò porras ferradas con puntas asimismo de azero, como yo las he visto mas de doce veces. Todo esto he dicho, ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos Caballeros à otros; y sería razon que no hubiese Príncipe que no estimáse en mas esta segunda, ò, por mejor decir, primera especie de Caballeros Andantes; que segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos, que ha sido la salud, no solo de un Reyno, sino de muchos. ¡Ah, señor mio! dixo à esta sazon la sobrina, advierta vuestra merced que todo eso que dice de los Caballeros Andantes es fábula, y mentira, y sus historias, yá que no las quemasen, merecian que à cada una se le echáse un sambenito, ò alguna señal con que fuese conocida por infame, y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dixo Don Quixote, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que sonára por todo el mundo. ¿Cómo qué, es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva à poner len-

gua, y à censurar las historias de los Caballeros Andantes? ¿Qué dixera el señor Amadís, si tal oyera? Pero à buen seguro que él te perdonára, porque fue el mas humilde, y cortés Caballero de su tiempo, y el mas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido, que no te fuera bien de ello, que no todos son corteses, ni bien mirados: algunos hay follones, y descomedidos. Ni todos los que se llaman Caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen Caballeros; pero no todos pueden estár al toque de la piedra de la verdad. Hombres baxos hay que rebientan por parecer Caballeros; y Caballeros altos hay que parece que à posta mueren por parecer hombres baxos: aquellos se levantan, ò con la ambicion, ò con la virtud: estos se abaxan, ò con la floxedad, ò con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de Caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. ¡Válame Dios! dixo la sobrina, ¡que sepa vuestra merced tanto, señor tio, que si fuese menester, en una necesidad podria

su-

subir en un púlpito, è irse à predicar por esas calles; y que con todo eso dé en una ceguera tan grande, y en una sandez tan conocida, que se dé à entender que es valiente, siendo viejo; que tiene fuerzas estando enfermo; y que endereza tuertos, estando por la edad agoviado; y sobre todo, que es Caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los Hidalgos, no lo son los pobres! Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondió D. Quixote, y cosas te pudiera yo decir acerca de los linages que te admiráran; pero por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas, à quatro suertes de linages (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: Unos que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo, y dilatando, hasta llegar à una suma grandeza: otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan, y mantienen en el sér que comenzaron: otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pyrámide, habiendo disminuido, y aniquilado su principio, hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pyrámide, que

respecto de su basa, ò asiento, no es nada: otros hay (y estos son los mas), que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio; y así tendrán el fin sin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde, y subieron à la grandeza que ahora conservan, sírvaos de exemplo la Casa Otomana, que de un humilde, y baxo pastor, que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linage, que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, serán exemplo muchos Príncipes, que por herencia lo son, y se conservan en ella, sin aumentar, ni disminuirla, conteniéndose en los límites de sus Estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes, y acabaron en punta, hay millares de exemplos: porque todos los Pharaones, y Tolomeos de Egypto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dár este nombre) de infinitos Príncipes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persas, Griegos, y Bárbaros, todos estos linages, y Señoríos han acabado en punta, y en nonada, así ellos, como los que les dieron principio, pues no será posi-

sible hallar ahora ninguno de sus descendientes: y si le hallásemos, sería en baxo, y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mias, que es grande la confusion que hay entre los linages, y que solos aquellos parecen grandes, y ilustres, que lo muestran en la virtud, en la riqueza, y liberalidad de sus dueños. Dixe virtud, riqueza, y liberalidad, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande; y el rico no liberal, será un avaro mendigo: que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas; y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al Caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es Caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido, y oficioso; no sobervio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedis que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal, como el que à campana herida dá limosna; y no habrá quien

le

le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca dexe de juzgarle, y tenerle por de buena casta; y el no serlo sería milagro; y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dexar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres à llegar à ser ricos, y honrados: el uno es el de las letras; y el otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, segun me inclino à las armas, debaxo de la influencia del Planeta Marte: así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir à pesar de todo el mundo; y será en valde cansaros en persuadirme à que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea; pues con saber, como sé, los inumerables trabajos que son anexos à la Andante Caballería, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella: y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho, y espacioso: y sé que sus fines, y paraderos son diferentes; porque el del vicio, dilatado, y espacioso, acaba en muerte; y el de la virtud, angosto, y trabajoso, aca-

acaba en vida; y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin: y sé, como dice el gran Poëta Castellano nuestro, que:

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

¡Ah, desdichada de mí, dixo la sobrina, que tambien mi señor tio es Poëta! todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré, que si quisiera ser Albañil, que supiera fabricar una casa, como una jaula. Yo te prometo, sobrina, respondió Don Quixote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habria cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas, y palillos de dientes. A este tiempo llamaron à la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que él era; y apenas le hubo conocido el ama, quando corrió à esconderse, por no verle: ¡tanto le aborrecia! Abrióle la sobrina: salió à recibirle con los brazos abiertos su señor Don Quixote; y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.

CA-

CAPITULO LIX.

De lo que pasó D. Quixote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.

APenas vió el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, quando dió en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolucion de su tercera salida, tomando su manto, toda llena de congoja, y pesadumbre, se fue à buscar al Bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado, y amigo fresco de su señor, le podria persuadir à que dexáse tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa; y viéndole, se dexó caer ante sus pies, trasudando, y congojosa. Quando la vió Sanson Carrasco con muestras tan doloridas, y sobresaltadas, la dixo: ¿Qué es esto, señora ama? ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale: sálese sin duda. ¿Y por dónde se sale, señora? preguntó Sanson. ¿Hásele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta

ta de su locura : quiero decir , señor Bachiller de mi ánima , que quiere salir otra vez , que con esta será la tercera , à buscar por ese mundo lo que él llama venturas , que yo no puedo entender cómo les dá este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido à palos : la segunda vino en un carro de bueyes , metido , y encerrado en una jaula , adonde él se daba à entender que estaba encantado ; y venía tal el triste , que no le conociera la madre que le parió , flaco , amarillo , los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro, que para haberle de volver algun tanto en sí , gasté mas de seiscientos huevos , como lo sabe Dios , y todo el mundo , y mis gallinas , que no me dexarán mentir. Eso creo yo muy bien , respondió el Bachiller , que ellas son tan buenas , tan gordas , y tan bien criadas , que no dirán una cosa por otra , si rebentasen. En efecto, señora ama , no hay otra cosa , ni ha sucedido otro desmán alguno , sino el que se teme que quiere hacer el señor Don Quixote ? No señor , respondió ella. Pues no tenga peña , añadió el Bachiller , sino váyase en hora buena à su casa , y téngame

me aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas. ¡Cuitada de mí! replicó el ama, ¿la oracion de Santa Apolonia dice vuestra merced que rece? Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo há sino de los cascos. Yo sé lo que digo, señora ama: váyase, y no se ponga à disputar conmigo, pues sabe que soy Bachiller por Salamanca. ¿Qué no hay mas que bachillear? respondió Carrasco. Y con esto se fue el ama; y el Bachiller fue luego à buscar al Cura, para comunicar con él lo que se dirá à su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quixote, y Sancho pasaron las razones que con mucha puntualidad, y verdadera relacion cuenta la historia. Dixo Sancho à su amo: Señor, yá yo tengo relucida à mi muger à que me dexe ir con vuestra merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir, Sancho, dixo Don Quixote, que no relucida. Una, ù dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado à vuestra merced, que no me enmiende los vocablos, si es que en-

tien-

tiende lo que quiero decir en ellos; y que quando no los entienda, diga: Sancho, ò diablo, no te entiendo; y si yo no me declaráre, entónces podrá enmendarme, que yo soy tan focil.....No te entiendo, Sancho, dixo luego Don Quixote, pues no sé qué quiere decir soy tan focil. Tan focil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así. Menos te entiendo ahora, replicó D. Quixote. Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé cómo lo diga; no sé mas, y Dios sea conmigo. Yá, yá caygo, respondió Don Quixote, en ello. Tú quieres decir que eres tan docil, blando, y mañero, que tomarás lo que yo te dixere, y pasarás por lo que te enseñáre. Apostaré yo, dixo Sancho, que desde el emprincipio me caló, y me entendió, sino que quiso turbarme, por oirme decir otras doscientas patochadas. Podrá ser, replicó Don Quixote. ¿Y en efecto qué dice Teresa? Teresa dice, dixo Sancho, que ate bien mi dedo con vuestra merced; y que hablen cartas, y callen barbas, porque quien destaja, no baraja; pues mas vale un toma, que dos te daré: y yo digo que el consejo de la muger es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien,

res-

respondió Don Quixote. Decid, Sancho amigo, pasad adelante, que hablais hoy de perlas. Es el caso, replicó Sancho, que como vuestra merced mejor sabe, todos estamos sujetos à la muerte, y que hoy somos, y mañana no, y que tan presto se vá el cordero, como el carnero, y que nadie pudo prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y quando llega à llamar à las puertas de nuestra vida, siempre vá de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni Cetros, ni Mitras, segun es pública voz, y fama, y segun nos lo dicen por esos púlpitos.....Todo eso es verdad, dixo D. Quixote; pero no sé dónde vás à parar. Voy à parar, dixo Sancho, en que vuestra merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estár à mercedes, que llegan tarde, mal, ò nunca: con lo mio me ayude Dios. En fin yo quiero saber lo que gano, poco, ò mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo, no se pierde nada.

da. Verdad sea que si sucediese (lo qual ni lo creo , ni lo espero) que vuestra merced me diese la Insula , que me tiene prometida , no soy tan ingrato , ni llevo las cosas tan por los cabos , que no querré que se aprecie lo que montáre la renta de la tal Insula , y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho , amigo , respondió Don Quixote , à las veces tan buena suele ser una gata , como una rata. Yá entiendo , dixo Sancho. Yo apostaré que habia de decir rata , y no gata ; pero no importa nada , pues vuestra merced me ha entendido. Y tan entendido , respondió Don Quixote , que he penetrado lo último de tus pensamientos , y sé al blanco que tïras con las inumerables saëtas de tus refranes. Mira , Sancho , yo bien te señalaria salario , si hubiera hallado en alguna de las historias de los Caballeros Andantes exemplo que me descubriese , y mostrase por algun pequeño resquicio qué es lo que solian ganar cada mes , ò cada año ; pero yo he leído todas , ò las mas de sus historias , y no me acuerdo haber leído que ningun Caballero Andante haya señalado conocido salario à su escudero. Solo sé que todos servian à merced , y que

quando menos lo pensaban, si à sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una Insula, ò con otra cosa equivalente, y por lo menos quedaban con Título, y Señoría. Si con estas esperanzas, y aditamentos, vos, Sancho, gustais de volver à servirme, sea en buen hora; que pensar que yo he de sacar de sus términos, y quicios la antigua usanza de la Caballería Andante, es pensar en lo escusado. Así que, Sancho mio, volveos à vuestra casa, y declarad à vuestra Teresa mi intencion; y si ella gustáre, y vos gustáredes de estár à merced conmigo, *benè quidem*; y si no, tan amigos como de antes; que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas. Y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza, que ruin posesion; y buena quexa, que mala paga. Hablo de esta manera, Sancho, por daros à entender que tambien sé yo arrojar refranes como llovidos. Y finalmente quiero decir, y os digo, que si no quereis venir à merced conmigo, y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos, y os haga un santo, que à mí no me faltarán escuderos mas obedientes, mas solícitos, y no

tan

tan empachados, ni tan habladores como vos. Quando Sancho oyó la firme resolucion de su amo, se le nubló el cielo, y se le cayeron las alas del corazon, porque tenia creído, que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo: y así, estando suspenso, y pensativo, entró Sanson Carrasco, y la sobrina, y el ama, deseosas de oír con qué razones persuadia à su señor, y tio, que no tornáse à buscar las aventuras. Llegó Sanson, socarron famoso, y abrazándole, como la vez primera, y con voz levantada, le dixo: ¡O flor de la Andante Caballería! ¡O luz resplandeciente de las armas! ¡O honor, y espejo de la nacion Española! Plegue à Dios todo poderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona, ò personas que pusieren impedimento, y estorvaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mas desearen. Y volviéndose al ama, le dixo: Bien puede la señora ama no rezar mas la oracion de Santa Apolonia, que yo sé que es determinacion precisa de las esferas que el señor Don Quixote vuelva à executar sus altos, y nuevos pensamientos; y yo encargaria mucho

mi conciencia, si no intimáse, y persuadiese à este Caballero que no tenga mas tiempo encogida, y detenida la fuerza de su valeroso brazo, y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas, y el arrimo de las casadas; y otras cosas de este jaez, que tocan, atañen, dependen, y son anexas à la órden de la Caballería Andante. Ea, señor Don Quixote mio, hermoso, y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuestra merced, y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerlo en execucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona, y hacienda; y si fuere necesidad servir à su magnificencia de escudero, lo tendré à felicísima ventura. A esta sazon dixo Don Quixote, volviéndose à Sancho: ¿No te dixe yo, Sancho, que me habian de sobrar escuderos? Mira quien se ofrece à serlo, sino el inaudito Bachiller Sanson Carrasco, perpétuo trastúllo, y regocijador de los patios de las Escuelas Salmanticenses, sano de persona, agil de sus miembros, callado, sufridor, así del calor, como del frio, así

de

de la hambre, como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un Caballero Andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desbarate, y quiebre la columna de las letras, el vaso de las ciencias, y tronche la pluma eminente de las buenas, y liberales artes. Quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres; que yo con qualquier escudero estaré contento, yá que Sancho no se digna de venir conmigo. Sí digno, respondió Sancho, enternecido, y llenos de lágrimas los ojos; y prosiguió: No se dirá por mí, señor mio, el pan comido, y la compañia deshecha: sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que yá sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quien fueron los Panzas, de quien yo desciendo; y mas que tengo conocido, y calado, por muchas buenas obras, y por mas buenas palabras, el deseo que vuestra merced tiene de hacerme merced: y si me he puesto en cuentas de tanto mas quanto acerca de mi salario, ha sido por complacer à mi muger; la qual, quando toma la mano à persuadir una cosa, no

hay mazo que tanto apriete los haros de una cuba, como ella aprieta à que se haga lo que quiere; pero en efecto el hombre ha de ser hombre, y la muger muger; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese à quien pesáre: y así no hay mas que hacer, sino que vuestra merced ordene su atestamiento con su codillo en modo que no se pueda rebolcar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita que persuada à vuestra merced à salir vez tercera por ese mundo; y yo de nuevo me ofrezco à servir à vuestra merced fiel, y legalmentè, tan bien, y mejor que quantos escuderos han servido à Caballeros Andantes en los pasados, y presentes tiempos. Admirado quedó el Bachiller de oír el término, y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que habia leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora atestamiento, y codillo, que no se pueda rebolcar, en lugar de testamento, y codicilo, que no se pueda revocar, creyó todo lo que de él

él habia leído, y corfirmólo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos; y dixo entre sí, que tales dos locos como amo, y mozo, no se habrian visto en el mundo. Finalmente Don Quixote, y Sancho se abrazaron, y quedaron amigos, y con parecer, y beneplácito del gran Carrasco (que por entonces era su oráculo) se ordenó, que de allí à tres dias fuese su partida, en los quales habria lugar de aderezar lo necesario para el viage, y de buscar una celada de encaxe, que en todas maneras, dixo Don Quixote, que la habia de llevar. Ofreciósela Sanson, porque sabía no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba mas obscura por el orin, y el moho, que clara, y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos, ama, y sobrina echaron al Bachiller, no tuvieron cuento: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros; y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida, como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle à que otra vez saliese, fue hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del Cura, y el Barbero,

con quien él antes lo habia comunicado. En resolucion en aquellos tres dias Don Quixote, y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles; y habiendo aplacado Sancho à su muger, y Don Quixote à su sobrina, y à su ama, al anochecer, sin que nadie los viese, sino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del Lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quixote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveídas las alforjas de cosas tocantes à la bucólica, y la bolsa de dineros, que le dió Don Quixote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson, y suplicóle le avisáse de su buena, ò mala suerte, para alegrarse con ésta, ò entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian: prometióselo Don Quixote: dió Sanson la vuelta à su Lugar, y los dos tomaron la de la gran Ciudad del Toboso.

CAPITULO LX.

Donde se cuenta lo que le sucedió à Don Quixote yendo à ver à su señora Dulcinea del Toboso.

BEndito sea el poderoso Alá, dice Hame-

mete Benengeli al comienzo de este capítulo : bendito sea Alá , repite tres veces; y dice , que dá estas bendiciones por ver que tiene yá en campaña à Don Quixote, y à Sancho , y que los letores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas, y donayres de Don Quixote , y de su escudero : persuádeles que se les olviden las pasadas Caballerías del ingenioso Hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir , que desde ahora en el camino del Toboso comienzan , como las otras comenzaron en los campos de Montiel : y no es mucho lo que pide para tanto como él promete ; y así prosigue diciendo :

Solos quedaron Don Quixote , y Sancho ; y apenas se hubo apartado Sanson, quando comenzó à relinchar Rocinante , y à suspirar el rucio , que de entrambos Caballero , y Escudero fue tenido à buena señal , y por felicísimo agüero ; aunque si se ha de contar la verdad , mas fueron los suspiros , y rebuznos del rucio , que los relinchos del rocin : de donde coligió Sancho que su ventura habia de sobrepujar, y ponerse encima de la de su señor , fundándose , no sé si en Astrología judiciaria, que

que él se sabía, puesto que la historia no lo declara: solo le oyeron decir que quando tropezaba, ò caía, se holgára no haber salido de casa, porque del tropezar, ò caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto, ò las costillas quebradas: y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Díxole Don Quixote: Sancho, amigo, la noche se nos vá entrando à mas andar, y con mas escuridad de la que habíamos menester para alcanzar à ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir, antes que en otra aventura me ponga: allí tomaré la bendicion, y buena licencia de la sin par Dulcinea; con la qual licencia pienso, y tengo por cierto de acabar, y dar felice cima à toda peligrosa aventura; porque ninguna cosa de esta vida hace mas valientes à los Caballeros Andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuestra merced pueda hablar, ni verse con ella en parte à lo menos que pueda recibir su bendicion, si yá no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la ví la vez primera, quando le llevé la carta, donde iban las nuevas

de

de las sandeces, y locuras que vuestra merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra Morena. ¿Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dixo D. Quixote, adonde, ò por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza, y hermosura? No debian de ser sino galerías, ò corredores, ò lonjas, ò como las llaman, de ricos, y Reales Palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho; pero à mí bardas me parecieron, sino es que soy falto de memoria. Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó Don Quixote, que como yo la vea, eso se me dá que sea por bardas, que por ventanas, ò por resquicios, ò verjas de jardines, que qualquiera rayo que del sol de su belleza llegue à mis ojos, alumbrará mi entendimiento, y fortalecerá mi corazon de modo que quede único, y sin igual en la discrecion, y en la valentia. Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que quando yo ví ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba ahechando aquel trigo que dixe, el mucho polvo que sacaba, se le puso como nube ante el rostro, y se le es-

escureció. ¿Qué todavia das, Sancho, dixo Don Quixote, en decir, en pensar, en creer, y en porfiar que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo ese un menester, y exercicio que vá desviado de todo lo que hacen, y deben hacer las personas principales, que están constituidas, y guardadas para otros exercicios, y entretenimientos, que muestran à tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan à tí, Sancho, aquellos versos de nuestro Poëta, donde nos pinta las labores que hacian allá en sus moradas de cristal aquellas quatro Ninfas, que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron à labrar en el prado verde aquellas ricas telas, que allí el ingenioso Poëta nos describe, que todas eran de oro, sirgo, y perlas, contextas, y texidas. Y de esta manera debia de ser el de mi señora quando tú la viste; sino que la envidia, que algun mal encantador debe de tener à mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca, y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen; y así temo que en aquella historia, que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su Autor algun sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad

dad mil mentiras, divirtiéndose à contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. ¡O envidia, raiz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleyte consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores, y rabias. Eso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho; y pienso que en esa leyenda, ò historia, que nos dixo el Bachiller Carrasco que de nosotros habia visto, debe de andar mi honra à coche acá cinchado, y como dicen, al estricote aquí, y allí, barriendo las calles. Pues à fé de bueno que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado: bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre, y tapa la gran capa de la simpleza mia, siempre natural, y nunca artificiosa: y quando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme, y verdaderamente en Dios, y en todo aquello que tiene, y cree la Santa Madre Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy de los Judios, debian los Historiadores tener mi-

se-

sericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por ese mundo de mano en mano, no se me dá un higo que digan de mí todo lo que quisieren. Eso me parece, Sancho, dixo Don Quixote, à lo que sucedió à un famoso Poëta de estos tiempos; el qual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso, ni nombró en ella à una dama, que se podia dudar si lo era, ò no; la qual, viendo que no estaba en la lista de las demás, se quexó al Poëta, diciéndole que qué habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargáse la sátira, y la pusiese en el ensanche, si no, que miráse para lo que habia nacido. Hízolo así el Poëta, y púsola qual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. Tambien viene con esto lo que se cuenta de aquel pastor que puso fuego, y abrasó el Templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedáse vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se man-

mandó que nadie le nombráse, ni hiciese por palabra, ò por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavia se supo que se llamaba Erostrato. Tambien alude à esto lo que sucedió al grande Emperador Carlos V. con un Caballero en Roma. Quiso vér el Emperador aquel famoso Templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el Templo de todos los Dioses, y ahora con mejor vocacion se llama de todos los Santos, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la Gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad, y magnificencia de sus Fundadores. El es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ò por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima; desde la qual, mirando el Emperador el edificio, estaba con él, y à su lado un Caballero Romano, declarándole los primores, y sutilezas de aquella gran máquina, y memorable arquitectura; y habiéndose quitado de la claraboya, dixo al Emperador: Mil veces, sacra Magestad, me vino deseo de abrazar-

zarme con vuestra Magestad, y arrojarme de aquella claraboya abaxo, por dexar de mí fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasion que volvais à hacer prueba de vuestra lealtad; y así os mando que jamás me hableis, ni esteis donde yo estuviere: y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó à Horacio del puente abaxo armado de todas armas en la profundidad del Tiber? ¿Quién abrasó el brazo, y la mano à Mucio? ¿Quién impelió à Curcio à lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon à Cesar? Y con exemplos mas modernos: ¿Quién barrenó los navios, y dexó en seco, y aislados los valerosos Españoles, guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas, y otras grandes, y diferentes hazañas son, fueron, y serán obras de la fama, que los mor-

mortales desean, como premios, y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen; puesto que los Christianos Católicos, y Andantes Caballeros mas habemos de atender à la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones eternas, y celestes, que à la vanidad de la fama, que en este presente, y acabable siglo se alcanza; la qual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene fin señalado: así ¡ò Sancho! que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la Religion Christiana que profesamos. Hemos de matar en los Gigantes à la Sobervia: à la Envidia en la generosidad, y buen pecho: à la Ira en el reposado continente, y quietud del ánimo: à la Gula, y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos: à la Luxuria, y Lascivia en la lealtad que guardamos à las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos: à la Pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer, y hagan sobre Christianos, famosos Caballeros. Vés aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan

los extremos de alabanzas, que consigo trae la buena fama. Todo lo que vuestra merced hasta aquí me ha dicho, dixo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo eso querria que vuestra merced me sorbiese una duda, que ahora en este punto me ha venido à la memoria. Resolviese quieres decir, Sancho, dixo Don Quixote, dí en buen hora, que yo responderé lo que supiere. Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios, ò Agostos, y todos esos Caballeros hazañosos que ha dicho, que yá son muertos, ¿ dónde están ahora? Los Gentiles, respondió Don Quixote, sin duda están en el infierno, los Christianos, si fueron buenos Christianos, ò están en el purgatorio, ò en el cielo. Está bien, dixo Sancho; pero sepamos ahora: ¿ Esas sepulturas, donde están los cuerpos de esos señorazos, tienen delante de sí lámparas de plata, ò están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas, y de ojos de cera; y si de esto no, de qué están adornadas? A lo que respondió Don Quixote: Los sepulcros de los Gentiles fueron por la mayor parte suntuosos Templos: las cenizas del cuerpo de Julio Cesar se pu-

pusieron sobre una pyrámide de piedra de desmesurada grandeza, à quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al Emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena Aldea, à quien llamaron Moles Adriani, que ahora es el Castillo de San Angel en Roma. La Reyna Artemisa sepultó à su marido Mausoléo en un sepulcro, que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna de estas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los Gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas, y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados. A eso voy, replicó Sancho. Y dígame ahora: ¿Quál es mas, resucitar à un muerto, ò matar à un Gigante? La respuesta está en la mano, respondió Don Quixote: mas es resucitar à un muerto. Cogido le tengo, dixo Sancho: ¿Luego la fama del que resucita muertos, dá vista à los ciegos, endereza los coxos, dá salud à los enfermos, y delante sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas, que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este, y para el otro siglo, que la que de-

xaron, y dexaren quantos Emperadores Gentiles, y Caballeros Andantes ha habido en el mundo? Tambien confieso esa verdad, respondió Don Quixote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, ò como llaman à estos, respondió Sancho, tienen los cuerpos, y las reliquias de los Santos, que con aprobacion, y licencia de nuestra Santa Madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, y piernas, con que aumentan la devocion, y engrandecen su christiana fama. Los cuerpos de los Santos, ò sus reliquias llevan los Reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan, y enriquecen con ellos sus Oratorios, y sus mas preciados Altares. ¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dixo Don Quixote. Quiero decir, dixo Sancho, que nos demos à ser Santos, y alcanzaremos mas brevemente la buena fama que pretendemos. Advierta, señor, que ayer, ò antes de ayer, que segun há poco se puede decir de esta manera, canonizaron, ò beatificaron dos Fraylecitos Descalzos, cuyas cadenas de hierro, con que ceñian, y atormentaban sus cuerpos,

se

se tiene ahora à gran ventura besarlas, y tocarlas, y están en mas veneracion que está, segun dixe, la espada de Roldan en la Armería del Rey nuestro Señor, que Dios guarde: así que, señor mio, mas vale ser humilde Fraylecito de qualquier Orden que sea, que valiente, y Andante Caballero: mas alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas, que dos mil lanzadas, ora las dén à Gigantes, ora à Vestiglos, ò Endriagos. Todo eso es así, respondió Don Quixote; pero no todos podemos ser Frayles, y muchos son los caminos por donde lleva Dios à los suyos al cielo. Religion es la Caballería: Caballeros Santos hay en la gloria. Sí, respondió Sancho; pero yo he oído decir que hay más Frayles en el cielo que Caballeros Andantes. Eso es, respondió Don Quixote, porque es mayor el número de los Religiosos que el de los Caballeros. Muchos son los Andantes, dixo Sancho. Muchos, respondió Don Quixote; pero pocos los que merecen nombre de Caballeros. En estas, y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche, y dia siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó à Don Qui-

xote. En fin otro dia al anochecer descubrieron la gran Ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus à Don Quixote, y se le entristecieron à Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como no la habia visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué habia de hacer quando su dueño le enviáse al Toboso. Finalmente ordenó Don Quixote entrar en la Ciudad entrada la noche; y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas, que cerca del Toboso estaban; y llegado el determinado punto, entraron en la Ciudad, donde les sucedieron cosas que à cosas llegan.

CAPITULO LXI.

Donde se cuenta lo que en él se verá.

MEdia noche era por filo poco mas, ò menos, quando Don Quixote, y Sancho dexaron el monte, y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian,

y

y reposaban à pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entre clara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo obscura, por hallar en su obscuridad disculpa de su sandez. No se oía en todo el Lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de Don Quixote, y turbaban el corazon de Sancho: de quando en quando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche. Todo lo qual tuvo el enamorado Caballero à mal agüero; pero con todo esto dixo à Sancho: Sancho, hijo, guia al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. ¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del Sol! respondiò Sancho, que en el que yo ví à su grandeza, no era sino casa muy pequeña? Debia de estár retirada entonces, respondió Don Quixote, en algun pequeño apartamiento de su alcazar, solazándose à solas con sus doncellas, como es uso, y costumbre de las altas señoras, y Princesas. Señor, dixo Sancho, yá que vuestra merced quiere, à pesar mio, que sea alcazar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar

la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos, para que nos oigan, y nos abran, metiendo en alboroto, y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha à llamar à la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan, llaman, y entran à qualquier hora, por tarde que sea? Hallemos primero una por una el alcazar, replicó Don Quixote, que entonces yo diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que yo veo poco, ò aquel bulto grande, y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guie vuestra merced, respondió Sancho, quizá será así; aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de dia. Guió Don Quixote; y habiendo andado como doscientos pasos, dió con el bulto que hacía la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era el alcazar, sino la Iglesia principal del pueblo, y dixo: Con la Iglesia hemos dado, Sancho. Yá lo veo, respondió Sancho, y plegue à Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cementerios

à tales horas, y mas habiendo yo dicho à vuestra merced, si mal no me acuerdo, que la casa de esta señora ha de estár en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dixo Don Quixote: ¿adónde has tú hallado que los alcázares, y palacios Reales estén edificados en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso: quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios, y edificios grandes; y así suplíco à vuestra merced me dexe buscar por estas calles, ò callejuelas que se me ofrecen, podria ser que en algun rincon topáse con ese alcazar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos, y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dixo Don Quixote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera vuestra merced que de sola una vez que ví la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre, y hallarla à media noche, no hallándola vuestra merced, que la debe de haber visto millares de veces? Tú me harás desesperar,

rar, Sancho, dixo Don Quixote: ¿Vén acá, herege, no te he dicho mil veces que en todos los dias de mi vida no he visto à la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oidas, y de la gran fama que tiene de hermosa, y discreta? Ahora lo oygo, respondió Sancho, y digo, que pues vuestra merced no la ha visto, yo tampoco. Eso no puede ser, replicó Don Quixote, que por lo menos yá me has dicho tú que la viste ahechando trigo, quando me traxiste la respuesta de la carta que la envié contigo. No se atenga à eso, señor, respondió Sancho; porque le hago saber que tambien fue de oidas la vista, y la respuesta que le traxe; porque así sé yo quien es la señora Dulcinea, como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió Don Quixote, tiempos hay de burlas, y tiempos donde caen, y parecen mal las burlas. No porque yo diga que ni he visto, ni hablado à la señora de mi alma, has tú de decir tambien que ni la has hablado, ni visto, siendo tan al revés como sabes. Estando los dos en estas pláticas, vieron que venía à pasar por donde ellos estaban uno

con

con dos mulas, que por el ruido que hacía el arado, que arrastraba por el suelo, juzgaron que debia de ser labrador, que habria madrugado antes del dia à ir à su labranza; y así fue la verdad. Venía el labrador cantando aquel romance que dicen: *Mala la hubisteis Franceses en esa de Roncesvalles.* Que me maten, Sancho, dixo en oyéndole Don Quixote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo que viene cantando ese villano? Sí oygo, respondió Sancho; ¿pero qué hace à nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calaynos, que todo fuera uno para sucedernos bien, ò mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, à quien D. Quixote preguntó: ¿Sabreisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, dónde son por aquí los palacios de la sin par Princesa Doña Dulcinea del Toboso? Senor, respondió el mozo, yo soy forastero, y há pocos dias que estoy en este pueblo sirviendo à un labrador rico en la labranza del campo: en esta casa frontera viven el Cura, y el Sacristan del Lugar: entrambos, ò qualquier de ellos sabrá dar à vuestra merced razon de esa señora Prince-

cesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no ví Princesa alguna: muchas señoras sí principales, que cada una en su casa puede ser Princesa. Pues entre esas, dixo Don Quixote, debe de estár, amigo, esta por quien te pregunto. Podria ser, respondió el mozo: y à Dios, que yá viene el Alba; y dando à sus mulas, no atendió à mas preguntas. Sancho, que vió suspenso à su señor, y asaz mal contento, le dixo: Señor, yá se viene à mas andar el dia, y no será acertado dexar que nos halle el Sol en la calle: mejor será que nos salgamos fuera de la Ciudad, y que vuestra merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de dia, y no dexaré ostugo en todo este Lugar, donde no busque la casa, alcazar, ò palacio de mi señora; y asaz sería de desdichado, si no le hallá-se; y hallándole hablaré con su merced, y le diré dónde, y cómo queda vuestra merced esperando que le dé orden, y traza para verla, sin menoscabo de su honra, y fama. Has dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo

que

que ahora me has dado, le apetezco, y recibo de bonísima gana: vén, hijo, y vamos à buscar donde me embosque, que tú volverás, como dices, à buscar, à vér, y hablar à mi señora, de cuya discrecion, y cortesia espero mas que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar à su amo del pueblo, porque no averiguáse la mentira de la respuesta, que de parte de Dulcinea le habia llevado à Sierra Morena; y así dió priesa à la salida, que fue luego: y à dos millas del Lugar hallaron una floresta, ò bosque, donde Don Quixote se emboscó en tanto que Sancho volvia à la Ciudad à hablar à Dulcinea, en cuya embaxada le sucedieron cosas que piden nueva atencion, y nuevo crédito.

CAPITULO LXII.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.

LLegando el Autor de esta grande historia à contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no habia de ser creí-

creído; porque las locuras de Don Quixote llegaron aquí al término, y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo, y rezelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir, ni quitar à la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada de las objeciones que podian ponerle de mentiroso: y tuvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quiebra, siempre anda sobre la mentira, como el aceyte sobre el agua; y así prosiguiendo su historia, dice que así como Don Quixote se emboscó en la floresta, encinar, ò selva junto al gran Toboso, mandó à Sancho volver à la Ciudad, y que no volviese à su presencia sin haber primero hablado de su parte à su señora, pidiéndola fuese servida de dexarse ver de su cautivo Caballero; y se dignáse de echarle su bendicion, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acontecimientos, y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se lo mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le traxo la vez primera. Anda, hijo, replicó

Don

Don Quixote, y no te turbes quando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vás à buscar. Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo: ten en la memoria, y no te se pase de ella cómo te recibe: si muda las colores al tiempo que la estuvieres dando mi embaxada: si se desasosiega, y turba oyendo mi nombre: si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad: y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro: si te repite la respuesta que te diere dos, ò tres veces: si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa: si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones, y movimientos; porque si tú me lo relatares como ellos fueren, sacaré yo lo que ella tiene escondido en el secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones, y movimientos exteriores que muestran quando de sus amores se trata, son certísimos correos, que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma

pa-

pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mia, y vuélvate otro mejor suceso que el que yo quedo temiendo, y esperando en esta amarga soledad en que me dexas. Yo iré, y volveré presto, dixo Sancho, y ensanche vuestra merced, señor mio, ese coranzoncillo, que le debe de tener ahora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir que buen corazon quebranta mala aventura, y que donde no hay tocinos, no hay estacas; y tambien se dice, donde no se piensa salta la liebre. Dígolo, porque si esta noche no hallamos los palacios, ò alcázares de mi señora; ahora que es de dia los pienso hallar, quando menos lo piense; y hallados, déxeme à mí con ella. Por cierto, Sancho, dixo Don Quixote, que siempre traes tus refranes tan à pelo de lo que tratamos, quanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho, volvió Sancho las espaldas, y vareó su rucio, y Don Quixote se quedó à caballo, descansando sobre los estribos, y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes, y confusas imaginaciones, donde le dexarémos, yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso, y pensativo se apartó de su se-

señor, que él quedaba; y tanto, que apenas hubo salido del bosque, quando volviendo la cabeza, y viendo que D. Quixote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un arbol, comenzó à hablar consigo mismo, y à decirse: Sepamos ahora, Sancho, hermano, adónde vá vuestra merced. ¿Vá à buscar algun jumento, que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues qué vá à buscar? Voy à buscar, como quien no dice nada, à una Princesa, y en ella al sol de la hermosura, y à todo el cielo junto. ¿Y adónde pensais hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde? En la gran Ciudad del Toboso. Y bien. ¿Y de parte de quién la vais à buscar? De parte del famoso Caballero Don Quixote de la Mancha, que deshace los tuertos, y dá de comer al que há sed, y de beber al que há hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos Reales Palacios, ò unos sobervios alcázares. ¿Y habéisla visto algun dia por ventura? Ni yo, ni mi amo la habemos visto jamás. ¿Y paréceos que fuera acertado, y bien hecho, que si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con in-

tencion de ir à sonsacarles sus Princesas, y à desasosegarles sus damas, viniesen, y os moliesen las costillas à puros palos, y no os dexasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon, quando no considerasen que soy mandado, y que: Mensagero sois amigo, no mereceis culpa, non. No os fieis en eso, Sancho, porque la gente Manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios que si os huelen, que os mando mala ventura. Oxte puto, allá darás rayo: no sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto agено: y mas que así será buscar à Dulcinea por el Toboso, como à Marica por Rabena, ò al Bachiller en Salamanca. El diablo, el diablo me ha metido à mí en esto, que otro no. Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó de él fue que volvió à decirse: Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, sino es la muerte, debaxo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo,

y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice : *Dime con quién andas , decirtehe quién eres.* Y el otro : *De no con quien naces, sino con quien paces.* Siendo , pues, loco, como lo es , y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras , y juzga lo blanco por negro , y lo negro por blanco , como se pareció quando dixo que los molinos de viento eran gigantes , las mulas de los Religiosos dromedarios , las manadas de carneros exércitos de enemigos , y otras muchas cosas à este tono; no será muy dificil hacerle creer que una labradora , la primera que me topáre por aquí , es la señora Dulcinea; y quando él no lo crea , juraré yo; y si él juráre , tornaré yo à jurar ; y si porfiáre , porfiaré yo mas , y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito , venga lo que viniere : quizá con esta porfia acabaré con él que no me envie otra vez à semejantes mensagerías, viendo quán mal recado le traygo de ellas ; ò quizá pensará , como yo imagino , que algun mal encantador de estos que él dice que le quieren mal , la habrá mudado la figura por hacerle mal , y daño. Con esto que pensó Sancho Panza,

quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio; y deteniéndose allí hasta la tarde, por dar lugar à que D. Quixote pensase que le habia tenido para ir, y volver del Toboso: sucedióle todo tan bien, que quando se levantó para subir en el rucio, vió que del Toboso hácia donde él estaba venian tres labradoras sobre tres pollinos, ò pollinas, que el Autor no lo declara, aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las Aldeanas; pero como no vá mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió à las labradoras, à paso tirado volvió à buscar à su señor D. Quixote, y hallóle suspirando, y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como D. Quixote le vió, le dixo: ¿Qué hay, Sancho, amigo? ¿Podré señalar este dia con piedra blanca, ò con negra? Mejor será, respondió Sancho, que vuestra merced le señale con almagre, como rótulos de Cáthedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. De ese modo, replicó D. Quixote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas que hacer

vuestra merced sino picar à Rocinante, y salir à lo raso à ver à la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene à ver à vuestra merced. ¡Santo Dios! ? qué es lo que dices, Sancho, amigo ? dixo Don Quixote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrias alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Qué sacaría yo de engañar à vuestra merced, respondió Sancho, y estando tan cerca de descubrir mi verdad ¿ Pique, Señor, y venga, y verá venir à la Princesa, nuestra ama, vestida, y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas, y ella todas son una ascua de oro, todas mayorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocados de mas de diez altos. Los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del Sol, que andan jugando con el viento: y sobre todo, vienen à caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay mas que ver. Hacaneas querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas à hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras que se puede desear, especialmente la Princesa Dulcinea, mi

señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho, hijo, respondió D. Quixote; y en albricias de estas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganáre en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mias, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Yá en esto salieron de la selva, y descubrieron cerca à las tres Aldeanas. Tendió Don Quixote los ojos por odo el campo del Toboso, y como no vió sino à las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó à Sancho si las habia dexado fuera de la Ciudad. ¿Cómo fuera de la Ciudad (respondió), por ventura tiene vuestra merced los ojos en el colodrillo, que no vé que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo Sol á medio dia? Yo no veo, Sancho, dixo D. Quixote, sino es à tres labradoras sobre tres borricos. Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho: ¿y es posible que tres hacaneas, ò como se llaman,

Em.l Monsort sculpt

man, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan à vuestra merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas, si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho, amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdad que son borricos, ò borricas, como yo soy Don Quixote, y tú Sancho Panza: à lo menos à mí tales me parecen. Calle, señor, dixo Sancho, no diga tal palabra, sino despavile esos ojos, y venga à hacer reverencia à la señora de sus pensamientos, que yá llega cerca; y diciendo esto, se adelantó à recibir à las tres Aldeanas; y apeándose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dixo: Reyna, Princesa, y Duquesa de la hermosura, vuestra altivez, y grandeza sea servida de recibir en su gracia, y buen talante al cautivo Caballero vuestro, que allí está hecho piedra marmol, todo turbado, y sin pulsos de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él es el asendereado Caballero D. Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura. A esta sazon yá se habia puesto D. Quixote de hinojos junto

à Sancho, y miraba con ojos desencaxados, y vista turbada à la que Sancho llamaba Reyna, y señora; y como no descubria en ella sino una moza Aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cariredonda, y chata, estaba suspenso, y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dexaban pasar adelante à su compañera. Pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada, y mohina, dixo: Apártense hora en tal del camino, y déxenmos pasar, que vamos de priesa. A lo que respondió Sancho: ¡O Princesa, y señora universal del Toboso! ¿cómo vuestro magnífico corazon, no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia à la columna, y sustento de la Andante Caballería? Oyendo lo qual otra de las dos, dixo: Mas jo, que te estrego burra de mi suegro: mirad con qué se vienen los señoritos ahora à hacer burla de las Aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos: vayan su camino, y déxenmos hacer el nueso, y serlesha sano. Levántate, Sancho, dixo à

este punto Don Quixote, que yá veo que la fortuna de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento à esta ánima mezquina, que tengo en las carnes. Y tú, ¡ò extremo del valor, que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio de este afligido corazon que te adora! yá que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes, y cataratas en mis ojos, y para solo ellos, y no para otros ha mudado, y transformado tu sin igual hermosura, y rostro en el de una labradora pobre; si yá tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo, para hacerle aborrecible à tus ojos: no dexes de mirarme blanda, y amorosamente, echando de ver en esta sumision, y arrodillamiento, que à tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi agüelo, respondió la Aldeana: amiguita soy yo de oir resquebrajos: apártense, y déxenmos ir, y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho, y dexóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la Aldeana, que habia hecho la figura de Dulcinea, quando picando à su ha-

hacanea con un aguijon que en un palo traía, dió à correr por el prado adelante. Y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba mas de lo ordinario, comenzó à dar corcobos de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo qual visto por D. Quixote, acudió à levantarla, y Sancho à componer, y cinchar la albarda, que tambien vino à la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quixote levantar à su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algun tanto atrás, tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo mas ligero que un halcon sobre la albarda, y quedó ahorcajadas, como si fuera hombre; y entónces dixo Sancho: Vive Roque, que es la señora nuestra ama mas ligera que un alcotán, y que puede enseñar à subir à la gineta al mas diestro Cordobes, ò Mexicano. El arzon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cabra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el vien-

viento : y así era la verdad , porque en viéndose à caballo Dulcinea , todas picaron tras ella , y dispararon à correr , sin volver la cabeza atrás por espacio de mas de media legua. Siguiólas Don Quixote con la vista ; y quando vió que no parecian , volviéndose à Sancho , le dixo : ¿Sancho , qué te parece quán mal quisto soy de encantadores , y mira hasta dónde se estiende su malicia , y la ojeriza que me tienen , pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér à mi señora Dulcinea ? En efecto, yo nací para exemplo de desdichados , y para ser blanco , y terrero donde tomen la mira , y asesten las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir , Sancho , que no se contentaron estos traydores de haber vuelto , y tansformado à mi Dulcinea , sino que la transformaron , y volvieron en una figura tan baxa , y tan fea , como la de aquella Aldeana , y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señorías , que es el buen olor , por andar siempre entre ámbares , y entre flores ; porque te hago saber , Sancho , que quando llegué à subir à Dulcinea sobre su hacanea (segun tú di-

ces,

ces, que à mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó, y atosigó el alma. ¡O canalla! (gritó à esta sazon Sancho) ¡ò encantadores aciagos, y mal intencionados, y quién os viera à todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas haceis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora Dulcinea en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo; y finalmente todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debaxo de aquella fea corteza; aunque para decir verdad, nunca yo ví su fealdad, sino su hermosura, à la qual subia de punto, y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho, à manera de vigote, con siete, ù ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de mas de un palmo. A ese lunar, dixo D. Quixote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del

ros-

rostro : pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir à vuestra merced, respondió Sancho , que le parecian allí como nacidos. Yo lo creo , amigo , replicó D. Quixote , porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta, y bien acabada ; y así , si tuviera cien lunares como el que dices , en ella no fueran lunares , sino lunas , y estrellas resplandecientes. Pero dime , Sancho , ¿aquella que à mí me pareció albarda, que tú aderezaste , era silla rasa , ò sillon ? No era , respondió Sancho , sino silla à la gineta , con una cubierta de campo , que vale la mitad de un Reyno , segun es de rica. ¡ Y qué no viese yo todo eso , Sancho ! dixo Don Quixote : ahora torno à decir , y diré mil veces que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa , oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron , volvieron à subir en sus bestias , y siguieron el camino de Zaragoza , adonde pensaban llegar à tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes

fies-

fiestas, que en aquella insigne Ciudad cada año suelen hacerse. Pero antes que allá llegasen, les sucedieron cosas, que por muchas, grandes, y nuevas, merecen ser escritas, y leídas, como se verá adelante.

CAPITULO LXIII.

De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el carro, ò carreta de las Cortes de la muerte.

PEnsativo además iba Don Quixote por su camino adelante, considerando la mala burla que le habian hecho los encantadores, volviéndole à su señora Dulcinea en la mala figura de la Aldeana, y no imaginaba qué remedio tendria para volverla à su sér primero: y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas à Rocinante; el qual, sintiendo la libertad que se le daba, à cada paso se detenia à pacer la verde yerba, de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza, diciéndole: Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las

las sienten demasiado, se vuelven bestias. Vuestra merced se reporte, y vuelva en sí, y coja las riendas à Rocinante, y avive, despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los Caballeros Andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿Qué descaecimiento es este? ¿Estamos aquí, ò en Francia? Mas que se lleve Satanás à quantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo Caballero Andante que todos los encantos, y transformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió Don Quixote con voz no muy desmayada: calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia, y desventura yo solo tengo la culpa: de la embidia que me tienen los malos, ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho: ¿Quien la vido, y la véahora, quál es el corazon que no llora? Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó Don Quixote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se estendió à turbarte la vista, ni à encubrirte su belleza: contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno. Mas con todo esto he caí-

caído, amigo Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura; porque si mal no me acuerdo, dixiste que tenia los ojos de perlas; y los ojos que parecen de perlas, antes son de besugo que de dama; y à lo que yo creo los de Dulcinea deben de ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos, que les sirven de cejas: y estas perlas quítalas de los ojos, y pásalas à los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque tambien me turbó à mí su hermosura, como à vuestra merced su fealdad; pero encomendémoslo todo à Dios, que él es el sabidor de todas las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste, y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mio, mas que de otras, y es pensar qué medio se ha de tener quando vuestra merced venza à algun Gigante, ù otro Caballero, y le mande que se vaya à presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea, ¿adónde la ha de hallar este pobre Gigante, ò este pobre, y mísero Caballero

ro vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes, buscando à mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán mas que à mi padre. Quizá, Sancho, respondió Don Quixote, no se estenderá el encantamiento à quitar el conocimiento de Dulcinea à los vencidos, y presentados Gigantes, y Caballeros; y en uno, ù dos de los primeros que yo venza, y le envie, harémos la experiencia si la vén, ò no, mandandoles que vuelvan à darme relacion de lo que acerca de esto les hubiere sucedido. Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuestra merced ha dicho, y que con ese artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella à solo vuestra merced se encubre, la desgracia mas será de vuestra merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud, y contento, nosotros por acá nos avendremos, y lo pasarémos lo mejor que pudiéremos, buscando nuestras aventuras, y dexando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico de estas, y de otras mayores enfermedades. Responder queria Don Quixote à Sancho Panza,

pero estorvóselo una carreta que salió al través del camino cargada de los mas diversos, y estraños personages, y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas, y servia de carretero, era un feo Demonio. Venía la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo, ni zarzo. La primera figura que se ofreció à los ojos de Don Quixote, fue la de la misma Muerte con rostro humano: junto à ella venía un Angel con unas grandes, y pintadas alas. Al un lado estaba un Emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza. A los pies de la Muerte estaba el Dios, que llaman Cupido, sin benda en los ojos; pero con su arco, carcax, y saëtas. Venía tambien un Caballero armado de punta en blanco, excepto que no traía morrion, ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venian otras personas de diferentes trages, y rostros. Todo lo qual visto de improviso, en alguna manera alborotó à Don Quixote, y puso miedo en el corazon de Sancho; mas luego se alegró Don Quixote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva, y peligrosa aventura; y con este pensamiento, y con ánimo dispuesto de acome-

Em. Monfort sculp.t

meter qualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta, y amenazadora dixo: Carretero, cochero, ò diablo, ò lo que eres, no tardes en decirme quién eres, à dó vás, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. A lo qual mansamente, deteniendo el Diablo la carreta, respondió: Señor, nosotros somos recitantes de la compañia de Angúlo el Malo: hemos hecho en un Lugar, que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la Octava del Corpus, *el Auto de las Cortes de la Muerte*, y hémosle de hacer esta tarde en aquel Lugar que desde aquí parece; y por estár tan cerca, y escusar el trabajo de desnudarnos, y volvernos à vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo vá de Muerte: el otro de Angel: aquella muger, que es la del Autor, vá de Reyna: el otro de Soldado: aquel de Emperador; y yo de Demonio, y soy una de las principales figuras del Auto, porque hago en esta compañia los primeros papeles. Si otra cosa vuestra merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo le sabré responder

con toda puntualidad, que como soy Demonio, todo se me alcanza. Por la fé de Caballero Andante, respondió Don Quixote, que así como ví este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia; y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo, y buen talante, porque desde muchacho fui aficionado à la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula. Estando en estas pláticas, quiso la suerte que llegáse uno de la compañia, que venía vestido de mogiganga, con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vexigas de vaca hinchadas; el qual moharracho, llegándose à Don Quixote, comenzó à esgrimir el palo, y à sacudir el suelo con las vexigas, y à dar grandes saltos, sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó à Rocinante, que sin ser poderoso à detenerle Don Quixote, tomando el freno entre los dientes, dió à correr por el campo con mas ligereza que jamás prometieron los huesos de

de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio, y à toda priesa fue à valerle; pero quando à él llegó, yá estaba en tierra, y junto à él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin, y paradero de las lozanías de Rocinante, y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dexado su caballería Sancho, por acudir à Don Quixote, quando el demonio bayladór de las vexigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo, y ruido, mas que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hácia el Lugar donde iban à hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio, y la caída de su amo, y no sabía à quál de las dos necesidades acudiria primero. Pero en efecto como buen escudero, y como buen criado, pudo mas con él el amor de su dueño que el cariño de su jumento: puesto que cada vez que veía levantar las vexigas en el ayre, y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos, y sustos de muerte; y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran à él en las niñas de los ojos, que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perplexa

tribulacion llegó donde estaba Don Quixote, harto mas maltratado de lo que él quisiera; y ayudándole à subir sobre Rocinante, le dixo: Señor, el Diablo se ha llevado al rucio. ¿Qué Diablo? preguntó Don Quixote. El de las vexigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó Don Quixote, si bien se encerrase con él en los mas hondos, y obscuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta vá despacio: y con las mulas de ella satisfaré la pérdida del rucio. No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho: vuestra merced temple su cólera, que segun me parece, yá el Diablo ha dexado el rucio, y vuelve à la querencia: y así era la verdad, porque habiendo caído el Diablo con el rucio, por imitar à Don Quixote, y à Rocinante, el Diablo se fue à pie al pueblo, y el jumento se volvió à su amo. Con todo esto, dixo Don Quixote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo Emperador. Quítesele à vuestra merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida.

da. Recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre, y sin costas. Sepa vuestra merced que como son gentes alegres, y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan, y estiman; y mas siendo de aquellos de las compañías Reales, y de título, que todos, ò los mas en sus trages, y compostura parecen unos Príncipes. Pues con todo, respondió Don Quixote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano. Diciendo esto, volvió à la carreta, que yá estaba bien cerca del pueblo: iba dando voces, diciendo: Deteneos, esperad, turba alegre, y regocijada, que os quiero dar à entender cómo se han de tratar los jumentos, y alimañas que sirven de caballería à los escuderos de los Caballeros Andantes. Tan altos eran los gritos de D. Quixote, que los oyeron, y entendieron los de la carreta, juzgando por las palabras la intencion del que las decia. En un instante saltó la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretero, y el Angel, sin quedarse la Reyna, ni el Dios Cupido, y todos se cargaron de piedras, y se pusieron en ala, es-

perando recibir à Don Quixote en las puntas de sus guijarros. Don Quixote, que los vió puestos en tan gallardo esquadron, los brazos levantados, con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas à Rocinante, y púsose à pensar de qué modo los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado esquadron, le dixo: Asaz de locura sería intentar tal empresa. Considere vuestra merced, señor mio, que para sopa de arroyo, y tente bonete, no hay arma defensiva en el mundo sino es embutirse, y encerrarse en una campana de bronce; y tambien se ha de considerar que es mas temeridad que valentía acometer un hombre solo à un exército donde está la Muerte, y pelean en persona Emperadores, y à quien ayudan los buenos, y los malos Angeles; y si esta consideracion no le mueve à estarse quedo, múevale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen Reyes, Príncipes, y Emperadores, no hay ningun Caballero Andante. Ahora sí, dixo Don Quixote, has dado, Sancho, en el punto, que puede, y debe mudarme de

mi yá determinado intento. Yo no puedo, ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado Caballero. Atí, Sancho, toca, si quieres, tomar la venganza del agravio, que à tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces, y advertimientos saludables. No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos Christianos tomarla de los agravios: quanto mas que yo acabaré con mi asno, que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la qual es de vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó Don Quixote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho christiano, y Sancho sincéro, dexemos estas fantasmas, y volvamos à buscar mejores, y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas, y muy milagrosas. Volvió las riendas luego: Sancho fue à tomar su rucio: la Muerte con todo su esquadron volante volvieron à su carreta, y prosiguieron su viage. Y este felice fin tuvo la tenebrosa aventura de la carreta de la Muerte: gracias sean dadas

al

al saludable consejo, que Sancho Panza dió à su amo, al qual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado, y Andante Caballero, de no menos suspension que la pasada.

CAPITULO LXIV.

De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el bravo Caballero de los espejos.

LA noche que siguió al dia del reencuentro de la Muerte, la pasaron Don Quixote, y su escudero debaxo de unos altos, y sombrosos árboles, habiendo, à persuasion de Sancho, comido Don Quixote de lo que venía en el repuesto del rucio; y entre la cena dixo Sancho à su señor: Señor, qué tonto hubiera andado yo, si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuestra merced acabára, antes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto, mas vale páxaro en mano, que buytre volando. Todavia, respondió Don Quixote, si tú, Sancho, me dexáras acometer, como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo menos la corona de oro de la Empera-

triz,

triz, y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitára al redopelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros, y coronas de los Emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel, ò hoja de lata. Así es verdad, replicó Don Quixote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos, y aparentes, como lo es la misma comedia; con la qual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente à los que las representan, y à los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien à la República, poniéndonos un espejo à cada paso delante, donde se vén al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos, y lo que habemos de ser, como la comedia, y los Comediantes. Si no, dime: ¿No has visto tú representar alguna comedia, adonde se introducen Reyes, Emperadores, y Pontífices, Caballeros, Damas, y otros diversos personages: uno hace el rufian, otro el embustero, éste el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el ena-

enamorado simple; y acabada la comedia, y desnudandose de los vestidos de ella, quedan todos los Recitantes iguales? Sí he visto, respondió Sancho. Pues lo mismo, dixo D. Quixote, acontece en la comedia, y trato de este mundo, donde unos hacen los Emperadores, otros los Pontífices, y finalmente todas quantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es quando se acaba la vida, à todos les quita la muerte las ropas, que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. Brava comparacion, dixo Sancho, aunque no tan nueva, que yo no la haya oído muchas, y diversas veces, como aquella del juego del axedréz, que mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego, todas se mezclan, juntan, y baraxan, y dán con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dixo Don Quixote, te vás haciendo menos simple, y mas discreto. Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuestra merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles, y secas, estercolándolas, y cultivándolas, vienen à dar buenos frutos: quie-

ro decir que la conversacion de vuestra merced ha sido el estiercol, que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído, la cultivacion el tiempo que ha que le sirvo, y comuníco, y con esto espero dar frutos de mí, que sean de bendicion, tales, que no desdigan, ni deslicen de los senderos de la buena crianza, que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse Don Quixote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de quando en quando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas, ò las mas veces que Sancho queria hablar de oposicion, y à lo cortesano, acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba mas elegante, y memorioso, era en traer refranes, viniesen, ò no viniesen, à pelo de lo que trataba, como se habrá visto, y se habrá notado en el discurso de esta historia. En estas, y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y à Sancho le vino en voluntad de dexar caer las compuertas de los ojos, como él decia, quando queria dormir; y desaliñando el rucio,

le

le dió pasto abundoso, y libre. No quitó la silla à Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña, ò no durmiesen debaxo de techado, no desaliñáse à Rocinante: antigua usanza, establecida, y guardada de los Andantes Caballeros, quitar el freno, y colgarle del arzon de la silla; pero quitar la silla al caballo, guarda: y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rucio, cuya amistad de él, y de Rocinante fue tan única, y tan travada, que hay fama por tradicion de padres à hijos, que el Autor de esta verdadera historia hizo particulares capítulos de ella; mas que por guardar la decencia, y decoro que à tan heroyca historia se debe, no los puso en ella; puesto que algunas veces se descuida de este su presupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban, acudian à rascarse el uno al otro, y que despues de cansados, y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio (que sobraba de la otra parte mas de media vara), y mirando los dos atentamente al suelo, se solian estár de aquella manera tres dias, à lo menos todo el tiempo que les dexaba,

ò

ò no les compelia la hambre à buscar sustento. Digo que dicen que dexó el Autor escrito que los habia comparado en la amistad à la que tuvieron Niso, y Eurialo, Pílades, y Orestes; y si esto es así, se podia echar de vér (para universal admiracion) quán firme debió de ser la amistad de estos dos pacíficos animales, y para confusion de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos à los otros. Por esto se dixo: No hay amigo para amigo: las cañas se vuelven lanzas; y el otro que cantó: De amigo à amigo la chinche, &c. Y no le parezca à alguno, que anduvo el Autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad de estos animales à la de los hombres, que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres, y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristel: de los perros el vómito, y el agradecimiento: de las grullas la vigilancia: de las hormigas la providencia: de los elefantes la honestidad; y la lealtad del caballo. Finalmente Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y Don Quixote dormitando al de una encina. Pero poco espacio de tiem-

tiempo habia pasado, quando le despertó un ruido, que sintió à sus espaldas, y levantándose con sobresalto, se puso à mirar, y à escuchar de dónde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres à caballo, y que el uno dexándose derribar de la silla, dixo al otro: Apéate, amigo, y quita los frenos à los caballos, que à mi parecer este sitio abunda de yerbas para ellos, y del silencio, y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto, y el tenderse en el suelo todo fue à un mismo tiempo; y al arrojarse, hicieron ruido las armas de que venía armado: manifiesta señal por donde conoció Don Quixote que debia de ser Caballero Andante; y llegándose á Sancho, que dormia, le travó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baxa le dixo: Hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho; Y, adónde está, señor mio, su merced de esa señora aventura? ¿Adónde, Sancho? replicó Don Quixote: vuelve los ojos, y mira, y verás allí tendido un Andante Caballero, que à lo que à mí se me trasluce, no debe de estár demasiadamente

alegre, porque yo le ví arrojar del caballo, y tenderse en el suelo, con algunas muestras de despecho, y al caer le cruxieron las armas. ¿Pues en qué halla vuestra merced, dixo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió Don Quixote, que esta sea aventura del todo, sino principio de ella, que por aquí comienzan las aventuras. Pero escucha, que à lo que parece, templando está un laud, ò vihuela; y segun escupe, y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo. A buena fé que es así, respondió Sancho, y que debe de ser Caballero enamorado. No hay ninguno de los Andantes que no lo sea, dixo Don Quixote; y escuchémosle, que por el hilo sacarémos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta: que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho à su amo; pero la voz del Caballero del bosque, que no era muy mala, ni muy buena, lo estorvó; y estando los dos atónitos, oyeron lo que cantó, que fue este

SONETO.

Dadme, señora, un término que siga,
Conforme à vuestra voluntad cortado,

Que será de la mia así estimado,
Que por jamás un punto de él desdiga.
Si gustais que callando mi fatiga
Muera, contadme yá por acabado:
Si quereis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mismo amor la diga.
A prueba de contrarios estoy hecho
De blanda cera, y de diamante duro,
Y à las leyes de amor el alma ajusto.
Blando, qual es, ò fuerte, ofrezco el pecho
Entallado, imprimid lo que os dé gusto,
Que de guardarlo eternamente juro.

Con un ay, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin à su canto el Caballero del bosque, y de allí à un poco, con voz doliente, y lastimada, dixo: ¡O la mas hermosa, y la mas ingrata muger del orbe! ¿Cómo qué será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma, y acabe en contínuas peregrinaciones, y en ásperos, y duros trabajos este tu cautivo Caballero? ¿No basta yá que he hecho que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los Caballeros de Navarra, todos los Leoneses, todos los Tartesios, todos los Castellanos, y finalmente todos los Caballeros de la Mancha? Eso no, dixo à esta

ta sazon Don Quixote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado; ni podia, ni debia confesar una cosa tan perjudical à la belleza de mi señora: y este Caballero yá vés tú, Sancho, que desvaría; pero escuchemos, quizá se declarará mas. Sí hará, replicó Sancho, que término lleva de quexarse un mes arreo. Pero no fue así, porque habiendo entreoído el Caballero del bosque que hablaban cerca de él, sin pasar adelante en su lamentacion, se puso en pie, y dixo con voz sonora, y comedida: ¿Quién vá allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura de la del número de los contentos, ù de la de los afligidos? De los afligidos, respondió Don Quixote. Pues lléguese à mí, respondió el del bosque, y hará cuenta que se llega à la misma tristeza, y à la afliccion misma. Don Quixote, que se vió responder tan tierna, y comedidamente, se llegó à él, y Sancho ni mas, ni menos. El Caballero lamentador asió à Don Quixote del brazo, diciendo: Sentaos aquí, señor Caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la Andante Caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad, y el sereno os hacen compañia, na-

turales lechos, y propias estancias de los Caballeros Andantes. A lo que respondió Don Quixote: Caballero soy de la profesion que decís, y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias, y las desventuras, no por eso se ha auyentado de ella la compasion que tengo de las agenas desdichas. De lo que cantasteis poco há colegí que las vuestras son enamoradas; quiero decir, del amor que teneis à aquella hermosa ingrata, que en vuestras lamentaciones nombrasteis. Yá quando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz, y compaña, como si al romper del dia no se hubieran de romper las cabezas. ¿Por ventura, señor Caballero, preguntó el del bosque à Don Quixote, sois enamorado? Por desventura lo soy, respondió D. Quixote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se deben tener por gracias, que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del bosque, si no nos turbáse la razon, y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos, parecen venganzas. Nunca fui desdeñado de mi señora, respondió Don Quixote. No por cierto, dixo Sancho (que allí junto es-

ta-

taba), porque es mi señora como una borrega mansa : es mas blanda que una manteca. ¿ Es vuestro escudero este ? preguntó el del bosque. Sí es , respondió Don Quixote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del bosque, que se atreva à hablar donde habla su señor ; à lo menos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. Pues à fé, dixo Sancho, que he hablado yo , y puedo hablar delante de otro tan.....y aun quédese aquí , que es peor menearlo. El escudero del bosque asió por el brazo à Sancho, diciéndole: Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo quanto quisiéremos, y dexemos à estos señores amos nuestros , que se dén de las hastas, contándose las historias de sus amores, que à buen seguro , que les ha de coger el dia en ellas , y no las han de haber acabado. Sea en buen hora, dixo Sancho, y yo le diré à vuestra merced quien soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos , entre los quales pasó un tan gracioso coloquio, como fue grave el que pasó entre sus señores.

CAPITULO LXVI.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del bosque, con el discreto, nuevo, y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

DIvididos estaban Caballeros, y escuderos, estos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y así dice que apartándose un poco de ellos, el del bosque dixo à Sancho: Trabajosa vida es la que pasamos, y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de Caballeros Andantes: en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios à nuestros primeros padres. Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos: ¿porque quién mas calor, y mas frio que los miserables escuderos de la Andante Caballería? y aun menos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez hay que se nos pasa un dia, ù dos sin desayunarnos, sino es

del

del viento que sopla. Todo eso se puede llevar, y conllevar, dixo el del bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el Caballero Andante à quien un escudero sirve, por lo menos à pocos lances se verá premiado con un hermoso gobierno de qualque Insula, ò Condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, yá he dicho à mi amo que me contento con el gobierno de alguna Insula; y él es tan noble, y tan liberal que me le ha prometido muchas, y diversas veces. Yo, dixo el del bosque, con un Canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y yá me le tiene mandado mi amo. Y qué tal debe de ser, dixo Sancho, su amo de vuestra merced Caballero à lo Eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes à sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego; aunque yo me acuerdo quando le querian aconsejar personas discretas, aunque à mi parecer mal intencionadas, que procuráse ser Arzobispo; pero él no quiso sino ser Emperador; y yo estaba entonces temblando si le venía en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella: porque le hago

saber à vuestra merced, que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que lo yerra vuestra merced, dixo el del bosque, à causa de que los gobiernos insulanos no son todos de buena data, algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos melancólicos; y finalmente el mas erguido, y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos, y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado à quien le cupo en suerte. Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre, nos retirásemos à nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en exercicios mas suaves, como si dixésemos, cazando, ò pescando: ¿que qué escudero hay tan pobre en el mundo à quien le falte un rocin, un par de galgos, y una caña de pescar, con que entretenerse en su Aldea? A mí no me falta nada de eso, respondió Sancho: verdad es que no tengo rocin; pero tengo un asno, que vale dos veces mas que el caballo de mi amo. Mala Pasqua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocára por él, aunque me diesen quatro fanegas de cebada encima. A burla tendrá vuestra merced el valor

lor de mi rucio : que rucio es el color de mi jumento. Pues galgos no me habian de faltar habiéndolos sobrados en mi pueblo, y mas que entonces es la caza mas gustosa, quando se hace à costa agena. Real, y verdaderamente, respondió el del bosque, señor escudero, que tengo propuesto, y determinado de dexar estas borracherías de estos Caballeros, y retirarme à mi Aldea, y criar mis hijos, que tengo tres como tres orientales perlas. Dos tengo yo, dixo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha à quien crio para Condesa, si Dios fuere servido, aunque à pesar de su madre. ¿ Y qué edad tiene esa señora, que se cria para Condesa ? preguntó el del bosque. Quince años, dos mas, ò menos, respondió Sancho ; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son esas, respondió el del bosque, no solo para ser Condesa, sino para ser Ninfa del verde bosque. ¡ O hi de puta, puta, y qué rejo debe de tener la bellaca ! A lo que respondió Sancho (algo mohino), ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de las dos,

dos, Dios queriendo, mientras yo viviere: y háblese mas comedidamente, que para haberse criado vuestra merced entre Caballeros Andantes, que son la misma cortesia, no me parecen muy concertadas esas palabras. ¡O qué mal se le entiende à vuestra merced, replicó el del bosque, de achaque de alabanza, señor escudero! ¿Cómo, y no sabe que quando algun Caballero dá una buena lanzada al toro en la plaza, ò quando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vuelgo: O hi de puta, puto, y qué bien que lo ha hecho, y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable? y renegad vos, señor, de los hijos, ò hijas que no hacen obras que merezcan se les dén à sus padres loores semejantes. Sí, reniego, respondió Sancho, y de este modo, y por esa misma razon podia echar vuestra merced à mis hijos, y à mi muger toda una puteria encima, porque todo quanto hacen, y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas; y para volverlos à ver, ruego yo à Dios me saque de pecado mortal, que lo mismo será si me saca de este peligroso oficio de escudero, en el qual he incur-

currido segunda vez, cebado, y engañado de una bolsa con cien ducados, que me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena; y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que à cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo à mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un Príncipe; y el rato que en esto pienso, se me hacen faciles, y llevaderos quantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene mas de loco que de Caballero. Por eso, respondió el del bosque, dicen que la codicia rompe el saco; y si vá à tratar de ellos, no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: Cuidados agenos matan al asno; pues porque cobre otro Caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si despues de hallado, le ha de salir à los hocicos. ¿Y es enamorado por dicha? preguntó Sancho. Sí, dixo el del bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda, y la mas asada señora que en todo el Orbe pudo hallarse; pero no coxea del pie de la crudeza, que

otros

otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirá antes de muchas horas. No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon, ò barranco: en otras casas cuecen habas, y en la mia à calderadas: mas acompañados, y paniaguados debe de tener la locura, que la discrecion. Mas si es verdad lo que comunmente se dice que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuestra merced podré consolarme, pues sirve à otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del bosque, y mas bellaco que tonto, y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho: digo, que no tiene nada de bellaco; antes tiene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal à nadie, sino bien à todos; ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del dia; y por esa sencillez le quiero como à las telas de mi corazon, y no me amaño à dexarle, por mas disparates que haga. Con todo eso, hermano, y señor, dixo el del bosque, si el ciego guia al ciego, ambos ván à peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de pies, y volver-

vernos à nuestras querencias, que los que buscan aventuras, no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho amenudo, al parecer un cierto género de saliva pegajosa, y algo seca; lo qual visto, y notado por el caritativo bosqueril escudero, dixo: Paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traygo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno; y levantándose, volvió desde allí à un poco con una gran bota de vino, y una empanada de media vara; y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar, tan grande, que Sancho al tocarla, entendió ser de algun cabron, no que de cabrito; lo qual visto por Sancho, dixo: ¿Y esto trae vuestra merced consigo, señor? ¿Pues qué se pensaba, respondió el otro, soy yo por ventura algun escudero de agua, y lana? Mejor repuesto traygo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo quando vá de camino un General. Comió Sancho, sin hacerse de rogar, y tragaba à escuras bocados de nudos de suelta, y dixo: Vuestra merced sí que es escudero fiel, y legal moliente, y corriente, magnífico, y grande, como lo

lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamiento, parécelo à lo menos, y no como yo mezquino, y malaventurado, que solo traygo en mis alforjas un poco de queso tan duro que pueden descalabrar con ello à un gigante, à quien hacen compañia quatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas, y nueces: mercedes à la estrecheza de mi dueño, y à la opinion que tiene, y órden que guarda, de que los Caballeros Andantes no se han de mantener, y sustentar sino con frutas secas, y con las yerbas del campo. Por mi fé, hermano, replicó el del bosque, que yo no tengo hecho el estómago à tagarninas, ni à peruétanos, ni à raices de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones, y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren: fiambreras traygo, y esta bota colgando del arzon de la silla por sí, ò por no: es tan devota mia, y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos, y mil abrazos. Y diciendo esto, se la puso en las manos à Sancho, el qual empinándola, puesta à la boca, estuvo mirando las estrellas un quarto

to de hora; y en acabando de beber, dexó caer la cabeza à un lado, y dando un gran suspíro, dixo: ¡O hi de puta, bellaco, y cómo es católico! ¿Veis ahí, dixo el del bosque en oyendo el hi de puta de Sancho, cómo habeis alabado este vino, llamándole hi de puta? Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta à nadie, quando cae debaxo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que mas quiere: ¿Este vino es de Ciudad-Real? ¡Bravo mojon! respondió el del bosque: en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. ¡A mí con eso! dixo Sancho: no tomeis menos, sino que se me fuera à mí por alto dar alcance à su conocimiento. ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande, y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome à oler qualquiera, acierto la patria, el linage, el sabor, la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linage por parte de mi padre los dos mas excelentes mojoneros que en luengos años co-

conoció la Mancha. Para prueba de lo qual les sucedió lo que ahora diré: Diéronles à los dos à probar el vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, calidad, bondad, ò malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua: el otro no hizo mas de llegarlo à las narices. El primero dixo que aquel vino sabía à hierro. El segundo dixo que mas sabía à cordoban. El dueño dixo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro, ni de cordoban. Con todo eso los famosos mojoneros se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ellá una llave pequeña, pendiente de una correa de cordoban: porque vea vuestra merced si quien viene de esta ralea, podrá dar su parecer en semejantes causas. Por eso digo, dixo el del bosque, que nos dexemos de andar buscando aventuras; y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas, y volvámonos à nuestras chozas, que allí nos hallará Dios, si él quiere. Hasta que mi amo llegue à Zaragoza, dixo Sancho, le serviré, que despues todos nos entenderemos.

Fi-

Finalmente tanto hablaron, y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas, y templarles la sed, que quitársela fuera imposible; y así asidos entrambos de la yá casi vacia bota, con los bocados à medio mascar en la boca, se quedaron dormidos; donde los dexaremos por ahora, por contar lo que al Caballero del bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPITULO LXVII.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del bosque.

ENtre muchas razones que pasaron Don Quixote, y el Caballero de la selva, dice la historia que el del bosque dixo à Don Quixote: Finalmente, señor Caballero, quiero que sepais que mi destino, ò por mejor decir mi eleccion, me traxo à enamorado de la sin par Casildea de Vandalia. Llámola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado, y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos, y comedidos deseos con hacerme ocupar,

como su Madrina à Hércules, en muchos, y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento: no sé yo qual ha de ser el último, que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese à desafiar à aquella famosa giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente, y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar, es la mas movible, y voltaria muger del mundo. Llegué, víla, vencíla, y hícela estár queda, y à raya, porque en mas de una semana no la soplaron sino vientos nortes. Vez tambien hubo que me mandó fuese à tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando: empresa mas para encomendarse à ganapanes, que à Caballeros. Otra vez me mandó que me precipitáse; y sumiese en la sima de Cabra: peligro inaudito, y temeroso; y que le traxese particular relacion de lo que en aquella obscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento à la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué à luz lo escondido de su abys-

abysmo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos, y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado, que discurra por todas las Provincias de España, y haga confesar à todos los Andantes Caballeros, que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente, y el mas bien enamorado Caballero del Orbe; en cuya demanda he andado yá la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos Caballeros, que se han atrevido à contradecirme. Pero de lo que yo mas me precio, y ufano es de haber vencido en singular batalla à aquel tan famoso Caballero Don Quixote de la Mancha, y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y solo en este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los Caballeros del mundo: porque el tal Don Quixote, que digo, los ha vencido à todos; y habiéndole yo vencido à él, su gloria, su fama, y su honra se ha transferido, y pasado à mi persona; y tanto el vencedor es mas honrado, quanto mas el vencido es reputado: así que yá corren por mi cuenta, y son

mias las inumerables hazañas del yá referido D. Quixote. Admirado quedó D. Quixote de oir al Caballero del bosque, y estuvo mil veces para decirle que mentia, y yá tuvo el mentís en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira: y así sosegadamente le dixo: De que vuestra merced, señor Caballero, haya vencido à los mas Caballeros Andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido à Don Quixote de la Mancha, póngolo en duda: podria ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. ¿Cómo no? replicó el del bosque, por el cielo que nos cubre, que peleé con Don Quixote, y le vencí, y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado, y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña, y algo corva, de vigotes grandes, negros, y caídos. Campea debaxo del nombre del Caballero de la Triste Figura, y trae por escudero à un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo, y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante: y finalmente tiene por señora de su vo-

voluntad à una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia, que por llamarse Casilda, y ser de la Andalucia, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito à la misma incredulidad. Sosegaos, señor Caballero, dixo Don Quixote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber que ese Don Quixote, que decís, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que de él me habeis dado tan puntuales, y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habeis vencido: por otra parte veo con los ojos, y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si yá no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores (especialmente uno que de ordinario le persigue), no haya alguno de ellos tomado su figura para dexarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas Caballerías le tienen grangeada, y adquirida por todo lo descubierto de la tierra. Y para confirmacion de esto quiero tambien que sepais que los tales encan-

tadores sus contrarios no há mas de dos dias que transformaron la figura, y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una Aldeana soez, y baxa, y de esta manera habrán transformado à D. Quixote: y si todo esto no basta para enteraros en la verdad que digo, aquí está el mismo Don Quixote, que la sustentará con sus armas à pie, ò à caballo, ù de qualquier suerte que os agradáre. Y diciendo esto, se levantó en pie, y empuñó la espada, esperando qué resolucion tomaria el Caballero del bosque; el qual con voz asimismo sosegada respondió, y dixo: Al buen pagador no le duelen prendas: el que una vez, señor Don Quixote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio sér. Mas porque no es bien que los Caballeros hagan sus fechos de armas à escuras, como los salteadores, y rufianes, esperemos el dia, para que el Sol vea nuestras obras: y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar à la voluntad del vencedor, para que haga de él todo lo que quisiere, con tal que sea decente à Caballero lo que se le ordenáre. Soy mas que contento

de

de esa condicion, y conveniencia, respondió Don Quixote. Y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando, y en la misma forma que estaban quando les salteó el sueño. Despertáronlos, y mandáronlos que tuviesen à punto los caballos, porque en saliendo el Sol habian de hacer los dos una sangrienta, singular, y desigual batalla; à cuyas nuevas quedó Sancho atónito, y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentias que habia oido decir del suyo al escudero del bosque: pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos à buscar su ganado, que yá todos tres caballos, y el rucio se habian olido, y estaban todos juntos. En el camino dixo el del bosque à Sancho: Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucia, quando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen: dígolo porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñen, nosotros tambien hemos de pelear, y hacernos hastillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr, y pasar con los rufia-

nes, y peleantes que dice; pero con los escuderos de los Caballeros Andantes ni por pienso. A lo menos yo no he oido decir à mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la Andante Caballería. Quanto mas que yo quiero que sea verdad, y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta à los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera; y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que yá me la cuento por partida, y dividida en dos partes: además que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dixo el del bosque: yo traygo aquí dos talegas de lienzo de un mismo tamaño: tomareis vos la una, y yo la otra, y reñiremos à talegazos con armas iguales. De esa manera sea en buen hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos, que herirnos. No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de

de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el ayre, media docena de guijarros lindos, y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y de esta manera nos podremos atalegar, sin hacernos mal, ni daño. ¡Mirad, cuerpo de mi padre, respondió Sancho, qué martas cebollinas, ò qué copos de algodon cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascos, y hechos alheña los huesos! Pero aunque se llenáran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos, y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetitos para que se acaben antes de llegar à su sazon, y término, y que se caygan de maduras. Con todo, replicó el del bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Eso no, respondió Sancho: no seré yo tan descortes, ni tan desagradecido que con quien he comido, y bebido trave qüestion alguna, por mínima que sea: quanto mas que estando sin cólera, y sin enojo, quién diablos se ha de amañar à reñir à secas? Para esto, dixo el del bosque, yo daré un suficiente remedio; y

es

es que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente à vuestra merced, y le daré tres, ò quatro bofetadas, que dé con él à mis pies, con las quales le haré despertar la cólera, aunque esté con mas sueño que un liron. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le vá en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuestra merced llegue à despertarme la cólera, haré yo dormir à garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte sino fuere en el otro mundo, en el qual se sabe que no soy yo hombre que me dexo manosear el rostro de nadie, y cada uno mire por el virote: aunque lo mas acertado sería dexar dormir su cólera à cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana, que vuelve trasquilado, y Dios bendixò la paz, y maldixo las riñas; porque si un gato acosado, encerrado, y apretado, se vuelve en leon; yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme: y así desde ahora intímo à vuestra merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal, y daño que de nuestra pendencia resultáre. Está bien, replicó el del bosque: amanecerá Dios, y me-

dra-

draremos en esto. Yá comenzaban à gorgear en los árboles mil suertes de pintados paxarillos, y en sus diversos, y alegres cantos parecia que daban la norabuena, y saludaban à la fresca aurora, que yá por las puertas, y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas; en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecia asimismo, que ellas brotaban, y llovian blanca, y menuda aljofar: los sauces destilaban maná sabroso: reíanse las fuentes: murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del dia para vér, y diferenciar las cosas, quando la primera que se ofreció à los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del bosque, que era tan grande que casi le hacía sombra à todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad, y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de berengena: baxábale dos dedos mas abaxo de la boca, cuya grandeza, color, berrugas, y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho, co-

men-

menzó à herir de pie, y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dexarse dar doscientas bofetadas, antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quixote miró à su contendor, y hallóle yá puesta, y calada la celada, de modo que no le pudo vér el rostro; pero notó, que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta, ò casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandísima manera galan, y vistoso. Volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas, y blancas: la lanza, que tenia arrimada à un árbol, era grandísima, y gruesa, y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo miró, y todo lo notó Don Quixote, y juzgó de lo visto, y mirado que el yá dicho Caballero debia de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió, como Sancho Panza; antes con gentil denuedo dixo al Caballero de los espejos: Si la mucha gana de pelear, señor Caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alceis la visera un poco, porque

que yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde à la de vuestra disposicion. O vencido, ò vencedor que salgais de esta empresa, señor Caballero, respondió el de los espejos, os quedará tiempo, y espacio demasiado para verme: y si ahora no satisfago à vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio à la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardáre en alzarme la visera, sin haceros confesar lo que yá sabeis que pretendo. Pues en tanto que subimos à caballo, dixo Don Quixote, bien podeis decirme, si soy yo aquel Don Quixote que dixisteis haber vencido. A eso vos respondo, dixo el de los espejos, que pareceis, como se parece un huevo à otro, al mismo Caballero que yo vencí; pero segun vos decís que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido, ò no. Eso me basta à mí, respondió Don Quixote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros de él de todo punto, vengan nuestros caballos, que en menos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, mi señora, y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos vereis que no soy yo el vencido Don Qui-

Quixote, que pensais. Con esto, acortando razones, subieron à caballo, y Don Quixote volvió las riendas à Rocinante para tomar lo que convenia del campo para volver à encontrar à su contrario, y lo mismo hizo el de los espejos; pero no se habia apartado Don Quixote veinte pasos, quando se oyó llamar del de los espejos; y partiendo los dos el camino, el de los espejos le dixo: Advertid, señor Caballero, que la condicion de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar à discrecion del vencedor. Yá lo sé, respondió Don Quixote, con tal que lo que se le impusiere, ò mandáre al vencido, han de ser cosas que no salgan de los límites de la Caballería. Así se entiende, respondió el de los espejos. Ofreciéronsele en esto à la vista de Don Quixote las estrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algun monstruo, ò por hombre nuevo, y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir à su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas

yas sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe, ù del miedo tendido en el suelo; y fuese tras su amo asido à un arzon de Rocinante; y quando le pareció que yá era tiempo que volviese, le dixo: Suplíco à vuestra merced, señor mio, que antes que vuelva à encontrarse, me ayude à subir sobre aquel alcornoque, de donde podré vér mas à mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuestra merced ha de hacer con este Caballero. Antes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quieres encaramar, y subir en andamio por vér sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito, y lleno de espanto, y no me atrevo à estár junto à él. Ellas son tales, dixo Don Quixote, que à no ser yo quien soy, tambien me asombráran; y así vén, ayudartehe à subir donde dices. En lo que se detuvo Don Quixote en que Sancho subiese en el alcornoque tomó el de los espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habia hecho D. Quixote, sin esperar són de trompeta, ni otra señal que le avisáse, volvió las riendas à

su

su caballo (que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rocinante), y à todo su correr (que era un mediano trote) iba à encontrar à su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, à causa de que yá no podia moverse. Don Quixote, que le pareció que yá su enemigo venía volando, arrimó reciamente las espuelas à las trashijadas hijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que sola esta vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados; y con esta no vista furia llegó donde el de los espejos estaba hincando à su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazon, y coyuntura halló Don Quixote à su contrario, embarazado con su caballo, y ocupado con su lanza, que nunca, ò no acertaba, ò no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quixote, que no miraba en estos inconvenientes, à salva mano, y sin peligro alguno encontró al

de

Em.l Monfort sculp.t

de los espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pie, ni mano, dió señales de que estaba muerto. Apenas le vió caído Sancho, quando se deslizó del alcornoque, y à toda priesa vino donde su señor estaba; el qual, apeándose de Rocinante, fue sobre el de los espejos; y quitándole las lazadas del yelmo, para vér si era muerto, y para que le diese el ayre, si acaso estaba vivo, vió: ¡quién podrá decir lo que vió, sin causar admiracion, maravilla, y espanto à los que lo oyeren! Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del Bachiller Sanson Carrasco; y así como la vió, en altas voces dixo: Acude, Sancho, y mira lo que has de vér, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la Magia, lo que pueden los hechiceros, y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, comenzó à hacerse mil cruces, y à santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estár vivo el derribado Caballero; y San-

cho dixo à Don Quixote: Soy de parecer, señor mio, que por sí, ò por no vuestra merced hinque, y meta la espada por la boca à este que parece el Bachiller Sanson Carrasco, quizá matará en él alguno de sus enemigos los encantadores. No dices mal, dixo Don Quixote, porque de los enemigos los menos; y sacando la espada, para poner en efecto el aviso, y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los espejos, yá sin las narices, que tan feo le habian hecho, y à grandes voces dixo: Mire vuestra merced lo que hace, señor Don Quixote, que ese que tiene à los pies, es el Bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero. Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dixo: ¿Y las narices? A lo que él respondió: Aquí las tengo en la faldriquera; y echando mano à la derecha, sacó unas narices de pasta, y barniz, de máscara, de la manifatura que quedan delineadas; y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa, y grande dixo: ¡Santa Maria, y valeme! ¿Este no es Tomé Cecial, mi vecino, y mi compadre? ¡Y cómo sí lo soy! respondió el yá desnarigado escudero: Tomé Cecial soy com-

compadre, y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes, y enredos por donde soy aquí venido; y en tanto pedid, y suplicad al señor vuestro amo, que no toque, maltrate, hiera, ni mate al Caballero de los espejos, que à sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido, y mal aconsejado Bachiller Sanson Carrasco nuestro compatriota. En esto volvió en sí el de los espejos, lo qua visto por Don Quixote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo: Muerto sois, Caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza à vuestra Casildea de Vandalia; y demás de esto habeis de prometer (si de esta contienda, y caída quedáredes con vida) de ir à la Ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere: y si os dexáre en la vuestra, asimismo habeis de volver à buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia, que os trayga donde yo estuviere, y à decirme lo que con ella hubiéredes pasado, condiciones, que conforme à las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los

términos de la Andante Caballería. Confieso, dixo el caído Caballero, que vale mas el zapato descosido, y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peynadas, aunque limpias, de Casildea de Vandalia: y prometo de ir, y volver de su presencia à la vuestra, y daros entera, y particular cuenta de lo que me pedís. Tambien habeis de confesar, y creer, añadió Don Quixote, que aquel Caballero que vencisteis, no fue, ni pudo ser Don Quixote de la mancha, sino otro que se le parecia; como yo confieso, y creo que vos, aunque pareceis el Bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga, y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo, y siento como vos lo creeis, juzgais, y sentís, respondió el derrengado Caballero. Dexadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz mal trecho me tiene. Ayudóle à levantar Don Quixote, y Tomé Cecial, su escudero, del qual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas

tas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprehension que en Sancho habia hecho lo que su amo dixo, de que los encantadores habian mudado la figura del Caballero de los espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dexaba dar crédito à la verdad, que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo, y mozo; y el de los espejos, y su escudero, mohinos, y mal andantes: se apartaron de Don Quixote, y Sancho, con intencion de buscar algun lugar donde vizmarle, y entablarle las costillas. Don Quixote, y Sancho volvieron à proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la historia, por dar cuenta de quién era el Caballero de los espejos, y su narigante escudero.

CAPITULO LXVIII.

Donde se cuenta, y dá noticia de quién era el Caballero de los espejos, y su escudero.

EN estremo contento, ufano, y vanaglorioso iba Don Quixote, por haber alcanzado vitoria de tan valiente Caballe-

ro, como él se imaginaba que era el de los espejos, de cuya Caballeresca palabra esperaba saber si el encantamiento de su señora pasaba adelante; pues era forzoso que el tal vencido Caballero volviese, só pena de no serlo, à darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido; pero uno pensaba Don Quixote, y otro el de los espejos, puesto que por entónces no era otro su pensamiento sino buscar donde vizmarse, como se ha dicho. Dice, pues, la historia, que quando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejó à Don Quixote, que volviese à proseguir sus dexadas Caballerías, fue por haber entrado primero en bureo con el Cura, y el Barbero, sobre qué medio se podria tomar para reducir à Don Quixote à que se estuviese en su casa quieto, y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo salió por voto comun de todos, y parecer particular de Sanson Carrasco, que dexasen salir à Don Quixote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como Caballero Andante, y traváse batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa facil;

y

y que fuese pacto, y concierto que el vencido quedáse à merced del vencedor, y así vencido Don Quixote, le habia de mandar el Bachiller Caballero se volviese à su pueblo, y casa, y no saliese de ella en dos años, ò hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa; lo qual era claro que Don Quixote vencido cumpliria indubitablemente, por no contravenir, y faltar à las leyes de Caballería: y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ò se diese lugar de buscar à su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofrecióse por escudero Tomé Cecial, compadre, y vecino de Sancho Panza, hombre alegre, y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodóse sobre sus naturales narices las falsas, y de máscara, yá dichas, porque no fuese conocido de su compadre, quando se viesen; y así siguieron el mismo viage que llevaba D. Quixote, y llegaron casi à hallarse en la aventura del carro de la Muerte. Y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde le sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de

Don Quixote, que se dió à entender que el Bachiller no era el Bachiller, el señor Bachiller quedára imposibilitado para siempre de graduarse de Licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar páxaros. Tomé Cecial, que vió quán mal habia logrado sus deseos, y el mal paradero que habia tenido su camino, dixo al Bachiller: Por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa, y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale de ella: Don Quixote loco, nosotros cuerdos, él se vá sano, y riendo, vuestra merced queda molido, y triste. Sepamos ahora quál es mas loco: ¿el que lo es por no poder menos, ò él que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sanson: La diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza, lo será siempre; y el que lo es de grado, lo dexará de ser quando quisiere. Pues así es, dixo Tomé Cecial: yo fui por mi voluntad loco, quando quise hacerme escudero de vuestra merced, y por la misma quiero dexar de serlo, y volverme à mi casa. Eso os cumple, respondió Sanson; porque pensar que yo tengo de volver à la mia,

mia, hasta haber molido à palos à Don Quixote, es pensar en lo escusado; y no me llevará ahora à buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me dexa hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron à un pueblo, donde fue ventura hallar un Algebrista, con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió, y le dexó, y él quedó imaginando su venganza. Y la historia vuelve à hablar de él à su tiempo, por no dexar de regocijarse ahora con Don Quixote.

CAPITULO LXIX.

De lo que sucedió à Don Quixote con un discreto Caballero de la Mancha.

CON la alegria, contento, y ufanidad que se ha dicho, seguia Don Quixote su jornada, imaginándose por la pasada vitoria ser el Caballero Andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo. Daba por acabadas, y à felice fin conducidas quantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante. Tenia en poco los encantos, y à los encantadores. No se acor-

acordaba de los inumerables palos, que en el discurso de sus Caballerías le habian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento, y lluvia de estacas de los Yangueses. Finalmente decia entre sí que si él hallára arte, modo, ò manera como desencantar à su señora Dulcinea, no embidiaria à la mayor ventura que alcanzó, ò pudo alcanzar el mas venturoso Caballero Andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, quando Sancho le dixo: ¿No es bueno, señor, que aun todavia traygo entre los ojos las desaforadas narices, y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿Y crees tú, Sancho, por ventura, dixo D. Quixote, que el Caballero de los espejos era el Bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial, tu compadre? No sé qué me diga à eso, respondió Sancho; solo sé que las señas que me dió de mi casa, muger, y hijos, no me las podria dar otro que él mismo; y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo, y pared en medio de mi misma casa; y el tono de la habla

bla era todo uno. Estemos à razon, Sancho, replicó Don Quixote. Vén acá: ¿En qué consideracion puede caber que el Bachiller Sanson Carrasco viniese como Caballero Andante, armado de armas ofensivas, y defensivas, à pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? Héle dado yo jamás ocasion para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su ribal? ¿ò hace él profesion de las armas, para tener embidia à la fama que yo por ellas he ganado? ¿Pues qué diremos, señor, respondió Sancho, à esto de parecerse tanto aquel Caballero, sea el que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su escudero à Tomé Cecial, mi compadre? ¿Y si ello es encantamiento, como vuestra merced ha dicho, no habia en el mundo otros dos à quien se parecieran? Todo es artificio, y traza, respondió Don Quixote, de los malignos Magos que me persiguen; los quales, anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el Caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada, y el rigor de mi brazo, y templáse la justa ira de mi corazon, y de esta ma-
ne-

nera quedáse con vida el que con embelecos, y falsías procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo qual, yá sabes, ¡ò Sancho! por experiencia, que no te dexará mentir, ni engañar, quán facil sea à los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo, y de lo feo hermoso; pues no há dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura, y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza, y natural conformidad, y yo la ví en la fealdad, y baxeza de una zafia labradora, con cataratas en los ojos, y con mal olor en la boca: y mas que el perverso encantador, que se atrevió à hacer una transformacion tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco, y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos. Pero con todo esto me consuelo, porque en fin en qualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho. Y como él sabía que la transformacion de Dulcinea habia sido traza, y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que des-

descubriese su embuste. En estas razones estaban, quando los alcanzó un hombre, que detras de ellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gavan de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, y con una montera del mismo terciopelo. El aderezo de la yegua era de campo, y de la gineta asimismo de morado, y verde. Traía un alfange Morisco, pendiente de un ancho tahalí de verde, y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí: las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas, y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestido parecian mejor que si fueran de oro puro. Quando llegó à ellos el caminante, los saludó cortesmente; y picando à la yegua, se pasaba de largo; pero Don Quixote le dixo: Señor galan, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiria en que nos fuesemos juntos. En verdad respondió el de la yegua que no me pasára tan de largo, si no fuera por temor que con la compañia de mi yegua no se alborotára ese caballo. Bien puede, señor, respondió à esta sazon San-

cho,

cho, bien puede tener las riendas à su yegua, porque nuestro caballo es el mas honesto, y bien mirado del mundo: jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna; y una vez que se desmandó à hacerla, la lastamos mi señor, y yo con las setenas. Digo otra vez, que puede vuestra merced detenerse, si quisiere, que aunque se la dén entre dos platos, à buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la postura, y rostro de Don Quixote, el qual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde à Don Quixote, mucho mas miraba Don Quixote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa. La edad mostraba ser de cincuenta años: las canas pocas, y el rostro aguileño: la vista entre alegre, y grave: finalmente en el trage, y postura daba à entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quixote de la Mancha el de lo verde, fue que semejante manera, ni parecer de hombre no le habia visto jamás. Admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza, y

ama-

amarillez de su rostro, sus armas, su ademan, y compostura: figura, y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra. Notó bien Don Quixote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspension su deseo; y como era tan cortés, y tan amigo de dar gusto à todos, ántes que le preguntáse nada, le salió al camino, diciéndole: Esta figura que vuestra merced en mí ha visto, por ser tan nueva, y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dexará vuestra merced de estarlo, quando le diga, como le digo, que soy Caballero de estos que dicen las gentes que à sus aventuras ván. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dexé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me lleváse donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta Andante Caballería, y há muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos, y pupilos: propio, y natural oficio de Caballeros Andantes:

tes: y así por mis valerosas, muchas, y christianas hazañas he merecido andar yá en estampa en casi todas las mas Naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por decirlo en breves palabras, ò en una sola, digo que soy D. Quixote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias: y esto se entiende quando no se halla presente quien las diga. Así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrá admirar de aquí adelante, habiendo yá sabido quién soy, y la profesion que hago. Calló en diciendo esto Don Quixote; y el de lo verde, segun se tardaba en responderle, parecia que no acertaba à hacerlo; pero de allí à buen espacio le dixo: Acertasteis, señor Caballero, à conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado à quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto: que pues-

puesto que como vos, señor, decís, que el saber yá quién sois me lo podria quitar, no ha sido así, ántes ahora que lo sé quedo mas suspenso, y maravillado. ¿Cómo, y es posible que hay hoy Caballeros Andantes en el mundo? ¿y que hay historias impresas de verdaderas Caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuestra merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuestra merced dice que está impresa de sus altas, y verdaderas Caballerías, se habrán puesto en olvido las inumerables de los fingidos Caballeros Andantes, de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio, y descredito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió Don Quixote, en razon de si son fingidas, ò no las historias de los Andantes Caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió el de lo verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió Don Quixote; y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en

Dios de dar à entender à vuestra merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. De esta última razon de D. Quixote tomó barruntos el caminante de que Don Quixote debia de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmáse; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, D. Quixote le rogó le dixese quién era, pues él le habia dado parte de su condicion, y de su vida. A lo que respondió el del verde gavan: Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo, natural de un Lugar donde iremos à comer hoy, si Dios fuere servido: soy mas que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda: paso la vida con mi muger, con mis hijos, y con mis amigos: mis exercicios son el de la caza, y pesca; pero no mantengo ni halcon, ni galgos, sino algun perdigon manso, ò algun huron atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, quáles de romance, y quáles de latin, de historia algunos, y de devocion otros: los de Caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas: hojeo mas los que son profanos que los de-

devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleyten con el lenguage, y admiren, y suspendan con la invencion, puesto que de estos hay muy pocos en España. Alguna vez cómo con mis vecinos, y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios, y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas agenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oygo Misa cada dia: reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazon à la hipocresía, y vanagloria: enemigos que blandamente se apoderan del corazon mas recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos: soy devoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentísimo estuvo Sancho à la relacion de la vida, y entretenimientos del Hidalgo; y pareciéndole buena, y santa, y que quien la hacía debia de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fue à asir del estrivo derecho, y con devoto corazon, y casi lágrimas le besó los pies

una, y muchas veces. Visto lo qual por el Hidalgo, le preguntó: ¿Qué haceis, hermano? ¿Qué besos son esos? Déxenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuestra merced el primer santo à la gineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondió el Hidalgo, sino gran pecador: vos sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho à cobrar la albarda, habiendo sacado à plaza la risa de la profunda melancolía de su amo, y causado nueva admiracion à D. Diego. Preguntóle D. Quixote que quántos hijos tenia; y díxole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos Philósophos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, y en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos, y buenos hijos. Yo, señor D. Quixote, respondió el Hidalgo, tengo un hijo, que à no tenerle, quizá me juzgára por mas dichoso de lo que soy; y no porque el sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera: será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca apren-

aprendiendo las lenguas Latina, y Griega; y quando quise que pasáse à estudiar otras Ciencias, halléle tan embebido en la de la Poësia (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacerle arrostrar la de las Leyes (que yo quisiera que estudiára), ni la Reyna de todas, la Theología. Quisiera yo que fuera corona de su linage, pues vivimos en el siglo donde nuestros Reyes premian altamente las virtuosas, y buenas letras; porque letras sin virtud, son perlas en el mulad ar. Todo el dia se le pasa en averiguar si dixo bien, ò mal Homero en tal verso de la Ilíada: si Marcial anduvo deshonesto, ò no en tal Epigrama: si se han de entender de una manera, ù otra tales, y tales versos de Virgilio. En fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos Poëtas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal, y Tibúlo, que de los modernos Romancistas no hace mucha cuenta: y con todo el mal cariño que muestra tener à la Poësía de romance, le tiene ahora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa à quatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo

qual, respondió D. Quixote: Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres; y así se han de querer, ò buenos, ò malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: à los padres toca el encaminarlos dende pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza, y de las buenas, y christianas costumbres, para que quando grandes sean báculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta, ò aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y quando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante, que le dió el cielo padres que se lo dexasen, sería yo de parecer que le dexen seguir aquella ciencia à que mas le vieren inclinado; y aunque la de la Poësía es menos util que deleytable, no es de aquellas que suelen deshonrar à quien las posee. La Poësía, señor Hidalgo, à mi parecer, es como una doncella tierna, y de poca edad, y en todo extremo hermosa, à quien tienen cuidado de enriquecer, pulir, y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras Ciencias, y ella se ha de servir-

de

de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar, la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hala de tener el que la tuviere à raya, no dexándola correr en torpes sátiras, ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si yá no fuere en Poëmas heroycas, en lamentables Tragedias, ò en Comedias alegres, y artificiosas. No se ha de dexar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer, ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente à la gente plebeya, y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor, ò Príncipe, puede, y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratáre, y tuviere à la Poësía, será famoso, y estimado su nombre en todas las Naciones políticas del mundo. Y à lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima en mucho la Poësía de romance,

doyme à entender que no anda muy acertado en ello; y la razon es esta: El grande Homero no escribió en latin, porque era Griego, ni Virgilio escribió en Griego, porque era Latino. En resolucion, todos los Poëtas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron à buscar las estrangeras para declarar la alteza de sus conceptos. Y siendo esto así, razon sería se estendiese esta costumbre por todas las Naciones, y que no se desestimáse el Poëta Aleman porque escribe en su lengua, ni el Castellano, ni aun el Vizcaino, que escribe en la suya. Pero vuestro hijo, à lo que yo señor, imagino, no debe de estár mal con la Poësía de romance, sino con los Poëtas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras Ciencias, que adornen, despierten, y ayuden à su natural impulso. Y aun en esto puede haber yerro; porque segun es opinion verdadera, el Poëta nace: quieren decir que del vientre de su madre el Poëta natural sale Poëta, y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin mas estudio, ni artificio, compone cosas que hace verdadero al que dixo: *Est Deus in nobis*, *&c.* Tambien

bien digo que el natural Poëta, que se ayudáre del arte, será mucho mejor, y se aventajará al Poëta que solo por saber el arte quisiere serlo: la razon es, porque el arte no se aventaja à la naturaleza, sino perfeciónala; así que mezcladas la naturaleza, y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo Poëta. Sea, pues, la conclusion de mi plática, señor Hidalgo, que vuestra merced dexe caminar à su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante, como debe de ser, y habiendo yá subido felizmente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá à la cumbre de las letras humanas, las quales tan bien parecen en un Caballero de capa, y espada, y así le adornan, honran, y engrandecen, como las Mitras à los Obispos, ò como las Garnachas à los peritos Jurisconsultos. Riña vuestra merced à su hijo, si hiciere sátiras, que perjudiquen las honras agenas, y castíguele, y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele; porque lícito es al Poëta escribir contra la embidia,

dia, y decir en sus versos mal de los embidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay Poëtas que à trueco de decir una malicia, se pondrán à peligro que los destierren à las Islas del Ponto. Si el Poëta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma: quales fueron los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos: y quando los Reyes, y Príncipes vén la milagrosa ciencia de la Poësia en sugetos prudentes, virtuosos, y graves, los honran, los estiman, y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del arbol à quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas vén honradas, y adornadas sus sienes. Admirado quedó el del verde gavan del razonamiento de D. Quixote, y tanto, que fue perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero à la mitad de esta plática, Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino à pedir un poco de leche à unos pastores, que allí junto estaban ordeñando unas ovejas; y en esto yá volvia à renovar la plá-

plática el Hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion, y buen discurso de D. Quixote, quando alzando D. Quixote la cabeza, vió que por el camino por donde ellos iban venía un carro lleno de vanderas Reales; y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura, à grandes voces llamó à Sancho que viniese à darle la celada. El qual Sancho, oyéndose llamar, dexó à los pastores, y à toda priesa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba, à quien sucedió una espantosa, y desatinada aventura.

CAPITULO LXX.

En donde se declaró el último punto, y extremo adonde llegó, y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quixote con la felizmente acabada aventura de los Leones.

CUenta la historia que quando D. Quixote daba voces à Sancho que le traxese el yelmo, estaba él comprando unos requesones, que los pastores le vendian; y acosado de la mucha priesa de su amo, no supo qué hacer de ellos, ni en qué traérlos, y por no perderlos, que yá los tenia pagados, acordó de echarlos en la ce-

celada de su señor; y con este buen recado volvió à ver lo que le queria; el qual en llegando le dixo: Dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ò lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar, y me necesita à tomar mis armas. El del verde gavan, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hácia ellos venía con dos, ò tres vanderas pequeñas, que le dieron à entender que el tal carro debia de traer moneda de su Magestad, y así se lo dixo à D. Quixote: pero él no le dió credito, siempre creyendo, y pensando que todo lo que le sucediese habian de ser aventuras, y mas aventuras; y así respondió al Hidalgo: Hombre apercebido medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles, è invisibles, y no sé quándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer; y volviéndose à Sancho, le pidió la celada; el qual como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fue forzoso dársela como estaba. Tomóla Don Quixote, y sin que echáse de ver lo que den-

dentro venía, con toda priesa se la encaxó en la cabeza: y como los requesones se apretaron, y exprimieron, comenzó à correr el suero por todo el rostro, y barbas de Don Quixote, de lo que recibió tal susto, que dixo à Sancho: Qué es esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ò se me derriten los sesos, ò que sudo de los pies à la cabeza; y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme. Dame si tienes, con qué me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho, y dióle un paño, y dió con él gracias à Dios de que su señor no hubiese caido en el caso. Limpióse Don Quixote, y quitóse la celada, por ver qué cosa era la que à su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó à las narices, y en oliéndolas dixo: Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso que son requesones los que aquí me has puesto, traydor, vergante, y mal mirado escudero. A lo que con gran flema, y disimulacion respondió Sancho: Si son requesones, démelos vuestra merced, que yo me los co-

me-

meré: pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuestra merced? Hallado le habeis el atrevido. A la fe, señor, à lo que Dios me dá à entender, tambien debo de tener encantadores que me persiguen, como à hechura, y miembro de vuestra merced, y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover à cólera su paciencia, y hacer que me muela, como suele, las costillas. Pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor que habrá considerado que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, ántes la pusiera en mi estómago, que en la celada. Todo puede ser, dixo Don Quixote; y todo lo miraba el Hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente quando despues de haberse limpiado Don Quixote cabeza, rostro, barbas, y celada, se la encaxó, y afirmándose bien en los estrivos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dixo: Ahora venga lo que viniere, que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanás en persona. Llegó en esto el carro de las vanderas,

en

en el qual no venía otra gente que el carretero en las mulas, y un hombre sentado en la delantera. Púsose Don Quixote delante, y dixo: ¿Adónde vais, hermano? ¿Qué carro es este? ¿Qué llevais en él? ¿Y qué vanderas son aquestas? A lo que respondió el carretero: El carro es mio: lo que vá en él son dos bravos leones enjaulados, que el General de Orán envia à la Corte presentados à su Magestad: las vanderas son del Rey nuestro Señor, en señal que aquí vá cosa suya. ¿Y son grandes los leones? preguntó Don Quixote. Tan grandes, respondió el hombre que iba à la puerta del carro, que no han pasado mayores, ni tan grandes de Africa à España jamás; y yo soy el Leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra, y macho: el macho vá en esta jaula primera, y la hembra en la de atras, y ahora ván hambrientos, porque no han comido hoy, y así vuestra merced se desvie, que es menester llegar presto donde los demos de comer. A lo que dixo Don Quixote, sonriéndose un poco: ¡Leoncitos à mí, à mí leoncitos, y à tales horas! pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envian si soy yo hombre

bre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el Leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad de esta campaña les daré à conocer quién es D. Quixote de la Mancha, à despecho, y pesar de los encantadores que à mí los envian. Ta, ta, dixo à esta sazon entre sí el Hidalgo, dado ha señal de quién es nuestro buen Caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos, y madurado los sesos. Llegóse en esto à él Sancho, y díxole: Señor, por quien Dios es, que vuestra merced haga de manera que mi señor Don Quixote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos à todos. ¿Pues tan loco es vuestro amo, respondió el Hidalgo, que temeis, y creeis que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo sea, replicó el Hidalgo; y llegándose à Don Quixote, que estaba dando priesa al Leonero que abriese las jaulas, le dixo: Señor Caballero, los Caballeros Andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien de ellas, y no aquellas que del todo las quitan: porque la va-

valentía que se entra en la jurisdiccion de la temeridad, mas tiene de locura que de fortaleza; quanto mas que estos leones no vienen contra vuestra merced, ni lo sueñan: ván presentados à su Magestad, y no será bien detenerlos, ni impedirles su viage. Váyase vuestra merced, señor Hidalgo, respondió Don Quixote, à entender con su perdigon manso: y con su huron atrevido, y dexe à cada uno hacer su oficio: este es el mio, y yo sé bien si vienen à mí, ò no estos señores leones. Y volviéndose al Leonero, le dixo: Voto à tal.....Don Bellaco, que si no abrís luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El Carretero que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dixo: Señor mio, vuestra merced sea servido por caridad dexarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas antes que se desembaynen los leones; porque si me las matan, quedaré rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro, y estas mulas. ¡O hombre de poca fé! respondió Don Quixote: apéate, y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar

esta diligencia. Apeóse el Carretero, y desunciò à gran priesa; y el Leonero dixo à grandes voces: Séanme testigos quantos aquí están, como contra mi voluntad, y forzado abro las jaulas, y suelto los leones; y de que protesto à este señor, que todo el mal, y daño que estas bestias hicieren, corra, y vaya por su cuenta, con mas mis salarios, y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadió el Hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar à Dios acometer tal disparate. A lo que respondió Don Quixote, que él sabía lo que hacía. Respondió el Hidalgo que lo mirase bien, que él entendia que se engañaba. Ahora, señor, replicó Don Quixote, si vuestra merced no quiere ser oyente de esta que à su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla, y póngase en salvo. Oido lo qual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparacion habian sido tortas, y pan pintado la de los molinos de viento, la tenebrosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que habia acometi-
do

do en todo el discurso de su vida. Mire, señor, decia Sancho, que aquí no hay encanto, ni cosa que lo valga; que yo he visto por entre las verjas, y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero; y saco por ella, que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo à lo menos, respondió D. Quixote, te la hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déxame; y si aquí muriere, yá sabes nuestro antiguo concierto, acudirás à Dulcinea, y no te digo mas. A estas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que no habia de dexar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del verde gavan oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que yá se lo habia parecido de todo punto Don Quixote; el qual volviendo à dar priesa al Leonero, y à reiterar las amenazas, dió ocasion al Hidalgo à que picáse la yegua, Sancho al rucio, y el Carretero à sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo mas que pudiesen, ántes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creía que le

llegaba en las garras de los leones: maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver à servirle; pero no por llorar, y lamentarse dexaba de aporrear al rucio, para que se alexáse del carro. Viendo, pues, el Leonero que yá los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó à requerir, y à intimar à Don Quixote lo que yá le habia intimado y requerido; el qual respondió, que lo oia, y que no se curáse de mas intimaciones, y requerimientos, que todo sería de poco fruto, y que se diese priesa. En el espacio que tardó el Leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quixote si sería bien hacer la batalla ántes à pie que à caballo; y en fin se determinó de hacerla à pie, temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones. Por esto saltó del caballo, arrojó la lanza, embrazó el escudo; y desembaynando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo, y corazon valiente, se fue à poner delante del carro, encomendándose à Dios de todo corazon, y luego à su señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando à este paso el Autor de esta verdadera historia, exclama, y dice:

¡O

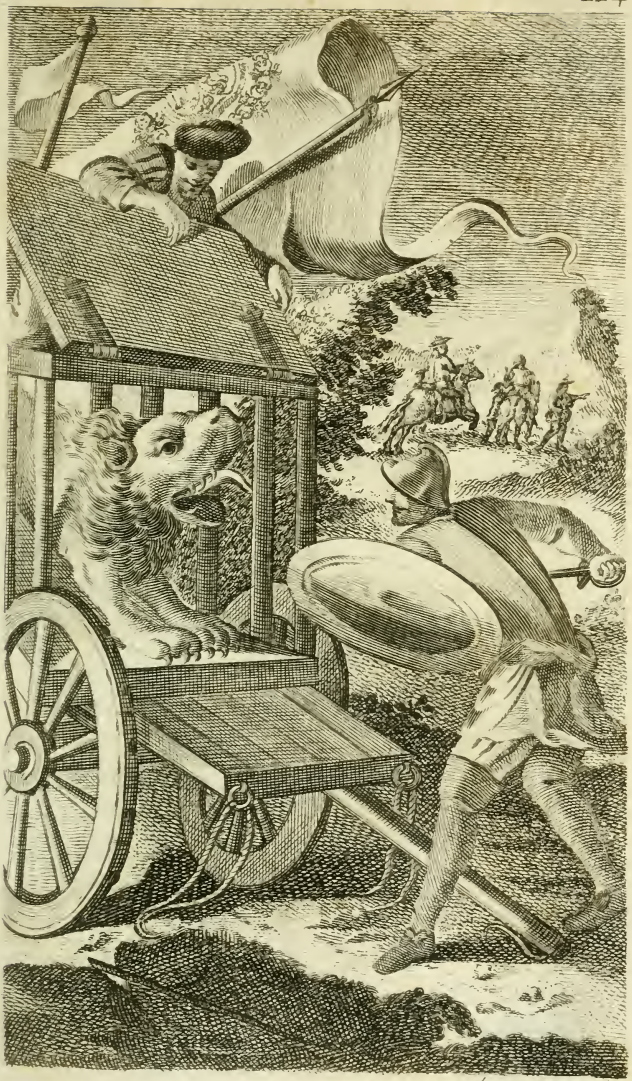
¡ O fuerte, y sobre todo encarecimiento animoso Don Quixote de la Mancha : espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo : segundo, y nuevo D. Manuel de Leon, que fue gloria, y honra de los Españoles Caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña? ¿ò con qué razones la haré creible à los siglos venideros ? ¿ò qué alabanzas habrá que no te convengan, y quadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? ¡Tú à pie? tú solo, tú intrépido, tú magnánimo con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras, con un escudo, no de muy luciente, y limpio acero, estás aguardando, y atendiendo los dos mas fieros leones que jamás criaron las Africanas selvas! Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso Manchego, que yo los dexo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos. Aquí cesó la referida exclamacion del Autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia, diciendo:

Que visto el Leonero yá puesto en postura à Don Quixote, y que no podia dexar de soltar al leon macho, so pena de caer en desgracia del indignado, y atrevi-

do Caballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el leon, el qual pareció de grandeza extraordinaria, y de espantable, y fea catadura. Lo primero que hizo fue revolverse en la jaula, donde venía echado, y tender la garra, y esperezarse todo: abrió luego la boca, y bostezó muy despacio; y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera, se despolvoreó los ojos, y se lavó el rostro: hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula, y miró à todas partes con los ojos hechos brasas, vista, y ademan para poner espanto à la misma temeridad. Solo Don Quixote lo miraba atentamente, deseando que saltáse yá del carro, y viniese con él à las manos, entre las quales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura; pero el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías, ni de bravatas, despues de haber mirado à una, y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas, y enseñó sus traseras partes à Don Quixote, y con gran flema, y remanso se volvió à echar en la jaula. Viendo lo qual Don Quixote, mandó al Leonero que le

die-



Em.l Vanfort fculpt.

diese de palos, y le irritáse para echarle fuera. Eso no haré yo, respondió el Leonero, porque si yo le instigo, el primero à quien hará pedazos será à mí mismo. Vuestra merced, señor Caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El leon tiene abierta la puerta: en su mano está el salir, ò no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el dia. La grandeza del corazon de vuestra merced yá está bien declarada: ningun bravo peleante (segun à mí se me alcanza) está obligado à mas que à desafiar à su enemigo, y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad, respondió D. Quixote: cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer: conviene à saber, como tú abriste al leon, yo le esperé, él no salió, volvíle à esperar, volvió à no salir, y volvióse à acostar. No debo mas, y encantos à fuera, y Dios ayude à la razon, à la verdad, y à la verdadera Caballería; y cierra, como

he dicho, en tanto que hago señas à los huidos, y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña. Hízolo así el Leonero; y D. Quixote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó à llamar à los que no dexaban de huir, ni de volver la cabeza à cada paso, todos en tropa, y antecogidos del Hidalgo; pero alcanzando Sancho à ver la señal del blanco paño, dixo: Que me maten si mi señor no ha vencido à las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacía las señas era Don Quixote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco à poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quixote que los llamaba. Finalmente volvieron al carro, y en llegando dixo D. Quixote al Carretero: Volved, hermano, à uncir vuestras mulas, y à proseguir vuestro viage; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él, y para el Leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; ¿pero qué se han hecho los leones? ¿son muertos, ò vivos? Entónces el Leonero

menudamente, y por sus pausas contó el fin de la contienda, exâgerando como él mejor pudo, y supo el valor de D. Quixote; de cuya vista el leon acobardado, no quiso, ni osó salir de la jaula; puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta de ella, y que por él haber dicho à aquel Caballero que era tentar à Dios, irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se irritáse, mal de su grado, y contra toda su voluntad habia permitido que la puerta se cerrase. ¿Qué te parece de esto, Sancho? dixo D. Quixote. ¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerzo, y el ánimo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el Carretero, besó las manos el Leonero à Don Quixote por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, quando en la corte se viese. Pues si acaso su Magestad preguntáre quién la hizo, direisle que el Caballero de los Leones, que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva, y mude el que hasta aquí he tenido del Caballero de la Triste Figura; y en esto sigo la antigua usanza

za de los Andantes Caballeros, que se mudaban los nombres quando querian, ò quando les venía à cuento. Siguió su camino el carro, y Don Quixote, Sancho, y el del verde gavan prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento à mirar, y à notar los hechos, y palabras de D. Quixote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba à cuerdo. No habia aún llegado à su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leído, cesára la admiracion en que le ponian sus hechos, y sus palabras, pues yá supiera el género de su locura; pero como no la sabía, yá le tenia por cuerdo, y yá por loco: porque lo que hablaba era concertado, elegante, y bien dicho; y lo que hacía, disparatado, temerario, y tonto; y decia entre sí: ¿Qué mas locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse à entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿Y qué mayor temeridad, y disparate que querer pelear por fuerza con leones? De estas imaginaciones, y de este soliloquio le sacó Don Quixote, diciéndole: ¿Quién duda, señor Don Diego de Mi-

Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado, y loco? Y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa; pues con todo esto quiero que vuestra merced advierta que no soy tan loco, ni tan menguado, como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo Caballero à los ojos de su Rey en la mitad de una gran plaza dar una lanzada con felice suceso à un bravo toro: bien parece un Caballero armado de resplandecientes armas pasear la tela en alegres justas delante de las damas: y bien parecen todos aquellos Caballeros que en exercicios militares (ò que lo parezcan) entretienen, y alegran; y (si se puede decir) honran las Cortes de sus Príncipes; pero sobre todos estos, parece mejor un Caballero Andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas, y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intencion de darles dichosa, y bienafortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama, y duradera. Mejor parece, digo, un Caballero Andante socorriendo à una viuda en algun despoblado, que un cor-

cortesano Caballero requebrando à una doncella en las Ciudades. Todos los Caballeros tienen sus particulares exercicios: sirva à las damas el Cortesano: autorice la Corte de su Rey con libreas: sustente los Caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa: concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal, magnífico, y buen Christiano sobre todo; y de esta manera cumplirá con sus precisas obligaciones. Pero el Andante Caballero busque los rincones del mundo: éntrese en los mas intrincados laberintos: acometa à cada paso lo imposible: resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del Sol en mitad del Verano, y en el Invierno la dura inclemencia de los vientos, y de los hielos: no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endríagos; que buscar estos, acometer à aquellos, y vencerles à todos, son sus principales, y verdaderos exercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la Andante Caballería, no puedo dexar de acometer todo aquello que à mí me pareciere que cae debaxo de la jurisdiccion de mis exercicios; y así el acometer à los leones que aho-

ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exôrbitante; porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud, que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía, y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente toque, y suba al punto de temerario, que no que baxe, y toque en el punto de cobarde: que así como es mas facil venir el pródigo à ser liberal, que el avaro, así es mas facil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir à la verdadera valentía. Y en esto de acometer aventuras, créame vuestra merced, señor Don Diego, que ántes se ha de perder por carta de mas, que de menos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: El tal Caballero es temerario, y atrevido; que no: El tal Caballero es tímido, y cobarde. Digo, señor Don Quixote, respondió Don Diego, que todo lo que vuestra merced ha dicho, y hecho, vá nivelado con el fiel de la misma razon; y que entiendo que si las ordenanzas, y leyes de la Caballería Andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de vuestra merced, como en su mismo depósito, y archivo: y démo-

monos priesa, que se hace tarde, y lleguemos à mi aldea, y casa, donde descansará vuestra merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento à gran favor, y merced, señor D. Diego, respondió Don Quixote; y picando mas de lo que hasta entónces, serian como las dos de la tarde quando llegaron à la aldea, y à la casa de Don Diego, à quien Don Quixote llamaba el Caballero del verde gavan.

CAPITULO LXXI.

De lo que sucedió à Don Quixote en el castillo, ò casa del Caballero del verde gavan, con otras cosas extravagantes.

HAlló Don Quixote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha, como de aldea: las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle: la bodega en el patio: la cueva en el portal; y muchas tinajas à la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada, y trasformada Dulcinea;

y

y suspirando, y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dixo: ¡O dulces prendas por mi mal halladas, dulces, y alegres quando Dios queria! ¡O Tobosescas tinajas, que me habeis traido à la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir esto el Estudiante Poëta, hijo de Don Diego, que con su madre habia salido à recibirle, y madre, y hijo quedaron suspensos de vér la estraña figura de Don Quixote; el qual, apeándose de Rocinante, fue con mucha cortesía à pedirle las manos para besárselas; y Don Diego dixo: Recibid, señora, con vuestro sólito agrado al señor Don Quixote de la Mancha, que es el que teneis delante, Andante Caballero, y el mas valiente, y discreto que tiene el mundo. La señora, que Doña Christina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor, y de mucha cortesía; y Don Quixote se le ofreció con asaz de discretas, y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el Estudiante, que en oyéndole hablar Don Quixote, le tuvo por discreto, y agudo. Aquí pinta el Autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintándonos en ellas

ellas lo que contiene una casa de un Caballero labrador, y rico; pero al Traductor de la historia le pareció pasar estas, y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el propósito principal de la historia, en la qual mas tiene su fuerza la verdad, que no las frias digresiones. Entraron à Don Quixote en una sala: desarmóle Sancho: quedó en valones, y en jubon de camuza, todo visunto con la mugre de las armas: el cuello era valona à lo estudiantil, sin almidon, y sin randas: los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos. Quitóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos, que es opinion que muchos años fue enfermo de los riñones: cubrióse un herreruelo de buen paño pardo; pero antes de todo con cinco calderos, ò seis de agua, que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia, se lavó la cabeza, y el rostro, y todavia se quedó el agua de color de suero: merced à la golosina de Sancho, y à la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron à su amo. Con los referidos atavíos, y con gentíl donayre, y gallardía salió Don Quixote à otra sala, don-

donde el Estudiante le estaba esperando, para entretenerle en tanto que las mesas se ponian, que por la venida de tan noble huesped queria la señora Doña Christina mostrar que sabía, y podia regalar à los que à su casa llegasen. En tanto que Don Quixote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo, que así se llamaba el hijo de Don Diego, de decir à su padre. ¿Quién diremos, señor, que es este Caballero, que vuestra merced nos ha traído à casa, que el nombre, la figura, y el decir que es Caballero Andante, à mí, y à mi madre nos tiene suspensos? No sé lo que te diga, hijo, respondió Don Diego: solo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran, y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso à lo que sabe: y pues eres discreto, juzga de su discrecion, ò tonteria lo que mas puesto en razon estuviere; aunque para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo. Con esto se fue Don Lorenzo à entretener à Don Quixote, como queda dicho; y entre otras pláticas que entre los dos pasaron, dixo D. Quixote à D. Lorenzo: El señor Don Diego de Miran-

da, padre de vuestra merced, me ha dado noticia de la rara habilidad, y sutil ingenio que vuestra merced tiene; y sobre todo que es vuestra merced un gran Poëta. Poëta bien podrá ser, respondió Don Lorenzo; pero grande, ni por pensamiento. Verdad es que yo soy algun tanto aficionado à la poësía, y à leer los buenos Poëtas; pero no de manera que me se pueda dar el nombre de grande, que mi padre dice. No me parece mal esa humildad, respondió Don Quixote, porque no hay Poëta que no sea arrogante, y piense de sí que es el mayor Poëta del mundo. No hay regla sin excepcion, respondió Don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea, y no lo piense. Pocos, respondió Don Quixote; pero dígame vuestra merced: ¿Qué versos son los que ahora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre, que le traen algo inquieto, y pensativo? y si es alguna glosa, à mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaría saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor, ò la gran calidad de la persona: el segundo se lleva la mera justicia; y el ter-

tercero viene à ser segundo, y el primero à esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las Universidades; pero con todo esto gran personage es el nombre de primero. Hasta ahora, dixo entre sí Don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco: vamos adelante; y díxole: Páreceme que vuestra merced ha cursado las Escuelas. ¿Qué ciencias ha oído? La de la Caballería Andante, respondió Don Quixote, que es tan buena como la de la Poësía, y aun dos deditos mas. No sé qué ciencia sea esa, replicó Don Lorenzo, que hasta ahora no ha llegado à mi noticia. Es una ciencia, replicó Don Quixote, que encierra en sí todas, ò las mas ciencias del mundo, à causa que el que la profesa ha de ser Jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva, y comutativa, para dar à cada uno lo que es suyo, y lo que le conviene. Ha de ser Teólogo, para saber dar razon de la christiana ley que profesa clara, y distintamente adonde quiera que le fuere pedido. Ha de ser Médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados, y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heri-

das : que no ha de andar el Caballero Andante à cada triquete buscando quien se las cure. Ha de ser Astrólogo, para conocer por las estrellas quántas horas son pasadas de la noche, en qué parte, y en qué clima del mundo se halla. Ha de saber las Matemáticas, porque à cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas; y dexando à parte que ha de estár adornado de todas las virtudes Teologales, y Cardinales, decendiendo à otras menudencias, digo que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el pece Nicolas, ò Nicolao. Ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla, y el freno : y volviendo à lo de arriba, ha de guardar la Fé à Dios, y à su dama : ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos ; y finalmente mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes, y mínimas partes se compone un buen Caballero Andante, porque vea vuestra merced, señor Don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el Caballero que la estudia, y la profe-

fesa, y si se puede igualar à las mas estiradas que en los gymnasios, y escuelas se enseñan. Si eso es así, replicó Don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia à todas. ¿Cómo si es así? respondió Don Quixote. Lo que yo quiero decir, dixo D. Lorenzo, es que dudo que haya habido, ni que los haya ahora Caballeros Andantes, y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que vuelvo à decir ahora, respondió Don Quixote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido Caballeros Andantes; y por parecerme à mí, que si el cielo milagrosamente no les dá à entender la verdad de que los hubo, y de que los hay, qualquier trabajo que se tome, ha de ser en vano (como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia): no quiero detenerme ahora en sacar à vuestra merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es, el rogar al cielo le saque de él, y le dé à entender quán provechosos, y quán necesarios fueron al mundo los Caballeros Andantes en los pasados siglos, y quán útiles fueran en el presente, si se usáran; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pere-

za, la ociosidad, la gula, y el regalo. Escapádosenosha nuestro huesped, dixo à esta sazon entre sí Don Lorenzo; pero con todo eso él es loco bizarro, y yo sería mentecato floxo, si así no lo creyese. Aquí dieron fin à su plática, porque los llamaron à comer. Preguntó Don Diego à su hijo, ¿qué habia sacado en limpio del ingenio del huesped? A lo que él respondió: No le sacarán del borrador de su locura quantos Médicos, y buenos Escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco, lleno de lucidos intervalos. Fuéronse à comer, y la comida fue tal como Don Diego habia dicho en el camino que la solia dar à sus convidados, limpia, abundante, y sabrosa; pero de lo que mas se contentó Don Quixote fue del maravilloso silencio que en toda la casa habia, que semejaba un Monasterio de Cartuxos. Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias à Dios, y agua à las manos, Don Quixote pidió ahincadamente à Don Lorenzo dixese los versos de la justa literaria. A lo que él respondió que por no parecer de aquellos Poëtas, que quando les ruegan digan sus versos los niegan, y quando no se los piden los vomitan, yo di-

diré mi glosa, de la qual no espero premio alguno; que solo por exercitar el ingenio la he hecho. Un amigo, y discreto, respondió Don Quixote, era de parecer que no se habia de cansar nadie en glosar versos, y la razon, decia él, era que jamás la glosa podia llegar al texto; y que muchas, ò las mas veces iba la glosa fuera de la intencion, y propósito de lo que pedia lo que se glosaba: y mas que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrian interrogantes, ni dixo, ni diré, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras, y estrechezas con que ván atados los que glosan, como vuestra merced debe de saber. Verdaderamente, señor Don Quixote, dixo D. Lorenzo, que deseo coger à vuestra merced en un mal latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondió D. Quixote, lo que vuestra merced dice, ni quiere decir en eso del deslizarme. Yo me daré à entender, respondió D. Lorenzo; y por ahora esté vuestra mercer atento à los versos glosados, y à la glosa, que dicen de esta manera:

Si mi fue tornáse à es,
Sin esperar mas será:
O viniese el tiempo yá
De lo que será despues.

GLOSA.

Al fin, como todo pasa,
se pasó el bien que me dió
fortuna un tiempo no escasa,
y nunca me le volvió,
ni abundante, ni por tasa.
Siglos há yá que me vés,
fortuna, puesto à tus pies:
vuélveme à ser venturoso,
que será mi sér dichoso,
Si mi fue tornáse à es.

No quiero otro gusto, ò gloria,
otra palma, ò vencimiento,
otro triunfo, otra vitoria,
sino volver al contento,
que es pensar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
fortuna, templado está
todo el rigor de mi fuego;
y mas si este bien es luego,
Sin esperar mas será.

Cosas imposibles pido,
pues volver el tiempo à ser,

des-

despues que una vez ha sido,
no hay en la tierra poder,
que à tanto se haya estendido.
Corre el tiempo, vuela, y vá
ligero, y no volverá;
y erraria el que pidiese,
ò que el tiempo yá se fuese,
O viniese el tiempo yá.
Vivir en perplexa vida,
yá esperando, yá temiendo,
es muerte muy conocida;
y es mucho mejor muriendo
buscar al dolor salida.
A mí me fuera interés
acabar; mas no lo es,
pues con discurso mejor
me dá la vida el temor
De lo que será despues.

En acabando de decir su glosa Don Lorenzo, se levantó en pie Don Quixote, y con voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de D. Lorenzo, dixo: Viven los cielos, donde mas altos están, mancebo generoso, que sois el mejor Poëta del orbe, y que mereceis estár laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dixo un Poëta que Dios perdone, sino por las Academias de Atenas,

nas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de París, Bolonia, y Salamanca: plegue al cielo, que los Jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asaetee, y las Musas jamás atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso à vuestro admirable ingenio. ¿No es bueno que dicen que se holgó Don Lorenzo de verse alabado de Don Quixote, aunque le tenia por loco? ¡O fuerza de la adulacion! à quánto te estiendes, y quán dilatados límites son los de tu jurisdiccion agradable! Esta verdad acreditó Don Lorenzo, pues condescendió con la demanda, y deseo de D. Quixote, diciéndole à la fábula, ò historia de Píramo, y Tisbe este

SONETO.

El muro rompe la doncella hermosa
Que de Píramo abrió el gallardo pecho,
Parte el Amor de Chipre, y vá derecho
A vér la quiebra estrecha, y prodigiosa.
Habla el silencio allí, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho:
Las almas sí, que amor suele de hecho
Facilitar la mas dificil cosa.
Salió el deseo de compás, y el paso

De

De la imprudente virgen solicíta
Por su gusto su muerte: ved qué historia,
Que à entrambos en un punto ¡ò estraño ca-
Los mata, los encubre, y resucita (so!
Una espada, un sepulcro, una memoria.

Bendito sea Dios, dixo Don Quixote, habiendo oído el Soneto à Don Lorenzo, que entre los infinitos Poëtas consumidos que hay, he visto un consumado Poëta, como lo es vuestra merced, señor mio, que así me lo dá à entender el artificio de este Soneto. Quatro dias estuvo Don Quixote regaladísimo en la casa de Don Diego, al cabo de los quales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecia la merced, y buen tratamiento, que en su casa habia recibido; pero que por no parecer bien que los Caballeros Andantes se dén muchas horas al ocio, y al regalo, se queria ir à cumplir con su oficio, buscando las aventuras de quien tenia noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegáse el dia de las Justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota; y que primero habia de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas, y tan admirables cosas en aquellos contornos se con-

contaban; sabiendo, è inquiriendo asimismo el nacimiento, y verdaderos manantiales de las siete lagunas, llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego, y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dixeron que tomáse de su casa, y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirian con la voluntad posible, que à ello les obligaba el valor de su persona, y la honrosa profesion suya. Llegóse, en fin, el dia de su partida, tan alegre para Don Quixote, como triste, y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusaba de volver à la hambre, que se usa en las florestas, y despoblados, y à la estrecheza de sus mal proveídas alforjas. Con todo esto las llenó, y colmó de lo mas necesario que le pareció; y al despedirse, dixo Don Quixote à Don Lorenzo: No sé si he dicho à vuestra merced otra vez, y si lo he dicho, lo vuelvo à decir, que quando vuestra merced quisiere ahorrar caminos, y trabajos para llegar à la inaccesible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa sino dexar à una parte la senda de la poësía, algo estrecha,

y tomar la estrechísima de la Andante Caballería, bastante para hacerle Emperador en daca las pajas. Con estas razones acabó Don Quixote de cerrar el proceso de su locura, y mas con las que añadió, diciendo: Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al Señor Don Lorenzo, para enseñarle cómo se han de perdonar los sugetos, y supeditar, y acocear los sobervios: virtudes anexas à la profesion que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables exercicios, solo me contento con advertirle à vuestra merced, que siendo Poëta, podrá ser famoso, si se guia mas por el parecer ageno, que por el propio; porque no hay padre, ni madre, à quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre, y hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, yá discretas, y yá disparatadas, y del tema, y teson que llevaba de acudir de todo en todo à la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin, y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos, y comedimientos; y con la buena licencia de la señora del castillo Don Quixote, y San-

Sancho sobre Rocinante, y el rucio se partieron.

CAPITULO LXXII.

Donde se cuenta la aventura del Pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

POco trecho se habia alongado D. Quixote del Lugar de Don Diego, quando encontró con dos como Clérigos, ò como Estudiantes, y con dos Labradores, que sobre quatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los Estudiantes traía como en portamanteo un lienzo de bocací verde, envuelto, al parecer, en un poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellate: el otro no traía otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas, y con sus zapatillas. Los Labradores traían otras cosas, que daban indicio, y señal que venian de alguna Villa grande, donde las habian comprado, y las llevaban à su Aldea; y así Estudiantes, como Labradores, cayeron en la misma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veían à Don Quixote, y morian por saber qué hom-

hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles Don Quixote; y despues de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacía, les ofreció su compañia, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban mas sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dixo quién era, y su oficio, y profesion, que era de Caballero Andante, que iba à buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díxoles que se llamaba de nombre propio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo el Caballero de los Leones. Todo esto para los Labradores era hablarles en griego, ò en gerigonza; pero no para los Estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebro de Don Quixote; pero con todo eso le miraban con admiracion, y con respeto; y uno de ellos le dixo: Si vuestra merced, señor Caballero, no lleva camino determinado, como no lo suelen llevar los que buscan las aventuras, vuestra merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas, y mas ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas à la redonda. Preguntóle Don Quixote si eran de algun

Prín-

Príncipe, que así las ponderaba. No son, respondió el Estudiante, sino de un labrador, y una labradora: él el mas rico de toda esta tierra; y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario, y nuevo; porque se han de celebrar en un prado, que está junto al pueblo de la novia, à quien por excelencia llaman Quiteria la Hermosa; y el desposado se llama Camacho el Rico: ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos, ambos para en uno, aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linages de todo el mundo, quieren decir que el de la Hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero yá no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efeto, el tal Camacho es liberal, y háse le antojado de enramar, y cubrir todo el prado por arriba de tal suerte que el Sol se ha de ver en trabajo, si quiere entrar à visitar las yerbas verdes, de que está cubierto el suelo. Tiene asimismo maheridas danzas, así de espadas, como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique, y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio

los

los que tiene muñidos. Pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dexado de referir, ha de hacer mas memorables estas bodas, sino las que imagíno que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo Lugar de Quiteria, el qual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasion el amor de renovar al mundo los yá olvidados amores de Píramo, y Tisbe; porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos, y primeros años, y ella fue correspondiendo à su deseo con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños, Basilio, y Quiteria. Fue creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorvar à Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y por quitarse de andar rezeloso, y lleno de sospechas, ordenó de casar à su hija con el Rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna, como de naturaleza: pues si vá à decir las verdades, sin envidia, él es el mas agil mancebo que conocemos: gran tirador de barra, luchador extremado, y

gran jugador de pelota : corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla à los bolos como por encantamiento : canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar ; y sobre todo juega una espada como el mas pintado. Por esa sola gracia, dixo à esta sazon Don Quixote, merecia ese mancebo no solo casarse con la Hermosa Quiteria, sino con la misma Reyna Ginebra, si fuera hoy viva, à pesar de Lanzarote, y de todos aquellos que estorvarlo quisieran. A mi muger con eso, dixo Sancho Panza (que hasta entónces habia ido callando, y escuchando), la qual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice : Cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio (que yá me le voy aficionando) se casára con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan, y buen poso (iba à decirlo al revés) los que estorvan que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dixo Don Quixote, quitaríase la eleccion, y jurisdiccion à los padres de casar sus hijos con quién, y quándo deben : y si à la voluntad de las hijas quedáse escoger los ma-

maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, à su parecer bizarro, y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin: que el amor, y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado: y el del matrimonio está muy à peligro de errarse, y es menester gran tiento, y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viage largo; y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañia segura, y apacible con quien acompañarse. ¿Pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida, hasta el paradero de la muerte? ¿y mas si la compañia le ha de acompañar en la cama, en la mesa, y en todas partes, como es la de la muger con su marido? La de la propia muger no es mercadería que una vez comprada se vuelve, ò se trueca, ò cambia; porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida. Es un lazo que si una vez le echais al cuello, se vuelve en nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia, si no

lo estorvára el deseo que tengo de saber si le queda mas que decir al señor Licenciado acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el Estudiante, Bachiller, ò Licenciado, como le llamó Don Quixote: De todo no me queda mas que decir, sino que desde el punto que Basilio supo que la Hermosa Quiteria se casaba con Camacho el Rico, nunca mas le han visto reir, ni hablar razon concertada; y siempre anda pensativo, y triste, hablando entre sí mismo, con que dá ciertas, y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco, y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto. Mira de quando en quando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estátua vestida, que el ayre le mueve la ropa. En fin él dá tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos que el dar el sí mañana la Hermosa Quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dixo Sancho, que Dios que dá la llaga, dá la medicina: nadie sabe lo que está por venir: de aquí à ma-

mañana muchas horas hay, y en una, y aun en un momento se cae la casa: y yo he visto llover, y hacer sol todo à un mismo punto: tal se acuesta sano por la noche, y no se puede mover à otro dia. Y díganme: ¿Por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo à la rodaja de la fortuna? No por cierto, y entre el sí, y el nò de la muger, no me atreviera yo à poner una punta de un alfiler, porque no cabria: dénme à mí que Quiteria quiera de buen corazon, y de buena voluntad à Basilio, que yo le daré à él un saco de buena ventura; que el amor (segun yo he oido decir) mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, à la pobreza riqueza, y à las legañas perlas. ¿Adónde vás à parar, Sancho? ¿Qué seas, maldito? dixo D. Quixote, que quando comienzas à ensartar refranes, y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? ¡O, pues, si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates! Pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas ne-

cedades en lo que he dicho, sino que vuestra merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos. Fiscal has de decir, dixo Don Quixote, que no friscal, prevaricador del buen lenguage, que Dios te confunda. No se apunte vuestra merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca para saber si añado, ò quito alguna letra à mis vocablos. Sí, que va'game Dios, no hay para qué obligar al Sayagués à que hable como el Toledano, y Toledanos puede haber que no las corten en el ayre en esto de el hablar polido. Así es, dixo el Licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las tenerias, y en Zocodober, como los que se pasean casi todo el dia por el Claustro de la Iglesia Mayor, y todos son Toledanos. El lenguage puro, el propio, el elegante, y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dixe discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramática del buen lenguage, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado Cánones en Salamanca, y pícome algun tan-

tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas, y significantes. Si no os picárades mas de saber mas menear las negras que llevais, que la lengua, dixo el otro Estudiante, vos llevaredes el primero en licencias, como llevasteis cola. Mirad, Bachiller, respondió el Licenciado, vos estais en la mas errada opinion del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana. Para mí no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si quereis que os lo muestre con la experiencia, espadas traeis, comodidad hay, yo pulsos, y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeáos, y usad de vuestro compas de pies, de vuestros círculos, y vuestros ángulos, y ciencia, que yo espero de haceros vér estrellas à medio dia con mi destreza moderna, y zafia, de quien espero despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo à quien yo no le haga perder tierra. En eso de volver, ò no las espaldas, no me meto, replicó el diestro; aunque podia ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pie, allí os

abriesen la sepultura, quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza. Ahora se verá, respondió Corchuelo; y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el Licenciado en el suyo. No ha de ser así, dixo à este instante Don Quixote, que yo quiero ser el Maestro de esta esgrima, y el Juez de esta muchas veces no averiguada qüestion; y apeándose de Rocinante, y asiendo de su lanza se puso en la mitad del camino, à tiempo que yá el Licenciado con gentil donayre de cuerpo, y compas de pies se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando (como decir se suele) fuego por los ojos. Los otros dos Labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de espectatores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibaxos, reveses, y mandobles que tiraba Corchuelo, eran sin número, mas espesas que hígado, y mas menudas que granizo: arremetia como un leon irritado; pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del Licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacía besar, como si fuera reliquia, aunque

que no con tanta devocion como las reliquias deben, y suelen besarse. Finalmente el Licenciado le contó à estocadas todos los botones de una media sotanilla que traía vestida, haciéndole tiras los faldamentos, como colas de pulpo : derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera, que de despecho, cólera, y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el ayre con tanta fuerza, que uno de los Labradores asistentes, que era Escribano, que fue por ella, dió despues por testimonio, que la alongó de sí casi tres quartos de legua; el qual testimonio sirve, y ha servido para que se conozca, y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo; y llegándose à él Sancho, le dixo : Mia fé, señor Bachiller, si vuestra merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar à nadie à esgrimir, síno à luchar, ò à tirar la barra, pues tiene edad, y fuerzas para ello; que de estos, à quien llaman diestros, he oido decir que meten la punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caido de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la ver-

verdad, de quien tan lexos estaba; y levantándose abrazó al Licenciado, y quedaron mas amigos que de antes; no queriendo esperar al Escribano, que habia ido por la espada, por parecerle que tardaria mucho: y así determinaron seguir adelante por llegar temprano à la Aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fue contando el Licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas, y con tantas figuras, y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anochecido; pero antes que llegasen les pareció à todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de inumerables, y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos, y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos, y sonajas; y quando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada, que à mano habian puesto à la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, à quien no ofendia el viento, que entonces no soplaba, sino tan manso que no tenia fuerza para mover las ho-

hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas quadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos baylando, otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efeto no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegria, y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen vér otro dia las representaciones, y danzas que se habian de hacer en aquel Lugar dedicado para solemnizar las bodas del Rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el Lugar D. Quixote, aunque se lo pidieron, así el Labrador, como el Bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísima à su parecer, ser costumbre de los Caballeros Andantes dormir por los campos, y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debaxo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele à la memoria el buen aloxamiento que habia tenido en el castillo, ò casa de Don Diego.

CAPITULO LXXIII.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el Rico, con el suceso de Basilio el pobre.

APenas la blanca Aurora habia dado lugar à que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugáse, quando Don Quixote sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie, y llamó à su escudero Sancho, que aun todavia roncaba; lo qual visto por Don Quixote, antes que le despertase, le dixo: ¡O tú bienaventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener envidia, ni ser envidiado, duermes con sosegado espíritu! Ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos. Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en contínua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia tú, y tu pequeña, y angustiada familia: ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga; pues los límites de tus deseos no se estienden à mas que à pensar en tu jumento,

to, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso, y carga, que puso la naturaleza, y la costumbre à los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar, y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir à la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad, y hambre al que le sirvió en la fertilidad, y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormia, ni despertára tan presto si Don Quixote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó, en fin soñoliento, y perezoso; y volviendo el rostro à todas partes, dixo: De la parte de esta enramada (si no me engaño) sale un tufo, y olor, harto mas de torreznos asados, que de juncos, y tomillos. Bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada, que deben de ser abundantes, y generosos. Acaba, gloton, dixo D. Quixote, ven irémos à ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho: no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay mas sino no te-

tener un quarto, y querer casarse por las nubes? A la fé, señor, yo soy de parecer que el pobre debe contentarse con lo que halláre, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales à Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas, y las joyas que le debe de haber dado, y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra, y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ò sobre una gentil treta de espada no dan un quartillo de vino en la taberna: habilidades, y gracias, que no son vendibles, mas que las tenga el Conde Dirlos; pero quando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida, como ellas parecen: sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio; y el mejor cimiento, y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dixo à esta sazon Don Quixote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí, que si te dexáse seguir en las que à cada paso comienzas no te quedára tiempo para comer, ni para dormir, que todo lo gastarias en hablar. Si vuestra merced tuviera

bue-

buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto antes que esta última vez saliésemos de casa: uno de ellos fue que me habia de dexar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el próximo, ni contra la autoridad de vuestra merced, y hasta ahora me parece que no he contravenido contra el tal capítulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió D. Quixote, del tal capítulo; y puesto que sea así, quiero que calles, y vengas, que yá los instrumentos que à noche oimos vuelven à alegrar los valles; y sin duda los desposorios se celebrarán en el fresco de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba; y poniendo la silla à Rocinante, y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció à la vista de Sancho fue espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar ardia un mediano monte de leña; y seis ollas, que alderredor de la hoguera estaban, no se habian hecho en la comun turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias ti-

tinajas, que en cada una cabia un rastro de carne: así embebian, y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de vér, como si fueran palominos: las liebres yá sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles, para sepultarlas en las ollas, no tenian número: los páxaros, y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles, para que el ayre los enfriáse. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de dos arrobas cada uno, y todos llenos (segun despues pareció) de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las heras: los quesos puestos como ladrillos, enrejados formaban una muralla; y dos calderas de aceyte, mayores que las de un tinte, servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas, y las zabullian en otra caldera de preparada miel, que allí junto estaba. Los cocineros, y cocineras pasaban de cincuenta: todos limpios, todos diligentes, y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos, y pequeños lechones, que cosidos por encima, servian de darle sabor, y enternecerle: las especias

cias de diversas suertes, no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas: y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rústico; pero tan abundante, que podia sustentar à un exército. Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron, y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomaria de bonísima gana un mediano puchero: luego le aficionaron la voluntad los zaques; y últimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan horrendas calderas, y así sin poderlo sufrir, ni ser en su mano otra cosa, se llegó à uno de los solícitos cocineros, y con corteses, y hambrientas razones le rogó le dexáse mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió: Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre (merced al rico Camacho): apeáos, y mirad si hay por ahí un cucharon: y espumad una gallina, ù dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dixo el cocinero, pecador de mí, y qué melindroso, y para poco debeis de

ser! Y diciendo esto, asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas, sacó con él tres gallinas, y dos gansos, y dixo à Sancho: Comed, amigo, y desayunaos con esa espuma, en tanto que se llega la hora de yantar. No tengo en qué echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dixo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza, y el contento de Camacho todo lo suple. Entanto, pues, que esto pasaba à Sancho, estaba Don Quixote mirando como por una parte de la enramada entraban hasta doce Labradores sobre doce hormosísimas yeguas, con ricos, y vistosos jaeces de campo, y con muchos cascabeles en los pretales, y todos vestidos de regocijo, y fiesta; los quales en concertado tropel corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara, y grita, diciendo: Vivan Camacho, y Quiteria: él tan rico como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo qual D. Quixote, dixo entre sí: Bien parece que estos no han visto à mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran à la mano en las alabanzas de esta su Quiteria. De allí à poco comenzaron à entrar

trar por diversas partes de la enramada muchas, y diferentes danzas, entre las quales venía una de espadas de hasta veinte y quatro zagales de gallardo parecer, y brio, todos vestidos de delgado, y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda. Y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas, si se habia herido alguno de los danzantes. Por ahora, bendito sea Dios, respondió el mancebo, no se ha herido nadie: todos vamos sanos; y luego comenzó à enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas, y con tanta destreza, que aunque D. Quixote estaba hecho à vér semejantes danzas, ninguna le habia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas, que al parecer ninguna baxaba de catorce, ni llegaba à diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados, y parte sueltos; pero todos tan rubios, que con los del Sol podian tener competencia; sobre los quales traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto, y madre-selva compuestas. Guiábalas un venerable viejo, y una anciana ma-

trona; pero mas ligeros, y sueltos que sus años prometian. Hacíales el són una gayta Zamorana; y ellas llevando en los rostros, y en los ojos à la misma honestidad, y en los pies à la ligereza, se mostraban las mejores bayladoras del mundo. Tras esto entró otra danza de artificio, y de las que llaman habladas. Era de ocho Ninfas, repartidas en dos hileras: de la una hilera era guia el Dios Cupido, y de la otra el Interés: aquel adornado de alas, arco, aljaba, y saëtas: este vestido de ricas, y diversas colores de oro, y seda. Las Ninfas que al Amor seguian, traían à las espaldas en pergamino blanco, y letras grandes escritos sus nombres. *Poësía* era el título de la primera: el de la segunda *Discrecion*: el de la tercera *Buen linage*: el de la quarta *Valentía*. Del modo mismo venian señaladas las que al Interés seguian. Decia *Liberalidad* el título de la primera: *Dádiva* el de la segunda: *Tesoro* el de la tercera: y el de la quarta *Posesion pacífica*. Delante de todos venía un castillo de madera, à quien tiraban quatro salvages, todos vestidos de yedra, y de cáñamo, teñido de verde, tan al natural, que por poco espantáran à Sancho. En la frontera del

del castillo, y en todas quatro partes de sus quadros traía escrito : *Castillo de buen recato.* Hacíanles el són quatro diestros tañederos de tamboril, y flauta. Comenzaba la danza Cupido ; y habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos, y flechaba el arco contra una doncella, que se ponia entre las almenas del castillo, à la qual de esta suerte dixo:

Yo soy el Dios poderoso
En el ayre, y en la tierra,
Y en el ancho mar undoso,
Y en quanto el abysmo encierra
En su báratro espantoso.
Nunca conocí qué es miedo:
Todo quanto quiero puedo,
Aunque quiera lo imposible;
Y en todo lo que es posible
Mando, quito, pongo, y vedo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse à su puesto. Salió luego el Interés, y hizo otras dos mudanzas : callaron los tamborinos, y él dixo:

Soy quien puede mas que amor,
Y es amor el que me guia:
Soy de la estirpe mejor

Que el cielo en la tierra cria,
Mas conocida, y mayor.
Soy el Interés, en quien
Pocos suelen obrar bien:
Y obrar sin mí es gran milagro;
Y qual soy te me consagro
Por siempre jamás amen.

Retiróse el Interés, y hízose adelante la Poësía; la qual, despues de haber hecho sus mudanzas, como los demás, puestos los ojos en la doncella del castillo, dixo:

En dulcísimos concetos
La dulcísima Poësía,
Altos, graves, y discretos,
Señora, el alma te envia
Envuelta entre mil Sonetos.
Si acaso no te importuna
Mi porfia, tu fortuna,
De otras muchas envidiada,
Será por mí levantada
Sobre el cerco de la Luna.

Desvióse la Poësía, y de la parte del Interés salió la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanzas, dixo:

Llaman liberalidad
Al dar, que el extremo huye

De

De la prodigalidad,
Y del contrario que arguye,
Tibia, y floxa voluntad.
Mas yo por te engrandecer,
De hoy mas pródigo ha de ser,
Que aunque es vicio, es vicio honrado,
Y de pecho enamorado,
Que en el dar se echa de vér.

De este modo salieron, y se retiraron todas las figuras de las dos esquadras, y cada una hizo dos mudanzas, y dixo sus versos, algunos elegantes, y algunos ridículos; y solo tomó de memoria Don Quixote (que la tenia grande) los yá referidos, y luego se mezclaron todos, haciendo, y deshaciendo lazos con gentil donayre, y desenvoltura; y quando pasaba el Amor por delante del castillo, disparaba por alto sus flechas; pero el Interés quebraba en él alcancías doradas. Finalmente despues de haber baylado un buen espacio, el Interés sacó un bolson, que le formaba un pellejo de un gran gato Romano, que parecia estár lleno de dineros; y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas, y se cayeron, dexando à la doncella descubierta, y sin defensa alguna. Llegó el Interés

con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla, y cautivarla; lo qual visto por el Amor, y sus valedores, hicieron ademán de quitársela; y todas las demostraciones que hacian, eran al són de los tamborinos, baylando, y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza volvieron à armar, y à encaxar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con eso se acabó la danza, con gran contento de los que la miraban. Preguntó Don Quixote à una de las Ninfas que quién la habia compuesto, y ordenado? Respondióle, que un Beneficiado de aquel Pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostaré, dixo Don Quixote, que debe de ser mas amigo de Camacho, que de Basilio, el tal Bachiller, ò Beneficiado, y que debe de tener mas de satírico que de vísperas: bien ha encaxado en la danza las habilidades de Basilio, y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba, dixo: el Rey es mi gallo, à Camacho me atengo. En fin (dixo D. Quixote) bien se parece, Sancho, que

que eres villano, y de aquellos que dicen: Viva quien vence. No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé, que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma, como es esta que he sacado de las de Camacho; y enseñóle el caldero lleno de gansos, y de gallinas; y asiéndo de una, comenzó à comer con mucho donayre, y dixo: A la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales quanto tienes, y tanto tienes quanto vales. Dos linages solos hay en el mundo, como decia una agüela mia, que son el tener, y el no tener, aunque ella al del tener se atenia; y el dia de hoy, mi señor Don Quixote, antes se toma el pulso al haber, que al saber. Un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que, vuelvo à decir, que à Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos, gallinas, liebres, y conejos; y de las de Basilio serán, si viene à mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle. ¿Has acabado tu arenga, Sancho? dixo Don Quixote. Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que vuestra merced recibe pesadumbre con ella; que si esto no se pusie-

siera de por medio, obra habia cortada para tres dias. Plegue à Dios, Sancho, replicó D. Quixote, que yo te vea mudo antes que me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, antes que vuestra merced se muera, estaré yo mascando barro, y entonces podrá ser que esté tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ò por lo menos hasta el dia del juicio. Aunque eso así suceda, ¡ò Sancho! respondió Don Quixote, nunca llegará tu silencio à do ha llegado lo que has hablado, hablas, y tienes de hablar en tu vida; y mas que está muy puesto en razon natural, que primero llegue el dia de mi muerte, que el de la tuya; y así jamás pienso verte mudo, ni aun quando estés bebiendo, ù durmiendo, que es lo que puedo encarecer. A buena fé, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la qual tan bien come cordero, como carnero; y à nuestro Cura he oído decir que con igual pie pisa las altas torres de los Reyes, como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora mas de poder que de melindre: no es nada asquerosa: de todo come, y à todo hace,

y de toda suerte de gentes, edades, y preeminencias hinche sus alforjas: no es segador que duerme las siestas, que à todas horas siega, y corta, así la seca, como la verde yerba; y no parece que masca, sino que engulle, y traga quanto se le pone delante, porque tiene hambre canina que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, dá à entender que está hidrópica, y sedienta de beber todas las vidas de quantos viven, como quien se bebe un jarro de agua. No mas, Sancho, dixo à este punto Don Quixote: tente en buenas, y no te dexes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos, es lo que pudiera decir un buen Predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano, è irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras Theologias. Ni las has menester, dixo Don Quixose. Pero yo no acabo de entender, ni alcanzar, ¿cómo siendo principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes mas à un lagarto que à él, sabes tanto? Juzgue vuestra merced, señor, de

sus

sus Caballerías, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores, ò valentías agenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino; y dexeme vuestra merced despavilar esta espuma, que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida. Y diciendo esto, comenzó de nuevo à dar asalto à su caldero con tan buenos alientos, que despertó los de Don Quixote; y sin duda le ayudára, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

CAPITULO LXXIV.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

QUando estaban D. Quixote, y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces, y gran ruido, y dábanlas, y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera, y grita iban à recibir à los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos, y de invenciones, venian acompañados del Cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los Lugares circun-

ve-

vecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió à la novia, dixo: A buena fé que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez, que segun diviso, que las patenas que habia de traer, son ricos corales, y la palmilla verde de cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco! voto à mí que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azavache! no medre yo, si no son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una cuaxada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡O hi de puta, y qué cabellos que si no son postizos, no los he visto mas luengos, ni mas rubios en toda mi vida! No sino ponedla tacha en el brio, y en el talle, y no la compareis à una palma, que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos, y de la garganta: juro en mi ánima, que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes. Rióse Don Quixote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle, que fuera de su señora Dulcinea del

del Toboso, no habia visto muger mas hermosa jamás. Venía la Hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Ibanse acercando à un teatro, que à un lado del prado estaba adornado de alfombras, y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habia de mirar las danzas, y las invenciones. Y à la sazon que llegaban al puesto, oyeron à sus espaldas grandes voces, y una que decia: Esperaos un poco, gente tan inconsiderada, como presurosa. A cuyas voces, y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre, vestido al parecer de un sayo negro, gironado de carmesí à llamas. Venía coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés: en las manos traía un baston grande. En llegando mas cerca, fue conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en qué habian de parar sus voces, y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazon semejante. Llegó en fin, cansado, y sin aliento; y puesto delante de los

los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremenda, y ronca estas razones dixo: Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme à la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo: y juntamente no ignoras, que por esperar yo, que el tiempo, y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro que à tu honra convenia; pero tú echando à las espaldas todas las obligaciones que debes à mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio à otro, cuyas riquezas le sirven, no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura; y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible, ò el inconveniente, que puede estorvársela, quitándome à mí de por medio. Viva, viva el Rico Camacho con la ingrata Quiteria largos, y felices siglos; y muera muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura. Y diciendo esto, asió del bas-

baston, que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad de él en la tierra, mostró que servia de vayna à un mediano estoque, que en él se ocultaba; y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado, y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta à las espaldas, con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre, y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos à favorecerle, condolidos de su miseria, y lastimosa desgracia; y dexando Don Quixote à Rocinante acudió à favorecerle, y le tomó en sus brazos, y halló que aun no habia espirado. Quisiéronle sacar el estoque; pero el Cura, que estaba presente, fue de parecer, que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele, y el espirar sería todo à un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente, y desmayada dixo: Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último, y forzoso trance la mano de esposa, aún pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcanzo el bien de

ser

ser tuyo. El Cura oyendo lo qual, le dixo, que atendiese à la salud del alma, ántes que à los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras à Dios perdon de sus pecados, y de su desesperada determinacion. A lo qual replicó Basilio, que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa; que aquel contento le adobaria la voluntad, y le daria aliento para confesarse. En oyendo Don Quixote la peticion del herido, en altas voces dixo, que Basilio pedia una cosa muy justa, y puesta en razon, y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo à la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber mas de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oía Camacho, y todo le tenia suspenso, y confuso, sin saber qué hacer, ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desespera-

do de esta vida, que le movieron, y aun forzaron à decir, que si Quiteria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos à Quiteria, y unos con ruegos, otros con lágrimas, y otros con eficaces razones, la persuadian que diese la mano al pobre Basilio; y ella mas dura que un mármol, y mas sesga que una estátua, mostraba que ni sabía, ni podia, ni queria responder palabra, ni la respondiera, si el Cura no la dixera que se determináse presto en lo que habia de hacer, porque tenía Basilio yá el alma en los dientes, y no daba lugar à esperar inresolutas determinaciones. Entónces la Hermosa Quiteria sin responder palabra alguna, turbada, al parecer, triste, y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, yá los ojos vueltos, el aliento corto, y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como Gentil, y no como Christiano. Llegó en fin Quiteria; y puesta de rodillas, le pidió la mano por señas, y no por palabras. Desencaxó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, la dixo:

¡O

¡O Quiteria, que has venido à ser piadosa à tiempo, quando tu piedad ha de servir de cuchillo, que me acabe de quitar la vida, pues yá no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me vá cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplíco es (¡ò fatal estrella mia!) que la mano que me pides, y quieres darme, no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo, sino que confieses, y digas, que sin hacer fuerza à tu voluntad me la entregas, y me la das como à tu legítimo esposo; pues no es razon, que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba, de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta, y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: Ninguna fuerza fuera bastante à torcer mi voluntad; y así con la mas libre que tengo, te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre alvedrio, sin

que le turbe, ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Sí doy, respondió Basilio, no turbado, ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme; y así me doy, y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos à la sepultura. Para estár tan herido este mancebo, dixo à este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se dexe de requiebros, y que atienda à su alma, que à mi parecer, mas la tiene en la lengua que en los dientes. Estando, pues, asidos de las manos Basilio, y Quiteria, el Cura tierno, y lloroso los echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado; el qual así como recibió la bendicion, con presteza, y ligereza se levantó en pie, y con no vista desemboltura se sacó el estoque, à quien servia de vayna su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos de ellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzaron à decir: Milagro, milagro. Pero Basilio replicó: No milagro, milagro, sino industria, industria.

El

El Cura desatentado, y atónito, acudió con ambas manos à tentar la herida, y halló, que la cuchillada habia pasado, no por la carne, y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado, tenia preparada la sangre (segun despues se supo), de modo que no se heláse. Finalmente el Cura, y Camacho con todos los mas circunstantes se tuvieron por burlados, y escarnecidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla; ántes oyendo decir, que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no habia de ser valedero, dixo que ella le confirmaba de nuevo; de lo qual coligieron todos, que de consentimiento, y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso; de lo que quedó Camacho, y sus valederos tan corridos, que remetieron su venganza à las manos, y desembaynando muchas espadas, arremetieron à Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvaynaron casi otras tantas; y tomando la delantera à caballo Don Quixote, con su lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacía dar lugar de todos. Sancho, à quien jamás pluguieron, ni sola-

zaron semejantes fechurías, se acogió à las tinajas, donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que habia de ser tenido en respeto. Don Quixote à grandes voces decia: Teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor os hace: y advertid, que el amor, y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa lícita, y acostumbrada usar de ardides, y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas, y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes, y marañas, que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo, y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria por justa, y favorable disposicion de los cielos: Camacho es rico, y podrá comprar su gusto quándo, cómo, y dónde quisiere. Basilio no tiene mas de esta oveja, y no se la ha de quitar ninguno, por poderoso que sea, que à los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta de esta lanza: y en esto la blandeó tan fuerte, y tan dies-

diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian, y tan intensamente se fixó en la imaginacion de Camacho el desdén de Quiteria, que se le borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del Cura, que era varon prudente, y bien intencionado; con las quales quedó Camacho, y los de su parcialidad pacíficos, y sosegados. En señal de lo qual volvieron las espadas à sus lugares, culpando mas à la facilidad de Quiteria, que à la industria de Basilio; haciendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien à Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia dar gracias al cielo, mas por habérsela quitado, que por habérsela dado. Consolado, pues, y pacífico Camacho, y los de su compañia, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el Rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante, como si realmente se desposára; pero no quisieron asistir à ellas Basilio, ni su esposa, ni sequaces; y así se fueron à la Aldea de Basilio, que tambien los pobres, virtuosos, y discretos tienen quien los siga, hon-

re, y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee, y acompañe. Llevaron consigo à Don Quixote, estimándole por hombre de valor, y de pelo en pecho. A solo Sancho se le obscureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida, y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y así asendereado, y triste siguió à su señor, que con la quadrilla de Basilio iba: y así se dexó atrás las ollas de Egypto, aunque las llevaba en el alma, cuya yá casi consumida, y acabadà espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria, y la abundancia del bien que perdia; y así acongojado, y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio, siguió las huellas de Rocinante.

CAPITULO LXXV.

De la grande aventura de la cueba de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, à quien dió felice cima el valeroso D. Quixote de la Mancha.

GRandes fueron, y muchos los regalos que los desposados hicieron à D. Quixote,

te, obligados de las muestras que habia dado, defendiendo su causa; y al par de la valentia le graduaron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas, y por un Ciceron en la eloqüencia. El buen Sancho se refociló tres dias à costa de los novios, de los quales se supo que no fue traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando de ella el mismo suceso que se habia visto: bien es verdad que confesó que habia dado parte de su pensamiento à algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion, y abonasen su engaño. No se pueden, ni deben llamar engaños, dixo D. Quixote, los que ponen la mira en virtuosos fines; y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia, advirtiendo que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre, y la contínua necesidad: porque el amor es todo alegria, regocijo, y contento; y mas quando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos, y declarados la necesidad, y la pobreza: y que todo esto decia con intencion de que se dexáse el señor

ñor Basilio de exercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros; y que atendiese à grangear hacienda por medios lícitos, è industriosos, que nunca faltan à los prudentes, y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermosa, que quando se la quitan, le quitan la honra, y se la matan. La muger hermosa, y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles, y palmas de vencimiento, y triunfo. La hermosura por sí sola atrahe las voluntades de quantos la miran, y conocen; y como à señuelo gustoso se le abaten las águilas reales, y los páxaros altaneros; pero si à la tal hermosura se le junta la necesidad, y estrecheza, tambien la embisten los cuervos, los milanos, y las otras aves de rapiña; y la que está à tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, (añadió D. Quixote) opinion fue de no sé qué sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola muger buena; y daba por consejo, que cada uno pensáse, y creyese que aquella sola buena era la suya,

y

y asi viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreviera à dár consejo al que me lo pidiese del modo que habia de buscar la muger con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaria que miráse mas à la fama que à la hacienda; porque la buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho mas dañan à las honras de las mugeres las desembolturas, y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena muger à tu casa, facil cosa sería conservarla, y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla; que no es muy hacedero pasar de un extremo à otro. Yo no digo que sea imposible; pero téngolo por dificultoso. Oía todo esto Sancho, y dixo entre sí: Este mi amo, quando yo hablo cosas de meollo, y de sustancia, suele decir que podria yo tomar un púlpito en las manos, è irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo de él que quando comienza à enhilar sentencias, y à dar consejos, no solo puede tomar un púlpito

en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas à qué quieres boca. Válgate el diablo por el Caballero Andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima que solo podia saber aquello que tocaba à sus Caballerías; pero no hay cosa dónde no pique, y dexe de meter su cucharada. Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle: ¿Qué murmuras, Sancho? No digo nada, ni murmuro de nada, respondió Sancho: solo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oido lo que vuestra merced aquí ha dicho ántes que me casára, que quizá dixera yo ahora: El buey suelto bien se lame. ¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dixo D. Quixote. No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena: à lo menos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho (dixo D. Quixote) en decir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada (respondió Sancho), que tambien ella dice mal de mí quando se le antoja, especialmente quando está zelosa, que entónces súfrala el mismo Satanás. Finalmente tres dias estuvieron con los novios, donde

fue-

fueron regalados, y servidos como cuerpo de Rey. Pidió D. Quixote al diestro Licenciado le diese una guia que le encamináse à la cueba de Montesinos, porque tenia grandísimo deseo de entrar en ella, y ver à ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella decian por todos aquellos contornos. El Licenciado le dixo que le daria un primo suyo, famoso estudiante, y muy aficionado à leer libros de Caballerías, el qual con mucha voluntad le pondria à la boca de la misma cueba, y le enseñaria las lagunas de Ruidera, famosas asimismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y dixole que llevaria con el gustoso entretenimiento, à causa que era mozo que sabía hacer libros para imprimir, y para dirigirlos à Príncipes. Finalmente el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete, ò arpillera. Ensilló Sancho à Rocinante, y aderezó al rucio: proveyó sus alforjas, à las quales acompañaron las del primo, asimismo bien proveídas; y encomendándose à Dios, y despidiéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueba de Montesinos. En

el

el camino preguntó D. Quixote al primo de qué género, y calidad eran sus exercicios, su profesion, y estudios. A lo que él respondió que su profesion era ser Humanista, sus exercicios, y estudios componer libros para dar à la estampa, todos de gran provecho, y no menos entretenimiento para la República: que el uno se intitulaba el de las *Libreas*, donde pintaba setecientas y tres libreas, con sus colores, motes, y cifras, de donde podian sacar, y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas, y regocijos los Caballeros Cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando (como dicen) el cerbelo, por sacarlas conformes à sus deseos, è intenciones; porque doy al zeloso, al desdeñado, al olvidado, y al ausente; las que les convienen, que les vendran mas justas, que pecadoras. Otro libro tengo tambien, à quien he de llamar *Metamorfoseos*, ù *Ovidio Español* de invencion nueva, y rara; porque en él, imitando à Ovidio à lo burlesco, pinto quién fue la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Magdalena: quién el caño de Vecinguerra de Córdoba: quiénes los toros de Guisando, la Sierra-Morena, las

fuen-

fuentes de Leganitos, y Lavapies en Madrid; no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado, y de la Priora; y esto con sus alegorías, metáforas, y translaciones de modo que alegran, suspenden, y enseñan à un mismo punto. Otro libro tengo que le llamo *Suplemento à Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion, y estudio, à causa que las cosas que se dexó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele à Virgilio de declararnos quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico; y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco Autores: porque vea vuestra merced si he trabajado bien, y si ha de ser util el tal libro à todo el mundo. Sancho, que habia estado muy atento à la narracion del primo, le dixo: Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, ¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fue el primero que se rascó en la cabeza: que yo para mí tengo que de-

debió de ser nuestro padre Adan? Sí sería (respondió el primo) porque Adan no hay duda sino que tuvo cabeza, y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Así lo creo yo (respondió Sancho); pero dígame ahora, ¿quién fue el primer volteador del mundo? En verdad, hermano (respondió el primo) que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie: yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré quando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor (replicó Sancho), no tome trabajo en esto: que ahora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fue Lucifer quando le echaron, ò arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abysmos. Tienes razon, amigo (dixo el primo); y dixo D. Quixote: Esa pregunta, y respuesta no es tuya, Sancho: à alguno la has oido decir. Calle, señor, (replicó Sancho) que à buena fé que si me doy à preguntar, y à responder, que no acabe de aquí à mañana. Sí, que para preguntar necedades, y responder dispara-

rates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes (dixo Don Quixote), que hay algunos que se cansan en saber, y averiguar cosas que despues de sabidas, y averiguadas, no importa un ardite al entendimiento, ni à la memoria. En estas, y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y à la noche se alvergaron en una pequeña Aldea, adonde el Primo dixo à Don Quixote, que desde allí à la cueba de Montesinos no habia mas de dos leguas; y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse, y descolgarse en su profundidad. D. Quixote dixo que aunque llegáse al abysmo, habia de ver dónde paraba; y así compraron casi cien brazas de soga, y otro dia à las dos de la tarde llegaron à la cueba, cuya boca es espaciosa, y ancha; pero llena de cambroneras, y cabrahigos, de zarzas, y malezas tan espesas, y intrincadas que de todo en todo la ciegan, y encubren. En viéndola, se apearon el Primo, Sancho, y D. Quixote; al qual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le faxaban, y le ceñian, le dixo

Sancho: Mire vuestra merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga donde parezca frasco, que le ponen à enfriar en algun pozo; sí que à vuestra merced no le toca, ni atañe ser el escudriñador de esta, que debe de ser peor que mazmorra. Ata, y calla, (respondió D. Quixote) que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada. Y entónces dixo la guia: Suplíco à vuestra merced, señor D. Quixote, que mire bien, y especúle con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis transformaciones. En manos está el pandero que le sabrá bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto, y acabada la ligadura de D. Quixote (que no fue sobre el arnés, sino sobre el jubon de arma, dixo D. Quixote: Inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de algun esquilon pequeño que fuera atado junto à mí en esta misma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavia baxaba, y estaba vivo; pero pues yá no es posible, à la mano de Dios que me guie. Y luego se hincó de rodillas, y hizo una oracion en voz baxa al Cielo, pidiendo à Dios le ayu-

ayudáse, y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa, y nueva aventura, y en voz alta dixo luego: ¡O señora de mis acciones, y movimientos, y clarísima sin par Dulcinea del Toboso! Si es posible que lleguen à tus oidos las plegarias, y rogaciones de este tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor, y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy à despeñarme, à empozarme, y à hundirme en el abysmo, que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo que si tú me favoreces, no habrá imposible à quien yo no acometa, y acabe. En diciendo esto se acercó à la sima: y vió no ser posible descolgarse, ni hacer lugar à la entrada si no era à fuerza de brazos, ò à cuchilladas; y asi poniendo mano à la espada, comenzó à derribar, y à cortar de aquellas malezas, que à la boca de la cueba estaban, por cuyo ruido, y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos, y grajos, tan espesos, y con tanta priesa que dieron con D. Quixote en el suelo; y si él fuera tan agorero, como Católico Chris-

tiano, lo tuviera à mala señal, y escusára de encerrarse en lugar semejante. Finalmente se levantó; y viendo que no salian mas cuervos, ni otras aves nocturnas, como fueron morciégalos, que asimismo entre los cuervos salieron, dándole soga el Primo, y Sancho, él se dexó calar al fondo de la caverna espantosa; y al entrar, echándole Sancho su bendicion, y haciendo sobre él mil cruces, dixo: Dios te guie, y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata, y espuma de los Caballeros Andantes. Allá vás, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce: Dios te guie, otra vez, y te vuelva libre, sano, y sin cautela à la luz de esta vida que dexas, por enterrarte en esta obscuridad que buscas. Casi las mismas plegarias, y deprecaciones hizo el Primo. Iba D. Quixote dando voces, que le diesen soga, y mas soga, y ellos se la daban poco à poco; y quando las voces, que acanaladas por la cueba salian, dexaron de oirse, yá ellos tenian descolgadas las cien brazas de soga. Fueron de parecer de volver à subir à Don Quixote, pues no le podian dár mas cuerda: con todo eso se detubieron como me-

Em.l Alenfort sculp.t

media hora : al cabo del qual espacio volvieron à recoger la soga con mucha facilidad , y sin peso alguno , señal que les hizo imaginar que D. Quixote se quedaba dentro ; y creyendolo así Sancho, lloraba amargamente , y tiraba con mucha priesa por desengañarse ; pero llegando à su parecer à poco mas de las ochenta brazas , sntieron peso , de que en extremo se alegraron. Finalmente à las diez vieron distintamente à D. Quixote, à quien dió voces Sancho , diciendo : Sea vuestra merced muy bien vuelto , señor mio , que yá pensabamos que se quedaba allá para casta ; pero no respondia palabra D. Quixote ; y sacándole del todo, vieron que traia cerrados los ojos , con muestras de estár dormido. Tendiéronle en el suelo , y desliáronle , y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron , y revolvieron , sacudieron , y menearon , que al cabo de un buen espacio volvió en sí , desperezándose bien, como si de algun grave , y profundo sueño despertára ; y mirando à una , y à otra parte , como espantado , dixo : Dios os lo perdone , amigos , que me habeis quitado de la mas sabrosa , y agradable

vida, y vista, que ningun humano ha visto, ni pasado. En efecto ahora acabo de conocer que todos los contentos de esta vida pasan como sombra, y sueño, ò se marchitan como la flor del campo. ¡ O desdichado Montesinos ! ¡ O mal ferido Durandarte ! ¡ O sin ventura Belerma! ¡ O lloroso Guadiana ! y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos. Escuchaban el Primo, y Sancho las palabras de D. Quixote, que las decia como si con dolor inmenso las sacára de las entrañas. Suplicáronle les diese à entender lo que decia, y les dixese lo que en aquel infierno habia visto. ¿ Infierno le llamais ? (dixo D. Quixote) pues no le llameis así, porque no lo merece, como luego vereis. Pidió que le diesen algo de comer, que traiá grandísima hambre. Tendieron la harpillera del Primo sobre la verde yerba : acudieron à la despensa de sus alforjas ; y sentados todos tres en buen amor, y compañia, merendaron, y cenaron todo junto. Levantad la harpillera (dixo D. Quixote) : no se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

CA-

CAPITULO LXXVI.

De las admirables cosas que el extremado Don Quixote contó que habia visto en la profunda cueba de Montesinos, cuya imposibilidad, y grandeza hacen que se tenga esta aventura por apócrifa.

LAS quatro de la tarde serian, quando el Sol, entre nubes cubierto, con luz escasa, y templados rayos, dió lugar à D. Quixote para que sin calor, y pesadumbre contase à sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueba de Montesinos habia visto; y comenzó en el modo siguiente.

A obra de doce, ò catorce estados de la profundidad de esta mazmorra, à la derecha mano se hace una concavidad, y espacio, capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Entrale una pequeña luz por unos resquicios, ò agugeros, que lexos le responden abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad, y espacio ví yo à tiempo quando iba cansado, y mohino de verme pendiente, y colgado de la soga, caminar por aquella obscura region abaxo, sin

llevar cierto, ni determinado camino; y así determiné entrarme en ella, y descansar un poco. Dí voces pidiéndoos que no descolgásedes mas soga hasta que yo os lo dixese; pero no debisteis de oirme. Fuí recogiendo la soga que enviábades; y haciendo de ella una rosca, ò rimero, me senté sobre él pensativo, además considerando lo que hacer debia, para calar al fondo, no teniendo quien me sustentáse. Y estando en este pensamiento, y confusion, de repente, y sin procurarlo, me salteó un sueño profundísimo; y quando menos lo pensaba, sin saber cómo, ni cómo no, desperté de él, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno, y deleytoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despavilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto: con todo esto me tenté la cabeza, y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ò alguna fantasma vana, y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entónces el que soy aquí ahó-

ahora. Ofrecióseme luego à la vista un Real, y sumptuoso Palacio, ò Alcazar, cuyos muros, y paredes parecian de transparente, y claro cristal fabricados: del qual abriéndose dos grandes puertas, ví que por ellas salia, y hácia mí se venía un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba. Ceñíale los hombros, y los pechos una beca de Colegial de raso verde: cubríale la cabeza una gorra Milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura. No traía arma ninguna, sino un Rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz. El continente, el paso, la gravedad, y la anchísima presencia, cada cosa de por sí, y todas juntas, me suspendieron, y admiraron. Llegóse à mí, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego decirme: Luengos tiempos há, valeroso Caballero D. Quixote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades enterrados y encantados, esperamos verte, para que dés noticia al mundo de lo que encierra, y cubre la profunda cueba por donde has entrado, lla-

llamada la Cueba de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon, y de tu ánimo estupendo. Vén conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente Alcazar solapa, de quien yo soy Alcayde, y Guarda mayor perpétuo, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueba toma nombre. Apenas me dixo que era Montesinos, quando le pregunté si fue verdad lo que en el mundo acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su gran amigo Durandarte, y llevádole à la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decian verdad, sino en la daga; porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buido, mas agudo que una lezna. Debia de ser (dixo à este punto Sancho) el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano. No sé (prosiguió Don Quixote); pero no será de ese puñalero, porque Ramon de Hoces fue ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, há muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la ver-

verdad, y contexto de la historia. Así es (respondió el Primo) prosiga vuestra merced, señor Don Quixote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo (respondió D. Quixote); y así digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baxa, fresquísima sobre modo, y toda de alabastro, estaba un sepulcro de marmol con gran maestría fabricado, sobre el qual ví à un Caballero tendido de largo à largo, no de bronce, ni de marmol, ni de jaspe hecho, como suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne, y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que à mi parcer es algo peluda, y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon; y antes que preguntáse nada à Montesinos, viéndome suspenso mirando al del sepulcro, me dixo: Este es mi amigo Durandarte, flor, y espejo de los Caballeros enamorados, y valientes de su tiempo: tiénele aquí encantado, como me tiene à mí, y à otros muchos, y muchas, Merlin, aquel Frances encantador, que dicen que fue hijo del diablo; y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo,

blo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El cómo, ò para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están lexos, segun imagino. Lo que à mí me admira es que sé tan cierto, como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues de muerto le saqué el corazon con mis propias manos, y en verdad que debia de pesar dos libras; porque segun los Naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentia del que le tiene pequeño: pues siendo esto así, y que realmente murió este Caballero, dixe yo, ¿cómo ahora se quexa, y suspira de quando en quando, como si estuviese vivo? Esto dicho, el mísero Durandarte, dando una gran voz, dixo: ¡O mi primo Montesinos! lo postrero que yo os rogué fue, que quando fuere muerto, y mi ánima arrancada, que llevárades mi corazon adonde Belerma estaba, sacándomele del pecho, yá con puñal, yá con daga. Oyendo lo qual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado Caballero, y con lágrimas en los ojos, le dixo: Yá, señor Durandarte, carísimo primo mio, yá hice lo que me mandaste en

el

el aciago dia de nuestra pérdida: yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dexáse una mínima parte en el pecho: yo le limpié con un pañizuelo de puntas: yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes à lavarme las manos, y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas: y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, à lo menos amojamado à la presencia de la señora Belerma; la qual con vos, y conmigo, y con Guadiana, vuestro escudero, y con la dueña Ruidera, y sus siete hijas, y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos, y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin há muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros: solamente falta Ruidera, y sus hijas, y sobrinas, las quales llorando (por compasion que debió de tener Merlin de ellas) las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos, y en la Provincia de

la Mancha las llaman las Lagunas de Ruidera: las siete son de los Reyes de España, y las dos sobrinas de los Caballeros de la Orden santísima, que llaman de S. Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo asimismo vuestra desgracia, fue convertido en un rio llamado de su mismo nombre; el qual quando llegó à la superficie de la tierra, y vió el Sol de otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de vér que os dexaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dexar de acudir à su natural corriente, de quando en quando sale, y se muestra donde el Sol, y las gentes le vean: ván le administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las quales, y con otras muchas que se llegan, entra pomposo, y grande en Portugal. Pero con todo esto por donde quiera que vá muestra su tristeza, y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados, y de estima, sino burdos, y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que ahora os digo, ¡ò primo mio! os lo he dicho muchas veces; y como no me respondeis, imagino que no me dais crédito, ò no me ois: de lo que yo recibo tanta pena, qual

Dios

Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dár ahora, las quales yá que no sirvan de alivio à vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos, y veréislo, aquel gran Caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el Sabio Merlin: aquel D. Quixote de la Mancha, digo, que de nuevo, y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la yá olvidada Andante Caballería, por cuyo medio, y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados; que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas. Y quando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada, y baxa, quando así no sea ¡ò primo! digo, paciencia, y barajar. Y volviéndose de lado, tornó à su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos, y llantos, acompañados de profundos gemidos, y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y ví por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas al modo Turquesco. Al

cabo, y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro con tocas blancas, tan tendidas, y largas que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras. Era cegijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios. Los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos, y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras. Traía en las manos un lienzo delgado; y entre él, à lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venía seco, y amojamado. Díxome Montesinos como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte, y Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados; y que la última, que traía el corazon entre el lienzo, y en las manos, era la señora Belerma; la qual con sus doncellas quatro dias en la semana hacían aquella procesion, y cantaban, ò por mejor decir lloraban endechas sobre el cuerpo, y sobre el lastimado corazon de su primo: y que si me habia parecido algo fea, ò no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches, y peores dias que en

aquel

aquel encantamiento pasaba, como lo podia vér en sus grandes ojeras, y en su color quebradiza; y no toma ocasion su amarillez, y sus ojeras de estár con el mal mensil, ordinario en las mugeres, porque há muchos meses, y aun años que no le tiene, ni asoma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazon por el que de contínuo tiene en las manos, que le renueva, y trae à la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualára en hermosura, donayre, y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dixe yo entonces, señor D. Montesinos: cuente vuestra merced su historia como debe, que yá sabe que toda comparacion es odiosa, y así no hay para qué comparar à nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es; y la señora Doña Belerma es quien es, y quien ha sido; y quédese aquí. A lo que él me respondió: Señor D. Quixote, perdóneme vuestra merced, que yo confieso que anduve mal, y no dixe bien en decir, que apenas igualára la señora Dulcinea à la señora Belerma; pues me bastaba à mí haber entendido por no sé qué barruntos, que

vuestra merced es su Caballero, para que me mordiera la lengua ántes de compararla, sino con el mismo cielo. Con esta satisfaccion, que me dió el gran Montesinos, se quietó mi corazon del sobresalto que recibí en oir que à mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo (dixo Sancho) de como vuestra merced no se subió sobre el vejote, y le molió à coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dexarle pelo en ellas. No, Sancho amigo (respondió D. Quixote): no me estaba à mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados à tener respeto à los ancianos, aunque no sean Caballeros, y principalmente à los que lo son, y están encantados: yo sé bien que no nos quedamos à deber nada en otras muchas demandas, y respuestas, que entre los dos pasamos. A esta sazon dixo el Primo: Yo no sé, señor D. Quixote, cómo vuestra merced en tan poco espacio de tiempo como há que está allá abaxo, haya visto tantas cosas, y hablado, y respondido tanto. ¿Quánto há que baxé? (preguntó D. Quixote) Poco mas de una hora (respondió Sancho). Eso no puede ser (replicó D. Quixote), porque allá me anocheció, y amaneció, y tornó à anoche-

checer, y à amanecer tres veces: de modo que à mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas, y escondidas à la vista vuestra. Verdad debe de decir mi señor (dixo Sancho), que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamiento, quizá lo que à nosotros nos parece una hora, debe de parecer allá tres dias con sus noches. Así será (respondió D. Quixote). ¿Y ha comido vuestra merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el Primo. No me he desayunado de bocado (respondió D. Quixote), ni aun he tenido hambre, ni por pensamiento. ¿Y los encantados comen? dixo el Primo. No comen (respondió D. Quixote), ni tienen excrementos mayores; aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas, y los cabellos. ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. No por cierto (respondió D. Quixote): à lo menos en estos tres dias, que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaxa bien el refran (dixo Sancho) de dime con quien andas, decirte he quién eres. Andase vuestra merced con encantados, ayunos, y vigilantes: mirad si es mucho que ni coma,

ni duerma mientras con ellos anduviere: pero perdóneme vuestra merced, señor mio, si le digo que todo quanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba à decir el diablo, si le creo cosa alguna. ¿Cómo no? (dixo el Primo) ¿Pues habia de mentir el señor D. Quixote, que aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer, è imaginar tanto millon de mentiras? Yo no creo que mi señor miente (respondió Sancho). ¿Si no, qué crees? (le preguntó D. Quixote). Creo (respondió Sancho) que aquel Merlin, ò aquellos encantadores, que encantaron toda la chusma, que vuestra merced dice que ha visto, y comunicado allá abaxo, le encaxaron en el magin, ò la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho (replicó D. Quixote); pero no es así, porque lo que he contado lo ví por mis propios ojos, y lo toqué con mis mismas manos ¿Pero qué dirás quando te diga yo ahora, como entre otras infinitas cosas, y maravillas que me mostró Montesinos, las quales de espacio, y à sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viage, por no ser todas de este lu-

lugar, me mostró tres Labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando, y brincando como cabras; y apenas las hube visto, quando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas Labradoras que venian con ella, que hablamos à la salida del Toboso? Pregunté à Montesinos si las conocia: respondióme que no; pero que él imaginaba que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido; y que no me maravilláse de esto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados, y presentes siglos encantadas en diferentes, y estrañas figuras, entre las quales conocia él à la Reyna Ginebra, y su dueña Quintañona, escanciando el vino à Lanzarote, quando de Bretaña vino. Quando Sancho Panza oyó decir esto à su amo, pensó perder el juicio, ò morirse de risa: que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él habia sido el encantador, y el levantador del tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio, y loco de todo punto; y así le dixo: En mala coyuntura, y

en peor sazon, y en aciago dia baxó vuestra merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuestra merced acá arriba con su entero juicio, tal qual Dios se le habia dado, hablando sentencias, y dando consejos à cada paso, y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho (respondió D. Quixote), no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuestra merced (replicó Sancho), siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, ò por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige, y enmienda. Pero dígame vuestra merced ahora que estamos en paz, cómo, ò en qué conoció à la señora nuestra ama? Y si la habló ¿qué dixo, y qué le respondió? Conocíla (respondió D. Quixote) en que trae los mismos vestidos que traía quando tú me la mostraste: habléla; pero no me respondió palabra; ántes me volvió las espaldas, y se fue huyendo con tanta priesa que no la alcánzara una jara: quise seguirla, y lo hiciera, si no me aconsejára Montesinos, que no me cansáse en ello, por-

porque sería en valde, y mas porque se llegaba la hora donde me convenia volver à salir de la sima. Díxome asimismo que andando el tiempo se me daria aviso cómo habian de ser desencantados él, y Belerma, y Durandarte, con todos los que allí estaban; pero lo que mas pena me dió de las que allí ví, y noté fue que estándome diciendo Montesinos estas razones, se llegó à mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada, y baxa voz me dixo: Mi señora Dulcinea del Toboso besa à vuestra merced las manos, y suplíca à vuestra merced se la haga de hacerla saber cómo está; y que por estár en una gran necesidad asimismo suplíca à vuestra merced, quan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin, que aquí traygo de cotonia nuevo, media docena de reales, ò los que vuestra merced tuviere, que ella dá su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendióme, y admiróme el tal recado; y volviéndome al señor Montesinos, le pregunté: ¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales pa-

decen necesidad? A lo que él me respondió: Créame vuestra merced, señor D. Quixote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se usa, y por todo se estiende, y à todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envia à pedir esos seis reales, y la prenda es buena, segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estár puesta en algun gran aprieto. Prenda no la tomaré yo (le respondí), ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos quatro reales; los quales le dí, que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dár limosna à los pobres que topáse por los caminos; y le dixe: Decid, amiga mia, à vuestra señora, que à mí me pesa en el alma de sus trabajos, y quisiera ser un Fucar para remediarlos; y que le hago saber que yo no puedo, ni debo tener salud, careciendo de su agradable vista, y discreta conversacion; y que le suplico, quan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dexarse vér, y tratar de este su cautivo servidor, y asendereado Caballero. Diréisle tambien que quando menos se le piense oirá decir como

mo yo he hecho un juramento, y voto, à modo de aquel que hizo el Marqués de Mantua de vengar à su sobrino Baldovinos, quando le halló para espirar en mitad de la montaña, que fue de no comer pan à manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así haré yo de no sosegar, y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el Infante D. Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo esto, y mas debe vuestra merced à mi señora (me respondió la doncella); y tomando los quatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el ayre. ¡O Santo Dios! (dixo à este tiempo, dando una gran voz, Sancho) ¡Es posible que tal haya en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores, y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! ¡O señor, señor: por quien Dios es que vuestra merced mire por sí, y vuelva por su honra, y no dé crédito à esas vaciedades, que le tienen menguado, y descabalado el sentido! Como me quieres bien, Sancho, hablas de esa manera (dixo D. Qui-

Quixote), y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad, te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abaxo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad, ni admite réplica, ni disputa.

CAPITULO LXXVIII.

Donde se cuentan mil zarandajas, tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento de esta grande historia.

DIce el que traduxo esta grande historia del original de la que escribió su primer Autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueba de Montesinos, en el margen de él estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones.

No me puedo dar à entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quixote le pasáse puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razon es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas, han sido contingibles, y verisímiles; pero esta de la cue-

cueba no le hallo entrada alguna, para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables: pues pensar yo, que Don Quixote mintiese, siendo el mas verdadero Hidalgo, y el mas noble Caballero de sus tiempos, no es posible; que no dixera él una mentira, si le asaëteáran. Por otra parte considero, que él la contó, y la dixo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates: y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así sin afirmarla por falsa, ò verdadera la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te parciere, que yo no debo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto, que al tiempo de su fin, y muerte dicen que se retrató de ella, y dixo, que él la habia inventado, por parecerle que convenia, y quadraba bien con las aventuras, que habia leído en sus historias. Y luego prosigue diciendo:

Espantóse el Primo, así del atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenia de haber visto à su señora Dulcinea del Toboso (aunque encantada)

da) le nacía aquella condicion blanda, que hasta entónces mostraba; porque si así no fuera, palabras, y razones le dixo Sancho, que merecian molerle à palos; porque realmente le pareció que habia andado atrevidillo con su señor, à quien le dixo: Yo, señor Don Quixote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada, que con vuestra merced he hecho, porque en ella he grangeado quatro cosas. La primera haber conocido à vuestra merced, que lo tengo à gran felicidad. La segunda haber sabido lo que se encierra en esta cueba de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las Lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio Español*, que traygo entre manos. La tercera entender la antigüedad de los naypes, que por lo menos yá se usaban en tiempo del Emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vuestra merced dice que dixo Durandarte, quando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó, diciendo: Paciencia, y barajar; y esta razon, y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino quando no lo estaba en Francia,

cia, y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno; y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es: *Suplemento de Virgilio Polidoro, en la invencion de las antigüedades*; y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naypes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y mas alegando Autor tan grave, y tan verdadero, como es el señor Durandarte. La quarta es, haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes. Vuestra merced tiene razon (dixo Don Quixote); pero querria yo saber, yá que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros (que lo dudo), ¿à quién piensa dirigirlos? Señores, y Grandes hay en España à quien pueden dirigirse (dixo el Primo). No muchos (respondió Don Quixote); y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse à la satisfaccion, que parece se debe al trabajo, y cortesía de sus Autores. Un Príncipe conozco yo, que puede suplir la falta de los demás, con tantas ventajas, que si me atreviera à decirlas, quizá despertára la envidia en mas de

qua-

quatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo mas cómodo, y vamos à buscar donde recogernos esta noche. No lexos de aquí (respondió el Primo) está una Ermita, donde hace su habitacion un Ermitaño, que dicen ha sido Soldado, y está en opinion de ser un buen christiano, y muy discreto, y caritativo además. Junto con la Ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado à su costa; pero con todo, aunque chica, es capáz de recibir huéspedes. ¿Tiene por ventura gallinas el tal Ermitaño? (preguntó Sancho) Pocos Ermitaños están sin ellas (respondió Don Quixote), porque no son los que ahora se usan, como aquellos de los desiertos de Egypto, que se vestian de hojas de palma,, y comian raices de la tierra: y no se entienda que por decir bien de aquellos, no lo digo de aquestos; sino que quiero decir, que al rigor, y estrecheza de entónces no llegan las penitencias de los de ahora; pero no por esto dexan de ser todos buenos: à lo menos yo por buenos los juzgo; y quando todo corra turbio, menos mal hace el hipócrita, que se finge bueno, que el público pecador. Estando en esto, vieron que hácia don-

donde ellos estaban venía un hombre à pie, caminando à priesa, y dando varazos à un macho, que venía cargado de lanzas, y de alabardas. Quando llegó à ellos, los saludó, y pasó de largo. Don Quixote le dixo: Buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia que ese macho ha menester. No me puedo detener, señor (respondió el hombre), porque las armas que veis que aquí llevo, han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme: y à Dios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta que está mas arriba de la Ermita, pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mismo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas: y à Dios otra vez. Y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles. Y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen à pasar la noche en la venta, sin tocar en la Ermita, donde quisiera el Primo que se quedáran. Hízose así: subieron à caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta;

à la qual llegaron un poco ántes de anochecer. Dixo el Primo à Don Quixote que llegasen à la Ermita à beber un trago. Y apenas oyó esto Sancho Panza, quando encaminó el rucio à ella, y lo mismo hicieron Don Quixote, y el Primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el Ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dixo una sota-ermitaño, que en la Ermita hallaron. Pidieron de lo caro. Respondió que su señor no lo tenia; pero que si querian agua barata, que la daria de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua (respondió Sancho), pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de Camacho, y abundancia de la casa de D. Diego, y quántas veces os tengo de echar menos! Con esto dexaron la Ermita, y picaron hácia la venta, y à poco trecho toparon un mancebito, que delante de ellos iba caminando, no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto, ò envoltorio, al parecer de sus vestidos, que al parecer debian de ser los calzones, ò gregüescos, herreruelo, y alguna camisa, porque traía puesta una ropilla de terciopelo,

lo, con algunas vislumbres de raso, y la camisa defuera: las medias eran de seda, y los zapatos quadrados à uso de Corte: la edad llegaria à diez y ocho, ò diez y nueve años: alegre de rostro, y al parecer agil de su persona. Iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Quando llegaron à él, acababa de cantar una, que el Primo tomó de memoria, que dicen que decia:

A la guerra me lleva mi necesidad,
Si tuviera dinero, no fuera en verdad.

El primero que le habló fue D. Quixote, diciendo: Muy à la ligera camina vuestra merced, señor galan: ¿y adónde bueno sepamos, si es que gusta decirlo? A lo que el mozo respondió: El caminar tan à la ligera lo causa el calor, y la pobreza, y el adónde voy, es à la guerra. ¿Cómo la pobreza? (preguntó D. Quixote) que por el calor bien puede ser. Señor, (replicó el mancebo) yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros de esta ropilla: si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la Ciudad, y no tengo con qué comprar otros; y así por esto, como por orearme, voy de esta manera, hasta alcanzar unas compañias de

Infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagages en que caminar de allí adelante, hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y mas quiero tener por amo, y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no à un pelon en la Corte. ¿Y lleva vuestra merced alguna ventaja por ventura? (preguntó el Primo). Si yo hubiera servido à algun Grande de España, ò à algun principal personage (respondió el mozo), à buen seguro que yo la llevára; que eso tiene el servir à los buenos, que del tinelo suelen salir à ser Alféreces, ò Capitanes, ò con algun buen entretenimiento; pero yo desventurado serví siempre à catarriveras, y à gente advenediza de racion, y quitacion tan mísera, y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad de ella; y sería tenido à milagro, que un page aventurero alcanzáse alguna siquiera razonable ventura. Y dígame por su vida, amigo (preguntó D. Quixote). ¿Es posible, que en los años que sirvió, no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado (respondió el page); pero así como al que sale de alguna Religion ántes

tes de profesar, le quitan el Hábito, y le vuelven sus vestidos; asi me volvian à mí los mios mis amos, que acabados los negocios à que venian à la Corte, se volvian à sus casas, y recogian las libreas, que por sola obstentacion habian dado. Notable espilorcheria, como dice el Italiano (dixo D. Quixote)! pero con todo eso tenga à felice ventura el haber salido de la Corte con tan buena intencion como lleva; porque no hay otra cosa en la tierra mas honrada, ni de mas provecho, que servir à Dios primeramente, y luego à su Rey, y señor natural, especialmente en el exercicio de las armas, por las quales se alcanzan, si no mas riquezas, à lo menos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavia llevan un no sé qué los de las armas à los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja à todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho, y alivio en sus trabajos; y es, que aparte la imaginacion de los sucesos adversos, que le podrán venir, que el peor de

todos es la muerte; y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle à Julio Cesar, aquel valeroso Emperador Romano, ¿quál era la mejor muerte? Respondió que la impensada, la de repente, y no prevista; y aunque respondió como Gentil, y ageno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dixo bien, para ahorrarse del sentimiento humano; que puesto caso que os maten en la primera faccion, y refriega, ò yá de un tiro de artillería, ò volado de una mina, qué importa? todo es morir, y acabóse la obra; y segun Terencio, mas bien parece el Soldado muerto en la batalla, que vivo, y salvo en la huida; y tanto alcanza de fama el buen Soldado, quanto tiene de obediencia à sus Capitanes, y à los que mandarle pueden; y advertid, hijo, que al Soldado mejor le está el oler à pólvora, que à algalia; y que si la vejez os coge en este honroso exercicio, aunque sea lleno de heridas, y estropeado, ò coxo, à lo menos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza; quanto mas que yá se vá dando órden como se entretengan, y remedien los soldados viejos, y estropeados;

dos; porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran, y dán libertad à sus negros quando yá son viejos, y no pueden servir, y echándolos de casa, con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse, sino con la muerte. Y por ahora no os quiero decir mas sino que subais à las ancas de este mi caballo, hasta la venta, y allí cenareis conmigo, y por la mañana seguireis el camino, que os le dé Dios tan bueno, como vuestros deseos merecen. El page no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta. Y à esta sazon dicen que dixo Sancho entre sí: ¡Valgate Dios por señor! ¿y es posible que hombre que sabe decir tales, tantas, y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueba de Montesinos? Ahora bien, ello dirá; y en esto llegaron à la venta à tiempo que anochecia, y no sin gusto de Sancho, por vér que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No hubieron bien entrado quando D. Quixote preguntó al Ventero por el hombre de las lanzas, y

alabardas, el qual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el Primo, y Sancho, dando à Rocinante el mejor pesebre, y el mejor lugar de la caballeriza.

CAPITULO LXXVIII.

Donde se apunta la aventura del rebuzno, y la graciosa del Titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.

NO se le cocia el pan à D. Quixote (como suele decirse) hasta oir, y saber las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas. Fuele à buscar donde el Ventero le habia dicho que estaba, y hallóle, y díxole, que en todo caso dixese luego lo que le habia de decir despues acerca de lo que le habia preguntado en el camino. El hombre le respondió: Mas de espacio, y no en pie se ha de tomar el cuento de mis maravillas. Déxeme vuestra merced, señor bueno, acabar de dár recado à mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren. No quede por eso (respondió D. Quixote) que yo os ayudaré à todo; y así lo hizo, ahechándole la cebada, y limpiándole el pesebre: humildad

que

que obligó al hombre à contarle con buena voluntad lo que le pedia; y sentándose en un poyo, y D. Quixote junto à él, teniendo por senado, y auditorio al Primo, al Page, à Sancho Panza, y al Ventero, comenzó à decir de esta manera: Sabrán vuesas mercedes que en un Lugar, que está quatro leguas y media de esta venta, sucedió que à un Regidor de él, por industria, y engaño de una muchacha, criada suya (esto es largo de contar) le faltó un asno; y aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fue posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz, y fama, que el asno faltaba, quando estando en la plaza el Regidor perdidoso, otro Regidor del mismo Pueblo le dixo: Dádme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre (respondió el otro); pero sepamos dónde ha parecido. En el monte (respondió el hallador) le ví esta mañana sin albarda, y sin aparejo alguno; y tan flaco que era una compasion mirarle. Quísele antecoger delante de mí, y trahérosle; pero está yá tan montaráz, y tan uraño, que quando llegué à él, se fue huyendo, y se en-

tró en lo mas escondido del monte: si quereis que volvamos los dos à buscarle, dexadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me hareis (dixo el del jumento), è yo procuraré pagároslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas, y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad de este caso. En resolucion, los dos Regidores à pie, y mano à mano se fueron al monte; y llegando al lugar, y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo, pues, que no parecia, dixo el Regidor, que le habia visto, al otro: Mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la qual sin duda alguna podrémos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte, y es, que yo sé rebuznar maravillosamente; y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algun tanto decís, compadre? (dixo el otro) Por Dios que no dé la ventaja à nadie; ni aun à los mismos asnos. Ahora lo verémos (respondió el Regidor

se-

segundo), porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos, y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos, y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oiga, y nos responda, si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: Digo, compadre, que la traza es excelente, y digna de vuestro gran ingenio. Y dividiéndose los dos, segun el acuerdo, sucedió que casi à un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron à buscarle, pensando que yá el jumento habia parecido; y en viéndose, dixo el perdidoso: ¿Es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuznó? No fue sino yo (respondió el otro). Ahora digo (dixo el dueño) que de vos à un asno, compadre, no hay alguna diferencia en quanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto, ni oido cosa mas propia. Esas alabanzas, y encarecimientos (respondió el de la traza) mejores os atañen, y tocan à vos que à mí, compadre, que por el Dios que me crió que podeis dár dos rebuznos de ventaja al mayor, y mas

mas perito rebuznador del mundo; porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz à su tiempo, y compás, los dexos muchos, y apresurados; y en resolucion yo me doy por vencido, y os rindo la palma, y doy la vandera de esta rara habilidad. Ahora digo (respondió el dueño) que me tendré, y estimaré en mas de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que puesto que pensaba que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís. Tambien diré yo ahora (respondió el segundo) que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas. Las nuestras (respondió el dueño) si no es en casos semejantes, como el que trahemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega à Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron à dividir, y à volver à sus rebuznos, y à cada paso se engañaban, y volvian à juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto doblando à cada paso los rebuznos, rodearon todo

el

el monte, sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas cómo habia de responder el pobre, y malogrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos; y en viéndole, dixo su dueño: Ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues à no estár muerto, él rebuznára, si nos oyera, ò no fuera asno; pero à trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo, que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre (respondió el otro), pues si bien canta el Abad, no le vá en zaga el monacillo. Con esto desconsolados, y roncos se volvieron à su Aldea, adonde contaron à sus amigos, vecinos, y conocidos quanto les habia acontecido en la busca del asno, exâgerando el uno la gracia del otro en el rebuznar. Todo lo qual se supo, y estendió por los Lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar, y derramar rencillas, y discordias por do quiera, levantando caramillos en el viento, y grandes quimeras de no nada, ordenó, è hizo que las gentes de los otros Pueblos, en viendo à al-

gu-

guno de nuestra Aldea, rebuznáse, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros Regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos, y bocas de todos los demonios del infierno; y fue cundiendo el rebuzno de uno en otro Pueblo de manera que son conocidos los naturales del Pueblo del rebuzno, como son conocidos, y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado à tanto la desgracia de esta burla, que muchas veces con mano armada, y formado esquadron, han salido contra los burladores los burlados à darse la batalla, sin poderlo remediar Rey, ni Roque, ni temor, ni vergüenza. Yo creo que mañana, ò esotro dia han de salir en campaña los de mi Pueblo, que son los del rebuzno, contra otro Lugar, que está dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen; y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas, y alabardas que habeis visto. Y estas son las maravillas que dixe que os habia de contar; y si no os lo han parecido, no sé otras. Y con esto dió fin à su plática el buen hombre. Y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregües-

güescos, y jubon, y con voz levantada dixo: ¿Señor huesped, hay posada? que viene aquí el mono adivino, y el retablo de la libertad de Melisendra. ¡Cuerpo de tal (dixo el Ventero), que aquí está el señor Maese Pedro! buena noche se nos apareja. Olvidábaseme decir, como el tal Maese Pedro traía cubierto el ojo izquierdo, y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde, señal de que todo aquel lado debia de estár enfermo; y el Ventero prosiguió diciendo: Sea bien venido vuestra merced, señor Maese Pedro: ¿adónde está el mono, y retablo, que no los veo? Yá llegan cerca (respondió el todo camuza), sino que yo me he adelantado à saber si hay posada. Al mismo Duque de Alva se la quitára para dársela al señor Maese Pedro (respondió el Ventero): llegue el mono, y el retablo, que gente hay esta noche en la venta, que pagará el verle, y las habilidades del mono. Sea en buen hora (respondió el del parche), que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado. Yo vuelvo à hacer que camine la carreta donde viene el mono, y el retablo. Y luego se volvió à salir de la venta. Preguntó luego

D. Quixote al Ventero, ¿qué Maese Pedro era aquel, y qué retablo, y qué mono traía? A lo que respondió el Ventero: Este es un famoso Titerero, que há muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon, enseñando el retablo de Melisendra, robada por el famoso D. Gayferos, que es una de las mejores, y mas bien representadas historias, que de muchos años à esta parte en este Reyno se han visto: trae asimismo consigo un mono de la mas rara habilidad, que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento à lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándose al oido, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y Maese Pedro la declara luego: y de las cosas pasadas dice mucho mas que de las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra: de modo que nos hace creer, que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde: quiero decir, si responde el amo por él, despues de haberle hablado al oido, y así se cree que el tal Maese Pedro está riquísimo, y es hombre galante (y como di-

dicen en Italia, bon compagno), y dase la mejor vida del mundo: habla mas que seis, y bebe mas que doce, todo à costa de su lengua, y de su mono, y de su retablo. En esto volvió el Maese Pedro, y en una carreta venía el retablo, y el mono, grande, y sin cola, con las posaderas de fieltro; pero no de mala cara: y apenas le vió D. Quixote, quando le preguntó: Dígame vuestra merced, señor adivino, qué pege pillamo? ¿Qué ha de ser de nosotros? Vea aquí mis dos reales; y mandó à Sancho, que se los diese à Maese Pedro. El qual respondió por el mono, y dixo: Señor, este animal no responde, ni dá noticia de las cosas que están por venir: de las pasadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto à rus (dixo Sancho), que no dé yo un ardite, porque me digan lo que por mí ha pasado; porque quién lo puede saber mejor que yo mismo? y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necedad: pero pues sabe las cosas presentes, hé aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo qué hace ahora Teresa Panza mi muger, y en qué se entretiene? No quiso tomar Maese Pedro el dinero, diciendo:

No

No quiero recibir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él; y llegando la boca al oido, daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un Credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandísima priesa se fue el Maese Pedro à poner de rodillas ante D. Quixote; y abrazándole las piernas, dixo: Estas piernas abrazo, bien así como si abrazára las dos columnas de Hércules, ¡ò resucitador insigne de la yá puesta en olvido Andante Caballería! ¡No jamás como se debe alabado Caballero D. Quixote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que ván à caer, brazo de los caidos, báculo, y consuelo de todos los desdichados! Quedó pasmado D. Quixote, absorto Sancho, suspenso el Primo, atónito el page, abobado el del rebuzno, confuso el Ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero; el qual prosiguió diciendo: Y tú ¡ò buen Sancho Panza! el mejor escudero, y del mejor Caballero del mundo, alégrate, que

tu

tu buena muger Teresa está buena; y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por mas señas tiene à su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen por qué de vino, con que se entretiene en su trabajo. Eso creo yo muy bien (respondió Sancho), porque es ella una bienaventurada, y à no ser zelosa, no la trocára yo por la giganta Andandona, que, segun mi señor, fue una muger muy cabal, y muy de pró; y es mi Teresa de aquellas que no se dexan mal pasar, aunque sea à costa de sus herederos. Ahora digo (dixo à esta sazon D. Quixote) que el que lee mucho, y anda mucho, vé mucho, y sabe mucho. Digo esto, porque qué persuasion fuera bastante para persuadirme, que hay monos en el mundo, que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos, porque yo soy el mismo D. Quixote de la Mancha, que este buen animal ha dicho, puesto que se ha estendido algun tanto en mis alabanzas? Pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando, y compasivo, inclinado siempre à hacer bien à todos, y mal à ninguno. Si yo tuviera dineros (di-

xo el Page), preguntára al señor mono, qué me ha de suceder en la peregrinacion que llevo. A lo que respondió Maese Pedro (que yá se habia levantado de los pies de D. Quixote): Yá he dicho que esta bestezuela no responde à lo por venir, que si respondiera, no importára no haber dineros, que por servicio del señor D. Quixote, que está presente, dexára yo todos los intereses del mundo; y ahora porque se lo debo, por darle gusto, quiero armar mi retablo, y dar placer à quantos están en la venta, sin paga alguna. Oyendo lo qual el Ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fue hecho. D. Quixote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser apropósito que un mono adiviná-se, ni las de por venir, ni las pasadas cosas; y así en tanto que Maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró D. Quixote con Sancho à un rincon de la caballeriza, donde, sin ser oidos de nadie, le dixo: Mira, Sancho, yo he considerado bien la estraña habilidad de este mono, y hallo por mi cuenta, que sin duda este Maese Pedro su amo debe de tener hecho pac-

to tácito, ò expreso con el demonio. Si el patio es espeso, y el demonio (dixo Sancho), sin duda debe de ser muy sucio patio. ¿Pero qué provecho le es al tal Maese Pedro tener estos patios? No me entiendes, Sancho: no quiero decir si no que debe tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono, con que gane de comer, y despues que esté rico, le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende: y háceme creer esto el vér que el mono no responde sino à las cosas pasadas, ò presentes; y la sabiduría del diablo no se puede estender à mas; que las por venir no las sabe, sino es por conjeturas, y no todas veces, que à solo Dios está reservado conocer los tiempos, y los momentos, y para él no hay pasado, ni por venir, que todo es presente; y siendo esto así, como lo es, claro está que este mono habla con el estilo del diablo; y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y exâminádole, y sacádole de cuaxo en virtud de quién andivina: porque cierto está que este mono no es Astrólogo, ni su amo, ni él alza, ni saben alzar estas figuras, que llaman

judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mugercilla, ni page, ni zapatero de viejo, que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naypes del suelo, echando à perder con sus mentiras, è ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo, que preguntó à uno de estos figureros que si una perrilla de falda pequeña que tenia, se empreñaria, y pariria, y quántos, y de qué color serian los perros que pariese. A lo que el señor judiciario (despues de haber alzado la figura) respondió que la perrica se empreñaria, y pariria tres perricos: el uno verde, el otro encarnado, y el otro de mezcla; con tal condicion, que la tal perra se cubriese entre las once, y doce del dia, ù de la noche, y que fuese en Lunes, ò en Sábado: y lo que sucedió fue, que de allí à dos dias se murió la perra de ahita, y el señor levantador quedó acreditado en el Lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos, ò los mas levantadores. Con todo eso querria (dixo Sancho) que vuestra merced dixese à Maese Pedro, preguntáse à su mono, si es verdad lo que à vuestra merced le pasó en la cueba de Mon-

Montesinos ; que yo para mí tengo , con perdon de vuestra merced , que todo fue embeleco , y mentira , ò por lo menos cosas soñadas. Todo podria ser (respondió D. Quixote) ; pero yo haré lo que me aconsejas , puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo. Estando en esto, llegó Maese Pedro à buscar à D. Quixote, y decirle que yá estaba en orden el retablo , que su merced viniese à verle , porque lo merecia. D. Quixote le comunicó su pensamiento , y le rogó preguntáse luego à su mono le dixese si ciertas cosas que habia pasado en la cueba de Montesinos , habian sido soñadas , ò verdaderas ; porque à él le parecia que tenian de todo. A lo que Maese Pedro , sin responder palabra , volvió à traer el mono , y puesto delante de D. Quiyote , y de Sancho , dixo : Mirad , señor mono , que este Caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueba , llamada de Montesinos , fueron falsas , ò verdaderas ; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo , y hablándole , al parecer , en el oido, dixo luego Maese Pedro : El mono dice que parte de las cosas que vuestra merced

vió, ò pasó en la dicha cueba, son falsas, y parte verisímiles; y que esto es lo que sabe, y no otra cosa, en quanto à esta pregunta; y que si vuestra merced quisiere saber mas, que el Viernes venidero responderá à todo lo que se le preguntáre, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el Viernes, como dicho tiene. ¿No lo decia yo (dixo Sancho) que no se me podia asentar, que todo lo que vuestra merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueba era verdad, ni aun la mitad? Los sucesos lo dirán, Sancho (respondió D. Quixote), que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se dexa ninguna, que no la saque à la luz el Sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra; y por ahora baste esto, y vámonos à ver el retablo del buen Maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad. ¿Cómo alguna? (respondió Maese Pedro) sesenta mil encierra en sí este mi retablo: dígole à vuestra merced, mi señor D. Quixote, que es una de las cosas mas de vér que hoy tiene el mundo, y *operibus credite*, *& non verbis*, y manos à la labor, que se hace tarde, y tene-

nemos mucho que hacer, y que decir, y que mostrar. Obedeciéronle D. Quixote, y Sancho, y vinieron donde yá estaba el retablo puesto, y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian vistoso, y resplandeciente. En llegando, se metió Maese Pedro dentro de él, que era el que habia de manejar las figuras del artificio; y fuera se puso un muchacho, criado del Maese Pedro, para servir de intérprete, y declarador de los misterios del retablo, con una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salian. Puestos, pues, todos quantos habia en la venta, y algunos en pie, frontero del retablo, y acomodados D. Quixote, Sancho, el Page, y el Primo en los mejores lugares, el Truximan comenzó à decir lo que oirá, y verá el que leyere, ó viere el capítulo siguiente.

CAPITULO LXXIX.

Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.

CAllaron todos Tirios, y Troyanos: quie-

quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, quando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales, y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dixo: Esta verdadera historia, que aquí à vuestras mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las Corónicas Francesas, y de los Romances Españoles, que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor D. Gayferos à su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de Moros en la Ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza. Y vean vuestras mercedes allí cómo está jugando à las tablas D. Gayferos, segun aquello que se canta: *Jugando está à las tablas D. Gayferos, que yá de Melisendra está olvidado.* Y aquel personage que allí asoma con corona en la cabeza, y cetro en las manos, es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra; el qual mohino de vér el ócio, y descuido de su yerno, le sale à reñir: y adviertan con

la vehemencia, y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dár con el cetro media docena de coscorrones; y aun hay Autores que dicen que se los dió, y muy bien dados: y despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dixo: Harto os he dicho, miradlo. Miren vuestras mercedes tambien cómo el Emperador vuelve las espaldas, y dexa despechado à D. Gayferos; el qual yá vén cómo arroja, impaciente de la cólera, lexos de sí el tablero, y las tablas, y pide apriesa las armas, y à D. Roldan su primo pide prestada su espada Durindana; y como D. Roldan no la quiso prestar, ofreciéndole su compañia en la dificil empresa en que se pone: pero él valeroso enojado no lo quiere aceptar; antes dice que él solo es bastante para sacar à su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de la tierra: y con esto se entra à armar, para ponerse luego en camino. Vuelvan vuestras mercedes los ojos à aquella torre, que allí parece que se presupone que es una de las torres del Alcazar de Zaragoza, que ahora llaman la Al-

Aljaferia ; y aquella dama que en aquel balcon parece vestida à lo Moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponia à mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris, y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuebo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No vén aquel Moro qué callandico, y pasito à paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? pues miren cómo la dá un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se dá à escupir, y à limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta, y arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio! Miren tambien como aquel grave Moro, que está en aquellos corredores, es el Rey Marsilio de Sansueña ; el qual por haber visto la insolencia del Moro, puesto que era un pariente, y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le dén docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la Ciudad, con chilladores delante, è envaramiento detras ; y vereis aquí donde salen à executar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido pues-

puesta en execucion la culpa, porque entre Moros no hay traslado à la parte, ni prueba, y estese, como entre nosotros. Niño, niño, dixo en voz alta à esta sazon D. Quixote, seguid vuestra historia linea recta, y no os metais en las curvas, ò transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas. Tambien dixo Maese Pedro desde dentro: Muchacho, no te metas en dibuxos, sino haz lo que este señor te manda, que será lo mas acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sutiles. Yo lo haré así (respondió el muchacho), y prosiguió diciendo: Esta figura, que aquí parece à caballo, cubierta con una capa Gascona, es la misma de D. Gayferos, à quien su esposa, yá vengada del atrevimiento del enamorado Moro, con mejor, y mas sosegado semblante se ha puesto à los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algun pasagero con quien pasó todas aquellas razones, y coloquios de aquel Romance, que dicen: *Caballero, si à Francia ides, por Gayferos preguntad*; las quales no digo yo ahora, porque de la prolixidad se suele engendrar

drar el fastidio : basta vér como D. Gayferos se descubre , y que por los ademanes alegres que Melisendra hace , se nos dá à entender que ella le ha conocido : y mas ahora que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. ¡ Mas ay , sin ventura , que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon , y está pendiente en el ayre , sin poder llegar al suelo ! Pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades , pues llega D. Gayferos , y sin mirar si se rasga , ò no el rico faldellin, ase de ella , y mal de su grado la hace baxar al suelo , y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo , ahorcajadas como hombre , y la manda que se tenga fuertemente , y le eche los brazos por las espaldas , de modo que los cruce en el pecho , porque no se cayga , à causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada à semejantes caballerías. Veis tambien como los relinchos del caballo dán señales que vá contento con la valiente , y hermosa carga que lleva en su señor , y en su señora. Veis como vuelven las espaldas , y salen de la Ciudad,

y alegres, y regocijados toman de Paris la via. Vais en paz ¡ ò par sin par de verdaderos amantes! Llegueis à salvamento à vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorvo en vuestro felice viage. Los ojos de vuestros amigos, y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de vida. Aquí alzó otra vez la voz Maese Pedro, y dixo: Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió nada el Intérprete; ántes prosiguió diciendo: No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen vér todo, que no viesen la baxada, y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al Rey Marsilio; el qual mandó luego tocar al arma: y miren con qué priesa, que yá la Ciudad se hunde con el són de las campanas, que en todas las torres de las Mezquitas suenan. Eso no (dixo D. Quixote): en esto de las campanas anda muy impropio Maese Pedro, porque entre Moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzaynas, que parecen nuestras chirimias: y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo qual oido por Maese Pe-

Pedro, cesó el tocar, y dixo: No mire vuestra merced en niñerías, señor D. Quixote: ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi de ordinario mil Comedias llenas de mil impropiedades, y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiracion, y todo? Prosigue, muchacho, y dexa decir, que como yo llene mi talego, siquiera representes mas impropiedades que tiene átomos el Sol. Así es la verdad (replicó D. Quixote); y el muchacho dixo: Miren quánta, y quán lucida caballería sale de la Ciudad en seguimiento de los Católicos amantes: quántas trompetas que suenan, quántas dulzaynas que tocan, y quántos atabales, y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados à la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo. Viendo, y oyendo, pues, tanta Morisma, y tanto estruendo D. Quixote, parecióle ser bien dar ayuda à los que huian; y levantándose en pie, en voz alta dixo: No consentiré yo que en mis dias, y en mi presencia se le haga

su-

Pm.t Monsort fc.

superchería à tan famoso Caballero, y à tan atrevido enamorado, como es Don Gayferos. Detenéos, malnacida canalla, no le sigais, ni persigais; si no, conmigo sois en la batalla; y diciendo, y haciendo, desembaynó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada, y nunca vista furia, comenzó à llover cuchilladas sobre la tierna Morisma, derribando à unos, y descabezando à otros: estropeando à éste, destrozando à aquel; y entre otros muchos, tiró un altibaxo tal, que si Maese Pedro no se abaxa, se encoge, y agazapa, le cercenára la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan. Daba voces Maese Pedro, diciendo: Deténgase vuestra merced, señor D. Quixote, y advierta que estos que derriba, destroza, y mata, no son verdaderos Moros, sino unas figurillas de pasta: mire ¡pecador de mí! que me destruye, y echa à perder toda mi hacienda. Mas no por esto dexaba de menudear D. Quixote cuchilladas, mandobles, tajos, y rebeses, como llovidos. Finalmente en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos, y desmenuzadas todas sus jarcias,

cias, y figuras: el Rey Marsilio mal herido, y el Emperador Carlo Magno partida la corona, y cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes: huyóse el mono por los tejados de la venta, temió el Primo, acobardóse el Page, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró despues de pasada la borrasca, jamás habia visto à su señor con tan desatinada cólera. Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco D. Quixote, y dixo: Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen, ni quieren creer de quánto provecho sean en el mundo los Caballeros Andantes: miren si no me hallára yo aquí presente, qué fuera del buen D. Gayferos, y de la hermosa Melisendra: à buen seguro que esta fuera yá la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolucion, viva la Andante Caballería sobre quantas cosas hoy viven en la tierra. Viva en hora buena (dixo à esta sazon con voz enternecida Maese Pedro), y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el Rey D. Rodrigo:

Ayer

Ayer fuí señor de España, y hoy no tengo una almena que pueda decir que es mia. No há media hora, ni aun mediano momento que me ví señor de Reyes, y de Emperadores: llenas mis caballerizas, y mis cofres, y saco de infinitos caballos, y de inumerables galas; y agora me veo desolado, y abatido, pobre, y mendígo, y sobre todo sin mi mono, que à fé que primero que le vuelva à mi poder, me han de sudar los dientes: y todo por la furia mal considerada de este señor Caballero, de quien se dice que ampara pupilos, y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas; y en mí solo ha venido à faltar su intencion generosa: que sean benditos, y alabados los cielos, allá donde tienen mas levantados sus asientos.

En fin, el Caballero de la Triste Figura habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias. Enternecióse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y díxole: No llores, Maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazon; porque te hago saber que es mi señor D. Quixote tan Cathólico, y escrupuloso Christiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá, y te lo querrá pagar, y satisfa-

cer con muchas ventajas. Con que me pagáse el señor D. Quixote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced aseguraria su conciencia; porque no se puede salvar quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es (dixo D. Quixote); pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, Maese Pedro. Cómo no? ¿Y estas reliquias que están por este duro, y estéril suelo, quién las esparció, y aniquiló sino la fuerza invencible de ese poderoso brazo? ¿Y cuyos eran sus cuerpos sino mios? ¿Y con quién me sustentaba yo sino con ellos? Ahora he acabado de creer (dixo à este punto D. Quixote) lo que otras muchas veces he creido, que estos encantadores, que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan, y truecan en las que ellos quieren. Real, y verdaderamente os digo, señores que me oís, que à mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra, D. Gayferos, D. Gayferos, Marsilio, Marsilio, y Carlo Magno, Carlo Magno: por eso me alteró

ró la cólera, y por cumplir con mi profesion de Caballero Andante quise dar ayuda, y favor à los que huían; y con este buen propósito hice lo que habeis visto: si me ha salido al rebes, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto de este mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas. Vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco à pagarselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclinósele Maese Pedro, diciéndole: No esperaba yo menos de la inaudita christiandad del valeroso D. Quixote de la Mancha, verdadero socorredor, y amparo de todos los necesitados, y menesterosos vagamundos: y aquí el señor Ventero, y el gran Sancho serán medianeros, y apreciadores entre vuestra merced, y mí, de lo que valen, ò podian valer las yá deshechas figuras. El Ventero, y Sancho dixeron que así lo harian; y luego Maese Pedro alzó del suelo, con la cabeza menos, al Rey Marsilio de Zaragoza; y dixo: Yá se vé quán imposible es volver à este Rey à su sér primero; y así me parece, salvo mejor juicio,

cio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento quatro reales y medio. Adelante (dixo D. Quixote). Pues por esta abertura de arriba abaxo (prosiguió Maese Pedro tomando en las manos al partido Emperador Carlo Magno) no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un quartillo. No es poco (dixo Sancho). Ni mucho (replicó el Ventero). Médiese la partida, y señálense cinco reales. Dénsele todos cinco y quartillo (dixo D. Quixote), que no está en un quartillo mas à menos la monta de esta notable desgracia; y acabe presto Maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura (dixo Maese Pedro) que está sin narices, y un ojo menos, que es la de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís. Aun ahí sería el diablo (dixo D. Quixote), si no estuviese Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia: porque el caballo en que iban, à mí me pareció que ántes volaba que corria; y así no hay para qué venderme à mí el gato por liebre, presentandome aquí à Melisendra desnarigada, estando la otra, si vie-

viene à mano, ahora holgándose en Francia con su esposo à pierna tendida. Ayude Dios con lo suyo à cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pie llano, y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro, que vió que D. Quixote izquierdeaba, y que volvia à su primer tema, no quiso que se le escapáse; y así le dixo: Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian; y así con sesenta maravedís que me dén por ella quedaré contento, y bien pagado. De esta manera fue poniendo precio à otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderaron los dos jueces, árbitros, con satisfaccion de las partes, que llegaron à quarenta reales y tres quartillos: y ademas de esto, que luego los desembolsó Sancho, pidió Maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho (dixo D. Quixote), no para tomar el mono, sino la mona: y docientos diera yo ahora en albricias à quien me dixera con certidumbre que la señora Melisendra, y el señor D. Gayferos estaban yá en Francia, y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono (dixo Maese Pedro);

dro); pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño, y la hambre le han de forzar que me busque esta noche, y amanecerá Dios, y verémonos. En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz, y en buena compañia à costa de D. Quixote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fue el que llevaba las lanzas, y las alabardas, y yá despues de amanecido se vinieron à despedir de D. Quixote el Primo, y el Page: el uno para volverse à su tierra; y el otro à proseguir su camino, para ayuda del qual le dió D. Quixote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver à entrar en mas dimes, ni diretes con D. Quixote, à quien él conocia muy bien; y así madrugó ántes que el Sol; y cogiendo las reliquias de su retablo, y à su mono, se fue tambien à buscar sus aventuras. El Ventero, que no conocia à D. Quixote, tan admirado le tenian sus locuras, como su liberalidad. Finalmente Sancho le pagó muy bien, por órden de su señor; y despidiéndose de él casi à las ocho del dia, dexaron la venta, y se pusieron en camino, donde los dexarémos ir, que así con-

conviene, para dár lugar à contar otras cosas pertenecientes à la declaracion de esta famosa historia.

CAPITULO LXXX.

Donde se dá cuenta quiénes eran Maese Pedro, y su mono, con el mal suceso que Don Quixote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera, y como lo tenia pensado.

ENtra Cide Hamete, Cronista de esta grande historia, con estas palabras en este capítulo. Juro como Cathólico Christiano: à lo que su Traductor dice, que el jurar Cide Hamete como Cathólico Christiano, siendo él Moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que así como el Cathólico Christiano quando jura, debe jurar verdad, y decirla en lo que dixere, así él la decia, como si jurára como Christiano Cathólico, en lo que queria escribir de D. Quixote, especialmente en decir quién era Maese Pedro, y quién el mono adivino, que traía admirados todos aquellos Pueblos con sus adivinanzas. Dice, pues, que bien se acordará el que hubiere leido la III Parte del primer tomo de esta his-

toria de aquel Ginés de Pasamonte, à quien entre otros Galeotes dió libertad D. Quixote en Sierra-Morena: beneficio que despues le fue mal agradecido, y peor pagado de aquella gente maligna, y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, à quien D. Quixote llamaba Ginesillo de Parapilla, fue el que hurtó à Sancho Panza el rucio, que por no haberse puesto el cómo, ni el quándo en la citada Parte, por culpa de los Impresores, ha dado en qué entender à muchos, que atribuian à poca memoria del Autor la falta de la Imprenta. Pero en resolucion Ginés le hurtó, estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza, y modo, que usó Brunelo, quando estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas, y despues le cobró Sancho, como se ha contado. Este Ginés, pues, temeroso de no ser hallado de la Justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías, y delitos, que fueron tantos, y tales, que él mismo compuso un gran volumen contándolos, determinó pasarse al Reyno de Aragon, y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de Titerero; que esto, y el ju-

jugar de manos sabía hacer por estremo. Sucedió, pues, que de unos Christianos yá libres, que venian de Berbería, compró aquel mono, à quien enseñó, que en haciéndole cierta señal, se le pusiese en el hombro, y le murmuráse, ò lo pareciese, al oido. Hecho esto, ántes que entráse en el Lugar donde entraba con su retablo, y el mono, se informaba del Lugar mas cercano, ù de quien él mejor podia, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal Lugar, y à qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacía, era mostrar su retablo; el qual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres, y regocijadas, y conocidas. Acabada la muestra, proponia las habilidades de su mono, diciendo al Pueblo, que adivinaba todo lo pasado, y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales. De algunas hacía barato, segun tomaba el pulso à los preguntantes; y como tal vez llegaba à las casas de quien él sabía los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada, por no pagarle, él hacía la seña al mono, y lue-

luego decia, que le habia dicho tal, y tal cosa, que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito infalible, y andábanse todos tras él. Otras veces, como era tan discreto, respondia de manera, que las respuestas venían bien con las preguntas; y como nadie le apuraba, ni apretaba à que dixese cómo adivinaba su mono, à todos hacía monas, y llenaba sus esqueros. Así como entró en la venta conoció à D. Quixote, y à Sancho, por cuyo conocimiento le fue facil poner en admiracion à D. Quixote, y à Sancho Panza, y à todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro, si D. Quixote baxára un poco mas la mano, quando cortó la cabeza al Rey Marsilio, y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo. Esto es lo que hay que decir de Maese Pedro, y su mono. Y volviendo à D. Quixote de la Mancha, digo que despues de haber salido de la venta, determinó de vér primero las riveras del rio Ebro, y todos aquellos contornos ántes de entrar en la Ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí à las Justas. Con esta intencion siguió

su

su camino, por el qual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura; hasta que al tercero, al subir de una loma, oyó un gran rumor de atambores, de trompetas, y arcabuces. Al principio pensó que algun tercio de Soldados pasaba por aquella parte; y por verlos picó à Rocinante, y subió la loma arriba; y quando estuvo en la cumbre, vió al pie de ella, à su parecer, mas de doscientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dixésemos, lanzones, ballestas, partesanas, alabardas, y picas, y algunos arcabuces, y muchas rodelas. Baxó del recuesto, y acercóse al esquadron tanto, que distintamente vió las vanderas, juzgó de las colores, y notó las empresas que en ellas traían, especialmente una, que en un estandarte, ò giron de raso blanco venía, en el qual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta, y la lengua de fuera, en acto, y postura como si estuviera rebuznando. Alderredor de él estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en valde
El uno, y el otro Alcalde.

Por

Por esta insignia sacó D. Quixote, que aquella gente debia de ser del Pueblo del rebuzno, y así se lo dixo à Sancho, declarándole lo que en el estandarte venía escrito. Díxole tambien, que el que les habia dado noticia de aquel caso, se habia errado en decir que dos Regidores habian sido los que rebuznaron; pero que, segun los versos del estandarte, no habian sido sino Alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza: Señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los Regidores que entónces rebuznaron, viniesen con el tiempo à ser Alcaldes de su Pueblo, y así se pueden llamar con entrambos títulos: quanto mas que no hace al caso à la verdad de la historia ser los rebuznadores Alcaldes, ò Regidores, como ellos una por una hayan rebuznado; porque tan apique está de rebuznar un Alcalde, como un Regidor. Finalmente conocieron, y supieron como el Pueblo corrido salia à pelear con otro, que le corria mas de lo justo, y de lo que se debia à la buena vecindad. Fuese llegando à ellos D. Quixote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del esqua-

quadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. D. Quixote alzando la visera con gentil brio, y continente, llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron alderredor todos los mas principales del exército, por verle, admirados con la admiracion acostumbrada, en que caían todos aquellos que la vez primera le miraban. D. Quixote, que los vió tan atentos à mirarle, sin que ninguno le habláse, ni le preguntáse nada, quiso aprovecharse de aquel silencio; y rompiendo el suyo, alzó la voz, y dixo:

Buenos señores: Quan encarecidamente puedo, os suplíco que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que veais que os disgusta, y enfada; que si esto sucede, con la mas mínima señal que me hagais, pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza à mi lengua. Todos le dixeron que dixese lo que quisiese, que de buena gana le escucharian. D. Quixote con esta licencia prosiguió diciendo: Yo, señores mios, soy Caballero Andante, cuyo exercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favorecer à los necesitados de favor, y acudir

dir à los menesterosos. Dias há que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve à tomar las armas à cada paso, para vengaros de vuestros enemigos; y haviendo discurrido una, y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados; porque ningun particular puede afrentar à un Pueblo entero, sino es retandole de traydor por junto, porque no sabe en particular quien cometió la traicion por que le reta. Exemplo de esto tenemos en D. Diego Ordoñez de Lara, que retó à todo el Pueblo Zamorano, porque ignoraba que solo Vellido Dolfos habia cometido la traycion de matar à su Rey; y así retó à todos, y à todos tocaba la venganza, y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor D. Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenia para qué retar à los muertos, à las aguas, ni à los panes, ni à los que estaban por nacer, ni à las otras menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues quando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que

la

la corrija. Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar à Rey, Provincia, Ciudad, República, ni Pueblo entero, queda en limpio, que no hay para qué salir à la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque bueno sería que se matasen à cada paso los del Pueblo de la Reloxa con quien se lo llama: ni los cazoleros, verengeneros, ballenatos, xaboneros, ni los de otros nombres, y apellidos, que andan por ahí en bocas de los muchachos, y de gente de poco mas à menos: bueno sería por cierto que todos estos insignes Pueblos se corriesen, y vengasen, y anduviesen de contínuo hechas las espadas sacabuches à qualquier pendencia, por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita, ò quiera. Los varones prudentes, las Repúblicas bien concertadas, por quatro cosas han de tomar las armas, y desenvaynar las espadas, y poner à riesgo sus personas, vidas, y haziendas. La primera, por defender la Fé Cathólica. La segunda, por defender su vida, que es de ley natural, y divina. La tercera, en defensa de su honra, de su familia, y hacienda. La quarta, en servicio de su Rey en la guerra justa:

y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), es en defensa de su Patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras, que sean justas, y razonables, y que obliguen à tomar las armas; pero tomarlas por niñerías, y por cosas que ántes son de risa, y pasatiempo, que de afrenta, parece que quien las toma, carece de todo razonable discurso: quanto mas que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea), vá derechamente contra la santa Ley que profesamos, en la qual se nos manda, que hagamos bien à nuestros enemigos, y que amemos à los que nos aborrecen: mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espíritu; porque Jesu-Christo, Dios, y Hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo, ni puede mentir, siendo Legislador nuestro, dixo que su yugo era suabe y su carga liviana; y así no nos habia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así, mis señores, vuestras mercedes están obligados por leyes divinas, y humanas

manas à sosegarse. El diablo me lleve (dixo à esta sazon Sancho entre sí), si este mi amo no es Tólogo; y si no lo es, que lo parece como un huevo à otro. Tomó un poco de aliento D. Quixote, y viendo, que todavia le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasára, si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho; el qual viendo que su amo se detenia, tomó la mano por él, diciendo: Mi señor D. Quixote de la Mancha, que un tiempo se llamó el Caballero de la Triste Figura, y ahora se llama el Caballero de los Leones, es un Hidalgo muy atentado, que sabe Latin, y Romance como un Bachiller, y en todo quanto trata, y aconseja procede como muy buen Soldado, y tiene todas las leyes, y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña; y así no hay mas que hacer sino dexarse llevar por lo que él dixere, y sobre mí si lo erraren: quanto mas que ello se está dicho, que es necedad correrse por solo oir un rebuzno; que yo me acuerdo quando muchacho, que rebuznaba cada y quando se me antojaba, sin que nadie me fuese à la mano, y con tanta gracia, y propiedad, que en rebuznando yo, re-

buznaban todos los asnos del Pueblo; y no por eso dexaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era envidiado de mas de quatro de los estirados de mi Pueblo, no se me daba dos ardites. Y porque se vea que digo verdad, esperen, y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida, nunca se olvida. Y luego puesta la mano en las narices, comenzó à rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto à él, creyendo que hacía burla de ellos, alzó un varapalo, que en la mano tenia, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso à otra cosa, dió con Sancho Panza en el suelo. D. Quixote que vió tan mal parado à Sancho, arremetió al que le habia dado con la lanza sobre mano; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle, ántes viendo que llovia sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas, y no menos cantidad de arcabuces, volvió las riendas à Rocinante, y à todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo co-

ra-

Em. Monsort fec. sc.

razon à Dios, que de aquel peligro le libráse, temiendo à cada paso no le entráse alguna vala por las espaldas, y le saliese al pecho; y à cada punto recogia el aliento, por ver si le faltaba: pero los del esquadron se contentaron con verle huir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, apenas vuelto en sí, y le dexaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle; pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el qual no se hallaba un punto. Alongado, pues, D. Quixote buen trecho, volvió la cabeza, y vió que Sancho venía, y atendió'le, viendo que ninguno le seguia. Los del esquadron se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido à la batalla sus contrarios, se volvieron à su Pueblo, regocijados, y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los Griegos, levantáran en aquel lugar, y sitio un trofeo.

CAPITULO LXXXI.

De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien las leyere, si las lee con mucha atencion.

QUando el valiente huye, la supercheria

ría está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en D. Quixote, el qual dando lugar à la furia del Pueblo, y à las malas intenciones de aquel indignado esquadron, puso pies en polvorosa; y sin acordarse de Sancho, ni del peligro en que le dexaba, se apartó tanto, quanto le pareció que bastaba para estár seguro. Seguíale Sancho, atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin yá vuelto en su acuerdo; y al llegar, se dexó caer del rucio à los pies de Rocinante, todo ansioso, todo molido, y todo apaleado. Apeóse D. Quixote para catarle las feridas; pero como lo halláse sano de los pies à la cabeza, con asaz cólera le dixo: Tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho: ¿y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? A música de rebuznos, ¿qué contrapunto se habia de llevar, sino de varapalos? Y dad gracias à Dios, Sancho, que yá que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum Crucis* con un alfange. No estoy para responder (respondió Sancho), porque me parece que habló por las espaldas: subámonos, y apar-

té-

témonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos; pero no en dexar de decir que los Caballeros Andantes huyen, y dexan à sus buenos escuderos molidos como alheña, ò como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira (respondió D. Quixote) porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad. Las hazañas del temerario mas se atribuyen à la buena fortuna, que à su ánimo: y así yo confieso que me he retirado, pero no huido; y en esto he imitado à muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y de esto están las historias llenas; las quales, por no serte à tí de provecho, ni à mí de gusto, no te las refiero ahora. En esto yá estaba à caballo Sancho, ayudado de D. Quixote, el qual asimismo subió en Rocinante, y poco à poco se fueron à emboscar en una alameda, que hasta un quarto de legua de allí se parecia. De quando en quando daba Sancho unos ayes profundísimos, y unos gemidos dolorosos; y preguntándole D. Quixote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo, hasta la nu-

ca del celebro le dolia, de manera que le sacaba de sentido. La causa de ese dolor debe de ser sin duda (dixo D. Quixote) que como era el palo con que te dieron largo, y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen; y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios (dixo Sancho) que vuestra merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos. ¡Cuerpo de mí, tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme, que me duele todo aquello que alcanzó el palo! Si me dolieran los tobillos, aún pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolian; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fé, señor nuestro amo, el mal ageno de pelo cuelga, y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañia que con vuestra merced tengo; porque si esta vez me ha dexado apalear, otra, y otras ciento volveremos à los manteamientos de marras, y otras muchacherias, que si ahora me han salido à las espaldas, despues me saldrán à los ojos. Harto mejor haria yo, sino que soy un bárbaro, y no ha-

haré nada que bueno sea en toda mi vida: harto mejor haria yo, vuelvo à decir, en volverme à mi casa, y à mi muger, y à mis hijos, y sustentarla, y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras vuestra merced por caminos sin camino, y por sendas, y carreras, que no las tienen, bebiendo mal, y comiendo peor: pues tomadme el dormir: contad, hermano escudero, siete pies de tierra; y si quisiéredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tenderos à todo vuestro buen talante; que quemado vea yo, y hecho polvos al primero que dió puntada en la Andante Caballería, ò à lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los Caballeros Andantes pasados: de los presentes no digo nada, que por ser vuestra merced uno de ellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuestra merced un punto mas que el diablo, en quanto habla, y en quanto piensa. Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho (dixo D. Quixote), que ahora que vais hablando, sin que nadie os vaya à la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Ha-

blad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento, y à la boca, que à trueco de que à vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseais volveros à vuestra casa con vuestra muger, y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros teneis mios: mirad quanto há que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis, y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Quando yo servia (respondió Sancho) à Tomé Carrasco, el padre del Bachiller Sanson Carrasco, que vuestra merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amen de la comida: con vuestra merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene mas trabajo el escudero del Caballero Andante, que el que sirve à un Labrador; que en resolucion, los que servimos à Labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, à la noche cenamos olla, y dormimos en cama, en la qual no he dormido despues que há que sirvo à vuestra merced: si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de D. Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que sa-

saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí, y bebí, y dormí en casa de Basilio, todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto à lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso, y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, yá de arroyos, yá de fuentes, de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. Confieso (dixo D. Quixote) que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿quánto parece que os debo dár mas de lo que os daba Tomé Carrasco? A mi parecer (dixo Sancho) con dos reales mas que vuestra merced añadiese cada mes, me tendria por bien pagado: esto es quanto al salario de mi trabajo; pero en quanto à satisfacerme à la palabra, y promesa que vuestra merced me tiene hecha de darme el Gobierno de una Insula, sería justo que se añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta. Está muy bien (replicó D. Quixote); y conforme al salario que vos os habeis señalado, veinte y cinco dias há que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho de vuestra mano. ¡O cuerpo de mí! (dixo San-

Sancho) que vá vuestra merced muy errado en esta cuenta, porque en la de la promesa de la Insula se ha de contar desde el dia que vuestra merced me la prometió, hasta la presente hora que estamos. ¿Pues qué tanto há, Sancho, que os lo prometí? (dixo D. Quixote) Si yo mal no me acuerdo (respondió Sancho), debe de haber mas de veinte años, tres dias mas à menos. Dióse D. Quixote una gran palmada en la frente, y comenzó à reir muy de gana, y dixo: ¿Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas sino dos meses apenas, y dices, Sancho, que há veinte años que te prometí la Insula? Ahora digo que quieres que se consuma en tu salario el dinero que tienes mio: y si esto es así, y tú gustas de ello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga, que à trueque de verme sin tan mal escudero, holgárame de quedarme pobre, y sin blanca. ¿Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la Andante Caballería? dónde has visto tú, ò leído que ningun escudero de Caballero Andante se haya puesto con su Señor en tanto mas quanto me habeis de dár cada mes porque

os

os sirva? Entrate, éntrate, malandrin, follon, y vestiglo, que todo lo pareces: éntrate, digo, por el *mare magnum* de sus historias, y si halláres que algun escudero haya dicho, ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas quatro mamonas selladas en mi rostro. Vuelve las riendas, ò el cabestro al rucio, y vuélvete à tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasar mas adelante conmigo. ¡O pan mal conocido! ¡O promesas mal colocadas! ¡O hombre que tienes mas de bestia que de persona! ¿Ahora quando yo pensaba ponerte en estado, y tal que à pesar de tu muger te llamáran Señoría, te despides? ¿Ahora te vás, quando yo venía con intencion firme, y valedera de hacerte Señor de la mejor Insula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, &c. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar quando se te acabe el curso de la vida; que para mí tengo que ántes llegará ella à su último término que tú caygas, y dés en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho à D. Quixote de hito en hito, en tanto que los tales vitu-

perios le decia, y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas à los ojos; y con voz dolorida, y enferma le dixo: Señor mio, yo confieso que para ser del todo asno, no me falta mas que la cola: si vuestra merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuestra merced me perdone; y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco; y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia: mas quien yerra, y se enmienda, à Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, si no mezcláras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono, con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes, y animes à esperar el cumplimiento de mis promesas; que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió que sí haria, aunque sacáse fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y D. Quixote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles; y otros sus semejantes, siem-

siempre tienen pies, y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacía mas sentir con el sereno. D. Quixote la pasó en sus contínuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del Alba siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPITULO LXXXII.

De la famosa aventura del barco encantado.

POr sus pasos contados, y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron D. Quixote, y Sancho al rio Ebro, y el verle fue de gran gusto à D. Quixote, porque contempló, y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales; cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fue, y vino en lo que habia visto en la cueba de Montesinos, que puesto que el mono de Maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas

eran verdad, y parte mentira, él se atenia mas à las verdaderas que à las mentirosas; bien al rebes de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo, pues, de esta manera, se le ofreció à la vista un pequeño barco, sin remos, ni otras xarcias algunas, que estaba atado en la orilla à un tronco de un arbol que en la ribera estaba. Miró D. Quixote à todas partes, y no vió persona alguna; y luego sin mas, ni mas se apeó de Rocinante, y mandó à Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que à entrambas bestias las atáse muy bien juntas al tronco de un álamo, ò sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento, y de aquel ligamiento. Respondió D. Quixote: Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando, y convidando à que éntre en él, y vaya en él à dar socorro à algun Caballero, ò à otra necesitada, y principal persona, que debe de estár puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten, y pla-

ti-

tican, quando algun Caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado de él sino por la mano de otro Caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos, ò tres mil leguas, y aun mas, ò le arrebatan en una nube, ò le deparan un barco donde se éntre, y en menos de un abrir, y cerrar de ojos le llevan, ò por los ayres, ò por la mar donde quieren, y adonde es menester su ayuda: así que, ò Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto: y esto es tan verdad como ahora es de dia; y ántes que este se pase, ata juntos al rucio, y à Rocinante, y à la mano de Dios que nos guie, que no dexára de embarcarme, si me lo pidiesen Frayles Descalzos. Pues si así es (respondió Sancho), y vuestra merced quiere dár à cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer, y baxar la cabeza, atendiendo al refran: Haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él à la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir à vuestra merced que à mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores de

es-

este rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo. Esto decia mientras ataba las bestias Sancho, dexándolas à la proteccion, y amparo de los encantadores, con harto dolor de su ánima. D. Quixote le dixo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria à ellos por tan longinquos caminos, y regiones, tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de logiquos (dixo Sancho), ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinquos (respondió D. Quixote) quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado à saber latin, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran. Yá están atados (replicó Sancho): ¿qué hemos de hacer ahora? ¿Qué? (respondió D. Quixote) santiguarnos, y levar ferro: quiero decir embarcarnos, y cortar la amarrazon con que este barco está atado. Y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fue apartando poco à poco de la ribera; y quando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó à temblar, temiendo su perdicion; pero nin-

ninguna cosa le dió mas pena que el oir roznar al rucio, y el vér que Rocinante pugnaba por desatarse; y díxole à su Señor: El rucio rebuzna, condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad, para arrojarse tras nosotros. ¡O carísimos amigos! quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva à vuestra presencia. Y en esto comenzó à llorar tan amargamente, que D. Quixote mohino, y colérico, le dixo: ¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazon de mantequillas? ¿Quién te persigue, ò quién te acosa, ánimo de raton casero? ¿O qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿Por dicha vás caminando à pie, y descalzo por las montañas Rifeas, sino sentado en una tabla, como un Archiduque, por el sesgo curso de este agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero yá habemos de haber salido, y caminado por lo menos setecientas, ù ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio, con que tomar la altura del Polo, yo te dixera las que hemos caminado;

aunque yo sé poco, ò yá hemos pasado, ò pasaremos presto la línea Equinocial que divide, y corta los dos contrapuestos Polos en igual distancia. ¿Y quando lleguemos à esa leña, que vuestra merced dice (preguntó Sancho), quánto habrémos caminado? Mucho (replicó D. Quixote), porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua, y de la tierra, segun el cómputo de Ptolomeo, que fue el mayor Cosmógrafo que se sabe, la mitad habrémos caminado llegando à la línea que he dicho. Por Dios (dixo Sancho) que vuestra merced me trae por testigo de lo que dice à una gentil persona, puto, y gafo, con la añadidura de meon, ò meo, ò no sé cómo. Rióse D. Quixote de la interpretacion que Sancho habia dado al nombre, y al cómputo, y cuenta del Cosmógrafo Ptolomeo, y díxole: Sabrás, Sancho, que los Españoles, y los que se embarcan en Cadiz para ir à las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea Equinocial que te he dicho, es que à todos los que ván en el navio se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el baxel le hallarán, si le pesan

à

à oro ; y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldrémos de esta duda ; y si no, pasado habemos. Yo no creo nada de esto (respondió Sancho) ; pero con todo haré lo que vuestra merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí están Rocinante, y el rucio en el propio lugar do los dexamos ; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto à tal que no nos movemos, ni andamos al paso de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean Coluros, Lineas, Paralelos, Zodíacos, Eclíticas, Polos, Solsticios, Equinocios, Planetas, Signos, puntos, y Medidas, de que se compone la Esfera celeste, y terrestre, que si todas estas cosas supieras, ò parte de ellas, vieras claramente qué de Paralelos hemos cortado, qué de Signos visto, y qué de imágenes hemos dexado atras, y vamos dexando ahora : y tórnote à decir que te

tientes, y pesques, que yo para mí tengo que estás mas limpio que un pliego de papel liso, y blanco. Tentóse Sancho; y llegando con la mano bonitamente, y con tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró à su amo, y dixo: O la experiencia es falsa, ò no hemos llegado adonde vuestra merced dice, ni con muchas leguas. ¿Pues qué (preguntó D. Quixote) has topado algo? Y aun algos (respondió Sancho); y sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el rio, por el qual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entónces y suave. En esto descubrieron unas grandes haceñas, que en la mitad del rio estaban; y apenas las hubo visto D. Quixote, quando con voz alta dixo à Sancho: Vés allí, ò amigo! se descubre la ciudad, castillo, ò fortaleza donde debe de estár algun Caballero oprimido, ò alguna Reyna, Infanta, ò Princesa mal parada, para cuyo socorro soy aquí traído. ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza, ò castillo dice vuestra merced, señor? (dixo Sancho)

¿No

¿No echa de vér que aquellas son haceñas, que están en el rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho (dixo D. Quixote), que aunque parecen haceñas, no lo son, y yá te he dicho que todas las cosas trastruecan, y mudan de su sér natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco, entrando en la mitad de la corriente del rio, comenzó à caminar no tan lentamente como hasta allí. Los Molineros de las haceñas, que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba à embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos de ellos con varas largas à detenerle; y como salian enharinados, y cubiertos los rostros, y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista, y daban voces grandes, diciendo: ¿Demonios de hombres, dónde vais? ¿Venís desesperados, que quereis ahogaros, y haceros pedazos en estas ruedas? ¿No te dixe yo, Sancho, dixo à esta sazon D. Quixote, que habíamos llegado donde he de mostrar à do llega el valor

de mi brazo? Mira qué de malandrines, y follones me salen al encuentro; mira quántos vestiglos se me oponen: mira quántas feas cataduras nos hacen cocos; pues ahora lo vereis, bellacos: y puesto en pie en el barco con grandes voces comenzó à amenazar à los Molineros, diciendoles: Canalla malvada, y peor aconsejada, dexad en su libertad, y libre alvedrio à la persona que en esa vuestra fortaleza, ò prision teneis oprimida, alta, ò baxa, de qualquiera suerte, ò calidad que sea, que yo soy D. Quixote de la Mancha, llamado el Caballero de los Leones por otro nombre, à quien está reservada por órden de los altos cielos, el dár fin felice à esta aventura. Y diciendo esto, echó mano à su espada, y comenzó á esgrimirla en el ayre contra los Molineros; los quales oyendo, y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas à detener el barco, que yá iba entrando en el raudal, y canal de las ruedas. Púsose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le libráse de tan manifiesto peligro como lo hizo por la industria, y presteza de los Molineros, que oponiendose con sus palos al barco, le detuvieron; pero no de manera que dexasen

de

de trastornar el barco, y dár con D. Quixote, y con Sancho al traves en el agua; pero vínole bien à D. Quixote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los Molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso à entrambos, allí habia sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra, mas mojados que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas, y los ojos clavados al cielo, pidió à Dios con una larga, y devota plegaria le libráse de allí adelante de los atrevidos deseos, y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los Pescadores, dueños del barco, à quien habian hecho pedazos las ruedas de las haceñas, y viéndole roto, acometieron à desnudar à Sancho, y à pedir à D. Quixote se lo pagáse; el qual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dixo à los Molineros y Pescadores que él pagaria el barco de bonísima gana, con condicion que le diesen libre, y sin cautela à la persona, ò personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. ¿Qué personas, ò qué castillo dice (respondió uno de los Molineros) hom-

bre sin juicio? ¿Quiérese llevar por ventura los que vienen à moler trigo à estas haceñas? Basta (dixo entre sí D. Quixote): aquí será predicar en desierto, querer reducir à esta canalla à que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorva lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves. Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas, y trazas, contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y alzando la voz, prosiguió diciendo, y mirando à las haceñas: Amigos, qualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia, y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro Caballero debe de estár guardada, y reservada esta aventura. En diciendo esto, se concertó con los Pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: A dos barcadas como estas darémos con todo el caudal al fondo. Los Pescadores, y Molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer,

de

de los otros hombres, y no acababan de entender à dó se encaminaban las razones, y preguntas que D. Quixote les decia; y teniéndolos por locos, les dexaron, y se recogieron à sus haceñas, y los Pescadores à sus ranchos. Volvieron à sus bestias, y à ser bestias D. Quixote, y Sancho. Y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPITULO LXXXIII.

De lo que le avino à D. Quixote con una bella cazadora.

ASaz melancólicos, y de mal talante llegaron à sus animales Caballero, y escudero, especialmente Sancho, à quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que de él se quitaba, era quitárselo à él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra, se pusieron à caballo, y se apartaron del famoso rio. D. Quixote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entónces le parecia que estaba bien lexos de tenerle, porque maguer era tonto, bien se le alcanzaba, que las acciones de su amo, todas,

das, ò las mas eran disparates; y buscaba ocasion de que sin entrar en cuentas, ni en despedimientos con su señor un dia se desgarráse, y se fuese à su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al reves de lo que él temia. Sucedió, pues, que otro dia al poner del Sol, y al salir de una selva, tendió D. Quixote la vista por un verde prado, y en lo último de él vió gente; y llegándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafren, ò hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes, y con un sillon de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra, y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella. En la mano izquierda traia un azor, señal que dió à entender à D. Quixote ser aquella alguna gran señora, que debia de serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; y así dixo à Sancho: Corre, hijo Sancho, y dí à aquella señora del palafren, y del azor, que yo el Caballero de los Leones beso las manos à su gran fermosura; y que si su grandeza me dá licencia, se las iré à besar, y à servirla en quanto mis fuerzas pu-

pudieren, y su Alteza me mandáre. Y mira, Sancho, cómo hablas, y cuenta de no encaxar algun refran de los tuyos en tu embaxada. Hallado os le habeis el encaxador (respondió Sancho). ¿A mí con eso? Sí, que no es esta la vez primera que he llevado embaxadas à altas, y crecidas señoras en esta vida. Si no fue la que llevaste à la señora Dulcinea (replicó D. Quixote), yo no sé que hayas llevado otra, à lo menos en mi poder. Así es verdad (respondió Sancho); pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir que à mí no hay que decirme, ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho (dixo D. Quixote): vé en buen hora, y Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba; y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dixo: Hermosa señora, aquel Caballero que allí se parece, llamado el Caballero de los Leones, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, à quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal Caballero de los Leones, que no há mucho que se llamaba el

el de la Triste Figura, envia por mí à decir à vuestra grandeza, sea servida de darle licencia, para que con su propósito, beneplácito, y consentimiento él venga à poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice, y yo pienso, que de servir à vuestra encumbrada altanería, y fermosura: que en dársela vuestra Señoría hará cosa que redunde en su pró, y él recibirá señaladísima merced, y contento. Por cierto, buen escudero (respondió la señora), vos habeis dado la embaxada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embaxadas piden. Levantaos del suelo, que escudero de tan gran Caballero, como es el de la Triste Figura (de quien yá tenemos acá mucha noticia), no es justo que esté de hinojos. Levantaos, amigo, y decid à vuestro señor, que venga mucho en hora buena à servirse de mí, y del Duque mi marido, en una casa de placer que aquí tenemos. Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza, y cortesía, y mas de lo que le habia dicho que tenia noticia de su señor el Caballero de la Triste Figura; y que si no le habia llamado el de los Leones, debia de ser por ha-

habérsele puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa (cuyo título aun no se sabe) : Decidme , hermano escudero , ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia , que se llama del Ingenioso Hidalgo D. Quixote de la Mancha, que tiene por señora de su alma à una tal Dulcinea del Toboso ? El mismo es , señora (respondió Sancho) ; y aquel escudero suyo , que anda , ù debe andar en la tal historia , à quien llaman Sancho Panza , soy yo , sino es que me trocaron en la cuna : quiero decir , que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho , dixo la Duquesa. Id , hermano Panza , y decid à vuestro Señor , que él sea el bien llegado , y el bien venido à mis estados ; y que ninguna cosa me pudiera venir , que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta , con grandísimo gusto volvió à su amo , à quien contó todo lo que la gran señora le habia dicho , levantando con sus rústicos términos à los cielos su mucha fermosura , su gran donayre , y cortesía. D. Quixote se gallardeó en la silla : púsose bien en los estribos : acomodóse la visera : arremetió à Rocinante ; y con gentil denuedo fue à be-

besar las manos à la Duquesa; la qual haciendo llamar al Duque su marido, le contó, en tanto que D. Quixote llegaba, toda la embaxada suya; y los dos, por haber leido la primera parte de esta historia, ò haber entendido por ella el disparatado humor de D. Quixote, con grandísimo gusto, y con deseo de conocerle, le atendian con presupuesto de seguirle el humor, y conceder con él en quanto les dixese, tratándole como à Caballero Andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de Caballerías, que ellos habian leido, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó D. Quixote alzada la visera; y dando muestras de apearse, acudió Sancho à tenerle el estribo; pero fue tan desgraciado, que al apearse del rucio, se le asió un pie en una soga de la albarda, de tal modo que no fue posible desenredarle; ántes quedó colgado de él, con la boca, y los pechos en el suelo. D. Quixote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que yá Sancho habia llegado à tenérsele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debia de estár

tár mal cinchado, y la silla, y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya, y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavia tenia el pie en la corma. El Duque mandó à sus cazadores que acudiesen al Caballero, y al escudero, los quales levantaron à D. Quixote maltratado de la caida, y renqueando; y como pudo fue à hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, ántes apeándose de su caballo, fue à abrazar à D. Quixote, diciéndole: A mí me pesa, señor Caballero de la Triste Figura, que la primera que vuestra merced ha hecho en mi tierra, haya sido tan mala, como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso Príncipe (respondió D. Quixote), es imposible ser malo, aunque mi caida no parára hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantára, y me sacára la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata, y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me ha-

halle, caido, ò levantado, à pie, ò à caballo, siempre estaré al servicio vuestro, y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, universal Princesa de la cortesía. Pasito, mi señor D. Quixote de la Mancha (dixo el Duque), que adonde está mi señora Doña Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras fermosuras. Yá estaba à esta sazon libre Sancho Panza del lazo; y hallándose allí cerca, ántes que su amo respondiese, dixo: No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso; pero donde menos se piensa, se levanta la liebre; que he oido decir, que esto que llaman naturaleza, es como un alcallér, que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso, tambien puede hacer dos, y tres, y ciento: dígolo, porque mi señora la Duquesa à fé que no vá en zaga à mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse D. Quixote à la Duquesa, y dixo: Vuestra grandeza imagine que no tubo Caballero Andante en el mundo escudero mas hablador, ni mas gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran cel-

celsitud servirse de mí. A lo que respondió la Duquesa: De que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias, y los donayres, señor D. Quixote, como vuestra merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso, y donayroso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador (añadió D. Quixote). Tanto que mejor (dixo el Duque), porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Caballero de la Triste Figura. De los Leones ha de decir vuestra Alteza (dixo Sancho), que yá no hay Triste Figura: el seguro sea el de los Leones. Prosiguió el Duque: Digo que venga el señor Caballero de los Leones à un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogiminto que à tan alta persona se debe justamente, y el que yo, y la Duquesa solemos hacer à todos los Caballeros Andantes que à él llegan. Yá en esto Sancho habia aderezado, y cinchado bien la silla á Rocinante; y subiendo en él D. Quixote, y el Duque en un hermoso caballo, pusieron à la Duquesa en medio,

y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa à Sancho, que fuese junto à ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretexióse entre los tres, y hizo quatro en la conversacion, con gran gusto de la Duquesa, y del Duque, que tuvieron à gran ventura acoger en su castillo tal Caballero Andante, y tal escudero andado.

CAPITULO LXXXIV.

Que trata de muchas, y grandes cosas.

SUma era la alegria que llevaba consigo Sancho, viéndose à su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de D. Diego, y en la de Basilio, siempre aficionado à la buena vida; y así tomaba la ocasion por la melena, en esto de regalarse cada y quando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la historia, que ántes que à la casa de placer, ò castillo llegasen, se adelantó el Duque, y dió órden à todos sus criados del modo que habian de tratar à D. Quixote; el qual como llegó con la Duquesa à las puertas del castillo, al instante salieron de él dos la-

ca-

cayos, ò palafreneros, vestidos hasta los pies de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí; y cogiendo à D. Quixote en brazos, sin ser oido, ni visto, le dixeron: Vaya la vuestra grandeza à apear à mi señora la Duquesa. D. Quixote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfia de la Duquesa, y no quiso decender, ò baxar del palafren, sino en los brazos del Duque, diciendo, que no se hallaba digna de dar à tan gran Caballero tan inutil carga. En fin salió el Duque à apearla; y al entrar en un gran patio, llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros à D. Quixote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados, y criadas de aquellos señores, diciendo à grandes voces: Bien sea venido la flor, y la nata de los Caballeros Andantes; y todos, ò los mas derramaban pomos de aguas olorosas sobre D. Quixote, y sobre los Duques; de todo lo qual se admiraba D. Quixote, y aquel fue el primer dia que de todo en todo conoció, y creyó ser Caballero Andante verdadero, y no fantásti-

co, viéndose tratar del mismo modo que él habia leido se trataban los tales Caballeros en los siglos pasados. Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la Duquesa, y se entró en el castillo; y remordiéndole la conciencia de que dexaba al jumento solo, se llegó à una reverenda dueña, que con otras à recibir à la Duquesa habia salido; y con voz baxa le dixo: Señora Gonzalez, ò como es su gracia de vuestra merced..... Doña Rodriguez de Grijalba me llamo (respondió la dueña): ¿qué es lo que mandais, hermano? A lo que respondió Sancho: Querria que vuestra merced me la hiciese de salir à la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio: vuestra merced sea servida de mandarle poner, ò ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará à estár solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo (respondió la dueña), medradas estamos. Andad, hermano, mucho en hora mala para vos, y para quien acá os traxo, y tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas de esta casa no estamos acostumbradas à semejantes haciendas. Pues en verdad (respondió San-

Sancho) que he oido decir à mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote, quando de Bretaña vino, que damas curaban de él, y dueñas del su rocino; y que en el particular de mi asno, que no le trocára yo con el rocin del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar (replicó la dueña), guardad vuestras gracias para donde lo parezcan, y se os paguen, que de mí no podeis llevar sino una higa. Aun bien (respondió Sancho) que será bien madura; pues no perderá vuestra merced la quínola de sus años por punto menos. Hijo de puta (dixo la dueña, toda yá encendida en cólera) si soy vieja, ó no, à Dios daré la cuenta, que no à vos, bellaco, harto de ajos. Y esto dixo en voz alta, que lo oyó la Duquesa; y volviendo, y viendo à la dueña tan alborotada, y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las habia. Aquí las hé (respondió la dueña) con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente, que vaya à poner en la caballeriza à un asno suyo, que está à la puerta del castillo, trayéndome por exemplo, que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron à un tal Lanzarote, y unas

dueñas à su rocino; y sobre todo por buen término me ha llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta (respondió la Duquesa) mas que quantas pudiera decirme; y hablando con Sancho, le dixo: Advertid, Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad, y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir (respondió Sancho), si lo dixe por tanto; solo lo dixe porque es tan grande el cariño que tengo à mi jumento, que me pareció que no podia encomendarle à persona mas caritativa que à la señora Doña Rodriguez. D. Quixote, que todo lo oia, le dixo: ¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar? Señor (respondió Sancho), cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere. Aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé de él; y si en la caballeriza se me acordára, allí hablára. A lo que dixo el Duque: Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada. Al rucio se le dará recado à pedir de boca; y descuide Sancho, que se le tratará como à su misma persona. Con estos razonamientos, gustosos à todos, sino à D. Quixote,

te, llegaron à lo alto, y entraron à D. Quixote en una sala adornada de telas riquísimas de oro, y de brocado. Seis doncellas le desarmaron, y sirvieron de pages, todas industriadas, y advertidas del Duque, y de la Duquesa de lo que habian de hacer, y de como habian de tratar à D. Quixote, para que imagináse, y viese que le trataban como à Caballero Andante. Quedó D. Quixote, despues de desarmado, con sus estrechos gregüescos, y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quixadas que por de dentro se besaba la una con la otra: figura, que à no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fue una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado), rebentáran riendo. Pidiéronle, que se dexáse desnudar, para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien en los Cababalleros Andantes, como la valentía. Con todo dixo que diesen la camisa à Sancho; y encerrándose con él en una quadra, donde estaba un rico lecho, se desnudó, y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho, le dixo: Dime, truhan moderno, y majadero

antiguo, ¿ parécete bien deshonrar, y afrentar una dueña tan veneranda, y tan digna de respeto como aquella? ¿Tiempos eran aquellos para acordarte del rucio? ¿O señores son estos para dexar mal pasar à las bestias, tratando tan elegantemente à sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana, y grosera tela texido. Mira, pecador de tí, que en tanto mas es tenido el señor, quanto tiene mas honrados, y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los Príncipes à los demas hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de tí, y malaventurado de mí, que si vén que tú eres un grosero villano, ò un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algun echacuervos, ò algun Caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo, huye, huye de estos inconvenientes, que quien tropieza de hablador, y gracioso, al primer puntapie cae, y dá en truhan desgraciado. Enfrena la lengua, considera, y rumia las palabras, ántes que te salgan de la boca; y advierte que hemos lle-

llegado à parte, donde con el favor de Dios, y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio, y quinto en fama, y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca, ò morderse la lengua ántes de hablar palabra, que no fuese muy apropósito, y bien considerada, como él se lo mandaba; y que descuidáse acerca de lo tal, que nunca por él se descubriria quien ellos eran. Vistióse D. Quixote: púsose su tahalí con su espada: echóse el manton de escarlata acuestas: púsose una montera de raso verde, que las doncellas le dieron; y con este adorno salió à la gran sala, adonde halló à las doncellas puestas en ala, tantas à una parte, como à otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la qual le dieron con muchas reverencias, y ceremonias: luego llegaron doce Pages con el Maestresala, para llevarle à comer, que yá los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa, y magestad le llevaron à otra sala, donde estaba puesta una rica mesa, con solos quatro servicios. La Duquesa, y el Duque salieron à la puerta de la sala à recibirle, y con ellos un grave Eclesiástico, de estos

que

que gobiernan las casas de los Príncip es de estos que como no nacen Príncipes, no aciertan à enseñar cómo lo han de ser los que lo son : de estos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos : de estos que queriendo mostrar à los que ellos gobiernan à ser limitados, les hacen ser miserables. De estos tales digo que debia de ser el grave Religioso que con los Duques salió à recibir à D. Quixote. Hicieronse mil corteses comedimientos ; y finalmente cogiendo à D. Quixote en medio, se fueron à sentar à la mesa. Convidó el Duque à D. Quixote con la cabecera de la mesa; y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas que la hubo de tomar. El Eclesiástico se sentó frontero, y el Duque, y la Duquesa à los dos lados. A todo estaba presente Sancho, embobado, y atónito de vér la honra que à su señor aquellos Príncipes le hacian ; y viendo las muchas ceremonias, y ruegos que pasaron entre el Duque y D. Quixote para hacerle sentar à la cabecera de la mesa, dixo : Si sus mercedes me dán licencia, les contaré un cuento que pasó en mi Pueblo acerca de esto de los asientos.

Ape-

Apenas hubo dicho esto Sancho, quando D. Quixote tembló, creyendo sin duda que habia de decir alguna necedad. Miróle Sancho, y entendióle, y dixo: No tema vuestra merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy à pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco há vuestra merced me dió sobre el hablar mucho, ò poco, ò bien, ò mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho (respondió D. Quixote): dí lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir (dixo Sancho) es tan verdad que mi señor D. Quixote, que está presente, no me dexará mentir. Por mí (replicó D. Quixote) miente tú, Sancho, quanto quisieres, que yo no te iré à la mano; pero mira lo que vás à decir. Tan mirado, y remirado lo tengo, que à buen salvo está el que repica, como se verá por la obra. Bien será (dixo D. Quixote) que vuestras grandezas manden echar de aquí à este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del Duque (dixo la Duquesa) que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto. Discretos dias (dixo Sancho)

VI-

viva vuestra Santidad por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este: Convidó un hidalgo de mi Pueblo muy rico, y principal, porque venía de los Alamos de Medina del Campo, que casó con Doña Mencía de Quiñones, que fue hija de D. Alonso Marañon, Caballero del Hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años há en nuestro lugar, que à lo que entiendo mi señor D. Quixote se halló en ella, de donde salió herido Thomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el Herrero..... ¿No es verdad todo esto, Señor nuestro amo? Dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta ahora (dixo el Eclesiástico) mas os tengo por hablador, que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. Tú dás tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dexar de decir (dixo D. Quixote) que debes de decir verdad: pasa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal (dixo la Duquesa), por hacerme à mí placer; ántes le ha de contar de la ma-

manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias; que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo, pues, señores mios (prosiguió Sancho) que este tal hidalgo, que yo conozco como à mis mismas manos, (porque no hay de mi casa à la suya un tiro de ballesta) convidó à un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano (dixo à esta sazon el Religioso) que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido (respondió Sancho); y así digo, que llegando el tal labrador à casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que yá es muerto; y por mas señas dicen que hizo una muerte de un Angel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo à segar à Tembleque..... Por vida vuestra, hijo (dixo el Eclesiástico) que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo (si no quereis hacerle las exêquias) acabeis vuestro cuento. Es, pues, el caso (replicó Sancho) que estando los dos para sentarse à la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca.....Gran gusto recibian los Duques del disgusto que mostra-

tomar el buen Religioso de la dilacion, y pausas con que Sancho contaba su cuento, y D. Quixote se estaba consumiendo en cólera, y en rabia. Digo así (dixo Sancho) que estando, como he dicho, los dos para sentarse à la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomáse la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomáse, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandáse; pero el labrador, que presumia de cortés, y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: Sentaos, maja granzas, que adonde quiera que yo me siente, seré vuestra cabecera. Y este es el cuento; y en verdad que creo que no ha sido aquí traido fuera de propósito. Púsose D. Quixote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban, y se le parecian: los Señores disimulaban la risa, porque Don Quixote no acabáse de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática, y hacer que Sancho no prosiguiese con otros tantos disparates, preguntó la Duquesa à D. Quixote que

qué

qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le habia enviado aquellos dias algunos presentes de gigantes, ò malandrines, pues no podia dexar de haber vencido muchos. A lo que D. Quixote respondió: Señora mia, mis desgracias, aunque tubieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones, y malandrines le he enviado; ¿pero adónde la habian de hallar, si está encantada, y vuelta en la mas fea labradora que imaginar se puede? No sé (dixo Sancho Panza): à mí me parece la mas hermosa criatura del mundo; à lo menos en la ligereza, ò en el brincar, bien sé yo que no dará ella la ventaja à un volteador: à buena fé, señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato. ¿Habéisla visto vos encantada, Sancho? (preguntó el Duque) ¡Y cómo si la he visto! (respondió Sancho): ¿pues quién diablos sino yo fui el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre. El Eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones, y de encantados, cayó en la cuenta de que aquel debia de ser D. Quixote de la Mancha, cuya hisco-

toria leía el Duque de ordinario, y él se lo habia reprehendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dixo: Vuestra Excelencia, señor mio, tiene que dár cuenta à nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este D. Quixote, ò este D. tonto, ò como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra Excelencia quiere que sea, dándole ocasiones à la mano para que lleve adelante sus sandeces, y vaciedades. Y volviendo la plática à D. Quixote, le dixo: Y à vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encaxado en el celebro que sois Caballero Andante, y que venceis gigantes, y prendeis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volveos à vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dexad de andar vagando por el mundo, papando viento, y dando que reir à quantos os conocen, y no conocen. ¿En dónde, noramala, tal habeis vos hallado que hubo, ni hay ahora Caballeros Andantes? ? Dónde hay gigantes en España, ò malan-

landrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo D. Quixote à las razones de aquel venerable varon; y viendo que yá callaba, sin guardar respeto à los Duques, con semblante ayrado, y alborotado rostro, se puso en pie, y dixo..... Pero esta respuesta capítulo por sí merece.

CAPITULO LXXXV.

De la respuesta que dió D. Quixote à su reprehensor, con otros graves, y graciosos sucesos.

LEvantado, pues, en pie D. Quixote, temblando de los pies a la cabeza, como azogado, con presurosa, y turbada lengua, dixo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve, y tengo al estado que vuestra merced profesa, tienen, y atan las manos de mi justo enojo: y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la muger, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuestra merced, de quien se

debia esperar ántes buenos consejos, que infames vituperios. Las reprehensiones santas, y bien intencionadas, otras circunstancias requieren, y otros puntos piden. A lo menos el haberme reprehendido en público, y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprehension; pues las primeras mejor asientan sobre la blandura, que sobre la aspereza; y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador sin mas, ni mas mentecato, y tonto. Si no, dígame vuestra merced, ¿por quál de las mentecaterías, que en mí ha visto, me condena, y vitupera, y me manda que me vaya à mi casa à tener cuenta en el gobierno de ella, y de mi muger, y de mis hijos, sin saber si la tengo, ò los tengo? ¿No hay mas sino à troche moche entrarse por las casas agenas à gobernar sus dueños; y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algun pupilage, sin haber visto mas mundo que el que puede contenerse en veinte, ò treinta leguas de distrito, meterse de rondon à dár leyes à la Caballería, y à juzgar de los Caballeros Andantes? ¿Por ventura es asunto vano, ò es tiempo mal gas-

gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos de él, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los Caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron, ni pasaron las sendas de la Caballería, no se me dá un ardite. Caballero soy, y Caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la ambicion sobervia: otros por el de la adulacion servil, y baxa: otros por el de la hipocresía engañosa; y algunos por el de la verdadera Religion; pero yo inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la Caballería Andante, por cuyo exercicio desprecio la hacienda; pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes, y atropellado vestiglos. Yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso que los Caballeros Andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los Platónicos continentes. Mis intencio-

nes siempre las enderezo à buenos fines, que son de hacer bien à todos, y mal à ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que de esto trata, merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque, y Duquesa execelentes. Bien, por Dios (dixo Sancho): no diga mas vuestra merced, Señor, y amo mio, en su abono, porque no hay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo, ni los hay Caballeros Andantes, qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho. ¿Por ventura (dixo el Eclesiástico) sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, à quien vuestro amo tiene prometida una Insula? Sí soy (respondió Sancho), y soy quien la merece tan bien como otro qualquiera: soy quien júntate à los buenos, y serás uno de ellos; y soy yo de aquellos, de no con quien naces, sino con quien paces; y de los de quien à buen arbol se arrima, buena sombra le cobija. Yo me he arrimado à buen señor, y há muchos meses que ando en su compañia, y he de ser otro como él, Dios queriendo;

do; y viva él, y viva yo, que ni à él le faltarán Imperios que mandar, ni à mí Insulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dixo à esta sazon el Duque, que yo en nombre del señor D. Quixote os mando el Gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad. Híncate de rodillas, Sancho (dixo D. Quixote), y besa los pies à su Excelencia por la merced que te ha hecho. Hízolo así Sancho; lo qual visto por el Eclesiástico, se levantó de la mesa mohino además, diciendo: Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra Excelencia, como estos pecadores. Mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras. Quédese vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estaré yo en la mia, y me escusaré de reprehender lo que no puedo remediar. Y sin decir mas, ni comer mas, se fue, sin que fuesen parte à tenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dixo mucho, impelido de la risa que su impertinente cólera le habia causado. Acabó de reir, y dixo à D. Quixote: Vuestra merced, señor Caballero de los Leones, ha respondido por sí tan al-

tamente, que no le queda cosa por satisfacer de esto, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera; porque así como no agravian las mugeres, no agravian los Eclesiásticos, como vuestra merced mejor sabe. Así es (respondió D. Quixote); y la causa es, que el que no puede ser agraviado, no puede agraviar à nadie. Las mugeres, los niños, y los Eclesiásticos, como no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados; porque entre el agravio, y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra Excelencia sabe: la afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace, y la sustenta: el agravio puede venir de qualquira parte, sin que afrente. Sea exemplo. Está uno en la calle descuidado: llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano à la espada, y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le oponen, y no le dexa salir con su intencion, que es de vengarse. Este tal queda agraviado; pero no afrentado. Y lo mismo confirmará otro exemplo. Está uno vuelto de espaldas: llega otro, y dale de palos; y en dàndoselos huye, y no espera, y el otro le sigue,

y

y no le alcanza. Este que recibió los palos, recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió à hurtacordel, pusiera mano à su espada, y se estuviera quedo, haciendo rostro à su enemigo, quedára el apaleado agraviado, y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron à traicion: afrentado, porque el que le dió, sustentó lo que habia hecho, sin volver las espaldas, y à pie quedo; y así, segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estár agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mugeres: ni pueden huir, ni tienen para qué esperar; y lo mismo los constituidos en la sacra Religion, porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas, y defensivas; y así aunque naturalmente estén obligados à defenderse, no lo están para ofender à nadie: y aunque poco há dixe que yo podia estár agraviado, ahora digo, que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar: por las quales razones yo no debo sentir, ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho; solo quisiera, que esperára algun poco, para

ra darle à entender en el error en que está en pensar, y decir, que no ha habido, ni los hay Caballeros Andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ò uno de los infinitos de su linage, yo sé que no le fuera bien à su merced. Eso juro yo bien (dixo Sancho): cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba à baxo, como una granada, ò como un melon muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reynaldos de Montalvan hubiera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado, que no hablára mas en tres años. No sino tomárase con ellos, y viera cómo escapaba de sus manos. Perecia de risa la Duquesa, en oyendo hablar à Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso, y por mas loco que à su amo, y muchos hubo en aquel tiempo, que fueron de este mismo parecer. Finalmente D. Quixote se sosegó, y la comida se acabó; y en levantando los manteles, llegaron quatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas, y riquísimas tohallas al hom-

hombro, y la quarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de xabon Napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donayre, y desenvoltura encaxó la fuente debaxo de la barba de D. Quixote; el qual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que debia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas, tendió la suya todo quanto pudo, y al mismo punto comenzó à llover el aguamanil, y la doncella, del xabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las xabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro, y por los ojos del obediente Caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque, y la Duquesa, que de nada de esto eran sabidores, estaban esperando en qué habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, quando le tuvo con un palmo de xabonadura, fingió que se le habia acabado el agua, y mandó à la del aguamanil fuese por ella, que el señor D. Quixote esperaria. Hízolo así, y quedó

D. Quixote con la mas estraña figura, y mas para hacer reir, que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veían con media vara de cuello, mas que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de xabon, fue gran maravilla, y mucha discrecion poder disimular la risa. Las doncellas de la burla tenian los ojos baxos, sin osar mirar à sus señores: à ellos les retozaba la cólera, y la risa en el cuerpo, y no sabian à qué acudir, ò à castigar el atrevimiento de las muchachas, ò darle premio por el gusto que recibian de vér à D. Quixote de aquella suerte. Finalmente la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar à D. Quixote; y luego la que traía las tohallas le limpió, y le enxugó muy reposadamente; y haciéndole todas quatro à la par una grande, y profunda inclinacion, y reverencia, se querian ir. Pero el Duque, porque D. Quixote no cayese en la burla, llamó à la doncella de la fuente, diciéndola: Venid, y lavadme à mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda, y diligente llegó, y puso la fuente al Duque como à D. Quixote, y dán-

dándose priesa, le lavaron, y xabonaron muy bien; y dexándole enxuto, y limpio, haciendo muchas reverencias se fueron. Despues se supo que habia jurado el Duque, que si à él no le laváran como à D. Quixote, habia de castigar su desenvoltura; lo qual habian enmendado discretamente con haberle à él xabonado. Estaba atento Sancho à las ceremonias de aquel lavatorio, y dixo entre sí: ¡Válame Dios! ¿si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas à los escuderos, como à los Caballeros? porque en Dios, y en mi ánima que lo hé bien menester; aunque si me las rapasen à navaja, lo tendria à mas beneficio. ¿Qué decis entre vos, Sancho? (preguntó la Duquesa). Digo, señora, respondió él, que en las Cortes de los otros Príncipes siempre he oido decir, que en levantando los manteles, dan agua à las manos; pero no legia à las barbas, y que por eso es bien vivir mucho, por vér mucho; aunque tambien dicen, que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio de estos, ántes es gusto, que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho (dixo la Duquesa), que yo haré que mis doncellas os laven,

y

y aun os metan en colada, si fuere menester. Con las barbas me contento (respondió Sancho), por ahora à lo menos, que andando el tiempo, Dios dixo lo que será. Mirad, Maestresala (dixo la Duquesa) lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El Maestresala respondió, que en todo sería servido el señor Sancho. Y con esto se fue à comer, y llevó consigo à Sancho, quedándose à la mesa los Duques, y D. Quixote, hablando en muchas, y diversas cosas; pero todas tocantes al exercicio de las armas, y de la Andante Caballería. La Duquesa rogó à D. Quixote, que le delineáse, y describiese, pues parecia tener feliz memoria, la hermosura, y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la fama pregonaba de su belleza, tenia por entendido, que debia de ser la mas bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha. Suspiró D. Quixote, oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dixo: Si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa, y en un plato, quitára el trabajo à mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra

tra Excelencia la viera en él toda retratada. ¿Pero para qué es ponerme yo ahora à delinear, y describir punto por punto, y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros mas que de los mios: empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes, y de Apeles, y los buriles de Lisipo para pintarla, y grabarla en tablas, en mármoles, y en bronces, y la Retórica Ciceroniana, y Demostina, para alabarla? ¿Qué quiere decir Demostina, señor D. Quixote? (preguntó la Duquesa) que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida. Retórica Demostina (respondió D. Quixote) es lo mismo que decir Retórica de Demóstenes, como Ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos mayores Retóricos del mundo. Así es (dixo el Duque), y habeis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daria gran gusto el señor D. Quixote, si nos la pintáse, que à buen seguro, que aunque sea en rasguño, y bosquexo, que ella salga tal, que la tengan envidia las mas hermosas. Sí hiciera por cierto (respondió D. Quixote), si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que

que poco há le sucedió, que es tal, que mas estoy para llorarla, que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas que yendo los días pasados à besarle las manos, y à recibir su bendicion, beneplácito, y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada, y convertida de Princesa en labradora, de hermosa en fea, de angel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. ¡Válgame Dios! ¿Y (dando una gran voz, dixo à este instante el Duque) quién ha sido el que tanto mal le ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado de él la belleza, que le alegraba, el donayre que le entretenia, y la honestidad que le acreditaba? ¿Quién? (respondió D. Quixote) ¿quién puede ser, sino algun maligno encantador de los muchos envidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para obscurecer, y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz, y levantar los fechos de los malos. Perseguídome hán encantadores, encantadores me persiguen, y en-

encantadores me perseguirán hasta dar conmigo, y con mis altas Caballerías en el profundo abismo del olvido; y en aquella parte me dañan, y hieren donde vén que mas lo siento; porque quitarle à un Caballero Andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo à decir, que el Caballero Andante sin dama es como el arbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se causa. No hay mas que decir (dixo la Duquesa); pero si con todo eso hemos de dar crédito à la historia, que del señor D. Quixote de pocos dias à esta parte ha salido à la luz del mundo, con general aplauso de las gentes, de ella se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuestra merced ha visto à la señora Dulcinea; y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuestra merced engendró, y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias, y perfecciones que quiso. En esto hay mucho que decir (respondió D. Quixote): Dios sabe si hay Dulcinea, ò no en el mun-

mundo, ò si es fantástica, ò no es fantástica: y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta al cabo. Ni yo engendré, ni parí à mi señora, puesto que la contemplo como conviene, que sea una dama que contenga en sí las partes, que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin sobervia, amorosa con honestidad, agraciada por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linage, à causa que sobre la buena sangre resplandece, y campea la hermosura con mas grados de perfeccion, que en las hermosas humildemente nacidas. Así es (dixo el Duque); pero hame de dar licencia el señor Don Quixote para que diga lo que me fuerza à decir la historia, que de sus hazañas he leido: de donde se infiere, que puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso, ò fuera de él, y que sea hermosa en el sumo grado que vuestra merced nos la pinta; en lo de la alteza del linage no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajarias, con las Madasimas, ni con otras de este jaez, de quien están llenas las historias, que vuestra merced bien sabe. A eso pue-

puedo decir (respondió D. Quixote), que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar, y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: quanto mas que Dulcinea tiene un giron, que la puede llevar à ser Reyna de corona, y cetro, que el merecimiento de una muger hermosa, y virtuosa à hacer mayores milagros se estiende: y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, señor D. Quixote (dixo la Duquesa), que en todo quanto vuestra merced dice, vá con pie de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré, y haré creer à todos los de mi casa; y aun al Duque mi Señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal Caballero, como es el señor D. Quixote, la sirva, que es lo mas que puedo, ni sé encarecer. Pero no puedo dexar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza. El escrúpulo es, que dice la historia referida, que el tal Sancho Pan-

za halló à la tal señora Dulcinea, quando de parte de vuestra merced le llevó una epístola, ahechando un costal de trigo, y por mas señas dice que era rubion: cosa que me hace dudar en la alteza de su linage. A lo que respondió D. Quixote: Señora mia, sabrá la vuestra grandeza que todas, ò las mas cosas que à mí me suceden, ván fuera de los términos ordinarios de las que à los otros Caballeros Andantes acontecen, ò yá sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ò yá vengan encaminadas por la malicia de algun encantador envidioso: y como es cosa yá averiguada que todos, ò los mas Caballeros Andantes, y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fue el famoso Roldan, uno de los doce Pares de Francia, de quien se cuenta que no podia ser ferido, sino por la planta del pie izquierdo, y que esto habia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y así quando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podia herir con fierro, le levan-

vantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entónces de la muerte que dió Hércules à Anteon, aquel feroz gigante, que decian ser hijo de la tierra: quiero inferir de lo dicho que podria ser que yo tuviese alguna gracia de estas; no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas, y no nada inpenetrables, ni la de no poder ser encantado, que yá me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso à encerrarme, si no fuera à fuerza de encantamientos; pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca: y así, viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida, maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo; y así creo que quando mi escudero llevó mi embaxada, se la convirtieron en villana, y ocupada en tan baxo exercicio, como es el de ahechar trigo; pero yá tengo yo dicho que aquel trigo no era rubion, ni trigo, sino granos de perlas Orientales; y para prue-

ba de esta verdad, quiero decir à vuestras magnitudes, como viniendo poco há por el Toboso, jamás pude hallar los Palacios de Dulcinea; y que otro dia, habiéndola visto Sancho mi escudero en su mesma figura, que es la mas bella del Orbe, à mí me pareció una labradora tosca, y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo; y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estár, segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida, y la mudada, trocada, y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpétuas lágrimas, hasta verla en su prístino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dixo del cernido, ni del ahechado de Dulcinea, que pues à mí me la mudaron, no es maravilla que à él se la cambiasen. Dulcinea es principal, y bien nacida; y de los hidalgos linages que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos, y muy buenos, à buen seguro que no le cabe poca parte à la sin par Dulcinea, por quien su Lugar será famoso, y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Ca-

Caba, aunque con mejor título, y fama. Por otra parte quiero que entiendan vuestras Señorías que Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos que jamás sirvió à Caballero Andante. Tiene à veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple, ò agudo causa no pequeño contento. Tiene malicias, que le condenan por bellaco: y descuidos, que le confirman por bobo: duda de todo, y créelo todo. Quando pienso que se vá à despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente yo no le trocaria con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una Ciudad; y así estoy en duda si será bien enviarle al Gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento, se saldrá con qualquiera Gobierno, como el Rey con sus alcavalas; y mas que yá por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser uno Gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos gerifaltes: el toque está en que tengan

buena intencion, y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje, y encamine en lo que han de hacer, como los Gobernadores Caballeros, y no Letrados, que sentencian con Asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho, ni pierda derecho; y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán à su tiempo, para utilidad de Sancho, y provecho de la Insula que gobernáre. A este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa, y D. Quixote, quando oyeron muchas voces, y gran rumor de gente en el Palacio, y adeshora. Entró Sancho en la sala todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ò por mejor decir, pícaros de cocina, y otra gente menuda; y uno venía con un artesoncillo de agua, que en la color, y poca limpieza mostraba ser de fregar. Seguíale, y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela, y encaxársela debaxo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar. ¿Qué es esto, hermano? (preguntó la Duquesa) ¿qué es esto? ¿Qué quereis à ese buen hombre? ¿Cómo? y no considerais que está electo Gobernador?

Em.l Monfort sculp.

dor? A lo que respondió el pícaro Barbero: No quiere este Señor dexarse lavar como es usanza, y como se lavó el Duque mi señor, y el señor su amo. Sí quiero (respondió Sancho con mucha cólera); pero querria que fuese con tohallas mas limpias, con legia mas clara, y con manos no tan sucias; que no hay tanta diferencia de mí à mi amo, que à él le laven con agua de Angeles, y à mí con legia de diablos. Las usanzas de las tierras, y de los palacios de los Príncipes, tanto son buenas, quanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegáre à lavarme, ni tocarme à un pelo de la cabeza (digo de la barba), hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le dexe el puño engastado en los cascos; que tales ceremonias, y xabonaduras, mas parecen burlas que agasajos de huéspedes. Perecida de risa estaba la Duquesa, viendo la cólera, y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto à D. Quixote verle tan mal adeliñado con la jas-

peada tohalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina; y así haciendo una profunda reverencia à los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dixo à la canalla: Ola, señores Caballeros, vuestras mercedes dexen al mancebo: y vuélvanse por donde vinieron, ò por otra parte, si se les antojáre, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechos, y penantes búcaros, tomen mi consejo, y déxenle, porque ni él, ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: No sino lléguense à hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré, como ahora es de noche. Traygan aquí un peine, ò lo que quisieren, y almoácenme estas barbas, y si sacáren de ellas cosa que ofenda à la limpieza, que me trasquilen à cruces. A esta sazon, sin dexar la risa, dixo la Duquesa: Sancho Panza tiene razon en todo quanto ha dicho, y la tendrá en todo quanto dixere: él es limpio, y como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: quanto mas que vosotros, ministros de la limpie-

pieza, habeis andado demasiadamente remisos, y descuidados, y no sé si diga atrevidos en tratar à tal personage, y à tales barbas, en lugar de fuentes, y aguamaniles de oro puro, y de Alemanas tohallas, con artesillas, y dornajos de palo, y rodillas de aparadores; pero en fin sois malos, y mal nacidos, y no podeis dexar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los Andantes Caballeros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el Maestresala que venía con ellos, que la Duquesa hablaba de veras; y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos, y casi corridos se fueron, y le dexaron; el qual viéndose fuera de aquel à su parecer sumo peligro, se fue à hincar de rodillas ante la Duquesa, y dixo: De grandes señoras, grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha fecho, no puede pagarse con menos sino es con desear verme armado Caballero Andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir à tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo: si con algunas de estas cosas puedo ser-

servir à vuestra grandeza : menos tardaré yo en obedecer , que vuestra Señoría en mandar. Bien parece, Sancho, (respondió la Duquesa) que habeis aprendido à ser cortés en la escuela de la misma cortesía : bien parece, quiero decir, que os habeis criado à los pechos del señor D. Quixote , que debe de ser la nata de los comedimientos, y la flor de las ceremonias, ò cirimonias , como vos decís : bien haya tal señor , y tal criado , el uno por norte de la Andante Caballeria , y el otro por estrella de la escuderil fidelidad. Levantaos , Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque mi señor lo mas presto que pudiere os cumpla la merced prometida del Gobierno. Con esto cesó la plática , y D. Quixote se fue à reposar la siesta ; y la Duquesa pidió à Sancho, que si no tenia mucha gana de dormir , viniese à pasar la tarde con ella , y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir quatro, ò cinco horas las siestas del Verano , que por servir à su bondad él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna , y ven-

vendria obediente à su mandado: y fuese. El Duque dió nuevas órdenes como se tratáse à D. Quixote como à Caballero Andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos Caballeros.

CAPITULO LXXXVI.

De la sabrosa plática que la Duquesa, y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea, y de que se note.

CUenta, pues, la historia que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo à vér la Duquesa, la qual con el gusto que tenia de oirle, le hizo sentar junto à sí en una silla baxa, aunque Sancho de puro buen criado no queria sentarse; pero la Duquesa le dixo que se sentase como Gobernador, y habláse como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció, y sentóse, y todas las doncellas, y dueñas de la Duquesa le rodearon, atentas con grandísimo silencio

cio à escuchar lo que diria; pero la Duquesa fue la que habló primero, diciendo: Ahora que estamos solos, y que no nos oye nadie, querria yo que el señor Gobernador me absolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran D. Quixote anda impresa. Una de las quales dudas es que pues el buen Sancho nunca vió à Dulcinea, digo à la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor D. Quixote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿cómo se atrevió à fingir la respuesta, y aquello de que la halló ahechando trigo, siendo todo burla, y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas que no vienen bien con la calidad, y fidelidad de los buenos escuderos? A estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agoviado, y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho, se volvió à sentar, y dixo: Ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor, ni sobre-

sal-

salto responderé à lo que se me ha preguntado, y à todo aquello que se me preguntáre: y lo primero que digo es que yo tengo à mi señor D. Quixote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que à mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas, y por tan buen carril encaminadas que el mismo Satanás no las podrá decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente, y sin escrúpulo, à mí se me ha asentado que es un mentecato; pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo à hacerle creer lo que no lleva pies, ni cabeza, como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis, ù ocho dias, que aún no está en historia: conviene à saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulcinea, que le he dado à entender que está encantada, no siendo mas verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la Duquesa que le contase aquel encatamiento, ò burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que habia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática, dixo la Duquesa: De lo que el buen Sancho me ha contado

me

me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega à mis oidos, que me dice: Pues D. Quixote de la Mancha es loco, menguado, y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve, y le sigue, y vá atenido à las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él mas loco, y tonto que su amo: y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das Insula que gobierne; porque el que no sabe gobernarse à sí, ¿cómo sabrá gobernar à otros? Par Dios, señora) dixo Sancho) que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale vuestra merced que hable claro, ò como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias há que habia de haber dexado à mi amo; pero esta fue mi suerte, y esta mi mal andanza: no puedo mas, seguir le tengo, somos de un mismo Lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos: y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala, y azadon; y si vuestra altaneria no quisiere que se me

dé

dé el prometido Gobierno, de menos me hizo Dios, y podria ser que el no dármele redundáse en pró de mi conciencia, que maguer à tonto, se me entiende aquel refran, de por su mal le nacieron alas à la hormiga, y aun podria ser que fuese mas ahina Sancho escudero al cielo, que no Sancho Gobernador. Tan buen pan hacen aquí como en Francia, y de noche todos los gatos son pardos; y asaz desdichada es la persona que à las dos de la tarde no se ha desayunado; y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el qual se puede llenar, como suele decirse, de paja, ù de heno: y las avecitas del campo tienen à Dios por su Proveedor, y Despensero; y mas calientan quatro varas de paño de Cuenca, que otras quatro de limiste de Segovia; y al dexar este mundo, y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda vá el Príncipe, como el jornalero: y no ocupa mas pies de tierra el cuerpo del Papa, que el del Sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos, y encogemos, ò nos hacen ajustar, y encoger, mal que nos pese, y à buenas noches: y torno

à decir que si vuestra Señoría no me quisiere dar la Insula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto : y yo he oido decir que detras de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce ; y que de entre los bueyes , arados , y coyundas sacaron al Labrador Wamba para ser Rey de España : y de entre los brocados , pasatiempos, y riquezas sacaron à Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trobas de los Romances antiguos no mienten). Y cómo que no mienten (dixo à esta sazon Doña Rodriguez la dueña , que era una de las escuchantes) ! que un Romance hay que dice que metieron al Rey Rodrigo vivo en una tumba , llena de sapos , culebras , y lagartos; y que de allí à dos dias dixo el Rey desde dentro de la tumba , con voz doliente , y baxa : Yá me comen , yá me comen por do mas pecado habia : y segun esto , mucha razon tiene este señor en decir que quiere ser mas labrador que Rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa , oyendo la simplicidad de su dueña , ni dexó de admirarse en oir las razones , y refranes de Sancho , à quien dixo : Yá sabe el buen

San-

Sancho, que lo que una vez promete un Caballero, procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El Duque mi señor, y marido, aunque no es de los Andantes, no por eso dexa de ser Caballero, y asi cumplirá la palabra de la prometida Insula, à pesar de la envidia, y de la malicia del mundo. Esté, Sancho, de buen ánimo, que quando menos lo piense se verá sentado en la silla de su Insula, y en la de su Estado, y empuñará su gobierno; que con otro de brocado de tres altos lo deseche. Lo que yo le encargo es, que mire cómo gobierna sus vasallos, advirtiendo que todos son leales, y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien (respondió Sancho), no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los pobres; y à quien cuece, y amasa, no hurtes hogaza: y para mi santiguada, que no me han de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todo tus tus, y sé despavilarme à sus tiempos; y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé donde me aprieta el zapato. Dígolo, porque los buenos tendrán conmigo mano, y concavidad, y los malos, ni pie, ni entrada. Y paréceme à mí,

que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podria ser que à quince dias de Gobernador me comiese las manos tras el oficio, y supiese mas de él, que de la labor del campo en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho (dixo la Duquesa), que nadie nació enseñado, y de los hombres se hacen los Obispos, que no de las piedras; pero volviendo à la plática, que poco há tratávamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta, y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar à su Señor, y darle à entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocia, debia de ser por estár encantada, toda fue invencion de alguno de los encantadores, que al señor D. Quixote le persiguen: porque real, y verdaderamente yo sé de buena parte, que la villana que dió el brinco sobre la pollina, era, y es Dulcinea del Toboso; y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado: y no hay poner mas duda en esta verdad, que en las còsas que nunca vimos: y sepa el señor Sancho Panza, que tambien tenemos acá encantadores, que nos quieren bien, y nos dicen lo

lo que pasa por el mundo pura, y sencillamente, sin enredos, ni máquinas; y créame, Sancho, que la villana brincadora era, y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió, y quando menos nos pensemos la habemos de vér en su propia figura, y entónces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo eso (dixo Sancho Panza), y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueba de Montesinos, donde dice que vió à la señora Dulcinea del Toboso en el mismo trage, y hábito que yo dixe que la habia visto quando la encanté por solo mi gusto, y todo debió de ser al reves, como vuestra merced, señora mia, dice, porque de mi ruin ingenio no se puede, ni debe presumir que fabricáse en un instante tan agudo embuste; ni creo yo que mi amo es tan loco, que con tan flaca, y magra persuasion como la mia, creyese una cosa tan fuera de todo término. Pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo à taladrar los pensamientos, y malicias de los pésimos encantadores. Yo fingí aquello

por escaparme de las riñas de mi señor D. Quixote, y no con intencion de ofenderle; y si ha sido al reves, Dios está en el cielo, que juzga los corazones. Así es la verdad (dixo la Duquesa); pero dígame ahora, Sancho, ¿qué es esto que dice de la cueba de Montesinos? que gustaria saberlo. Entónces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo qual la Duquesa, dixo: De este suceso se puede inferir, que pues el gran D. Quixote dice que vió allí à la misma labradora que Sancho dice que vió à la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos, y demasiadamente curiosos. Eso digo yo (dixo Sancho Panza), que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño será; que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos, y malos. Verdad sea que la que yo ví fue una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea, no ha de estár à mi cuenta, ni ha de correr por mí, ò sobre ello morena. No sino ándense à cada triquete conmigo à dime, y di-

ré-

réte, Sancho lo dixo, Sancho lo hizo, Sancho tornó, y Sancho volvió; como si Sancho fuese algun quien quiera, y no fuese el mismo Sancho Panza, el que anda yá en libros por ese mundo adelante, segun me dixo Sanson Carrasco, que por lo menos es persona bachillerada por Salamanca; y los tales no pueden mentir, sino es quando se les antoja, ò los viene muy à cuento: así que no hay para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y segun oí decir à mi Señor, que mas vale el buen nombre que las muchas riquezas, encáxenme ese Gobierno, y verán maravillas; que quien ha sido buen escudero, será buen Gobernador. Todo quanto aquí ha dicho el buen Sancho (dixo la Duquesa) son sentencias Catonianas, ò por lo menos sacadas de las mismas entrañas del mismo Michael Verino: *Florentibus occidit annis*. En fin, en fin, hablando à su modo, debaxo de una mala capa, suele haber un buen bebedor. En verdad, señora (respondió Sancho), que en mi vida he bebido de malicia: con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hipócrita: bebo quando tengo gana, y quando no la tengo, y quando me lo dan, por

no parecer, ò melindroso, ò mal criado; que à un brindis de un amigo, ¿ què corazon ha de haber tan de marmol, que no haga la razon? Pero aunque las calzo, no las ensucio: quanto mas que los escuderos de los Caballeros Andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por las florestas, selvas, y prados, montañas, y riscos, sin hallar una misericordia de vino, si dan por ella un ojo. Yo lo creo así (respondió la Duquesa), y por ahora váyase Sancho à reposar, que despues hablarémos mas largo, y daremos orden como vaya presto à encaxarse, como él dice, aquel Gobierno. De nuevo le besó las manos Sancho à la Duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbre de sus ojos. ¿Qué rucio es este? (preguntó la Duquesa.) Mi asno (respondió Sancho), que por no nombrarle con este nombre, le suelo llamar el rucio: y à esta señora dueña le rogué, quando entré en este Castillo, tuviese cuenta con él, y azoróse de manera, como si la hubiera dicho que era vieja, ò fea, debiendo ser mas propio, y natural de las dueñas pensar jumentos, que autorizar las

salas. ¡O válgame Dios, y quán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi Lugar! Sería algun villano (dixo Doña Rodriguez la dueña), que si él fuera hidalgo, y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la Luna. Ahora bien (dixo la Duquesa) no haya mas: calle Doña Rodriguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese à mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho, le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la caballeriza basta que esté (respondió Sancho), que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él, ni yo somos dignos de estár un solo momento; y así lo consintiria yo como darme de puñaladas: que aunque dice mi Señor, que en las cortesías antes se ha de perder por carta de mas que de menos, en las jumentiles, y asninas se ha de ir con el compás en la mano, y con medido término. Llévele (dixo la Duquesa) Sancho al Gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense vuestra merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho (dixo Sancho), que yo he visto ir mas de dos asnos à los Gobiernos; y que llaváse yo el mio, no sería cosa nue-

va. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa, y el contento; y enviándole à reposar, ella fue à dar cuenta al Duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos dieron traza, y órden de hacer una burla à D. Quixote, que fuese famosa, y viniese bien con el estilo Caballeresco, en el qual le hicieron muchas, tan propias, y discretas, que son las mejores aventuras, que en esta tan grande historia se contienen.

CAPITULO LXXXVII.

Que dá cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas de este Libro.

GRande era el gusto que recibian el Duque, y la Duquesa de la conversacion de D. Quixote, y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intencion que tenian de hacerle algunas burlas, que llevasen vislumbres, y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que D. Quixote yá les habia contado de la cueba de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pe-

pero de lo que mas la Duquesa se admiraba era, de que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido à creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador, y el embustero de aquel negocio: y así habiendo dado órden á sus criados de todo lo que habian de hacer, de allí à seis dias le llevaron à caza de montería con tanto aparato de monteros, y cazadores, como pudiera llevar un Rey coronado. Diéronle à D. Quixote un vestido de monte, y à Sancho otro verde de finísimo paño; pero D. Quixote no se le quiso poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro exercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardarropas, ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese. Llegado, pues, el esperado dia, armóse D. Quixote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dexar, aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y D. Quixote de puro cortés, y comedido tomó la rienda de su palafren, aunque el Duque

que no queria consentirlo; y finalmente llegaron à un bosque, que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomando los puestos, paranzas, y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita, y vocería; de manera que unos à otros no podian oirse, así por el ladrido de los perros, como por el són de las vocinas. Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabía que solian venir algunos javalíes. Apeóse asimismo el Duque, y D. Quixote, y pusiéronse à sus lados. Sancho se puso detras de todos, sin apearse del rucio, à quien no osaba desamparar, porque no le sucediese algun desman; y apenas habian sentado el pie, y puesto en ala con otros muchos criados suyos, quando acosado de los perros, y seguido de los cazadores, vieron que hácia ellos venía un desmesurado javalí, crugiendo dientes, y colmillos, y arrojando espuma por la boca; y en viéndole, embrazando su escudo, y puesta mano à su espada, se adelantó à recibirle D. Quixote: lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero à todos se adelantára la Duquesa,

sa, si el Duque no se lo estorvára. Solo Sancho en viendo al valiente animal desamparó al rucio, y dió à correr quanto pudo; y procurando subirse sobre una alta encina, no fue posible; ántes estando yá à la mitad de él, asido de una rama, pugnando subir à la cima, fue tan corto de ventura, y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo, se quedó en el ayre, asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo, y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba, le podia alcanzar, comenzó à dar tantos gritos, y à pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oian, y no le veian, creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo javalí quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos, que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza D. Quixote à los gritos de Sancho, que yá por ellos le habia conocido, vióle pendiente de la encina, y la cabeza abaxo, y al rucio junto à él, que no le desamparó en su calamidad. Y dice Cide Hamete, que pocas veces vió à Sancho Panza sin vér al rucio, ni al rucio

sin

sin vér à Sancho: tal era la amistad, y buena fé que entre los dos se guardaban. Llegó D. Quixote, y descolgó à Sancho, el qual viéndose libre, y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre una acémila, y cubriéndole con matas de romero, y con ramas de mirto, lo llevaron, como en señal de vitoriosos despojos, à unas grandes tiendas de campaña, que en mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en órden, y la comida aderezada tan suntuosa, y grande, que se echaba bien de vér en ella la grandeza, y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas à la Duquesa de su roto vestido, dixo: Si esta caza fuera de liebres, ù de paxarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este estremo. Yo no sé qué gusto se recibe de esperar à un animal, que si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida. Yo me acuerdo haber oido cantar un romance antiguo, que dice: De los osos seas comido, como Favíla el nombrado. Ese fue un Rey Godo (dixo D. Quixote), que yendo à ca-

za

za de montería, le comió un oso. Eso es lo que yo digo (respondió Sancho), que no querria yo que los Príncipes, y los Reyes se pusiesen en semejantes peligros, à trueco de un gusto, que parece que no lo habia de ser, pues consiste en matar à un animal que no ha cometido delito alguno. Antes os engañais, Sancho (respondió el Duque), porque el exercicio de la caza de monte es el mas conveniente, y necesario para los Reyes, y Príncipes, que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra: hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer à su salvo al enemigo: padécense en ella frios grandísimos, y calores intolerables: menoscábase el ocio, y el sueño: corrobóranse las fuerzas: agilítanse los miembros del que la usa; y en resolucion, es exercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie, y con gusto de muchos: y lo mejor que tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que tambien es solo para Reyes, y grandes Señores. Así que, ò Sancho, mudad de opinion, y quando seais Gobernador ocupaos en la caza, y veréis cómo os vale un pan por cien-

ciento. Eso no (respondió Sancho): el buen Gobernador la pierna quebrada, y en casa. Bueno sería que viniesen los negociantes à buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: así en hora mala andaria el Gobierno. Mia fé, señor, la caza, y los pasatiempos mas han de ser para los holgazanes, que para los Gobernadores: en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las Pasquas, y à los bolos los Domingos y Fiestas; que estas cazas, ni cazos no dicen con mi condicion, ni hacen con mi conciencia. Plega à Dios, Sancho, que así sea; porque del dicho al hecho hay gran trecho (dixo el Duque.) Haya lo que hubiere (replicó Sancho), que al buen pagador no le duelen prendas; y mas vale al que Dios ayuda, que al que mucho madruga; y tripas llevan pies, que no pies à tripas: quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte: no sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto, ò no. Maldito seas de Dios, y de todos sus Santos, Sancho maldito (dixo D. Quixote), ¿y quándo será el dia, como otras muchas veces

he

he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente, y concertada? Vuestras grandezas dexen à este tonto, señores mios, que les molerá las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tan à sazon, y tan à tiempo, quanto le dé Dios à él la salud, ò à mí, si los querria escuchar. Los refranes de Sancho Panza (dixo la Duquesa) puesto que son mas que los del Comendador Griego, no por eso son menos de estimar, por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir, que me dan mas gusto que otros, aunque sean mejor traídos, y con mas razon acomodados. Con estos, y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas, presto se les pasó el dia, y se les vino la noche, y no tan clara, ni tan sesga como la sazon del tiempo pedia, que era en la mitad del Verano; pero un cierto claro escuro que traxo consigo, ayudó mucho à la intencion de los Duques. Así como comenzó à anochecer, un poco mas adelante del crepúsculo, à deshora, pareció que todo el bosque por todas quatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí, y por allí,

por

por acá, y por acullá, infinitas cornetas, y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballeria, que por el bosque pasaba. La luz del fuego, el són de los bélicos instrumentos casi cegaron, y atronaron los ojos, y los oidos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lilílies al uso de Moros quando entran en las batallas: sonaron trompetas, y clarines: retumbaron tambores: resonaron pífanos, casi todos à un tiempo, tan contínuo, y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedára sin él al són confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse D. Quixote, tembló Sancho Panza; y finalmente, aun hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillon, que en trage de demonio les pasó por delante, tocando en vez de corneta un hueco, y desmesurado cuerno, que un ronco, y espantoso són despedia. Ola, hermano correo (dixo el Duque), ¿quién sois? ¿adónde vais? ¿y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? A lo que respondió el correo

reo con voz horrísona, y desenfadada: Yo soy el diablo: voy à buscar à D. Quixote de la Mancha: la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen à la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo Frances Montesinos, à dar órden à D. Quixote de cómo ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuérades diablo como decís, y como vuestra figura muestra (dixo el Duque), yá hubiérades conocido al tal Caballero Don Quixote de la Mancha, pues le teneis delante. En Dios, y en mi conciencia (respondió el diablo) que no miraba en ello, porque traygo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal à que venía se me olvidaba. Sin duda (dixo Sancho) que este demonio debe de ser hombre de bien, y buen Christiano; porque à no serlo no jurára en Dios, y en mi conciencia. Ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente. Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista à D. Quixote, dixo: A tí el Caballero de los Leones (que entre las garras de ellos te vea yo) me envia el desgraciado, pero valiente Ca-

ballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topáre, à causa que trae consigo à la que llaman Dulcinea del Toboso, con órden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para mas mi venida, no ha de ser mas mi estada. Los demonios como yo queden contigo, y los Angeles buenos con estos señores. Y en diciendo esto, tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fuese sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todos, y especialmente en Sancho, y Don Quixote: en Sancho en vér que à despecho de la verdad querian que estuviese encantada Dulcinea: en D. Quixote, por no poder asegurarse si era verdad, ò no lo que le habia pasado en la cueba de Montesinos; y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dixo: ¿Piensa vuestra merced esperar, señor D. Quixote? ¿Pues no? respondió él. Aquí esperaré intrépido, y fuerte, si me viniese à embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo, y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flandes (dixo Sancho). En esto

se

se cerró mas la noche, y comenzaron à discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen à nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero, y continuado se dice que huyen los lobos, y los osos, si los hay por donde pasan. Añadióse à toda esta tempestad otra, que las aumentó todas, que fue que parecia verdaderamente que à las quatro partes del bosque se estaban dando à un mismo tiempo quatro reencuentros, ò batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería: acullá se disparaban infinitas escopetas: cerca casi sonaban las voces de los combatientes: lexos se reiteraban los lelílies Agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un són tan confuso, y tan horrendo, que fue menester que D. Quixote se valiese de todo su corazon para sufrir-

le; pero el de Sancho vino à tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la Duquesa; la qual le recibió en ellas, y à gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo à tiempo que yá un carro de las rechinantes ruedas llegaba à aquel puesto. Tirábanle quatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros. En cada cuerno traian atada, y encendida una grande hacha de cera; y encima del carro venía hecho un asiento alto, sobre el qual venía sentado un venerable Viejo, con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan luenga que le pasaba de la cintura. Su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces, se podia bien divisar, y discernir todo lo que en él venía. Guiábanle dos feos demonios, vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el carro à igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el Viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz, dixo: Yo soy el sabio Lirgandeo: y pasó el carro adelante sin ha-

hablar mas palabra. Tras este pasó otro carro de la misma manera, con otro Viejo entronizado, el qual haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro, dixo: Yo soy el Sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida: y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venía sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombre robusto, y de mala catadura; el qual al llegar, levantándose en pie, como los otros, dixo con voz mas ronca, y mas endiablada: Yo soy Arcalaus, el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula, y de toda su parentela: y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas, y luego no se oyó otro ruido, sino un són de una suave, y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo à buena señal; y así dixo à la Duquesa, de quien un punto, ni un paso se apartaba: Señora, donde hay música, no puede haber cosa mala. Tampoco donde hay luces, y claridad (respondió la Duquesa). A lo que replicó Sancho: Luz dá el fuego, y cla-

ridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos, y de fiestas. Ello dirá (dixo D. Quixote, que todo lo escuchaba), y dixo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPITULO LXXXVIII.

Donde se prosigue la noticia que tuvo D. Quixote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

AL compas de la agradable música vieron que hácia ellos venía un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venía un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces, y aun tres mayor que los pasados; y los lados, y encima de él ocupaban otros doce diciplinantes, albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas: vista que admiraba, y espantaba juntamente; y en un levantado trono venía sentada una Ninfa, vestida de mil velos de

Em.l Monfort fculpſ.

de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si no rica, à lo menos vistosamente vestida. Traía el rostro cubierto con un transparente, y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus rizos, por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella; y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza, y los años que al parecer no llegaban à veinte, ni baxaban de diez y siete. Junto à ella venía una figura vestida de una ropa de la que llaman rozagantes hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro à estár frente à frente de los Duques, y de D. Quixote, cesó la música de las chirimias, y luego la de las harpas, y laudes que en el carro sonaban; y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó à entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada, y fea, de que D. Quixote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada, y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormi-

da, y con lengua no muy despierta comenzó à decir de esta manera:

Yo soy Merlin, aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo,
Mentira autorizada de los tiempos:
Príncipe de la Mágica, y Monarca,
Y archivo de la ciencia Zoroástrica:
Emulo à las edades, y à los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los Andantes bravos Caballeros,
A quien yo tuve, y tengo gran cariño.
Y puesto que es de los encantadores,
De los Magos, ò Mágicos contino,
Dura la condicion, áspera, y fuerte,
La mia es tierna, blanda, y amorosa,
Y amiga de hacer bien à todas gentes.
En las cabernas lóbregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rumbos, y caracteres,
Llegó la voz doliente de la bella,
Y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamiento, y su desgracia,
Y su transformacion de gentil dama
En rústica aldeana: condolíme:
Y encerrando mi espíritu en el hueco
De esta espantosa, y fiera notomía,
Despues de haber revuelto cien mil libros
De esta mi ciencia endemoniada, y torpe,

Ven-

Vengo à dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, à mal tamaño.
¡O tu gloria, y honor de quantos visten
Las túnicas de acero, y de diamante,
Luz, y farol, sendero, norte, y guia
De aquellos que dexando el torpe sueño,
Y las ociosas plumas, se acomodan
A usar el exercicio intolerable
De las sangrientas, y pesadas armas!
A tí digo, ò varon, como se debe
Por jamas alabado: à tí valiente
Juntamente, y discreto D. Quixote,
De la Mancha esplendor, de España estrella,
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho tu escudero
Se dé tres mil azotes, y trecientos
En ambas sus valientes posaderas,
Al ayre descubiertas, y de modo
Que le escuezan, le amarguen, y le enfaden;
Y en esto se resuelven todos quantos
De su desgracia han sido los autores,
Y à esto es mi venida, mis señores.
Voto à tal (dixo à esta sazon Sancho) no digo tres mil azotes; pero así me daré yo tres, como tres puñaladas. ¡Válate el diablo por modo de desencantar! Yo no sé qué tienen que vér mis posas con los en-

encantos. Par Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar à la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir à la sepultura. Tomároshe yo (dixo D. Quixote) D. villano, harto de ajos, y amarrároshe à un arbol desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados que no se os caygan à tres mil y trecientos tirones; y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo qual Merlin, dixo: No ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho, han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad de este vapulamiento, puede dexar que se los dé agena mano, aunque tenga algo de pesada. Ni agena, ni propia, ni pesada, ni por pesar (replicó Sancho), à mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura à la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí que es parte suya: pues la llama à cada paso mi

mi vida, mi alma, sustento, y arrimo suyo, se puede, y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto. Pero azotarme yo, abernuncio. Apenas acabó de decir esto Sancho, quando levantándonse en pie la argentada Ninfa, que junto al espíritu de Merlin venía, quitandose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que à todos pareció mas que demasiadamente hermoso; y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dixo: ¡O malaventurado escudero, alma de cántaro, corazon de alcornoque, de entrañas guijeñas, y apedernaladas, si te mandáran, ladron, desuellacaras, que te arrojáras de una alta torre al suelo! Si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras: si te persuadieran à que matáras à tu muger, y à tus hijos con algun truculento, y agudo alfange, no fuera maravilla que te mostráras melindroso, y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admi-

ra,

ra, adarva, espanta à todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun à las de todos aquellos que lo vinieren à saber con el discurso del tiempo. Pon ¡ò miserable, y endurecido animal! pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas de estos mios, comparados à rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo à hilo, y madeja à madeja, haciendo surcos, carreras, y sendas por los hermosos campos de mis mexillas. Muévate, socarron, y malintencionado monstruo, que la edad tan florida mia, que aún se está todavia en el diez y..... de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego à veinte, se consume, y marchita debaxo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza; que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodon los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestion indómito, y saca de aron ese brio, que à solo comer, y mas comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz:

faz: y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte à algun razonable término, hazlo por ese pobre Caballero que à tu lado tienes: por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida, ò blanda respuesta, ò para salirse por la boca, ò para volverse al estómago.

Tentóse oyendo esto la garganta D. Quixote, y dixo, volviéndose al Duque: Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta, como una nuez de ballesta. ¿Qué decis vos à esto, Sancho? (preguntó la Duquesa.) Digo, señora (respondió Sancho), lo que tengo dicho, que de los azotes abrenuncio. Abernuncio habeis de decir, Sancho, y no como decis (dixo el Duque). Déxeme vuestra grandeza (respondió Sancho), que no estoy ahora para mirar en sotilezas, ni en letras mas à menos, porque me tienen tan turbado estos azotes, que me han de dar, ò me tengo de dar, que no sé lo que me digo, ni lo que me hago; pero querria yo saber de la señora mi señora Doña Dulcinea del Toboso adónde aprendió el modo de rogar que tiene: viene

ne à pedirme que me abra las carnes à azotes, y llámame alma de cántaro, y bestion indómito, con una tira mira de malos nombres, que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce, ò vame à mí algo en que se desencante, ò no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores, y de escarpines (aunque no los gasto) trae delante de sí para ablandarme; sino un vituperio, y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y à Dios rogando, y con el mazo dando, y que mas vale un toma, que dos te daré? Pues el señor mi amo, que habia de traerme la mano por el cerro, y alhagarme, para que yo me hiciese de lana, y de algodon cardado, dice que si me coge, me amarrará desnudo à un arbol, y me doblará la parada de los azotes. Y habian de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden que se azote un escudero, sino un Gobernador, como quien dice bebe con guindas: aprendan, aprendan mucho en hora mala à saber rogar, y à saber pedir, y à tener crianza, que no son todos los tiem-

tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor: estoy yo ahora reventando de pena, por vér mi sayo verde roto, y vienen à pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan agena de ello, como de volverme Cacique. Pues en verdad, amigo Sancho (dixo el Duque), que si no os ablandais mas que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. Bueno sería, que yo enviáse à mis Insulanos un Gobernador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega à las lágrimas de las afligidas doncellas, ni à los ruegos de discretos, imperiosos, y antiguos encantadores, y sabios. En resolucion, Sancho, ò vos habeis de ser azotado, ò os han de azotar, ò no habeis de ser Gobernador. Señor (respondió Sancho) ¿no se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera (dixo Merlin); aquí en este instante, y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser de este negocio, ò Dulcinea volverá à la cueba de Montesinos, y à su prístino estado de labradora, ò yá en el sér que está será llevada à los Eliseos campos, donde estará esperando se cum-

cumpla el número del vápulo. Ea, buen Sancho (dixo la Duquesa), buen ánimo, y buena correspondencia al pan que habeis comido del señor D. Quixote, à quien todos debemos servir, y agradar por su buena condicion, y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, de esta azotayna, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis. A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin, le preguntó: Dígame vuestra merced, señor Merlin, quando llegó aquí el diablo correo, dió à mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperáse aquí, porque venía à dar órden que la señora Dulcinea del Toboso se desencantáse, y hasta ahora no hemos visto à Montesinos, ni à sus semejas. A lo qual respondió Merlin: El diablo, amigo Sancho, es un ignorante, y un grandísimo bellaco: yo le envié en busca de vuestro amo; pero no con recado de Montesinos, sino mio, porque Montesinos se está en su cueba, entendiendo, ò por mejor decir, esperando su desencanto, que aún le falta la cola

por

por desollar: si os debe algo, ò teneis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traheré, y pondré donde vos mas quisiéredes; y por ahora acabad de dar el sí de esta disciplina, y creedme que os será de mucho provecho, así para el alma, como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la hareis: para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexîon sanguinea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre. Muchos Médicos hay en el mundo: hasta los encantadores son Médicos (replicó Sancho); pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condicion que me los tengo de dar cada y quando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias, ni el tiempo; y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; pues, segun parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion que no he de estár obligado à sacarme sangre con la disciplina; y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en

cuenta. Iten que si me erráre en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan, ò los que me sobran. De los sobrados no habrá que avisar (respondió Merlin), porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá à buscar, como agradecida, al buen Sancho, y à darle gracias, y aun premios por la buena obra. Así que no hay de qué tener escrúpulo de las sobras, ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe à nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Ea, pues, à la mano de Dios (dixo Sancho): yo consiento en mi mala ventura: digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dixo estas últimas palabras Sancho, quando volvió à sonar la música de las chirimías, y se volvieron à disparar infinitos arcabuces; y D. Quixote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente, y en las mexillas. La Duquesa, el Duque, y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento; y el carro comenzó à caminar, y al pasar, la hermo-

sa

sa Dulcinea inclinó la cabeza à los Duques, y hizo una gran reverencia à Sancho; y yá en esto se venía à mas andar el Alba alegre, y risueña: las florecillas de los campos se descollaban, y erguian, y los líquidos cristales de los arroyos, murmurando por entre blancas, y pardas guijas, iban à dar tributo à los rios que las esperaban: la tierra alegre, el cielo claro, el ayre limpio, la luz serena, cada uno por sí, y todos juntos daban manifiestas señales que el dia, que al Aurora venía pisando las faldas, habia de ser sereno, y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intencion discreta y felizmente, se volvieron à su castillo, con presupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no habia veras, que mas gusto les diesen.

CAPITULO LXXXIX.

Donde se cuenta la estrecha, y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, aliàs de la Condesa Trifaldi, con una Carta que Sancho Panza escribió à su muger Teresa Panza.

TEnia un Mayordomo el Duque de muy burlesco, y desenfadado ingenio, el qual

hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un Page hiciese à Dulcinea. Finalmente con intervencion de sus Señores, ordenó otra del mas gracioso, y estraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la Duquesa à Sancho otro dia, si habia comenzado la tarea de la penitencia, que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dixo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la Duquesa, ¿que con qué se los habia dado? Respondió que con la mano. Eso (replicó la Duquesa) mas es darse de palmadas, que de azotes: yo tengo para mí que el Sabio Merlin no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojos, ù de las de canelones, que se dexen sentir; porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora, como lo es Dulcinea, por tan poco precio; y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia, y floxamente no tienen mérito ni valen nada. A lo que respondió Sancho: Deme vuestra Señoría alguna disciplina, ò ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me due-

duela demasiado; porque hago saber à vuestra merced, que, aunque soy rústico, mis carnes tienen mas de algodon, que de esparto; y no será bien que yo me descrie por el provecho ageno. Sea en buena hora (respondió la Duquesa); yo os daré mañana una disciplina que os venga muy al gusto, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dixo Sancho: Sepa vuestra alteza, señora mia, que yo tengo escrita una carta à mi muger Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me aparté de ella: aquí la tengo en el seno, que no le falta mas de ponerle el sobrescrito: querria que vuestra discrecion la leyese, porque me parece que vá conforme à lo Gobernador: digo al modo que deben de escribir los Gobernadores. ¿Y quién la notó? preguntó la Duquesa. ¿Quién la habia de notar sino yo, pecador de mí? (respondió Sancho) ¿Y escribísteisla vos? (dixo la Duquesa). Ni por pienso (respondió Sancho), porque yo no sé leer, ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla (dixo la Duquesa), que à buen seguro, que vos mostreis en ella la calidad, y suficiencia de vuestro ingenio. Sacó San-

cho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa, vió que decia de esta suerte.

CARTA DE SANCHO PANZA à Teresa Panza su muger.

„SI buenos azotes me daban, bien caba-
„llero me iba: si buen Gobierno me ten-
„go, buenos azotes me cuesta. Esto no
„entenderás tú, Teresa mia, por ahora;
„otra vez lo sabrás. Has de saber, Teresa,
„que tengo determinado que andes en co-
„che, que es lo que hace al caso; porque
„todo otro andar, es andar à gatas. Mu-
„ger de un Gobernador eres: mira si te
„roerá nadie los zancajos. Ahí te envio
„un vestido verde de cazador, que me dió
„mi señora la Duquesa: acomódale en mo-
„do que sirva de saya, y cuerpos à nues-
„tra hija. D. Quixote mi amo, segun he
„oido decir en esta tierra, es un loco cuer-
„do, y un mentecato gracioso, y que yo
„no le voy en zaga. Hemos estado en la
„cueba de Montesinos, y el Sabio Merlin
„ha echado mano de mí para el desen-
„canto de Dulcinea del Toboso, que por
„allá se llama Aldonza Lorenzo: con tres
„mil y trescientos azotes, menos cinco,
„que me he de dar, quedará desencanta-
„da

„da como la madre que la parió. No di-
„rás de esto nada à nadie ; porque pon lo
„tuyo en Concejo , y unos dirán que es
„blanco, y otros que es negro. De aquí à
„pocos dias me partiré al Gobierno, adon-
„de voy con grandísimo deseo de hacer
„dineros , porque me han dicho que to-
„dos los Gobernadores nuevos ván con
„este mismo deseo : tomaréle el pulso , y
„avisaréte , si has de venir à estár conmi-
„go , ò no. El rucio está bueno , y se te
„encomienda mucho , y no le pienso de-
„xar, aunque me lleváran à ser Gran Tur-
„co. La Duquesa mi señora te besa mil
„veces las manos : vuélvele el retorno con
„dos mil , que no hay cosa que menos
„cueste , ni valga mas barata , segun di-
„ce mi amo , que los buenos comedimien-
„tos. No ha sido Dios servido de deparar-
„me otra maleta con otros cien escudos,
„como la de marras ; pero no te dé pena
„Teresa mia, que en salvo está el que re-
„pica , y todo saldrá en la colada del Go-
„bierno ; sino que me ha dado gran pe-
„na , que me dicen , que si una vez le
„pruebo, que me tengo de comer las ma-
„nos tras él ; y si así fuese , no me estaria
„muy barato , aunque los estropeados , y

„mancos yá se tienen su Canongía en la „limosna que piden: así que por una via, „ò por otra, tú has de ser rica, y de bue„na ventura. Dios te la dé, como puede, „y à mí me guarde para servirte. De es„te castillo à veinte de Julio de 1614. „ Tu marido el Gobernador *Sancho Panza.*

En acabando la Duquesa de leer la carta, dixo à Sancho: En dos cosas anda un poco descaminado el buen Gobernador. La una en decir, ù dar à entender que ese Gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que quando el Duque mi señor se le prometió, no se soñaba haber azotes en el mundo. La otra es que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que orégano fuese; porque la codicia rompe el saco, y el Gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto, Señora (respondió Sancho); y si à vuestra merced le parece que la tal carta no vá como ha de ir, no hay sino rasgarla, y hacer otra nueva; y podria ser que fuese peor, si me lo dexan à mi caletre. No, no, (replicó la Duquesa): buena está esta, y quiero que el Duque la vea. Con esto se fueron à un jardin, donde habian de comer aquel dia.

Mos-

Mostró la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y despues de haber alzado los manteles, y despues de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, à deshora se oyó el són tristísimo de un pífano, y el de un ronco, y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial, y triste harmonía, especialmente D. Quixote, que no cabia en su asiento de puro alborotado. De Sancho no hay que decir, sino que el miedo le llevó à su acostumbrado refugio, que era el lado, ò faldas de la Duquesa; porque real, y verdaderamente el són que se escuchaba, era tristísimo, y melancólico. Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardin adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo, y tendido que les arrastraba por el suelo. Estos venían tocando dos grandes tambores, asimismo cubiertos de negro. A su lado venía el pífano negro, y pizmiento, como los demás. Seguia à los tres un personage de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido con una negrísima loba, cuya falda era asimismo desaforada de grande. Por encima de la loba le ceñia, y atravesaba

un

un ancho tahalí, tambien negro, de quien pendia un desmesurado alfange, de guarniciones, y vayna negra. Venía cubierto el rostro con un transparente velo negro, por quien se entreparecia una longuísima barba, blanca como la nieve. Movia el paso al són de los tambores con mucha gravedad, y reposo. En fin su grandeza, su contoneo, su negrura, y su acompañamiento pudiera, y pudo suspender à todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegó, pues, con el espacio, y prosopopeya referida à hincarse de rodillas ante el Duque, que en pie con los demás que allí estaban le atendia. Pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantáse. Hízolo así el espantajo prodigioso; y puesto en pie, alzó el antifaz del rostro, y hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas blanca, y mas poblada barba que hasta entónces humanos ojos habian visto; y luego desencaxó, y arrancó del ancho, y dilatado pecho una voz grave, y sonora, y poniendo los ojos en el Duque, dixo: Altísimo, y Poderoso señor, à mí me llaman Trifaldin, el de la blanca barba: soy escudero de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña

ña Dolorida : de parte de la qual traygo à vuestra grandeza una embaxada, y es que la vuestra magnificencia sea servida de dárla facultad, y licencia para entrar à decirle su cuita, que es una de las mas nuevas, y mas admirables que el mas cuitado pensamiento del Orbe pueda haber pensado: y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso, y jamás vencido Caballero D. Quixote de la Mancha, en cuya busca viene à pie, y sin desayunarse desde el Reyno de Candaya, hasta este vuestro Estado : cosa que se puede, y debe tener à milagro, ò à fuerza de encantamiento. Ella queda à la puerta de esta fortaleza, ò casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito: dixe. Y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abaxo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo à la respuesta del Duque, que fue: Yá, buen escudero Trifaldin, de la blanca barba, há muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la Condesa Trifaldi, à quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida. Bien podeis, estupendo escudero, decirla que éntre, y que aquí está el valiente Caballero D. Quixote

de

de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo, y toda ayuda: y asimismo le podreis decir de mi parte que si mi favor le fuere necesario, no le ha de faltar, pues yá me tiene obligado à dársele el ser Caballero, à quien es anexo, y concerniente favorecer à toda suerte de mugeres, en especial à las dueñas viudas menoscabadas, y doloridas, qual lo debia de estár su Señoría. Oyendo lo qual Trifaldin, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífano, y tambores señal que tocasen, al mismo són, y al mismo paso que habia entrado, se volvió à salir del jardin, dexando à todos admirados de su presencia, y compostura. Y volviéndose el Duque à D. Quixote, le dixo: En fin, famoso Caballero, no pueden las tinieblas de la malicia, ni de la ignorancia encubrir, y obscurecer la luz del valor, y de la virtud. Digo esto, porque apenas há seis dias que la vuestra bondad está en este castillo, quando yá os vienen à buscar de lueñas, y apartadas tierras, y no en carrozas, ni en dromedarios, sino à pie, y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio

dio de sus cuitas, y trabajos: merced à vuestras grandes hazañas que corren, y rodean todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor Duque (respondió D. Quixote), que estuviera aquí presente aquel bendito Religioso, que à la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante, y tan mala ojeriza contra los Caballeros Andantes, para que viera por vista de ojos si los tales Caballeros son necesarios en el mundo: tocára por lo menos con la mano que los extraordinariamente afligidos, y desconsolados, en casos grandes, y en desdichas enormes, no ván à buscar su remedio à las casas de los Letrados, ni à la de los Sacristanes de las Aldeas, ni al Caballero que nunca ha acertado à salir de los términos de su lugar, ni al perezoso Cortesano, que ántes busca nuevas para referirlas, y contarlas, que procurar hacer obras, y hazañas, para que otros las cuenten, y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los Caballeros Andantes; y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado qualquier desman, y

tra-

trabajo que en este tan honroso exercicio pueda sucederme. Venga esta dueña, y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo, y en la intrépida resolucion de mi animoso espíritu.

CAPITULO XC.

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.

EN estremo se holgaron el Duque, y la Duquesa de vér quán bien iba respondiendo à su intencion D. Quixote; y à esta sazon dixo Sancho: No querria yo que esta señora dueña pusiese algun tropiezo à la promesa de mi Gobierno; porque yo he oido decir à un Boticario Toledano, que hablaba como un xilguero, que donde interviniesen dueñas no podia suceder cosa buena. ¡Válgame Dios, y quán mal estaba con ellas el tal Boticario! De lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas, è impertinentes, de qualquiera calidad, y condicion que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa Tresfaldas, ò Trescolas? que en mi tierra faldas, y colas, colas, y faldas todo es uno. Calla, Sancho amigo (dixo D. Quixote), que pues esta señora dueña de tan lueñas tierras

ras viene à buscarme, no debe ser de aquellas que el Boticario tenia en su número: quanto mas que esta es Condesa; y quando las Condesas sirven de dueñas, será sirviendo à Reynas, y Emperatrices, que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondió Doña Rodriguez, que se halló presente: Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser Condesas, si la fortuna quisiera; pero allá van leyes, do quieren Reyes: y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas, y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza, y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella à una dueña viuda, y quien à nosotras trasquiló, las tixeras le quedaron en la mano. Con todo eso (replicó Sancho), hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi Barbero, quanto será mejor no menear el arroz, aunque se pegue. Siempre los escuderos (respondió Doña Rodriguez) son enemigos nuestros; que como son duendes de las antesalas, y nos vén à cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos), los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos, y enterrándonos la fama. Pues mándoles

yo

yo à los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo, y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro mongil nuestras delicadas, ò no delicadas carnes, como quien cubre, ò tapa un muladar con un tapiz en dia de procesion. A fé que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera à entender no solo à los presentes, sino à todo el mundo, como no hay virtud que no se encierre en una dueña. Yo creo (dixo la Duquesa) que mi buena Doña Rodriguez tiene razon, y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí, y por las demás dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal Boticario, y desarraygar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondió: Despues que tengo humos de Gobernador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me dá por quantas dueñas hay un cabrahigo. Adelante pasáran con el coloquio dueñesco, sino oyeran que el pífano, y los tambores volvian à sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque si sería bien ir à recibirla, pues era

Con-

Condesa, y persona principal. Por lo que tiene de Condesa (respondió Sancho ántes que el Duque respondiese), bien estoy en que vuestras grandezas salgan à recibirla, pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso. ¿Quién te mete à tí en esto, Sancho? (dixo D. Quixote); ¿Quién, señor? (respondió Sancho) yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuestra merced, que es el mas cortes, y bien criado Caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, segun he oido decir à vuestra merced, tanto se pierde por carta de mas, como por carta de menos, y al buen entendedor pocas palabras. Así es como Sancho dice (dixo el Duque): veremos el talle de la Condesa, y por él tentarémos la cortesía que se le debe. En esto entraron los tambores, y el pífano como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el Autor, y comenzó el otro, siguiendo la misma aventura, que es una de las mas notables de la historia.

CAPITULO XCI.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.

DEtras de los tristes músicos comenzaron à entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras todas vestidas de unos mongiles anchos al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas que solo el ribete del mongil descubrian. Tras ellas venía la Condesa Trifaldi, à quien traía de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finísima, y negra bayeta por frisar, que à venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garvanzo de los buenos de Martos. La cola, ò falda (ò como llamarla quisieren) era de tres puntas, las quales se sustentaban en las manos de tres pages, asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa, y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban; por lo qual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debia llamar la Condesa Trifaldi, como si dixésemos la Condesa de las tres faldas;

y

y así dice Benengeli que fue verdad, y que de su propio apellido se llama la Condesa Lobuna, à causa que se criaban en su Condado muchos lobos; y que si como eran lobos, fueran zorras, la llamáran la Condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los Señores la denominacion de sus nombres de la cosa, ò cosas en que mas sus estados abundan: empero esta Condesa por favorecer la novedad de su falda dexó lo Lobuna, y tomó lo Trifaldi. Venian las doce dueñas, y la señora à paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados que ninguna se traslucia. Así como acabó de parecer el dueñesco esquadron, el Duque, la Duquesa, y D. Quixote se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la qual la Dolorida se adelantó sin dexarla de la mano Trifaldin. Viendo lo qual el Duque, la Duquesa, y D. Quixote, se adelantaron obra de doce pasos à recibirla. Ella puestas las rodillas en el suelo, con voz ántes basta, y ronca, que sutil, y delicada, dixo: Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cor-

tesía à este su criado, digo à esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertaré à responder à lo que debo, à causa que mi estraña, y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy lexos, pues quanto mas le busco, menos le hallo. Sin él estaria (respondió el Duque), señora Condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el qual, sin mas vér, es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias; y levantándola de la mano, la llevó à asentar en una silla junto à la Duquesa, la qual la recibió asimismo con mucho comedimiento. D. Quixote callaba, y Sancho andaba muerto por vér el rostro de la Trifaldi, y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fue posible, hasta que ellas de su grado, y voluntad se descubrieron. Sosegados todos, y puestos en silencio, estaban esperando quién le habia de romper, y fue la Dueña Dolorida con estas palabras: Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos plácido que generoso, y doloroso; porque ella es tal que

es

es bastante à enternecer los mármoles, y ablandar los diamantes, y à molificar los aceros de los mas endurecidos corazones del mundo: pero ántes que salga à la plaza de vuestros oidos (por no decir orejas) quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro, y compañia el acendradísimo Caballero D. Quixote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza. El Panza, ántes que otro respondiese, dixo: Sancho aquí está, y el D. Quixotísimo asimismo, y así podreis Dolorosísima, Dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos están prontos, y aparejadísimos à ser vuestros servidorísimos. En esto se levantó D. Quixote, y encaminando sus razones à la Dolorida Dueña, dixo: Si vuestras cuitas, angustiada Señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun valor, ò fuerzas de algun Andante Caballero, aquí están las mias, que aunque flacas, y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy D. Quixote de la Mancha, cuyo asunto es acudir à toda suerte de menesterosos: y siendo esto así, como lo es, no habeis menester, Señora, captar benebolencias, ni buscar preámbulos, sino à la llana, y sin rodeos decir vuestros ma-

les, que oidos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse de ellos. Oyendo lo qual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarse à los pies de D. Quixote, y aun se arrojó; y pugnando por abrazárselos, decia: Ante esos pies, y piernas me arrojó, ò Caballero invicto, por ser los que son basas, y columnas de la Andante Caballería. Estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende, y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡O valeroso Andante, cuyas verdaderas fazañas dexan atras, y obscurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes, y Belianises! Y dexando à D. Quixote, se volvió à Sancho Panza, y asiéndole de las manos, le dixo: ¡O tú el mas leal escudero que jamás sirvió à Caballero Andante en los presentes, ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad que la barba de Trifaldi mi acompañador, que está presente! Bien puedes preciarte, que en servir al gran D. Quixote, sirves en cifra à toda la caterva de Caballeros que han tratado las armas en el mundo: conjúrote, por lo que debes à tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueño, para que luego favorezca à esta humilísima, y des-

di-

dichadísima Condesa. A lo que respondió Sancho: De que sea mi bondad, señora mia, tan larga, y grande como la barba de vuestro escudero, à mí me hace muy poco al caso: barbada, y con vigotes tenga yo mi alma quando de esta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco, ò nada me curo; pero sin estas socaliñas, ni plegarias, yo rogaré à mi amo (que sé me quiere bien, y mas ahora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca, y ayude à vuestra merced en todo lo que pudiere. Vuestra merced desembaúle su cuita, y cuéntenosla, y dexe hacer, que todos nos entenderemos. Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habian tomado el pulso à la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza, y disimulacion de la Trifaldi; la qual volviéndose à sentar, dixo: Del famoso Reyno de Candaya, que cae entre la gran Trapobana, y el mar del Súr, dos leguas mas allá del Cabo Comorin, fue señora la Reyna Doña Maguncia, viuda del Rey Archipiela, su señor, y marido; de cuyo matrimonio tuvieron, y procrearon à la Infanta Antonomasia, heredera del Reyno; la qual

dicha Infanta Antonomasia se crió, y creció debaxo de mi tutela, y doctrina, por ser yo la mas antigua, y la mas principal Dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo dias, y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó à edad de catorce años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. ¡Pues digamos ahora, que la discrecion era mocosa! Asi era discreta como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si yá los hados envidiosos, y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán, que no han de permitir los cielos se haga tanto mal à la tierra, como sería llevarse en agraz el racimo del mas hermoso veduño del suelo. De esta hermosura (y no como se debe encarecida de mi torpe lengua) se enamoró un número infinito de Príncipes, así naturales, como estrangeros; entre los quales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un Caballero particular, que en la Corte estaba, confiado en su mocedad, y en su bizarría, y en sus muchas habilidades, y gracias, y facilidad, y felicidad de ingenio; porque hago saber à vuestras grandezas, si no lo tie-

tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacía hablar; y mas que era Poëta, y gran baylarin, y sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente à hacerlas pudiera ganar la vida, quando se viera en estrema necesidad; que todas estas partes, y gracias son bastantes à derribar una montaña, no que una delicada doncella; pero toda su gentileza, y buen donayre, y todas sus gracias, y habilidades fueran pocas, ò ningunas para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron desuellacaras no usára del remedio de rendirme à mí primero. Primero quiso el malandrin, y desalmado vagamundo grangearme la voluntad, y coecharme el gusto, para que yo mal Alcayde le entregáse las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion, él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé que dixes, y brincos que me dió; pero lo que mas me hizo postrar, y dar conmigo en el suelo, fueron unas coplas, que le oí cantar una noche desde una reja, que caía à una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo, decian:

De la dulce mi enemiga
Nace un mal, que al alma hiere;
Y por mas tormento quiere

Que

Que se sienta, y no se diga.

Parecióme la troba de perlas, y su voz de almivar: y despues acá, digo desde entónces, viendo el mal en que caí por estos, y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas, y concertadas Repúblicas se habian de desterrar los Poëtas, como aconsejaba Platon, à lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del Marqués de Mantua, que entretienen, y hacen llorar los niños, y à las mugeres; sino unas agudezas, que à modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dexando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me torne à dar la vida.

Y de este jaez otras coplitas, y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. ¡Pues qué quando se humillan à componer un género de verso, que en Candaya se usaba entónces, à quien ellos llamaban seguidillas! Allí era el brincar de las almas, el retozo de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, se-

ño-

ñores mios, que los tales trobadores con justo título los debian desterrar à las Islas de los lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debia, no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de crer ser verdad aquel decir: Vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome, y quédome, con otros imposibles de esta ralea, de que están sus escritos llenos. ¡Pues qué quando prometen el Fenix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del Súr las perlas, de Tibar el oro, y de Pancaya el bálsamo! Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan, ni pueden cumplir. ¿Pero dónde me divierto? ¡Ay de mí desdichada! ¿Qué locura, y desatino me lleva à contar las agenas faltas, teniendo tanto que decir de las mias? ¡Ay de mí otra vez sin ventura! que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia, y mi poco advertimiento abrieron el camino, y desembarazaron la senda à los pasos de D. Clavijo,

que

que este es el nombre del referido Caballero: y así, siendo yo la medianera, él se halló una, y muchas veces en la estancia de la por mí, y no por él engañada Antonomasia, debaxo del título de verdadero esposo; que aunque pecadora, no consentiria que sin ser su marido, la llegára à la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no: el matrimonio ha de ir delante en qualquiera negocio de estos, que por mí se trate. Solamente hubo un daño en este negocio, que fue el de la desigualdad, por ser D. Clavijo un Caballero particular, y la Infanta Antonomasia heredera (como yá he dicho) del Reyno. Algunos dias estuvo encubierta, y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo à mas andar no sé qué hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo à los tres, y salió de él que ántes que saliese à luz el mal recado, D. Clavijo pidiese ante el Vicario por su muger à Antonomasia, en fé de una cédula, que de ser su esposa la Infanta le habia hecho, notada por mi ingenio con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias: vió el Vicario la cédula: tomó el tal

tal Vicario la confesion à la señora: confesó de plano, mandóla depositar en casa de un Alguacil de Corte muy honrado. A esta sazon dixo Sancho: ¿Tambien en Candaya hay Alguaciles de Corte, Poëtas, y Seguidillas? Por lo que puedo jurar, que imagino que todo el mundo es uno; pero dese vuestra merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y yá me muero por saber el fin de esta tan larga historia. Sí haré, respondió la Condesa.

FIN

DE ESTE TERCER TOMO.